

\$ 12.000

EL PÉNDULO 1

J.G. Ballard · Doris Piserchia
Cordwainer Smith · Angélica Gorodischer
Brian W. Aldiss · Pablo Capanna



Fortin-81

INDICE

Cuentos

- 17 Cordwainer Smith Azul pensar, hasta dos contar
53 Doris Piserchia El derecho a la muerte
69 Angélica Gorodischer Primeras armas
91 P.J. Plauger De todas las edades
105 Brian W. Aldiss Criaturas del apogeo
109 Sam J. Lundwall Aquí solamente sombras

Artículos

- 41 Pablo Capanna, Arthur Burns, John Foyster
Cordwainer Smith & Paul Linebarger
61 Carlos Gardini Travesuras de un patafísico
77 J.G. Ballard Notas de ninguna parte
81 Pablo Capanna Vida inteligente en la Tierra

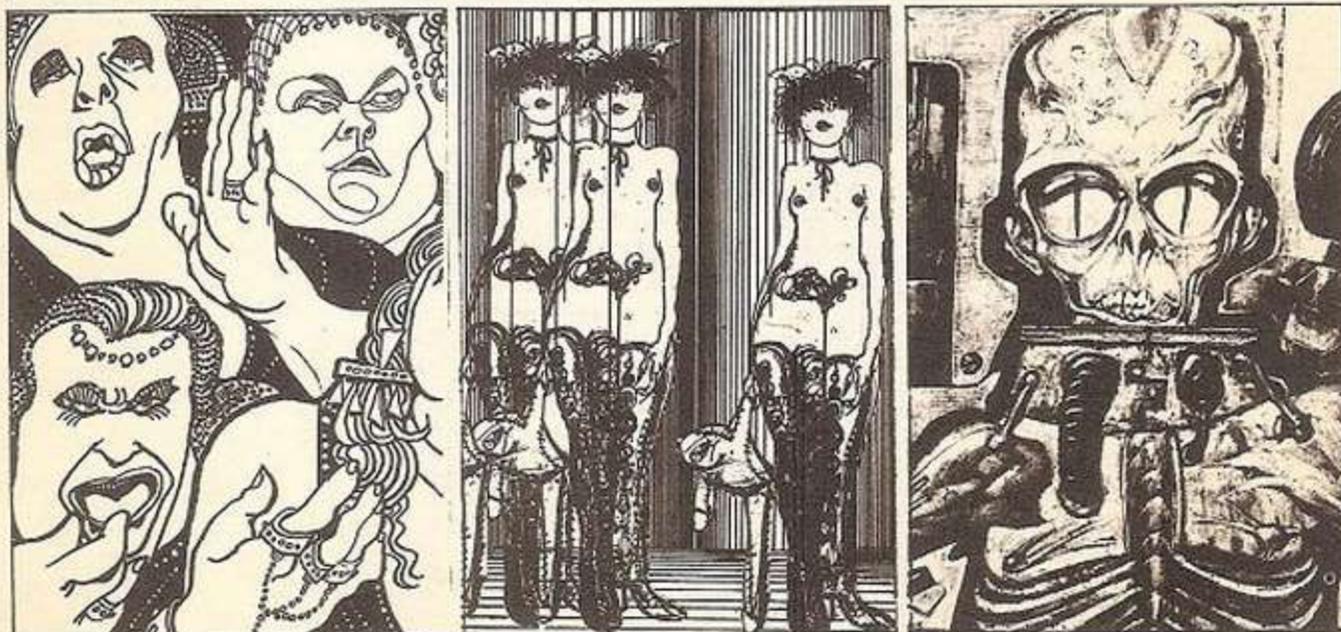
Historietas

- 115 Bilal-Christin Progreso

Secciones

- 4 Este número
5 Crónicas terrestres
130 En el próximo número

Tapa de Raúl Fortín





CAPANNA



BALLARD



SMITH



ALDISS

Este número

Según el escritor Gary K. Wolf, Cordwainer Smith no cuenta cómo será el futuro sino cómo podría ser recordado. Para dar verosimilitud a sus historias, las presenta como retazos de antiguas leyendas donde los hechos están quizá distorsionados y adornados por el paso del tiempo. "Azul pensar, hasta dos contar", transcurre durante la Segunda Edad Espacial, la de las naves fotónicas, verdaderas carabelas del cosmos, y describe las técnicas usadas por los tripulantes para resistir durante los milenarios viajes a las estrellas.

"El derecho a la muerte", de la norteamericana Doris Pischerchia (1928), es una salvaje sátira de los futuros poderes de la cirugía, que consigue reemplazar por pequeños motores todos los órganos deteriorados.

"Primeras armas" forma parte de *Kalpa imperial*, seguramente la obra maestra de Angélica Gorodischer, conocida ante todo por *Opus dos*, *Bajo las jubeas en flor*, *Trafalgar* y por su resistencia a viajar a su Buenos Aires natal desde su Rosario adoptiva.

"De todas las edades", de P. J. Plauser, nos presenta una niña que, entre otras cosas, sabe mucho de historia. Plauser (1944) es vicepresidente de una empresa de computación, y en 1975 obtuvo el premio John W.

Campbell, otorgado cada año al autor joven más promisorio.

"Criaturas del apogeo", historia de un paseo antes de ir a dormir, es parte de *Last Orders*, último (y mejor) libro de cuentos de Brian Aldiss (Norfolk, Inglaterra, 1925), que en breve aparecerá en castellano.

"Aquí solamente sombras", acerca de la necesidad de cambiar la nada presente por la nada de la memoria, es una pequeña obra maestra del sueco Sam J. Lundwall (1941), novelista, traductor, editor, productor de TV y diseñador gráfico.

En "Cordwainer Smith & Paul Linebarger", Pablo Capanna y Arthur Burns nos muestran las dos caras de uno de los personajes más misteriosos y fascinantes que han visitado el campo de la ciencia ficción. Capanna, autor del libro *En busca de Cordwainer Smith* (escrito hace un lustro y todavía vergonzosamente inédito), nos ofrece un esquema de las Tres Edades Espaciales, y Burns, profesor australiano, nos cuenta cómo era su amigo Paul Linebarger en un artículo escrito poco después de la muerte de éste y en una entrevista realizada por John Foyster.

Carlos Gardini enumera y clasifica en "Travesuras de un patafísico" los territorios conquistados por el inagotable Boris Vian.

J. G. Ballard (Shangai, 1930), después de usar deliberadamente el esquema clásico de la "novela catástrofe" para analizar, por contraste, temas ontológicos, inició otra etapa, caracterizada por una nueva obsesión: el paisaje tecnológico del siglo XX. Los lagos amnióticos, los desiertos alucinantes y los bosques cristalizados dieron paso a choques de autos, rostros de figuras públicas y autopistas infinitas; también logró escapar de las trampas de la narrativa secuencial clásica. "Notas de ninguna parte", publicada por primera vez en 1966, es una lista de las nuevas ideas y experiencias.

"Vida inteligente en la Tierra" es el análisis de tres libros sobre el desarrollo y el uso del cerebro humano. Pablo Capanna nació en Florencia en 1939, vive en la Argentina desde los diez años y es profesor de filosofía.

En la sección "Crónicas terrestres" el escritor rosarino Elvio Gandolfo (1947) habla de los nuevos usos de Tolkien, las huelgas espaciales y los libros enterrados, y el crítico Aníbal Vinelli nos informa sobre el cine fantástico que vendrá.

Además, presentamos la primera parte de una historieta de Bilal y Christin, maestros del tiempo narrativo y la expresión gráfica.

crónicas terrestres



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

¡Heil, Frodo!

La repercusión de una obra literaria, los vaivenes de difusión entre sectores de distinta ideología a través del tiempo, suelen deparar sorpresas. El **Señor de los Anillos**, la extensa saga fantástica de J.R.R. Tolkien, fue favorita durante años en los **campus** universitarios norteamericanos, y la



bonhomía de los **hobbits** se asoció en más de una ocasión con el movimiento cultural hippie.

Ahora, en cambio, en un amplio y documentado artículo sobre los movimientos neofascistas italianos, el periodista estadounidense Thomas Sheehan informa que la trilogía es uno de los materiales de lectura preferidos por los jóvenes de esa tendencia. El lugar de reunión del Movimiento Juvenil dirigido por Pino Rauti, por ejemplo, está en los Abruzos, y se llama Campo Hobbit. Llevado por la tendencia periodística a la frase de impacto, Sheehan escribe: "Sí, incluso se han apropiado de Tolkien. La trilogía acerca de sus queribles homúnculos que luchan por el Bien en contra del Mal es leída por los jóvenes neofascistas como un prolegómeno mitológico a **Mein Kampf**."

Si unimos a ello el paralelo establecido en un artículo de John de Graaf (**Mutantia 3**) entre el movimiento de los jóvenes Wandervogel alemanes prehitlerianos y, una vez más, el movimiento hippie, cabe deducir que la generación de la flor puede haber traído más de una granada bajo el poncho.

Opiniones. I

«La cosa más importante que puede hacer un escritor es escribir una



prosa comunicativa, de buen ritmo y estructura. Por debajo de eso tiene que haber una creencia en algo, convicciones reales, auténticas. No las convicciones del editor, o lo que uno cree que son las convicciones del público que compra (la televisión opera sobre esa base: qué comprará el público, y se lo da), sino la idea de creer en algo. Pienso que cualquier escritor que cree real y auténticamente en algo, cuenta con un **plus** cualitativo; aunque no escriba tan bien como Joe Fulano, eso es lo que se impondrá y atraerá a los editores y también al público.

»Me he pasado la mitad de la vida o más preocupado acerca de qué es lo que la gente cree, y dán-

dole vueltas en la cabeza, pero tengo cada vez más la sensación de que busco a gente que crea en algo y que casi no me importa qué sea.

»No hay por qué ponerse extremo al respecto y decir que se cree en el sadomasoquismo o en el fascismo o en algo por el estilo. Ustedes saben perfectamente bien que no hablo de situaciones extremas, pero el mundo y los Estados Unidos en especial parecen estar poblados cada vez más por personas de mente liberal que tienen la habilidad de ver los dos lados de un problema y emplean esa habilidad para autoanularse. Andan por ahí como ceros a la izquierda.»

Theodore Sturgeon

Mojándole la oreja a Rider Haggard

Entre 1885 y 1887, después de diversas experiencias como abogado y funcionario colonial, H. Rider Haggard sienta las bases de su fantástico y complejo mundo de aventuras africanas con dos novelas: *Las minas del Rey Salomón* y *Ella*. El éxito es tan fulminante que lo lleva a dedicarse por completo a la literatura, y los libros sobre agricultura: *El año del granjero*, *Inglaterra rural*, etc.

Gracias a la Arno Press, una de las editoriales de Estados Unidos especializadas en reediciones de obras raras para bibliotecas, es posible conocer un fenómeno paralelo a la fama de Haggard. Se trata de las numerosas parodias de sus libros. Fueron escritas anónimamente, o bajo seudónimo. En la presente edición se las recopila en dos volúmenes: *Los hijos del Rey Salomón y Ellos*. En el primero se incluye la parodia *Las esposas del Rey Salomón* o *Las minas fantasmas*, firmado por Hyder Ragged, y *Los tesoros del Rey Salomón*, firmado por "el autor de 'El', 'Eso', 'Pa', 'Ma', etc." El segundo, previsiblemente, recoge las parodias a *Ella*, con títulos kilométricos: *EL*, suplemento de *ELLA*, o *Historia de las aventuras de J. Theodosius Aristophano en la Isla de Rapa-Nui en Busca de su Antepasado Inmortal* y



Eso: Salvaje, Sobrenatural Historia de las Aventuras Maravillosas, Milagrosas y Fantasmagóricas en Busca de El, Ella y Jess, y que Condujeron al Encuentro con "Eso". Hay que aclarar que *Jess* era una novela histórica de Haggard, tan famosa en la época como sus dos clásicos. Las parodias fueron publicadas originalmente en Londres y Nueva York, todas en 1887.

La huelga de las galaxias

Aunque el futuro de la exploración espacial se ve un poco turbio a partir de la administración Reagan, no faltan, en el mejor estilo de la hiperespecialización estadounidense, los informes y documentos sobre posibles problemas espaciales futuros. Así, por ejemplo, el economista Mark Hopkins ha escrito un estudio sobre la "Economía de las huelgas y revueltas durante la colonización espacial temprana", pu-

blicado por la Rand Corporation.

El mismo parte de una situación digna de una novela de Heinlein: el progresivo sentido de independencia que puede invadir a los operarios y científicos que formen los equipos de trabajo en estaciones satélites de energía solar. Como es lógico, un paro en tales instalaciones sería suma-

mente costoso. Ese poder estaría equilibrado, desde el punto de vista de los "patrones", por el control que ejercerían sobre el aire de los trabajadores.

La solución propuesta por Hopkins es la de mantener altos los salarios de los operarios y "premiar a las colonias más productivas con una rápida independencia."



Opiniones. II

«Mi inspiración proviene de cosas y acontecimientos pequeños que se producen en la realidad cotidiana. Incluso una idea puede nacer de un libro que leo. La ciencia ficción tradicional es escrita por personas que ponen a la tecnología y al fenómeno de la civilización industrial sobre un pedestal. Me siento completamente fuera de eso. ¡No sé nada de tecnología! Alguien hizo un día una broma a propósito de una novela de ciencia ficción en la que los rayos

láser podían funcionar en el agua. Todo el mundo se reía. Y yo dije: "¿Por qué no tener rayos láser en el agua...?" Creo que lo que caracteriza verdaderamente mi trabajo es que soy incapaz de interesarme en las cosas que se salen de la realidad cotidiana. Hablar de acontecimientos mundiales a gran escala nunca me pareció real. De veras no puedo concebir grandes ideas en el dominio de la ciencia ficción, no puedo hablar del futuro de la humanidad, por ejemplo.

»La humanidad, como idea global, es para mí un misterio. ¿Cómo se puede hablar de semejante tema a tal escala? Es la inmensidad de la escala lo que hace vacilar: nunca he escrito, por ejemplo, aventuras galácticas. Ese tipo de trabajo no tiene ningún sentido para mí, ni excita nunca mi imaginación. Me he aburrido muchísimo con La guerra de las galaxias.»

Thomas M. Disch



cos, los fotomontajes y los dibujos de excelentes plásticos españoles, entre los que cabe destacar a F.L. Frontán y Julio Galán.

En el material específicamente narrativo, la revista alcanza un buen equilibrio entre los textos clásicos (se destacan un cuento de Ian Watson, "Las habitaciones del paraíso", en el n° 1, y otro de Bob Shaw, "Una travesura de la Gioconda", en el n° 2) y los de ruptura (de J.G. Ballard en el n° 1 y de Michael Moorcock en el n° 2, ambos acompañados por notas o reportajes a los autores). Del material en español preferimos el decantado

estilo de J. M. Caballero Bonald antes que el experimentalismo un poco vacío y petardista de Antolín Rato o Fernando Márquez.

La revista incluye además secciones de información ("Realshow", a partir del n° 2), crítica de cine, libros, música, etc., una biblioteca básica de títulos de ciencia ficción y una historieta. La dirige Fernando P. Fuenteamor, desde Madrid, y constituye un interesante panorama de las corrientes narrativas contemporáneas. Aún no distribuida en nuestro país, puede solicitársela a: Calle Isidro Fernández, 6 - Madrid 34 - España.

Zikkurath: una revista diferente



G. BALLARD: POR QUÉ QUIERO ZODIAC A RONALD REAGAN
ABALLADO RONALD: TODA LA NOCHE OYERON MASAY FINE
BRIAN ALDICE: NUEVAS CUCARACHAS: VIAJE ENCANTADO
IAN MEXSON: LAS HABITACIONES DEL PARAISO



Después de editar 19 números prolijamente mimeografiados, y dar a conocer abundantes autores anglosajones, españoles y latinoamericanos, relacionados de cerca o de lejos con la ciencia ficción, la publicación hispánica Zikkurath decidió dar el salto a la edición profesional y la distribución comercial.

El importante paso estuvo basado en el amplio

éxito de la etapa aficionada, que ya había alcanzado un tiraje desusado. Hasta el momento han aparecido dos números, con el título de Zikkurath-ficción, lo que le confiere límites más amplios que los que encuadran al género de la cf. El factor que se destaca de inmediato es su diagramación: en un tamaño amplio, con tapas en color e interior en cuidado blanco y negro, abundan los blan-

S.F. en Hi-Fi

Repitiendo un fenómeno que se dio en nuestro país en la época del "boom" editorial de los años 60, la brusca popularidad de la ciencia ficción en los Estados Unidos (provocada sobre todo por las películas como La guerra de las galaxias y Encuentros cercanos...) ha diversificado enormemente la cantidad de productos relacionados con el género, y alcanzado al mundo sonoro.

Abundan los discos con entrevistas a autores, obras teatralizadas (una de las que han tenido más éxito es una nueva versión de La guerra de los mundos, de Wells) y, sobre todo, relatos o fragmentos de novelas leídos por sus autores. Entre los últimos discos aparecidos

pueden mencionarse Yonder (Caedmon TC 1643), que lleva el subtítulo "Siete cuentos de la Era Espacial leídos por Poul Anderson; The Fabulous Idiot (Caedmon TC 1634), en el que Theodore Sturgeon lee la primera parte de su clásico Más que humano; I'm Looking for Kadak (Garden Grove, CA 92643), una especie de festival Harlan Ellison, autor del texto e intérprete de lo que se anuncia como una sátira desopilante y Dune: The Banquet Scene, Sandworms of Dune y The Battles of Dune (Caedmon TC 1555, TC 1565 y TC 1601), leídos por Frank Herbert.

El receso del "boom" de la ciencia ficción ya ha comenzado, ayudado en más de un aspecto por la

recesión económica, y es fácil que las mesas de saldos estadounidenses vean pilas de estos discos a bajo precio en los próximos años.

Opiniones. III

«Creo: que hay un orden secreto en el universo, al que se puede acceder gracias a un código cuyos signos son difíciles pero no imposibles de leer; que no estamos solos; que estamos solos; que todos somos capaces de leer el universo (la magia, la locura, los delirios, la imaginación, la libertad) pero que desde muy temprano se ahoga esta capacidad con la educación, las costumbres, la instrucción pública y algunas otras aberraciones.»

Angélica Gorodischer

Libros enterrados:

“Los agonistas de Casey”

Hay libros cuya repercusión está muy por debajo de la importancia que tienen. A veces se debe a cierto carácter subterráneo, especulativo de su temática o su estilo, a veces a simple mala distribución, o al momento del año en que aparecen, o a la falta de crítica.

Los agonistas de Casey, de Richard McKenna, es uno de esos libros. Editado hace unos años

Los agonistas de Casey



Richard McKenna

MINOTAURO

por Minotauro, en excelente traducción de Anibal Leal, pasó sin pena ni gloria. Contiene sin embargo dos joyas: el cuento que le da título, ambientado en una sala de terapia intensiva donde los candidatos a morir inventan a Casey, un gorila entre real y fantástico que los sigue vinculando a la vida, y “El dorado”, uno de los más altos textos fantásticos, equiparable a joyas como El monte análogo, de René Daumal, o algunos momentos de Swift. El resto de los cuentos que componen el libro son también excelentes (habían sido anticipados en dos o tres casos en la vieja revista Minotauro).

Libro para guardar y releer, Los agonistas de Casey merece la búsqueda, la insistencia en que la librería donde uno compra lo pida a la editorial, la paciencia para encontrarlo entre montañas de tontos best-sellers.



LIBROS

Joe Haldeman

Sueños infinitos
(Infinite Dreams)
Traducción de
Arturo Casals.
EDHASA, Barcelona,
1980. 232 págs.

El norteamericano Joe Haldeman empezó a publicar en 1969 con un cuento vendido a la revista Galaxy y hoy, con menos de cuarenta años, es uno de los autores más aclamados de las últimas promociones de ciencia ficción. En 1975 ganó con La guerra interminable los premios Hugo y Nebula a la mejor novela del año. En 1976 Puente mental marcó un hito en el reconocimiento artístico y financiero del género en los Estados Unidos, pues su autor recibió para escribirla el suculento adelanto de 100.000 dólares. En castellano, Sueños infinitos es el cuarto volumen publicado por la colección Nebulae, donde previamente se habían editado las dos novelas mencionadas arriba y Recuerdo todos mis pecados. Esta es la primera compilación de cuentos de Haldeman en volumen;

como es casi inevitable en un libro de piezas cortas, es desparejo, aunque en este caso llama la atención el marcado contraste entre algunos relatos fascinantes y otros francamente mediocres. En ese sentido estos trece cuentos resultan interesantes como compilación de las virtudes y defectos de Haldeman y, por extensión, del género. En sus mejores momentos, Haldeman es un magnífico heredero de la narrativa “dura” norteamericana, a veces con una técnica brillante; en otros es un escritor convencional que transita por caminos trillados. Un cuento como “A Howard Hughes: una modesta proposición” es, al igual que la novela Puente mental, un alarde de técnica narrativa puesta al servicio de una historia que resulta pedestre por comparación; algo similar ocurre con “Tricentenario”, cuyo Hugo al mejor cuento corto de 1976 parecería confirmar que los premios son a veces antojadizos. En otros casos, como “A decir verdad”, Haldeman incurre en un defecto frecuente en el género: la creación de un escenario sugestivo o prometedor para enmarcar una anécdota casi anodina que no merece tamaña mise en scène. Hay cuentos desechables (“Todo el universo en una botella”, en el original un intraducible ejercicio en giros regionales sin más valor que una gracia momentánea, y “Veintiséis días en la



Tierra'', un paseo indeciso por clichés del género) y los hay medianamente interesantes, pero también hay piezas memorables. Haldeman, veterano de la guerra de Vietnam, fue uno de los jóvenes norteamericanos que conoció el corazón de las tinieblas y vivió para contarlo. No es de extrañar que se luzca en los relatos bélicos, o sí de extrañar, porque no cae en el recurso fácil de la catarsis confesional. "La guerra privada del soldado Jacob" es un relato conciso y brutal sobre los extremos demenciales que puede alcanzar la aplicación de la tecnología bélica avanzada, y sin duda evoca los mejores momentos de *La guerra interminable*; "Una mente propia" explora otro problema moral, la tensión entre desintegración mental y supervivencia después de la guerra, cuando se tienen condecoraciones, mutilaciones y recuerdos. "Armaja das" es una eficaz conjugación de horror tradicional con computadoras, con un logrado final que cae sobre el lector como un manotazo. El antológico "Contrapunto" se

destaca como plasmación de una idea compleja narrada con la sencillez y la tersura de una crónica biográfica. El volumen incluye introducciones de Haldeman a cada cuento, y se perciben quizá los mismos altibajos que en las narraciones, pues abundan tanto las observaciones sagaces o simpáticas como las anécdotas ramplonas. Cierra el volumen un breve ensayo que nos muestra al escritor (y al género) en su salsa, ante los rigores y errores del oficio, y que junto con las introducciones nos permiten espiar al pintor en su estudio.

Carlos Gardini

James Tiptree, Jr.

Cantos estelares de un viejo primate

(Star Songs of an Old Primate)

Traducción de Arturo Casals.
EDHASA, Barcelona, 1980; 274 págs.

James Tiptree, Jr. es en cierto modo un/a recién llegado/a en el panorama literario, aunque nació en Chicago hace más de medio siglo. Empezó a publicar en 1968 en *Analog* y en la antología *Again, Dangerous Visions* dirigida por Harlan Ellison, pero su identidad (púdicamente oculta tras una casilla de correo de McLean, Virginia) ha sido un enigma hasta hace poco tiempo, cuando se reveló que el/la autor/a era

la psicóloga experimental Alice Sheldon. Desde su llegada al mundo de la ciencia ficción Tiptree / Sheldon ha cosechado varios premios: un Nebula en 1973, un Hugo en 1974, un Nebula en 1976 por "Houston, Houston, ¿me recibe?", cuento incluido en *Cantos estelares de un viejo primate*. Este es el segundo volumen de Tiptree publicado por Nebulae, que anteriormente había presentado la novela *En la cima del mundo*, una desapareja pero atractiva historia sobre el encuentro y fusión de tres tipos de razas inteligentes. "Desde que las cosas se pusieron serias —ha declarado el viejo primate James Tiptree, Jr.—, desde que comprendimos que realmente corremos el peligro de exterminarnos, de bombardear o envenenar o enchastrar o ahogar el planeta hasta matarlo, o (quizá lo peor de todo) de matar nuestra propia humanidad mediante una tiranía fascista o la simple proliferación, la ciencia ficción ha sido el único lugar donde podíamos

hablar de ello. La corriente principal de la literatura echó una ojeada al asunto en 1984 de Orwell y se apresuró a castrarse. Es demasiado atroz, no mires. Cuéntame sobre la agonía de tener demasiadas piletas de natación. Cuéntame que Jesús salva. La ciencia ficción ha seguido alerta, mostrando, estudiando todos los itinerarios siniestros del Armagedón, los turbadores caminos de la Entropía y el Apocalipsis." La personalidad narrativa de Tiptree revela un gusto por el sentimentalismo (tal vez mal sano para quienes prefieren una escritura más "fría") compensado por una tendencia a la experimentación y cierta sensibilidad para indagar en los estratos del dolor psíquico y los estados mentales insólitos. En ese sentido merece destacarse entre estos siete cuentos "Su humo se elevó para siempre", una escalofriante especulación sobre una forma de inmortalidad que es una modalidad del infierno; como a menudo en su novela *En la cima del mundo*, Tiptree se mueve allí en un tembladeral, el terreno de las sensaciones incorpóreas difíciles o imposibles de describir en términos "humanos"; si el resultado no siempre es perfecto, los logros bien valen la pena el precio que deben pagar quienes avanzan a tientas y sacrifican la corrección al descubrimiento. En la fascinante novela corta "Un momentáneo sabor de



existencia" (cuyo defecto es quizá no haber sido un cuento largo, más despojado de elementos prescindibles) Tiptree revela plenamente su talento para elaborar detalladas fantasías biológicas-metafísicas. "Houston, Houston...", la pieza premiada del libro, es un relato ágil con una curiosa extrapolación de la "guerra de los sexos", donde el machismo encuentra realmente la horma de su zapato. El simpático prólogo de Ursula K. Le Guin constituye una delicia aparte, donde la autora de *La mano izquierda de la oscuridad* aprovecha los equívocos creados entre lectores y críticos por el pseudónimo Tiptree para burlarse de nuestros prejuicios —en literatura y otras áreas— sobre hombres, mujeres y demás polaridades.

Carlos Gardini



CINE

La edición especial de "Encuentros cercanos del tercer tipo"

Cuando en 1977 Steven Spielberg estrenó *Encuentros Cercanos del Tercer Tipo* (*Close Encounters of the Third Kind*), el joven director (32 años), concretaba una curiosa hazaña: es el único realizador que posee dos películas entre las diez más taquilleras de todos los tiempos, Ti-



burón y *Encuentros...* Con 1941, que vendría después, las cosas no fueron tan bien, a tal punto que se puso en duda si Spielberg tendría o no (hubo muchos que pensaron lo segundo) talento para la comedia. En estos momentos filma en Túnez *Raiders of the Lost Ark* (algo así como los *Expedicionarios del Arca Perdida*) para la empresa Lucas Films (de su amigo y colega George Lucas, artífice y multimillonario de *La guerra de las galaxias*).

Entre 1941 y *Raiders...*, Spielberg había emprendido una de las misiones más exóticas que recuerde la cinematografía. Recordemos, previamente, que *Encuentros Cercanos...* fue un éxito enorme, llevó más de 100 millones de espectadores a las salas, ganó 125 millones de dólares para los inversionistas, recibió ocho nominaciones de la Academia y ganó un Oscar por su fotografía. Pero Spielberg no estaba completamente feliz, ya que problemas de presupuesto le impidieron darle a la película el final que quería. Por ello, luego del suceso obtenido, consiguió de la Columbia Pictures la autori-

zación para rodar algunos agregados y reestrenar así la película.

En agosto de 1980 se estrenó en los Estados Unidos "La Edición Especial" de *Encuentros Cercanos del Tercer Tipo* que —otra rareza— dura tres minutos menos que la anterior. Spielberg le cortó 16 minutos, le insertó 7 minutos de metraje no utilizado y le agregó otros 6 minutos filmados especialmente: lo llamativo es que —según anticipan los comentarios de la prensa neoyorquina— esta ensalada funciona. Y a la Columbia le costó —una pavadita— nada más que un millón de dólares.

Aunque Spielberg no ha querido adelantar nada (y la empresa tampoco) ya se sabe que han desaparecido las escenas en que Richard Dreyfuss armaba con toda clase de desperdicios una réplica de su visión de la Torre del Diablo y también la conferencia de prensa de la Fuerza Aérea entre los fragmentos más importantes. En su lugar, intercaladas a lo largo del film, aparecen secuencias de la familia de Dreyfuss, un pantallazo de un OVNI volando por delante de un letrero luminoso





que (vaya broma) resulta ser una propaganda de Mac Donalds, la cadena de restaurantes económicos más popular de los Estados Unidos, la sombra de un plato volador sobre una línea de trenes y —entre lo más espectacular— el hallazgo de un barco carguero (el Cotopaxi) en medio del Desierto de Mongolia.

Pero por supuesto que lo más esperado es la respuesta a aquella pregunta que se hicieron muchos espectadores al concluir el film anterior cuando Richard Dreyfuss entraba a la nave-madre rodeado por las difusas siluetas de los pequeños extraterrestres: ¿Qué encontrará en el interior? Diremos que verá —en la edición especial— grandes columnas de luz, una enorme recepción, quizás

cientos de pequeños OV-NIs, tal vez los rostros de los alienígenas mirando al humano por las escotillas. Y luego todo, como por arte de magia, ligándose y concluyendo con el metraje original en una prodigiosa pirueta técnica del Wizard (Hechicero) Spielberg.

“Las nuevas escenas —admite Spielberg— llevan a Richard Dreyfuss un paso más allá; pero el misterio aún existe en la Edición Especial. Me alegra haber podido realizar mi trabajo para aproximarlo a la visión original y estoy contento de que una compañía productora aceptara una idea tan insólita.”

La Edición Especial de **Close Encounters...** se verá dentro de muy poco en las salas argentinas.

Anibal M. Vinelli

Batalla más allá de las galaxias

Este es el argumento de **Batalla más allá de las galaxias (Battle Beyond the Stars)**: ¿le trae algún recuerdo?

El conquistador Sador (vemos una mezcla de las palabras Satán y Lord Darth Vader, el archivillano de **La guerra de las galaxias**) planea apoderarse del planeta Akir (deliberadamente similar al nombre del director Akira Kurosawa). Pero como Akir es pacífica, carece de fuerzas para su defensa y de ahí que los Ancianos del lugar le encarguen al joven Shad que contrate mercenarios para que peleen por ellos.

Shad enfila su nave (manejada por una computadora de insinuante voz femenina llamada Nell) al territorio del doctor Hephaestus, quien dirige una estación espacial sin que él mismo posea un cuerpo: sólo veremos su cabeza insertada a una serie de mecanismos cibernéticos. Hephaestus no puede combatir pero consigue que Shad reclute a su hija Nanelia (y aquí nace el interés romántico).

Luego, Shad contratará a Cowboy (un vaquero espacial), Gelt, un asesino a sueldo, St. Exmin, una voluptuosa guerrera valquiria, Cayman, enorme bípedo de tipo reptílico, los Kelvin, diminutos seres que se comunican por medio de energía térmica, los Nestors, cinco clones que se mueven y reaccionan como una unidad, y Quopeg, un primitivo que escapó de Sador y emplea un boomerang de tres puntas y un arpón.

Del otro lado del mostrador está, como dijimos, Sador, que comanda la Nave Martillo, en la que viajan Zabo, un cirujano que mantiene vivo a su jefe mediante trasplantes, los Mutantes Malmoris, guerreros cuya lealtad a Sador es indiscutible tanto como su ambición y capacidad de destrucción, y la Infantería Malmori, fuerza de ataque equipada con rayos láser y tanques y cuya única misión es matar. Todos los de este sector ostentan una curiosa característica común: marcas o deformidades en el rostro. ¿La marca de Caín?



FICHA TECNICA

Roy Neary RICHARD DREYFUSS
 Claude Lacombe ... FRANCOIS TRUFFAUT
 Ronnie Neary TERI GARR
 Jillian Guiler MELINDA DILLON
 Barry Guiler CARY GUFFEY
 David Laughlin BOB BALABAN
 Líder del Proyecto J. PATRICK MCNAMARA
 Wild Bill WARREN KEMMERLING
 Granjero ROBERTS BLOOM
 Jean Claude PHILIP DODDS
 Brad Neary SHAWN BISHOP
 Silvia Neary ADRIENNE CAMPBELL
 Toby Neary JUSTIN DREYFUSS
 Producida por JULIA PHILLIPS Y
 MICHAEL PHILLIPS

Escrita y dirigida por .STEVEN SPIELBERG
 Director de fotografía .VILMOS ZSIGMOND
 Efectos visuales especiales .D. TRUMBULL
 Supervisor de efectos .ROBERT SWARTHE
 Música JOHN WILLIAMS
 Asesor técnico DR. J.ALLEN HYNEK
 Realización de extraterrestres C.RAMBALDI
 Duración: 132 minutos, Columbia Pictures,
 1980

Malvados contra pacíficos que alquilan a otros para que peleen por ellos... ¿Todavía no encontró el antecedente? En verdad, la historia de **Batalla más allá de las galaxias** es una reescritura apenas encubierta —pero no mucho— de **Los Magníficos Siete** (1960), que era una versión western del clásico de Akira Kurosawa **Los Siete Samurais** (1954). Y **Batalla...** no es por ello sino una hábil fusión de géneros: el Oeste, el relato de samurais, la moda de las películas espaciales.

Esta no es la ciencia-ficción introspectiva y psicologista, claro; hay acción disparatada, superhéroes, supermalvados, una desmesura muy propia de los **pulps** de la década del 20 o de cierta historieta. Todo bien dosificado por el verdadero talento detrás de **Batalla...**, el productor Roger Corman.

Nacido en 1926, Corman es esa rara especie de cinematógrafo (director, productor, autor, descubridor de talentos) más apreciado en el exterior (especialmente en Francia) que en su propio país. Especialista de los films clase B de bajo presupuesto, durante la década del 50 ofreció una serie record de películas baratas del Oeste, fantásticas o de gangsters (**Apache Woman**; **Attack of the Crab Monsters**; **Machiné Gun Kelly**) y en la del 60 —quizá lo mejor— un inventario de las obras de Edgar Allan Poe con **La caída de la casa**



Usher, El foso y el péndulo, Ligeia y La máscara de la Muerte Roja. Y también **La Masacre de San Valentin** y la producción alentando las obras de, por entonces, ignotos directores como Peter Bogdanovich, Francis Ford Coppola o Martin Scorsese. Desde 1970 posee su propia compañía, New World Productions, donde, además de producir



ha patrocinado el estreno en los Estados Unidos de films "difíciles" como **Gritos y susurros** (Ingmar Bergman) o **La historia de**





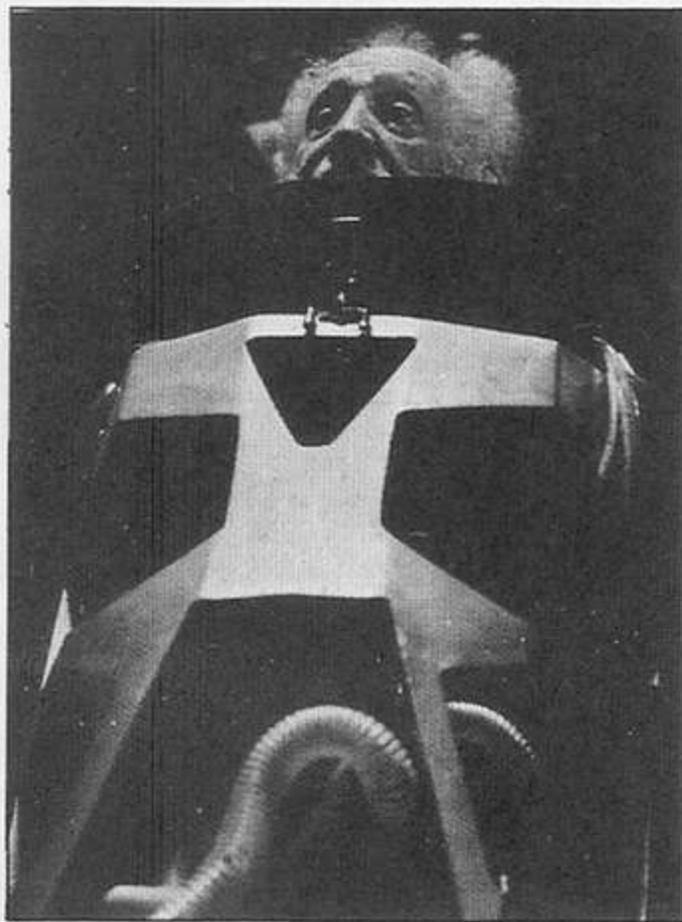
Adela H (François Truffaut).

Las películas de Corman no suelen pasar (notable en estos tiempos de presupuestos inflados) del millón de dólares, cuarenta veces menos, por ejemplo, que *Apocalypse Now*. En cambio *Batalla...* costó 5 millones. "Para nosotros es mucho", admite Corman. "Pero pensamos que es una buena jugada, porque el aspecto de nuestra película no difiere demasiado de una de 20 millones. Contando bien el di-

nero, aprovechando al máximo las economías posibles, se puede hacer mucho. Por otra parte, tampoco se puede economizar demasiado. ¿Quién querría pagar para ver un film de 200.000 dólares cuando eso se lo pasan gratis por televisión?"

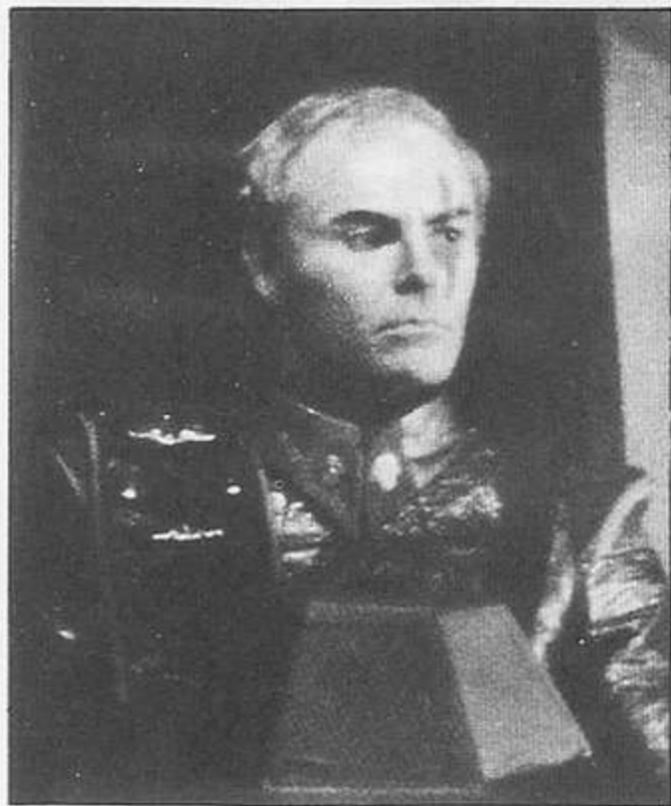
¿Y qué es lo mejor de *Batalla...*? "Creo que la definición que dio *Variety* es perfecta: ciencia-ficción con humor. Si la gente se entretiene, todos seremos muy felices, yo más que ninguno."

Anibal M. Vinelli



FICHA TECNICA

Shad RICHARD THOMAS
 Gelt ROBERT VAUGHN
 Sador DARLANNE FLEUGEL
 Cowboy GEORGE PEPPARD
 St. Exmin SYBIL DANNING
 Dr. Hephaestus SAM JAFFE
 Cayman MORGAN WOODWARD
 Quopeg STEVE DAVIS
 Nestor 1 EARL BOEN
 Nestor 2 JOHN MCGOWANS
 Kelvin LARRY MEYERS, LAURA CODY
 Nell LYNNE CARLIN
 Zed JEFF COREY
 Producida por ROGER CORMAN
 Dirigida por JIMMY T. MURAKAMI
 Escrita por JOHN SAYLES
 Idea original SAYLES Y ANNE DYER
 Director de fotografía . DANIEL LACAMBRE
 Efectos fotográficos C. COMISKY
 Música JAMES HORNER
 Duración: 104 minutos, New World Pictures, 1980.



EL PÉNDULO
entre la ficción y la realidad

I.G. BALLARD Cronópolis
MARCO DENIVI Lecciones de Historia Argentina
JORGE ONETTI La biesta de un daimon
MARIO MACIAS El hombre que fue Boca y River
OSCAR WILDE Todo es posible
ANTONIO DI BENEDETTO "As"
JORGE ASÍS Reportaje de Heber Cardoso



Un hombre cuidadoso muere
cuento incluido de
RAY BRADBURY

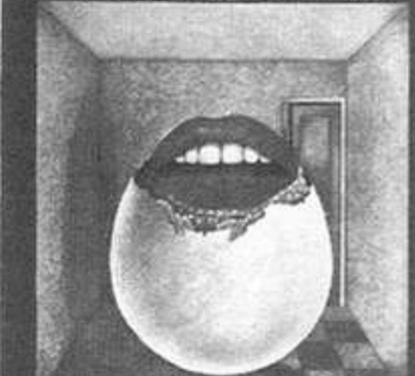
SUPLEMENTO DE
HUMOR
Y CIENCIA FICCION

TEXTOS DE DAMON KNIGHT - BALLARD - STURGEON
FREDRIC BROWN - LAFFERTY - SHECKLEY - CAPANNA
Y EL HUMOR DE TABARE - FATI - GONZALEZ - PARRA
GRONDONA - WHITE - FONTANARROSA



SUPLEMENTO DE
HUMOR
Y CIENCIA FICCION

Textos de I.G. BALLARD - HARRY HARRISON - DAMON KNIGHT
D.H. HOLEN - CAPANNA - TABARE - EVIDO GANDOLFO - LEVRERO
Y EL HUMOR DE GRONDONA WHITE - POTER - LAURA
YOMAS SANZ - MARIN - OLIVICO - TABARE - FATI - PARRA



EL PÉNDULO
entre la ficción y la realidad

RAY BRADBURY: Un hombre cuidadoso muere
J.G. BALLARD: Prisionero de los abisnos de coral
ALBERTO BRECCIA - H.P. LOVECRAFT
TRILLO - ALTUNA - ENRIQUE BRECCIA - ANIBAL VINELLI
CAPANNA - FONTANARROSA
EVIDO GANDOLFO - GRONDONA WHITE - TABARE
CINE / PLASTICA / LITERATURA / MUSICA



THOMAS DISCH: Los cuadradas Cuarto ilustrado por Fatí

EL PÉNDULO
entre la ficción y la realidad

ROBERT SHECKLEY: Mundo petrificado
DORIS PISERCHIA - FATI: Hijos de la naturaleza
R.A. LAFFERTY: Parten
POE - ALBERTO BRECCIA: William Wilson
ANIBAL VINELLI: Nosferatu
Trillo - Altuna - Enrique Breccia - Crist - Capanna
Evido Gandolfo - Grondona White - Tabare



EL PÉNDULO
entre la ficción y la realidad

THEODORE STURGEON: Las masas de Blanca
ALBERTO BRECCIA - TRILLO: La corte de los tabaños
I.R.R. TOLKIEN: El Señor de la tierra media
H.L. GOLD: Hombre con queso
ANIBAL VINELLI: El sabor de los anillos
TURANONA - SACCOMANNO: Modem querida
ALTUNA - E. BRECCIA - GRONDONA WHITE - CRIST
CAPANNA - FONTANARROSA - TABARE - SANYU



EL PÉNDULO
entre la ficción y la realidad

DAMON KNIGHT: No acabaré con un estallido
FREDRIC BROWN: Solista
ALBERTO BRECCIA - TRILLO: Hansel y Gretel
ANDRÉ CAZHEIRO: La oscuridad
ANIBAL VINELLI: Alien
ALTUNA - GRONDONA WHITE - CAPANNA
E. BRECCIA - TABARE - SANYU - FATI



EL PÉNDULO
328 páginas de la mejor revista ilustrada de ficción para adultos

RAY BRADBURY - I.G. BALLARD - HARRY HARRISON
DAMON KNIGHT - H.P. LOVECRAFT - H.L. GOLD
ROBERT SHECKLEY - DORIS PISERCHIA
THEODORE STURGEON - R.A. LAFFERTY
I.R.R. TOLKIEN - JOHN SLADEK
PABLO CAPANNA - MARIO LEVRERO - TABARE
ALBERTO BRECCIA - GRONDONA WHITE
CARLOS TRILLO - ALTUNA - E. BRECCIA
Literatura / Cine / Musica / Humor / Historietas.



Revista Libro
FICCION



Suplemento literario de EL PÉNDULO



LOS VAIVENES DE EL PÉNDULO

En febrero de 1975 Jaime Poniachik y Marcial Souto le propusieron desganadamente a Andrés Cascioli (entonces director de *Chaupinela*) la creación de una revista de cuentos y artículos de autores nacionales y extranjeros que ofreciese lectura variada, información, etc. Cascioli propuso el nombre *Teorema*, que por así llamarse una librería no fue posible registrar, y luego *El Péndulo*. Se preparó el número 1 (el lector curioso, con ayuda de una lupa, podrá ver el contenido en la tapa inédita que reproducimos: la del ojo), y cuando iba a entrar en imprenta cayó sobre el mundo la bomba R, también llamada "rodrigazo". *El Péndulo* fue prolijamente archivada en un cajón.

A principios de 1979, Andrés Cascioli y Marcial Souto se empeñaron en revivir el proyecto (Jaime Poniachik no intervino, pues estaba muy ocupado escribiendo para gente

de mente). La intención, esta vez, era publicar ciencia ficción, fantasía, terror, etc., junto con historietas, crítica y experimentos gráficos. Se decidió probar la fórmula disfrazándola de *Suplemento de Hum(R)* y *Ciencia Ficción*, de los que aparecieron dos, pobre el primero e interesante el segundo. Al mes siguiente (setiembre de 1979) nació *El Péndulo* como tal.

Y como tal duró cuatro meses. Dieciséis páginas de color y otros lujos, y la imposibilidad de trasladar esos costos al precio de venta, desequilibraron la novedosa fórmula, y *El Péndulo* volvió a su vieja vocación de carpeta.

Ficción, revista exclusivamente literaria que debía continuar algunos aspectos de *El Péndulo*, tampoco prosperó a pesar de que llegó a estar compuesto el primer número.

Entonces comenzó el fenómeno de *Hum(R)*: en un año la venta creció de 40.000 a

140.000 ejemplares, y *La Urraca* estuvo de repente en holgadas condiciones de soportar nuevas aventuras.

Una serie de coincidencias llevó en noviembre del año pasado a decidir la reanudación de *El Péndulo*, pero con características nuevas, y en febrero de este se empezó a prepararla: en nuevo formato (casi de libro), más sobria, con mayor cantidad de texto.

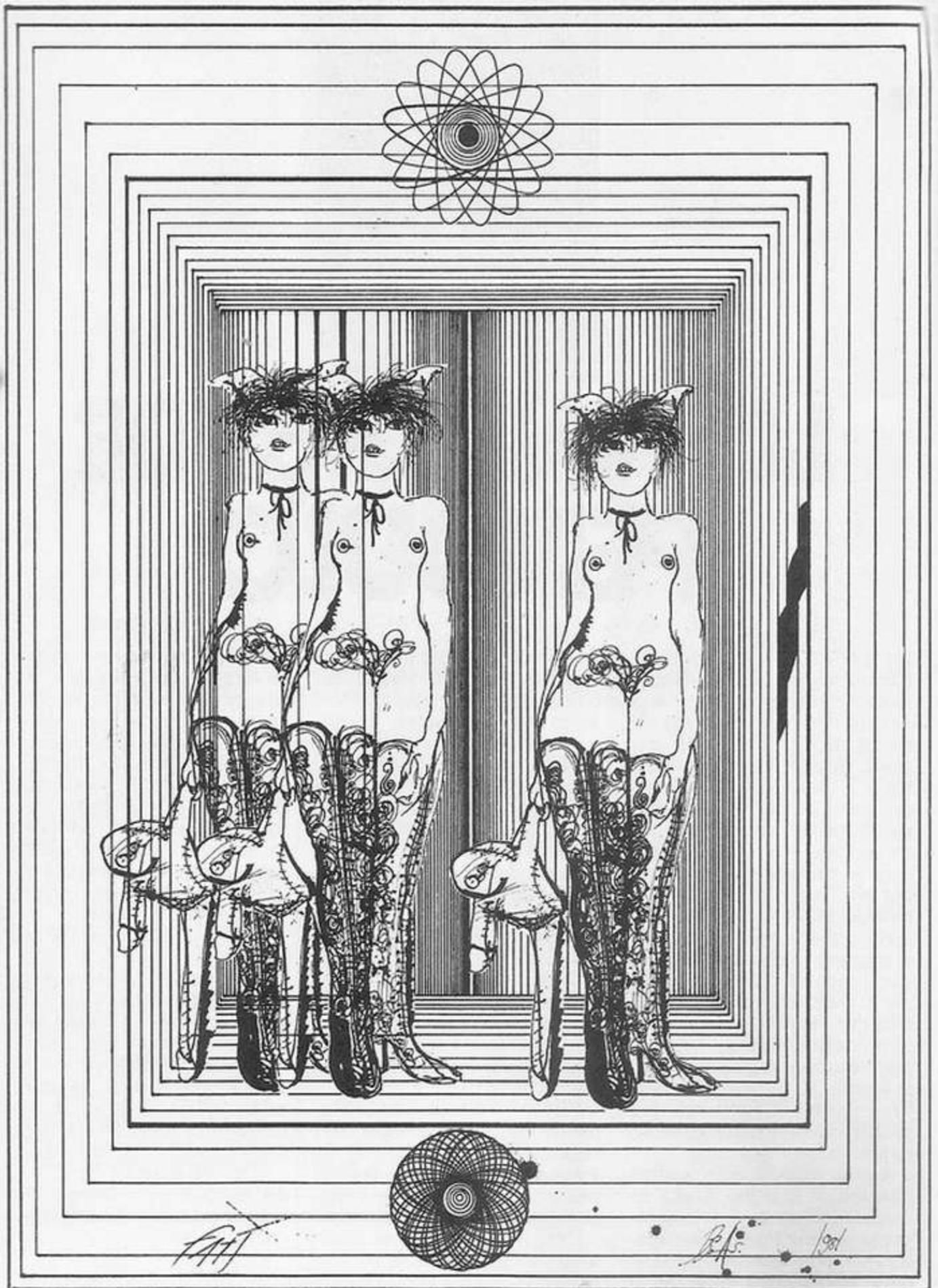
Y ya la tenemos en las manos.

En caso de que usted todavía no haya visto (o no le hayan explicado cómo es) este primer número de esta nueva época, le decimos que consta de 130 páginas, 68 de las cuales están destinadas a ficción, 12 a historietas y el resto a notas de características diversas.

Si usted, después de todo, se decidiera a leerla, nos gustaría saber qué efecto le produjo en la cabeza.

LA REDACCIÓN

EL PÉNDULO 1 13



*Cuando los veleros del futuro
atraviesen los mares del espacio,
¿habrá peligros nuevos que
acechen a los tripulantes?*

Cordwainer Smith

AZUL PENSAR, HASTA DOS CONTAR

Ilustró FATI

I

Antes que las grandes naves susurrasen entre los astros por obra de la planoforma, la gente tenía que volar de una estrella a otra con inmensas velas: enormes membranas armadas en el espacio sobre un cordaje largo, rígido y a prueba de frío. Un pequeño bote espacial ofrecía lugar suficiente para que un marinero manejase las velas, verificase el rumbo y observase a los pasajeros que iban herméticamente encerrados en sus pequeñas cápsulas abiabáticas, nudos en inmensos hilos arrastrados por la nave. Los pasajeros nada sabían: se dormían en la Tierra y despertaban en un nuevo y extraño mundo cuarenta, cincuenta o doscientos años más tarde.

Ese era un modo primitivo de viajar. Pero servía.

En una de esas naves Helen América había seguido al señor Ya-no-cano. En esas naves los Observadores habían conservado su antigua autoridad sobre el espacio. Doscientos planetas, y más, fueron colonizados de ese modo, incluyendo a la Vieja Australia del Norte, destinada a ser el tesoro de todos.

Puerto de Emigración era una hilera de edificios chatos y cuadrados, todo lo contrario de Terrapuerto, que se alza sobre las nubes como una congelada explosión nuclear.

Puerto de Emigración es riguroso, monótono, triste y eficiente. Las paredes son de un rojo oscuro, como la vieja sangre, porque de ese modo resulta más barato calentarlas. Los cohetes son feos y simples; los fosos, donde esperan, son tan ignominiosos como simples talleres mecánicos. La Tierra tiene pocos sitios para recomendar a los visitantes. Puerto

de Emigración es uno de ellos. Las personas que trabajan allí gozan del privilegio del trabajo verdadero y de honores profesionales seguros. La gente que va allí pierde muy pronto el conocimiento. Lo que recuerdan de la Tierra es una habitación pequeña, como la habitación de un hospital, una cama pequeña, un poco de música, un poco de conversación, el sueño y (quizá) el frío.

De Puerto de Emigración van a las cápsulas que son cerradas herméticamente. Las cápsulas van a los cohetes y los cohetes a la nave de vela. Esa es la vieja manera de viajar.

La nueva es mejor. Todo lo que hace ahora una persona es visitar una agradable sala, o jugar a las cartas, o comer algo. Todo lo que necesita es la mitad de la riqueza de un planeta, o un par de cientos de años de antigüedad calificados con un invariable "excelente".

Las naves fotónicas eran diferentes. Todo el mundo corría algún tipo de riesgo.

Un hombre joven, de pelo y piel claros y corazón contento, partió hacia un nuevo mundo. Lo acompañaba un hombre mayor, de pelo algo canoso. Y otras treinta mil personas. Y además, la muchacha más hermosa de la Tierra.

La Tierra la podría haber conservado, pero los nuevos mundos la necesitaban.

Tenía que ir.

Fue en una nave de vela. Y tuvo que cruzar el espacio... el espacio donde siempre acecha el peligro.

El espacio impone a veces el uso de extrañas herramientas: los gritos de una niña hermosa, el cerebro laminado de un ratón muerto hace mucho tiempo, el acongojado llanto de una computadora. El espacio casi nunca ofrece respiro, rescate o remedio. Hay que anticipar todos los peligros; de lo contrario se vuelven mortales. Y la más grande de todas las dificultades es el propio hombre.

—Es hermosa —dijo el primer técnico.

—Es sólo una niña —dijo el segundo.

—No parecerá tan niña cuando hayan estado doscientos años en el espacio —dijo el primero.

—Pero es una niña —dijo el segundo, sonriendo—, una hermosa muñeca de ojos

azules que, en puntillas, empieza a dar sus primeros pasos hacia la vida adulta.

Suspiró.

—Iría congelada —dijo el primero.

—No todo el tiempo —dijo el segundo—.

A veces se despiertan. Se tienen que despertar. Las máquinas los descongelan. Recuerdas los crímenes en la *Vieja Veintidós*. Buena gente, pero mal combinada. Y todo anduvo mal, sucia, brutalmente mal.

Ambos recordaron a la *Vieja Veintidós*. La nave había ya andado mucho tiempo a la deriva entre las estrellas cuando alguien percibió su señal de alarma y la rescató. El rescate llegó demasiado tarde.

La nave se veía en un estado imaculado. Las velas estaban dispuestas en un ángulo correcto. Los miles de durmientes congelados, que iban detrás de la nave en sus cápsulas adiabáticas individuales, habrían estado en excelente condición, pero los habían dejado demasiado tiempo en pleno espacio, y la mayoría se había podrido. En el interior de la nave... allí estaba el problema. El marinero se había desvanecido o se había muerto. Se habían despertado los pasajeros de reserva. Los pasajeros de reserva no se llevaron bien entre ellos. O se llevaron demasiado bien, espantosamente bien, en el mal sentido. Allá entre las estrellas, encerrados en una frágil y limitada cabina, habían inventado nuevos crímenes, y los habían cometido entre ellos: crímenes que un millón de años de la vieja maldad terrestre no había sacado nunca a la superficie del hombre.

Los investigadores de la *Vieja Veintidós* se habían enfermado gravemente al reconstruir los hechos que ocurrieron después de despertar la tripulación de reserva. Dos de esos investigadores habían pedido que les borrarán la memoria y, obviamente, se habían retirado del servicio.

Los dos técnicos conocían toda la historia de la *Vieja Veintidós* mientras miraban a la mujer de quince años que dormía sobre la mesa. ¿Sería una mujer? ¿Sería una niña? ¿Que le pasaría si despertaba en el vuelo?

La muchacha respiraba delicadamente.

Los dos técnicos se miraron por encima de la figura de la muchacha, y el primero dijo:

—Deberíamos llamar al guardia psicológico. Es el hombre indicado para este trabajo.

—Al menos lo puede intentar —dijo el segundo.

El guardia psicológico, un hombre cuyo nombre terminaba en los dígitos Tiga-belas, entró muy alegre en la sala media hora más tarde. Era un viejo observador y astuto, con cara de soñador, probablemente en el cuarto rejuvenecimiento. Miró a la muchacha hermosa que había sobre la mesa y aspiró profundamente.

—¿Para qué es...? ¿Para una nave?

—No —dijo el primer técnico—, es para un concurso de belleza.

—No sea tonto —dijo el guardia psicológico—. ¿De veras van a mandar a esa niña hermosa al Arriba-Afuera?

—Es de la reserva —dijo el segundo técnico—. La gente de Wereld Schemering se está volviendo muy fea, y han transmitido al Gran Parpadeo que necesitan gente de mejor aspecto. La Instrumentalidad los está ayudando. Todas las personas que van en esta nave son elegantes o hermosas.

—Si es tan preciosa, ¿por qué no la congelan y la ponen en una cápsula? De esa manera llegaría o no llegaría a destino. Una cara tan bonita como esa —dijo Tiga-belas— podría crear problemas en cualquier parte. Y más en una nave. ¿Cuál es su número nombre?

—Está allí, en el pizarrón —dijo el primer técnico—. Todo está allí, en el pizarrón. Supongo que también querrá los de los otros. Ya está hecha la lista, y pronto aparecerá en el pizarrón.

—Veeseey-koosey —leyó el guardia psicológico, en voz alta—, o cinco-seis. Un nombre tonto, pero bastante bonito.

Echó una última ojeada a la muchacha dormida, y se concentró en el trabajo de leer las historias clínicas de las personas agregadas a la tripulación de reserva. A las diez líneas vio por qué la muchacha iba preparada para emergencias, en vez de dormir todo el viaje. Tenía un Potencial Filial de 999.999, lo cual significaba que cualquier adulto normal de cualquiera de los dos sexos la podría acep-

tar y la aceptaría como hija luego de unos pocos minutos de relación. La muchacha no tenía ninguna habilidad especial, ningún conocimiento, ninguna preparación. Pero podía remotivar casi a cualquier persona mayor que ella, y ofrecía una probabilidad de que esa persona remotivada librara una gigantesca batalla por la vida. Por el bien de la muchacha. Y, secundariamente, por el bien del adoptante.

Eso era todo, pero se trataba de algo tan especial que bastaba para que la pusieran en la cabina. Encarnaba la verdad literal del antiguo fragmento poético: "la más bella de las hijas de la vieja, vieja Tierra".

Cuando Tiga-belas terminó de sacar las notas ya casi no quedaba tiempo. Los técnicos no lo habían interrumpido. Se volvió para mirar una última vez a la hermosa muchacha. La muchacha había desaparecido. El segundo técnico se había ido y el primero se estaba limpiando las manos.

—¿No la han congelado? —inquirió Tiga-belas—. Yo también tendré que hacerle algo, para que funcione la defensa.

—Sí, desde luego —dijo el primer técnico—. Para eso le hemos reservado dos minutos.

—¡Me dan dos minutos —dijo Tiga-belas— para proteger un viaje de cuatrocientos cincuenta años!

—Acaso necesita más —dijo el técnico; no fue siquiera una pregunta, excepto en la forma.

—¿Necesito? —dijo Tiga-belas. Esbozó una sonrisa—. No, no necesito. Esa chica estará segura mucho tiempo después de que yo haya muerto.

—¿Cuándo muere usted? —dijo el técnico, tratando de ser sociable.

—Dentro de setenta y tres años, dos meses, cuatro días —dijo Tiga-belas, complacido—. Estoy en la cuarta-y-última.

—Ya me parecía —dijo el técnico—. Es usted listo. Nadie es así al principio. Todos aprendemos. Estoy seguro de que cuidará de esa muchacha.

Salieron juntos del laboratorio y ascendieron a la superficie y a la fresca y tranquila noche de la Tierra.

En las últimas horas del día siguiente llegó Tiga-belas, muy contento. En la mano izquierda llevaba, en un carrito de tamaño comercial, la grabación de un drama. En la mano derecha tenía un cubo de plástico negro con las caras cubiertas por resplandecientes puntos de contacto plateados. Los dos técnicos lo saludaron cortésmente.

El guardia psicológico no podía ocultar la excitación y el placer.

—Conseguí los cuidados necesarios para esa chica. Va a ir preparada de tal modo que conservará todo su Potencial Filial, pero acercándose mucho más al mil punto doble cero que cuando tenía todos esos nueves. Usé el cerebro de un ratón.

—Si está congelado —dijo el primer técnico— no lo podremos poner en la computadora. Tendrá que ir en los depósitos de emergencia.

—El cerebro está congelado —dijo Tiga-belas, indignado—. Ha sido laminado. Lo endurecimos con celuprime y luego lo cortamos en siete mil capas. Cada una de esas capas lleva un protector plástico de por lo menos dos moléculas de espesor. El ratón no puede deteriorarse. En realidad, este ratón va a seguir pensando eternamente. No pensará mucho, a menos que le proporcionemos el voltaje, pero pensará. Y no puede deteriorarse. Es un plástico cerámico, y sólo lo podría romper un arma mayor.

—¿Los contactos...? —dijo el segundo técnico.

—No llegan adentro —dijo Tiga-belas—. Este ratón está sintonizado con la personalidad de esa chica, hasta una distancia de mil metros. Lo podemos poner en cualquier sitio de la nave. La caja ha sido endurecida. Los contactos sólo están fijados en la parte exterior. Alimentan a otros contactos de acroníquel que hay del lado de adentro. Como les dije, este ratón va a seguir pensando cuando el último planeta conocido esté muerto. Y pensará en esa chica. Para siempre.

—Para siempre es un tiempo espantosamente largo —dijo el primer técnico, estremeciéndose—. Sólo necesitamos un período de

seguridad de dos mil años. La propia muchacha se deterioraría en menos de mil años, si algo fallase.

—No importa —dijo Tiga-belas—; esa chica va a estar protegida, llegue o no a deteriorarse. —Tiga-belas le habló al cubo.— Vas con Veeseey, muchacho, y si ella se pone como los de la *Vieja Veintidós* transformarás todo en un juego de pinitos con helados e himnos al Viento Oeste. —Tiga-belas alzó la mirada hacia los otros hombres y dijo, innecesariamente:— No me oye.

—Claro que no —dijo el primer técnico, muy seco.

Todos miraron el cubo. Era una hermosa obra de ingeniería. El guardia psicológico tenía razones para estar orgulloso.

—¿Va a seguir necesitando el ratón? —dijo el primer técnico.

—Sí —dijo Tiga-belas—. Un tercio de una milésima de segundo a cuarenta megadinas. Quiero grabarle toda la vida de la chica en el lóbulo cortical izquierdo. Especialmente los gritos. Gritó mucho a los diez meses. Algo que tenía en la boca. Gritó a los diez años cuando pensó que el aire se había interrumpido en el tubo ascensor. Pero no se había interrumpido; de lo contrario no estaría ahora en este sitio. Todo eso aparece en la ficha clínica. Quiero que el ratón tenga esos gritos. Y a la chica le regalaron un par de zapatos rojos cuando cumplió cuatro años. Quiero esos dos minutos con ella. He grabado la clave de la serie completa de *Marcia y los Hombres de la Luna*, el mejor drama para chicas adolescentes que dieron en la pantalla el año pasado. Veeseey lo vio. Y ahora lo volverá a ver, pero también estará conectado el ratón. Habrá menos posibilidades de que se olvide que las posibilidades de una bola de nieve en el infierno.

—¿Qué dijo? —preguntó el primer técnico.

—¿Eh? —dijo Tiga-belas.

—¿Es usted sordo?

—No —dijo el técnico, enfadado—. Simplemente no entendí lo que usted quiso decir.

—Dije que habría menos posibilidades de que se olvide que las posibilidades de una bola de nieve en el infierno.



—Eso es lo que me pareció haber oído —respondió el técnico—. ¿Qué es una bola de nieve? ¿Qué es el infierno? ¿Cuáles son las posibilidades?

El segundo técnico los interrumpió, ansioso.

—Yo sí —explicó—. Las bolas de nieve son formaciones heladas en Neptuno. El Infierno es un planeta cerca de Khufu VII. No sé cómo podría alguien juntar las dos cosas.

Tiga-belas los miró con el fatigado asombro de los muy viejos. No tenía ganas de dar explicaciones.

—Dejemos la literatura para otro momento —dijo con suavidad—. Todo lo que quise decir fue que Veesey estará segura en cuanto la imprimamos en este ratón. El ratón la sobrevivirá a ella y a todos los demás, y ninguna adolescente olvidará a *Marcia y los Hombres de la Luna*. Especialmente después de haber visto cada episodio dos veces. Que es lo que hizo Veesey.

—¿No anulará a todos los otros pasajeros? Eso no sería una solución —dijo el primer técnico.

—No, de ningún modo —dijo Tiga-belas.

—Déme otra vez esas medidas —dijo el primer técnico.

—Ratón... un tercio de una milésima de segundo a cuarenta megadinas.

—Así lo oirán más allá de la luna —dijo el primer técnico—. No se puede meter ese tipo de cosas en la cabeza de la gente sin permiso. ¿Quiere que consigamos un permiso especial de la Instrumentalidad?

—¿Para un tercio de una milésima de segundo?

Los dos hombres se miraron cara a cara un momento; luego el técnico empezó a arrugar la frente, la boca se le distendió esbozando una sonrisa y ambos terminaron riendo. El segundo técnico no entendía lo que pasaba, y Tiga-bela les explicó:

—Estoy poniendo toda la vida de la muchacha en un tercio de una milésima de segundo a máxima potencia. La vida se volcará en el cerebro de ratón que hay dentro del cubo. ¿Cuál es la reacción humana normal en un tercio de una milésima de segundo?

—Quince milésimas de segundo... —empezó a decir el segundo técnico, y se calló.

—Eso es —dijo Tiga-belas—. La gente no percibe nada en menos de quince milésimas de segundo. Este ratón no sólo es un ratón laminado; es un ratón rápido. La laminación actúa con más rapidez que sus viejas sinapsis. Traigan a la chica.

El primer técnico se volvió para hacer una última pregunta.

—¿El ratón está muerto?

—No. Sí. Claro que no. ¿Qué quiere usted decir? ¿Quién sabe? —dijo Tiga-belas, sin hacer una sola pausa para respirar.

El hombre más joven seguía mirando, pero el canapé con la chica hermosa ya había entrado en la habitación. La piel de Veesey se había enfriado, y del rosa había pasado al marfil; a simple vista ya no se le notaba la respiración, pero todavía era hermosa. El congelamiento profundo aún no había comenzado.

—Ratón... cuarenta megadinas, un tercio de una milésima de segundo. Muchacha, índice de emisión máxima de energía, el mismo tiempo. Muchacha, índice de recepción de energía, dos minutos, ¿qué volumen?

—Cualquiera —dijo Tiga-belas—. Cualquiera. El que usen para grabado profundo de personalidad.

—Volumen listo —dijo el técnico.

—Tome el cubo —dijo Tiga-belas.

El técnico tomó el cubo y lo puso en la caja parecida a un ataúd que había cerca de la cabeza de la muchacha.

—Adiós, ratón inmortal —dijo Tiga-belas—, piensa en la chica hermosa cuando yo esté muerto y no te canses demasiado de *Marcia y los Hombres de la Luna* cuando la hayas visto durante un millón de años...

—La grabación —dijo el segundo técnico. Tiga-belas se la entregó. La puso en un proyector común de dramas que sin embargo tenía cables más gruesos que los proyectores domésticos.

—¿Tiene alguna palabra clave? —dijo el primer técnico.

—Es un pequeño poema —dijo Tiga-belas. Buscó en el bolsillo—. No lo lea en voz alta. Si uno de nosotros pronunciase mal una palabra, existiría la posibilidad de que ella la

oyese y eso alteraría la relación entre ella y el ratón laminado.

Los dos miraron el trozo de papel. En letras claras y arcaicas aparecían estas líneas:

*Señora, si un hombre
la quiere molestar, usted puede
azul pensar,
hasta dos contar,
y un zapato rojo buscar.*

Los técnicos rieron, entusiasmados.

—Eso servirá —dijo el primer técnico.

Tiga-belas los miró con una turbada sonrisa de agradecimiento.

—Conéctelos a los dos —dijo—. Adiós, muchacha —murmuró para sus adentros—. Adiós, ratón. Quizá los vea dentro de setenta y cuatro años.

En la habitación hubo un invisible destello de luz, una luz que les brilló dentro de las cabezas.

En órbita lunar, un navegante pensó en los zapatos rojos de su madre.

En la Tierra dos millones de personas empezaron a contar “uno-dos” y luego se preguntaron por qué habrían hecho eso.

Un joven y brillante periquito, en una nave orbital, comenzó a recitar el verso entero, y desconcertó a la tripulación: nadie le encontraba significado.

Fuera de estos episodios no hubo efectos secundarios.

La chica del féretro arqueó el cuerpo a causa de la terrible tensión. Los electrodos le habían chamuscado la piel en las sienes. Las cicatrices, de un rojo brillante, se veían nítidamente en la piel fresca y fría.

En el cubo no había señales del ratón muerto-vivo vivo-muerto.

Mientras el segundo técnico extendía un ungüento sobre las cicatrices de Veesev, Tiga-belas se puso los auriculares y tocó los terminales del cubo muy suavemente, sin moverlo del sitio que ocupaba en la caja con forma de ataúd.

Asintió, satisfecho. Dio un paso atrás.

—¿Está seguro de que la muchacha lo registró?

—Se lo volveremos a leer antes de que entre en congelamiento profundo.

—*Marcia y los Hombres de la Luna*, ¿qué?

—Es fácil —dijo el primer técnico—. Le diré si falta algo. Pero no faltará nada.

Tiga-belas echó una última mirada a la hermosa, hermosa muchacha. Setenta y tres años, dos meses, tres días, pensó para sus adentros. Y a ella, fuera del alcance de las leyes terrestres, quizá la premien con mil años. Y el cerebro de ratón vivirá un millón de años.

Veesev nunca conoció a ninguno de ellos: ni el primer técnico ni el segundo técnico ni Tiga-belas, el guardia psicológico.

Hasta el día de su muerte, Veesev supo que *Marcia y los Hombres de la Luna* había incluido las luces azules más maravillosas, la hipnótica cuenta de “uno-dos, uno-dos” y los zapatos rojos más bonitos que una niña había visto en la Tierra o fuera de la Tierra.

III

Trescientos veintiséis años más tarde, Veesev tuvo que despertar.

Se había abierto su caja.

Le dolía el cuerpo, en cada músculo y en cada nervio.

La nave gritaba *emergencia* y ella tenía que levantarse.

Quería dormir, dormir, o morir.

La nave seguía gritando.

Tenía que levantarse.

Alzó un brazo hasta el borde del féretro-cama. Había practicado los movimientos para entrar y salir de la cama en el largo período de entrenamiento antes de que la llevaran abajo para hipnotizarla y congelarla. Sabía con toda precisión lo que tenía que buscar, y lo que iba a encontrar. Se volvió echándose sobre un costado. Abrió los ojos.

Las luces eran amarillas y potentes. Volvió a cerrar los ojos.

Esta vez sonó una voz, muy cerca. La voz parecía decir:

—Lleva la paja a la boca.

Veesev lanzó un quejido.

La voz continuaba diciendo cosas.

Sentía algo áspero contra la boca.

Abrió los ojos.

El perfil de una cabeza humana se había interpuesto entre ella y la luz.

Bizqueó, tratando de ver si sería otro de los doctores. No, ahora estaba en la nave.

La cara se definió.

Era la cara de un hombre muy buen mozo y muy joven. Los ojos de este hombre la miraron a ella a los ojos. Ella nunca había visto a nadie que fuese, a la vez, hermoso y simpático, por lo menos de la manera en que lo era ese hombre. Trató de verlo con claridad, y se sorprendió esbozando una sonrisa.

El tubo de alimentación le entró entre los labios y los dientes. Automáticamente, Veeseey chupó. El líquido que salía de ese tubo era algo parecido a la sopa pero también poseía un gusto medicinal.

El rostro tenía voz.

—Despierta —decía—, despierta. No es bueno parar ahora. Necesitas hacer ejercicio en cuanto puedas.

Veeseey dejó que el tubo se le cayese de la boca y jadeó:

—¿Quién eres?

—Trece —dijo el joven—, y aquel que está allí es Talatashar. Hace dos meses que estamos despiertos, reanimando a los robots. Necesitamos tu ayuda.

—Ayuda —murmuró Veeseey—, ¿mi ayuda?

La cara de Trece se arrugó en una deliciosa sonrisa.

—Bueno, sí, te necesitamos en cierto modo. Necesitamos de veras una tercera mente para observar a los robots cuando pensemos que están preparados. Y además, nos sentimos muy solos. Talatashar y yo no nos acompañamos demasiado. Examinamos la lista de los tripulantes de reserva y decidimos despertarte a ti.

Le tendió una mano amistosa.

Al incorporarse, Veeseey vio al otro hombre, Talatashar. Retrocedió inmediatamente: nunca había visto a nadie tan feo. Tenía el pelo canoso y demasiado corto. En cuencas inundadas de grasa asomaban ojitos de cerdo. A los lados de la cara le colgaban las mejillas, en papadas monstruosas. Y por si eso fuera poco, la cara era verdaderamente desproporcionada. Un lado parecía despierto, pero el otro se retorció en un interminable espasmo de agonía. Veeseey no lo pudo evitar

y se llevó una mano a la boca. Así habló, con el dorso de la mano sobre los labios.

—Pensé... pensé que todas las personas que iban en esta nave tenían que ser hermosas.

Un lado de la cara de Talatashar le sonrió mientras que el otro conservaba aquella inmóvil expresión de dolor.

—Lo éramos —retumbó la voz de Talatashar, una voz nada desagradable—, todos lo éramos. Siempre hay algunos que se deterioran a causa del congelamiento. Tardarás algún tiempo en acostumbrarte a mí: —Lanzó una torva carcajada.— *Yo mismo* tardé un tiempo en acostumbrarme a mí. Lo he logrado en dos meses. Encantado de conocerte. Quizá también tú estés encantada de conocerme después de un tiempo. ¿Tú qué piensas, eh, Trece?

—¿Qué? —dijo Trece, que los había mirado con amistosa preocupación.

—La chica. Tan discreta. La diplomacia directa de los muy jóvenes. Dijo que yo era hermoso. Yo digo que no. Y ella ¿qué es?

Trece se volvió hacia la muchacha.

—Te ayudaré a sentarte —dijo.

Veeseey se sentó en el borde de la caja.

Sin decir nada, el joven le entregó el recipiente del líquido con el tubo de alimentación, y ella volvió a chupar. Los ojos de la muchacha miraban a los dos hombres como los ojos de una niña pequeña. Eran ojos tan inocentes y tan preocupados como los ojos de una gatita que acaba de conocer su primer problema.

—Tú ¿qué eres? —dijo Trece.

Veeseey apartó los labios del tubo por un instante.

—Una muchacha —dijo.

En una mitad de la cara de Talatashar apareció una sonrisa sofisticada. La otra mitad se movió un poco a causa del estiramiento de los músculos, pero no expresó nada.

—Eso ya lo veremos —dijo, con voz torva.

—Lo que quiere decir Talatashar —explicó Trece, conciliatorio—, es ¿qué te enseñaron? Veeseey volvió a dejar el tubo.

—Nada —dijo.

Los hombres se rieron... los dos. Primero,

Talatashar rió con toda la maldad del mundo en la voz. Luego rió Trece, que era demasiado joven para reír con su propia risa. Su risa también fue cruel. Había en ella algo masculino, misterioso, amenazador y secreto, como si supiera todas las cosas que las muchachas sólo podían saber a costa de dolor y de humillación. Por el momento era un extraño, como siempre lo han sido los hombres frente a las mujeres; colmado de secretos motivos y ocultos deseos, impulsado por brillantes y agudos pensamientos que las mujeres no tenían ni deseaban tener. Quizá se le había deteriorado algo más que el cuerpo.

No había nada en la propia vida de Veeseey que le hiciese temer esa risa, pero un millón de años de instinto femenino le decían que no hiciese caso del mal, que siguiese alerta ante nuevos peligros y que esperase lo mejor por el momento. De libros y grabaciones había aprendido todo lo del sexo. Esa risa nada había tenido que ver con bebés o con el amor. Había en ella desprecio y poder y crueldad: la crueldad de los hombres que son crueles simplemente porque son hombres. Por un instante los odió a los dos, pero no se sintió alarmada hasta el punto de hacer funcionar los dispositivos protectores que el guardia psicológico le había incorporado a la mente. En vez de hacer eso, miró la cabina, un rectángulo de diez metros de largo por cuatro de ancho.

Esa era ahora su casa, quizá para siempre. En algún sitio había durmientes, pero ella no veía las cajas. Todo lo que tenía era ese pequeño espacio y los dos hombres... Trece, el de la risa cálida, la voz agradable, los interesantes ojos color azul grisáceo; y Talatashar, el de la cara arruinada. Y las risas de los dos. Esa risa masculina, tan perversa y misteriosa, esa risa hostil y sutilmente burlona.

“La vida es la vida”, pensó Veeseey, “y tengo que vivirla. Aquí.”

Talatashar, que había terminado de reír, habló ahora con una voz muy diferente.

—Más adelante ya habrá tiempo para la diversión y los juegos. Pero primero tenemos que hacer el trabajo. Las velas fotónicas no recogen suficiente luz de las estrellas para lle-

varnos a algún sitio. La vela mayor ha sido rasgada por un meteoro. No podemos repararla porque mide treinta kilómetros de una punta a la otra. Así que tendremos que remendar de algún modo la nave... esa es la vieja y adecuada palabra.

—¿Cómo funciona? —preguntó Veeseey con tristeza, no muy interesada en su propia pregunta. Las molestias y los dolores del largo congelamiento empezaban a atormentarla.

Talatashar dijo:

—Es simple. Las velas llevan una capa. Unos cohetes nos pusieron en órbita. La presión de la luz es mayor de un lado que del otro. Con un poco de presión en un lado y virtualmente nada de presión en el otro, la nave tiene que ir a algún lugar. La materia interestelar es muy tenue y no consigue frenarnos. Las velas tiran siempre en dirección contraria a la fuente de luz más brillante. Durante los primeros ochenta años esa fuente era el Sol. Luego tratamos de aprovechar el Sol y algunas zonas brillantes que quedaban detrás. Ahora recibimos más luz de la que queremos, y nos desviaremos del punto de destino si no volvemos el lado ciego de las velas hacia esa meta y los lados impelentes hacia una fuente un poco menos brillante. El marinero murió, por una razón que no llegamos a comprender. El mecanismo automático de la nave nos despertó y el tablero de navegación nos explicó la situación. Aquí estamos. Tenemos que preparar los robots.

—Pero ¿qué les pasa? ¿Por qué no lo hacen ellos mismos? ¿Por qué tuvieron que despertar a personas? Dicen que son tan listos.

Veeseey pensaba en especial por qué habrían tenido que despertarla a ella. Pero sospechaba la respuesta —que lo habían hecho los hombres, no los robots—, y no quería hacerles decir esas palabras. Todavía recordaba cómo esas risas masculinas se habían transformado en algo feo.

—Los robots no fueron programados para rasgar velas; sólo fueron programados para arreglarlas. Tenemos que condicionarlos para que acepten el daño que no queremos reparar y para que sigan adelante con el nuevo trabajo que queremos agregar.

—¿Podría comer alguna cosa? —preguntó Veesey.

—¡ Ya te la traigo! —gritó Trece.

—¿Por qué no? —dijo Talatashar.

Mientras la muchacha comía, los dos hombres revisaron la lista de trabajos necesarios; los tres hablaban tranquilamente. Veesey se sintió más relajada. Tenía la sensación de que la estaban aceptando en el club.

Cuando terminaron de preparar el plan de trabajo, llegaron a la conclusión de que tardarían entre treinta y cinco y cuarenta y dos días normales en atiesar las velas y volver a colocarlas. Los robots hacían el trabajo exterior, pero las velas medían cien mil kilómetros de largo por treinta mil kilómetros de ancho.

¡ Cuarenta y dos días!

No fueron cuarenta y dos días de trabajo, ni nada parecido.

Necesitaron un año y tres días.

Las relaciones en la cabina no habían cambiado mucho. Talatashar por lo general no le hablaba; cuando lo hacía era para hacerle observaciones desagradables. Nada de lo que había encontrado en el botiquín le había mejorado el aspecto, pero algunas de las cosas lo drogaban y entonces dormía muy bien durante largos ratos.

Hacía mucho tiempo que Trece se había convertido en el novio de ella, pero era un romance tan inocente que bien podría haber transcurrido sobre el césped, bajo unos olmos, al borde de un sedoso río terrestre.

Una vez Veesey los encontró peleando, y exclamó:

—¡ Paren! ¡ Paren! ¡ No pueden hacer eso!

Cuando dejaron de golpearse mutuamente, la muchacha dijo, sorprendida:

—Pensé que no *podían*. Esas cajas. Esos protectores. Esas cosas que nos ponen.

Y Talatashar, con infinita fealdad y determinación en la voz, dijo:

—Eso es lo que *ellos* pensaron. Hace meses que tiré esas cosas fuera de la nave. No las quiero tener cerca.

El efecto sobre Trece fue dramático, tan malo como si hubiera entrado sin darse cuenta en uno de los Viejos Lugares Enajenantes.

Quedó totalmente paralizado, los ojos muy abiertos y la voz llena de pánico cuando por fin consiguió hablar.

—¡ Es... por eso... entonces... que... nos... peleamos!

—¿ Te refieres a las cajas? Claro que ya no están.

—Pero —jadeó Trece— cada uno de nosotros era protegido por una caja. A todos nos protegían... de nosotros mismos. ¡ Dios nos ayude!

—¿ Qué es Dios? —dijo Talatashar.

—No importa. Es una vieja palabra. Se la oí a un robot. Pero ¿ qué haremos? ¿ Qué harás tú? —le dijo, acusador, a Talatashar.

—¿ Yo? —dijo Talatashar—. Yo nada. Nada ha ocurrido.

El lado bueno de la cara se retorció en una espantosa sonrisa.

Veesey observó a los dos hombres.

No lo entendía, pero lo temía: ese peligro tan poco específico.

Talatashar lanzó su fea y masculina carcajada, pero esta vez Trece no lo acompañó. El muchacho, en cambio, miró boquiabierto al otro hombre.

Talatashar hizo una demostración de coraje y de indiferencia.

—Se terminó mi turno —dijo—, y me voy a dormir.

Veesey asintió y trató de decirle “buenas noches” pero no pudo separar los labios. Estaba asustada e inquisitiva. De las dos cosas, sentirse inquisitiva era la peor. Tenía a más de treinta mil personas alrededor, pero sólo esas dos estaban vivas y presentes. Y sabían algo que ella no sabía.

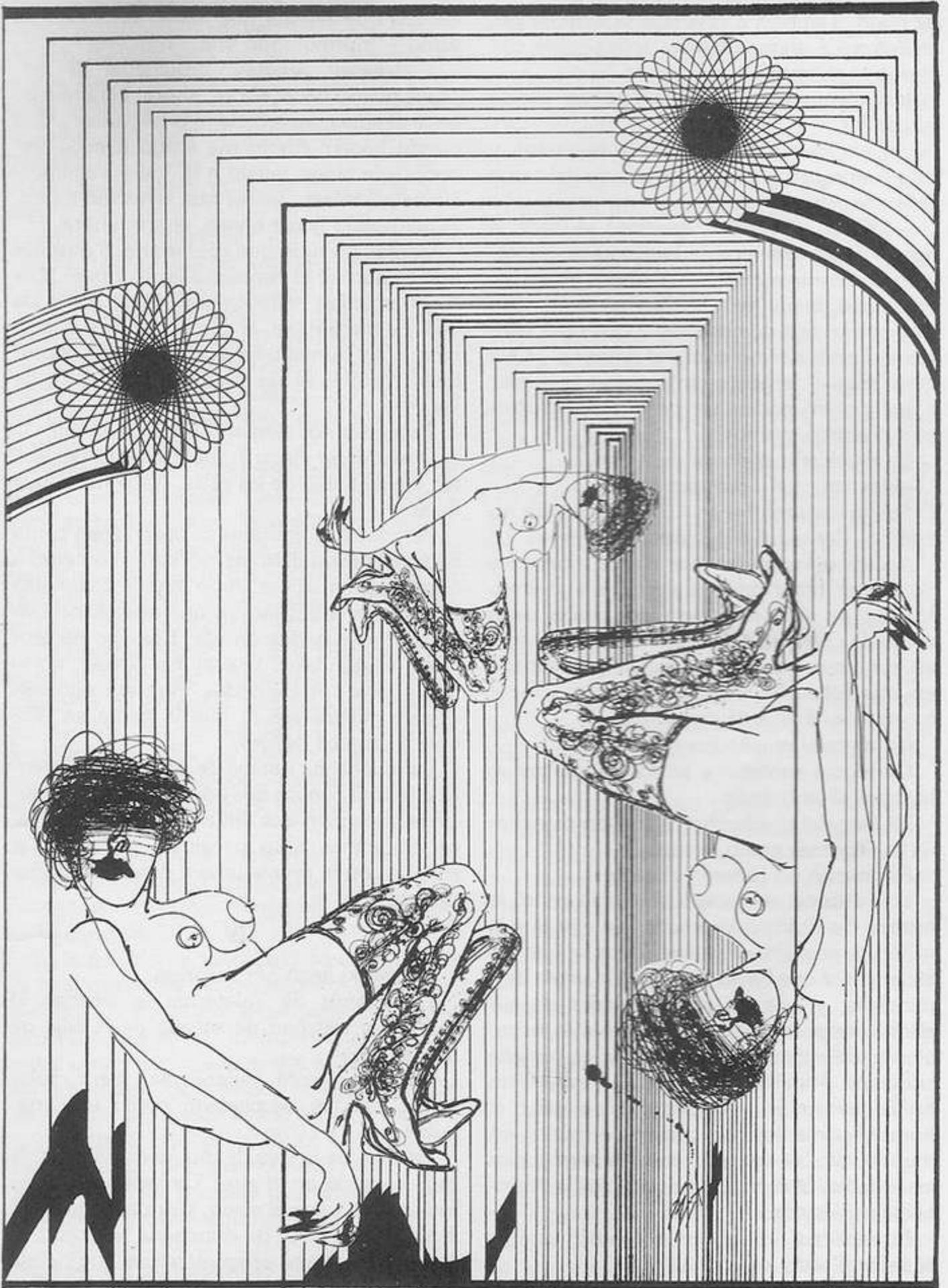
De eso Talatashar hizo una valiente ostentación al ordenarle:

—Prepara alguna bebida especial para la gran comida de mañana. Te conviene obedecer, muchacha.

Talatashar subió a la pared.

Cuando Veesey se volvió hacia Trece, fue él quien cayó en los brazos de ella.

—Estoy asustado —dijo Trece—. Podemos enfrentar cualquier cosa en el espacio, pero no podemos enfrentarnos a nosotros. Estoy empezando a pensar que el marinero



se mató. También a él le falló la defensa psicológica. Y ahora estamos todos solos con nosotros mismos.

Instintivamente, Veeseey miró la cabina alrededor.

—Es lo mismo que antes. Los tres solos, y este cuarto pequeño y del otro lado del casco el Arriba-Afuera.

—¿No lo entiendes, querida? —Trece la agarró de los hombros. — Las cajas nos protegían de nosotros mismos. Y ahora no están. Nada nos puede ayudar. No hay aquí nada que nos proteja de nosotros. ¿Qué cosa lastima al hombre tanto como el hombre? ¿Qué cosa mata a la gente tanto como la gente? ¿Qué peligro podría ser peor para nosotros que nosotros mismos?

La muchacha trató de desasirse.

—La situación no es tan mala.

Sin contestar, Trece la atrajo contra su cuerpo. Comenzó a desgarrarle las ropas. La chaqueta y los pantalones cortos, como los de él, eran omnitextiles y ajustados al cuerpo. Veeseey se defendió, pero no estaba nada asustada. Sentía lástima por el muchacho, y en ese momento lo único que la preocupaba era que Talatashar llegase a despertar y fuese a ayudarla. Eso sería demasiado.

No costaba mucho contener a Trece.

Consiguió sentarlo y juntos se deslizaron hasta el sillón grande.

La cara del muchacho estaba tan manchada de lágrimas como la suya.

Esa noche no hicieron el amor.

En susurros, en jadeos, Trece le contó la historia de la *Vieja Veintidós*. Le dijo que la gente se vaciaba entre los astros y que las viejas cosas que había dentro de la gente despertaban, y que las profundidades de sus mentes eran más terribles que el más negro abismo del espacio. El espacio nunca cometía crímenes. Mataba, nada más. La naturaleza podía transmitir la muerte, pero sólo el hombre podía llevar el crimen de mundo en mundo. Sin las cajas, todos ellos miraban los insondables abismos de sus propias y desconocidas identidades.

En realidad, Veeseey no entendió, aunque se esforzó todo lo posible.

Trece se fue a dormir —hacía ya mucho

tiempo que tendría que haber terminado su turno— murmurando una y otra vez:

—¡Veeseey, Veeseey, protégeme de mí! ¿Qué puedo hacer ahora, ahora, para que no haga alguna cosa terrible más adelante? ¿Qué puedo hacer? Ahora me tengo miedo, Veeseey, y le tengo miedo a la *Vieja Veintidós*. Veeseey, Veeseey, tienes que salvarme de mí. ¿Qué puedo hacer ahora, ahora, ahora...?

Veeseey no supo qué contestarle, y después que se durmió él también ella se durmió. Las luces amarillas brillaban con fuerza sobre los dos. La mesa robot, al descubrir que no había ningún ser humano en la posición de "encendido", asumió el mando total de la nave y de las velas.

Talatashar los despertó por la mañana.

Durante ese día, y durante los días siguientes, nadie habló de las cajas. Nada había que decir.

Pero los dos hombres se observaban como bestias de razas distintas, y Veeseey comenzó a observarlos a su vez. Algo malo y vital había entrado en la habitación, una exuberancia vital que Veeseey desconocía. Ese algo no producía ningún olor; Veeseey no lo veía; no lo podía tocar con los dedos. Pero era algo verdadero. Quizá era lo que la gente en otra época llamaba *peligro*.

La muchacha trataba de ser particularmente amistosa con los dos hombres. Eso le reducía la sensación que tenía adentro. Pero Trece era ahora rudo y celoso, y Talatashar sonreía con la misma falsa y desproporcionada sonrisa.

IV

El peligro llegó por sorpresa.

Las manos de Talatashar le tocaban el cuerpo, y trataban de sacarla de la caja de dormir.

Veeseey intentó defenderse, pero Talatashar era tan despiadado como una máquina.

La sacó de la caja, le dio media vuelta y la dejó flotando en el aire. Tardaría uno o dos minutos en tocar el suelo, y era evidente que él trataría otra vez de dominarla. Mientras se retorció en el aire preguntándose qué habría pasado, Veeseey vio que los ojos de Trece se

móvian siguiéndole los movimientos. Tardó sólo una fracción de segundo en darse cuenta de que también veía a Trece. El muchacho estaba atado con cable de emergencia, y ese cable estaba atado a uno de los montantes de la pared. Sin duda se sentía más desvalido que ella.

Un miedo frío y profundo invadió a Veeseey.

—Esto ¿es un crimen? —le susurró al aire vacío—. ¿Esto que me estás haciendo es lo que llaman crimen?

Talatashar no le contestó, pero le apretó con firmeza los hombros. La hizo girar. La muchacha le dio una bofetada. Talatashar le respondió con otra bofetada, una bofetada tan fuerte que Veeseey sintió en la mandíbula el dolor de una herida.

Veeseey se había lastimado accidentalmente unas cuantas veces; los médicos-robots siempre habían corrido a auxiliarla. Pero esa era la primera vez que la lastimaba otro ser humano. Lastimar a una persona... ¡eso no se hacía, fuera de los juegos de hombres! No se hacía. No podía pasar. Pasó.

De repente recordó lo que Trece le había contado de la *Vieja Veintidós*, y de lo que les pasaba a las personas cuando en el espacio perdían lo que eran por fuera y comenzaban a sacar maldad de ese interior que, después de un millón de años de humanidad, todavía los seguía a todas partes, incluso al espacio mismo.

Era el crimen, que había vuelto al hombre.

Veeseey consiguió decírselo a Talatashar.

—¿Vas a cometer crímenes? ¿En esta nave? ¿Conmigo?

La expresión de Talatashar no era muy clara, con esa mitad del rostro congelada en un perpetuo rictus de risa incumplida. Ahora estaban frente a frente. La muchacha sentía un ardor en la cara, en el sitio donde había recibido la bofetada, pero el lado bueno de la cara de Talatashar, donde ella lo había golpeado, no mostraba huellas de dolor equivalentes. No mostraba más que fortaleza, atención y una especie de armonía que era absoluta e inimaginablemente errónea.

Al fin Talatashar le respondió como un hombre que camina entre las maravillas de su propia alma.

—Voy a hacer lo que yo quiera. Lo que yo quiera. ¿Entiendes?

—¿Por qué no nos pides? —consiguió decir Veeseey—. Trece y yo haremos lo que tú quieras. Estamos todos solos en esta pequeña nave, a millones de kilómetros de ninguna parte. ¿Por qué no habríamos de hacer lo que tú quieras? Suéltalo. Y habla conmigo. Haremos lo que tú quieras. Cualquier cosa. También tú tienes derechos.

La carcajada de Talatashar fue casi un grito de locura.

Acercó la cara a la muchacha y le silbó tan bruscamente que las gotas de saliva la salpicaron de la mejilla a la oreja:

—¡No quiero derechos! —le gritó—. No quiero lo que es mío. No quiero hacer algo bueno. ¿Les parece que no los he oído a los dos, noche tras noche, haciendo delicados ruidos amorosos cuando se oscurece la cabina? ¿Por qué crees que arrojé todos esos cubos de la nave? ¿Por qué crees que necesitaba poder?

—No lo sé —dijo ella, triste y humilde. No había perdido la esperanza. Quizá Talatashar se desahogaba hablando y recuperaba la cordura. Veeseey había oído hablar de robots a los que les fallaban los circuitos y tenían que ser perseguidos por otros robots. Pero nunca había pensado que eso también le podía ocurrir a la gente.

Talatashar lanzó un quejido. En ese quejido estaba la historia del hombre: la ira hacia la vida, que promete tanto y da tan poco, y la desesperación con el tiempo, que engaña al hombre mientras le da forma. Se echó hacia atrás, en el aire, y se dejó flotar hacia el suelo de la cabina, donde la alfombra magnética les atría los sedosos filamentos de hierro que contenían sus ropas.

—Piensas esto le va a pasar, ¿verdad? —dijo Talatashar hablando de sí mismo.

La muchacha asintió.

—Piensas va a entrar en razón y nos va a dejar solos a los dos, ¿verdad?

La muchacha volvió a asentir.

—Piensas: Talatashar se pondrá bien cuando lleguemos a Wereld Schëmering, y los médicos le arreglarán la cara y entonces todos volveremos a ser felices. Eso es lo que piensas, ¿verdad?

La muchacha asintió una vez más. Oyó que a sus espaldas Trece lanzaba un fuerte quejido contra la mordaza, pero no se atrevió a apartar la mirada de Talatashar y de esa cara deteriorada, horrible.

—Bueno, no es eso lo que pasará, Veeseey —dijo Talatashar. Había en su voz una determinación casi serena.

—Veeseey, no llegarás allá. Voy a hacer lo que tengo que hacer. Te voy a hacer cosas que nadie hizo nunca en el espacio, y luego arrojaré tu cuerpo al vacío. Pero dejaré que Trece vea todo antes de matarlo a él también. Y luego, ¿sabes lo que haré?

Veeseey sintió que una extraña emoción —miedo, tal vez— comenzaba a tensarle los músculos de la garganta. Se le había secado la boca. Apenas consiguió graznar:

—No, no sé qué harás luego...

Talatashar parecía estar mirando hacia adentro.

—Yo tampoco —dijo—. Sólo sé que es algo que no quiero hacer. No lo quiero hacer de ninguna manera. Es algo cruel y sucio, y cuando termine no te tendré a ti ni a él para conversar. Pero es algo que tengo que hacer. Es justicia, de un modo extraño. Los dos tienen que morir porque son malos. También yo soy malo; pero si ustedes mueren, no seré tan malo.

Miró a Veeseey con cierta alegría, casi como si fuese un hombre normal.

—¿Sabes de qué hablé? ¿Entiendes algo?

—No. No. No —tartamudeó Veeseey, sin poder evitarlo.

Talatashar miró no a Veeseey sino al rostro invisible de su futuro crimen y dijo, casi contento:

—Te conviene entender. Eres tú quien va a morir, y luego él. Hace mucho tiempo me hiciste daño: una cosa sucia, intolerable. No fue el yo tuyo que está ahí sentado. Tú no eres suficientemente grande ni suficientemente lista para hacer las cosas espantosas que me hicieron. No fue este yo tuyo quien las hizo, sino tu yo verdadero. Y ahora voy a cortarte y quemarte y estrangularte y reanimarte con remedios y cortarte y estrangularte y lastimarte otra vez, mientras tu cuerpo resista. Y cuando tu cuerpo deje de funcionar, me pondré un

traje de emergencia y arrojaré tu cuerpo muerto al espacio con Trece. El puede ir vivo, no me importa. Sin traje durará dos boqueadas. Y entonces se habrá cumplido parte de mi justicia. Eso es lo que la gente ha llamado crimen. Pero que es justicia, una justicia privada que sale de las profundidades interiores del hombre. ¿Entiendes, Veeseey?

La muchacha asintió. Meneó la cabeza. Volvió a asentir. No sabía cómo responder.

—Y luego tendré que hacer otras cosas —prosiguió Talatashar, con una especie de ronroneo—. ¿Sabes qué hay ahí, fuera de la nave, esperando mi crimen?

Veeseey meneó la cabeza, y entonces Talatashar se respondió a sí mismo.

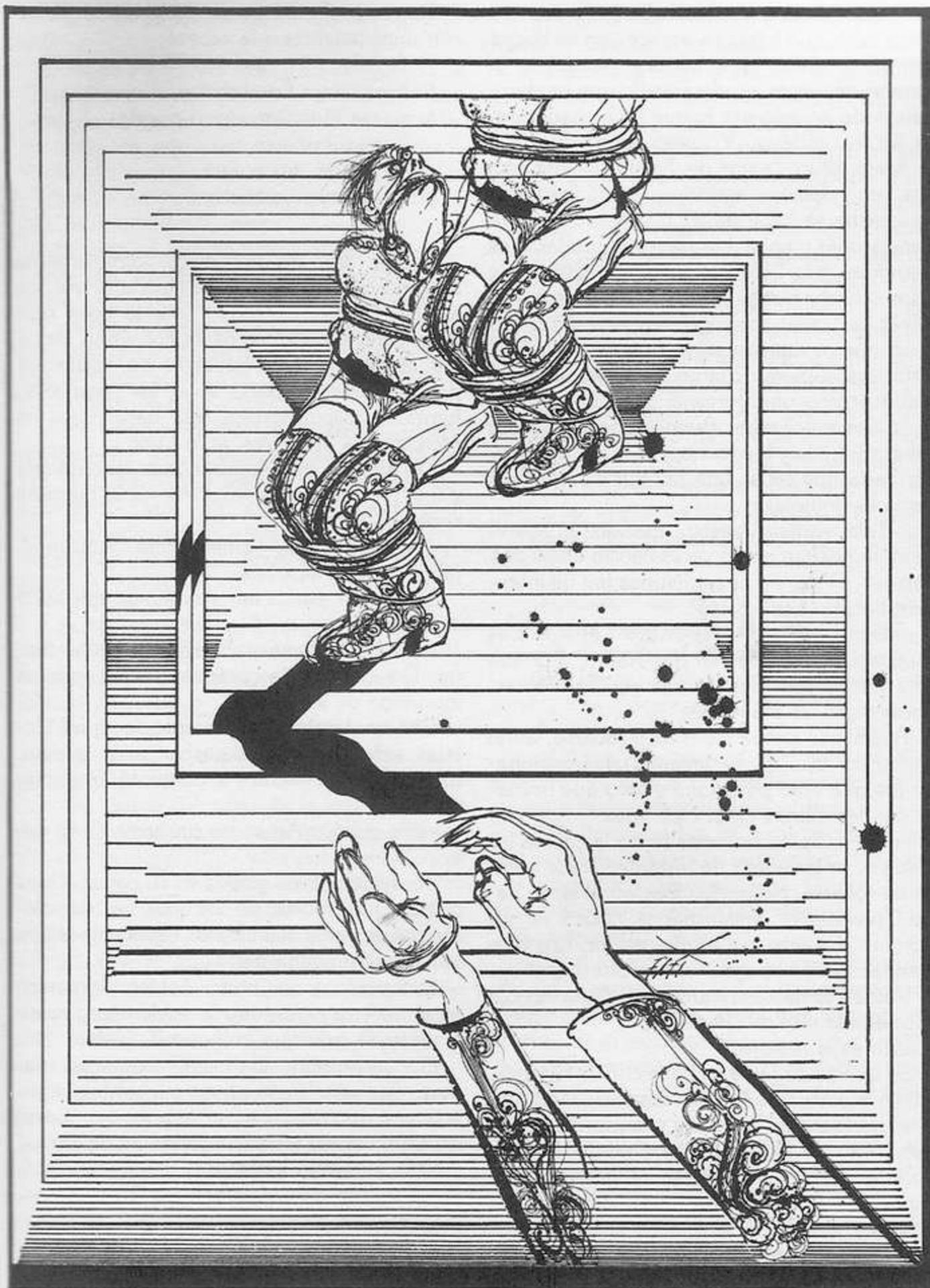
—Hay treinta mil personas en las cápsulas que siguen a la nave. Las iré arrastrando hasta aquí, y buscaré chicas jóvenes. A los demás los soltaré en el espacio. Y con las chicas descubriré qué es... qué es lo que siempre necesité hacer y nunca conocí. Que nunca conocí, Veeseey, hasta que me vi aquí en el espacio contigo.

Talatashar se perdió en sus propios pensamientos y la voz se le volvió casi soñadora. El lado torcido de la cara mostraba esa carcajada interminable, pero el lado móvil parecía pensativo y melancólico, y la muchacha sintió que dentro de ese hombre había algo que ella podría entender, si tuviera la rapidez y la imaginación necesarias para pensarlo.

La garganta todavía seca. Veeseey consiguió susurrarle:

—¿Me odias? ¿Por qué quieres lastimarme? ¿Odias a las muchachas?

—No odio a las muchachas —estalló Talatashar—. Me odio a mí. Lo descubrí ahí afuera en el espacio. Tú no eres una persona. Las muchachas no son personas. Las muchachas son dulces y bonitas y tiernas y cálidas, pero no tienen sentimientos. Yo era bien parecido antes de que se me estropease la cara, pero eso no importaba. Siempre supe que las muchachas no eran personas. Son como robots. Tienen todo el poder del mundo y ninguna de las preocupaciones. Los hombres tienen que obedecer, los hombres tienen que sufrir, porque están hechos para



sufrir e implorar y obedecer. Todo lo que una chica tiene que hacer es sonreír con su bonita sonrisa o cruzar sus bonitas piernas y el hombre renuncia a todo aquello que ha deseado, todo aquello por lo que ha luchado, para ser su esclavo. Y luego la muchacha... —A esa altura la voz de Talatashar era otra vez un chillido agudo.— ...y luego la muchacha se hace mujer y tiene su descendencia, más muchachas para incomodar a los hombres, más hombres para ser víctimas de las muchachas, más crueldad y más esclavos. ¡Eres tan cruel conmigo, Veeseey! Eres tan cruel que ni siquiera sabes que eres cruel. Si entonces supieras cuánto te deseé, habrías sufrido como una persona. Pero no sufriste. Eres una muchacha. Bueno, ahora lo vas a saber. Sufrirás y luego morirás. Pero no morirás hasta que sepas qué sienten los hombres hacia las mujeres.

—Tala —dije Veeseey, usando el sobrenombre que tan pocas veces habían empleado con él—, Tala, no es así. Nunca fue mi intención hacerte sufrir.

—Sí, claro —respondió él—. Las muchachas no saben lo que hacen. Por eso son muchachas. Son peores que las víboras, peores que las máquinas.

Talatashar estaba loco, loco rabioso, en el profundo espacio. Se levantó tan repentinamente que saltó por el aire y tuvo que frenarse con las manos en el cielo raso.

—Un ruido en un costado de la cabina les hizo volver la cabeza un instante. Trece trataba de soltarse. No podía. Veeseey se lanzó hacia Trece, pero Talatashar la agarró de un hombro. Le hizo dar media vuelta. Los ojos llameaban en el pobre rostro deforme.

Veeseey se había preguntado alguna vez cómo sería la muerte. Pensó:

Esto es la muerte.

Su cuerpo todavía luchaba con Talatashar, allí en la cabina de la nave espacial. Trece gemía detrás de las ligaduras y la mordaza. Veeseey trató de arañar los ojos de Talatashar, pero el pensamiento de la muerte la hacía sentirse muy lejos. Muy lejos, dentro de sí misma.

Dentro de sí misma, donde no podrían llegar nunca otras personas... pasara lo que pasase.

De esa profunda y cercana lejanía, le llegaron unas palabras a la cabeza:

*Señora, si un hombre
la quiere molestar, usted puede
azul pensar,
hasta dos contar,
y un zapato rojo buscar...*

Fensar azul no era difícil. Simplemente imaginó que las luces de la cabina se volvían azules. Contar "uno-dos" era la cosa más simple del mundo. Y hasta consiguió recordar (a pesar de los esfuerzos de Talatashar por agarrarle la mano libre) los hermosos, hermosos zapatos rojos que había visto en *Marcia y los Hombres de la Luna*.

Las luces se debilitaron momentáneamente y una potente voz les rugió desde la mesa de control.

—¡Emergencia, emergencia suprema!
¡Gente descompuesta!

Talatashar estaba tan asombrado que soltó a Veeseey.

La mesa de control chillaba como una sirena. Era como si la computadora se hubiera inundado de llanto.

Con voz totalmente diferente de aquella locuaz vehemencia, Talatashar miró directamente a la muchacha y le preguntó muy sereno:

—Tu cubo. ¿Acaso no tiré también tu cubo?

Se oyeron unos golpes en la pared. Unos golpes que venían de los millones de kilómetros de vacío allá afuera. Unos golpes que venían de ninguna parte.

Una persona que nunca habían visto entró en la nave, atravesando la doble pared como si no fuera más que un poco de niebla.

Era un hombre. Un hombre de edad madura, de rostro enjuto, torso y miembros fuertes, vestido con ropas muy antiguas. En el cinturón llevaba toda una colección de armas, y en la mano un látigo.

—Tú —le dijo el extraño a Talatashar— desata a ese hombre.

Señaló con el mango del látigo hacia Trece, todavía atado y amordazado.

Talatashar dominó su sorpresa.

sufrir e implorar y obedecer. Todo lo que una chica tiene que hacer es sonreír con su bonita sonrisa o cruzar sus bonitas piernas y el hombre renuncia a todo aquello que ha deseado, todo aquello por lo que ha luchado, para ser su esclavo. Y luego la muchacha... —A esa altura la voz de Talatashar era otra vez un chillido agudo.— ...y luego la muchacha se hace mujer y tiene su descendencia, más muchachas para incomodar a los hombres, más hombres para ser víctimas de las muchachas, más crueldad y más esclavos. ¡Eres tan cruel conmigo, Veeseey! Eres tan cruel que ni siquiera sabes que eres cruel. Si entonces supieras cuánto te deseé, habrías sufrido como una persona. Pero no sufriste. Eres una muchacha. Bueno, ahora lo vas a saber. Sufrirás y luego morirás. Pero no morirás hasta que sepas qué sienten los hombres hacia las mujeres.

—Tala —dije Veeseey, usando el sobrenombre que tan pocas veces habían empleado con él—, Tala, no es así. Nunca fue mi intención hacerte sufrir.

—Sí, claro —respondió él—. Las muchachas no saben lo que hacen. Por eso son muchachas. Son peores que las víboras, peores que las máquinas.

Talatashar estaba loco, loco rabioso, en el profundo espacio. Se levantó tan repentinamente que saltó por el aire y tuvo que frenarse con las manos en el cielo raso.

—Un ruido en un costado de la cabina les hizo volver la cabeza un instante. Trece trataba de soltarse. No podía. Veeseey se lanzó hacia Trece, pero Talatashar la agarró de un hombro. Le hizo dar media vuelta. Los ojos llameaban en el pobre rostro deforme.

Veeseey se había preguntado alguna vez cómo sería la muerte. Pensó:

Esto es la muerte.

Su cuerpo todavía luchaba con Talatashar, allí en la cabina de la nave espacial. Trece gemía detrás de las ligaduras y la mordaza. Veeseey trató de arañar los ojos de Talatashar, pero el pensamiento de la muerte la hacía sentirse muy lejos. Muy lejos, dentro de sí misma.

Dentro de sí misma, donde no podrían llegar nunca otras personas... pasara lo que pasase.

De esa profunda y cercana lejanía, le llegaron unas palabras a la cabeza:

*Señora, si un hombre
la quiere molestar, usted puede
azul pensar,
hasta dos contar,
y un zapato rojo buscar...*

Fensar azul no era difícil. Simplemente imaginó que las luces de la cabina se volvían azules. Contar “uno-dos” era la cosa más simple del mundo. Y hasta consiguió recordar (a pesar de los esfuerzos de Talatashar por agarrarle la mano libre) los hermosos, hermosos zapatos rojos que había visto en *Marcia y los Hombres de la Luna*.

Las luces se debilitaron momentáneamente y una potente voz les rugió desde la mesa de control.

—¡Emergencia, emergencia suprema!
¡Gente descompuesta!

Talatashar estaba tan asombrado que soltó a Veeseey.

La mesa de control chillaba como una sirena. Era como si la computadora se hubiera inundado de llanto.

Con voz totalmente diferente de aquella locuaz vehemencia, Talatashar miró directamente a la muchacha y le preguntó muy sereno:

—Tu cubo. ¿Acaso no tiré también tu cubo?

Se oyeron unos golpes en la pared. Unos golpes que venían de los millones de kilómetros de vacío allá afuera. Unos golpes que venían de ninguna parte.

Una persona que nunca habían visto entró en la nave, atravesando la doble pared como si no fuera más que un poco de niebla.

Era un hombre. Un hombre de edad madura, de rostro enjuto, torso y miembros fuertes, vestido con ropas muy antiguas. En el cinturón llevaba toda una colección de armas, y en la mano un látigo.

—Tú —le dijo el extraño a Talatashar— desata a ese hombre.

Señaló con el mango del látigo hacia Trece, todavía atado y amordazado.

Talatashar dominó su sorpresa.

—Eres el fantasma de un cubo. ¡ No eres real!

El látigo silbó en el aire, y en la muñeca de Talatashar apareció una larga marca roja. Las gotas de sangre comenzaron a flotar allí al lado antes de que pudiese abrir de nuevo la boca.

Veeseey no podía hablar; sentía que se le iban la mente y el cuerpo.

Mientras se hundía hacia el piso vio que Talatashar se sacudía, iba a donde estaba Trece y comenzaba a desatarle los nudos.

Cuando Talatashar sacó la mordaza de la boca de Trece, Trece habló... no con él sino con el extraño:

—¿Quién eres?

—No existo —dijo el extraño—, pero puedo matar a cualquiera de ustedes, si lo deseo. Les conviene hacer lo que yo diga. Escuchen con atención. Tú también —agregó, dando media vuelta y mirando a Veeseey—, tú también tienes que escuchar, porque fuiste tú quien me llamó.

Los tres escucharon. La pelea había terminado. Trece se frotó las muñecas y sacudió las manos para restablecer en ellas la circulación.

Con un movimiento elegante y cortés, el extraño se volvió especialmente hacia Talatashar, y les habló:

—Yo vengo del cubo de la joven. ¿Notaron hace un instante cómo bajaba la intensidad de las luces? Tiga-belas puso un falso cubo en su caja de congelamiento pero me escondió a mí en la nave. Cuando Veeseey pensó en las imágenes clave, hubo una fracción de un microvoltio que exigió más potencia de mis terminales. Me hicieron con el cerebro de un pequeño animal, pero llevo la personalidad y la fortaleza de Tiga-belas. Duraré un billón de años. Cuando llegó la corriente, con toda la potencia, comencé a funcionar como una distorsión en vuestras propias mentes. No existo —dijo el extraño, dirigiéndose específicamente a Talatashar—, pero si necesitara sacar mi pistola imaginaria y pegarte un tiro en la cabeza, es tan firme mi dominio que tu hueso obedecería a mi orden. En tu cabeza aparecería el agujero, y por ese agujero te saldría la sangre y el cerebro, como esa

sangre que te sale ahora de la mano. Mírate la mano, y créeme si lo deseas.

Talatashar se negó a mirar.

El extraño continuó hablando, en un tono muy deliberado.

—De mi pistola no saldría ninguna bala, ningún rayo, nada. Nada en absoluto. Pero tu carne me creería, aunque no tus pensamientos. Tu estructura ósea me creería, fueran cuales fuesen tus pensamientos. Me comunico con cada célula de tu cuerpo, con todo lo que siento que está vivo. Si te dirijo el pensamiento *bala*, tu hueso se abrirá para dejar lugar a la herida imaginaria. La piel se te separará, y la sangre y los sesos saldrán por esa abertura. Nada de eso obedecerá a una fuerza física sino a mi mensaje. Comunicación directa, imbécil. Quizá no se trate de auténtica violencia pero sirve para lograr mis fines. ¿Me entiendes ahora? Mírate la muñeca.

Talatashar no apartaba los ojos del extraño.

—Te creo —dijo con voz fría, rara—. Supongo que estoy loco. ¿Me vas a matar?

—No sé —dijo el extraño.

—Por favor —dijo Trece—, ¿eres una persona o una máquina?

—No lo sé —le dijo también el extraño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Veeseey—. ¿Te dieron un nombre cuando te hicieron y te mandaron con nosotros?

—Me llamo —dijo el extraño, haciendo una reverencia hacia la muchacha— Sh'san.

—Encantado de conocerte, Sh'san —dijo Trece, tendiendo su propia mano.

Se estrecharon la mano.

—Sentí tu mano —dijo Trece. Miró a los otros dos asombrado—. Le sentí la mano de veras. ¿Qué hiciste todo ese tiempo ahí afuera, en el espacio?

El extraño sonrió.

—No tengo que hablar. Tengo que hacer cosas.

—¿Qué quieres que hagamos —dijo Talatashar— ahora que te has hecho cargo de la nave?

—No me he hecho cargo de la nave —dijo Sh'san—, y ustedes harán lo que tienen que hacer. ¿No es esa la naturaleza de las personas?

—Pero, por favor... —dijo Veeseey.

El extraño había desaparecido y los tres volvían a estar solos en la cabina. La mordaza y las ligaduras de Trece habían caído finalmente sobre la alfombra, pero la sangre de Tala todavía flotaba en el aire, a su lado.

—Bueno, eso se acabó —dijo Talatashar, hablando muy despacio—. ¿Ustedes dirían que yo estuve loco?

—¿Loco? —dijo Veeseey—. No conozco la palabra.

—Con el pensamiento dañado —le explicó Trece. Volviéndose hacia Talatashar, comenzó a hablar, muy serio—: Creo que...

Lo interrumpió la mesa de control. Sonaron unas campanitas y se encendió un letrero. Todos lo vieron. *Se esperan visitas*, decía el luminoso letrero.

Se abrió la puerta del depósito y por ella apareció, entrando en la cabina de la nave, una hermosa mujer. La mujer los miró como si los conociera a todos. Veeseey y Trece sintieron curiosidad y sorpresa, pero Talatashar se puso pálido, mortalmente pálido.

V

Veeseey vio que la mujer llevaba un vestido del estilo que había desaparecido hacía una generación: un estilo que ahora sólo se veía en las cajas de historias. El vestido no tenía espalda. La dama usaba un osado diseño cosmético que le salía en abanico de la columna vertebral. Adelante, el vestido le colgaba de las acotumbradas piezas magnéticas insertas en la delgada zona grasa del pecho, pero en su caso las piezas estaban encima de las clavículas, y llevaba entonces tan alto el vestido que le daba un aire anticuado y pudoroso. Había piezas magnéticas en el sitio acostumbrado, debajo de la caja torácica, sosteniendo la semifalda, que era muy amplia, en un ancho abanico de desplanchados pliegues. La dama llevaba un collar y un brazalete de coral de otro mundo. La dama ni siquiera miró a Veeseey. Fue directamente hacia Talatashar y le habló con perentorio cariño.

—Tal, pórtate bien. Has sido malo.

—Mamá —jadeó Talatashar—. Mamá, ¡estás muerta!

—No discutas conmigo —dijo ella—. Pórtate bien. Cuida a la niña. ¿Dónde está la niña? —La dama miró alrededor y vio a Veeseey—. Esa niña —agregó—, pórtate bien con esa niña. Si no lo haces, le partirás el corazón a tu madre, le arruinarás la vida a tu madre, le partirás el corazón a tu madre como lo hizo tu padre. No me obligues a repetírtelo.

La dama se inclinó y besó a Talatashar en la frente, y Veeseey tuvo la sensación de que, por ese instante, ambos lados del rostro del hombre eran igualmente torcidos.

La dama se enderezó, miró alrededor, hizo una cortés reverencia hacia Trece y Veeseey y regresó al depósito, cerrando la puerta a sus espaldas.

Talatashar se lanzó tras ella, abriendo la puerta de un empujón y cerrándola de golpe. Trece le gritó:

—No te quedes ahí mucho tiempo. Te congelarás.

Dirigiéndose a Veeseey, Trece agregó:

—Todo esto lo hace tu cubo. Ese Sh'san es el guardián más poderoso que he visto. Tu guardia psicológico debe haber sido un genio. Y ¿sabes qué le pasa a él? —Trece señaló con la cabeza la puerta cerrada.— Me lo contó una vez, sin entrar en demasiados detalles. Lo cuidó su propia madre. Nació en el cinturón de asteroides y su madre no lo entregó.

—¿Te refieres a su mismísima y auténtica madre? —dijo Veeseey.

—Sí, su madre genealógica —dijo Trece.

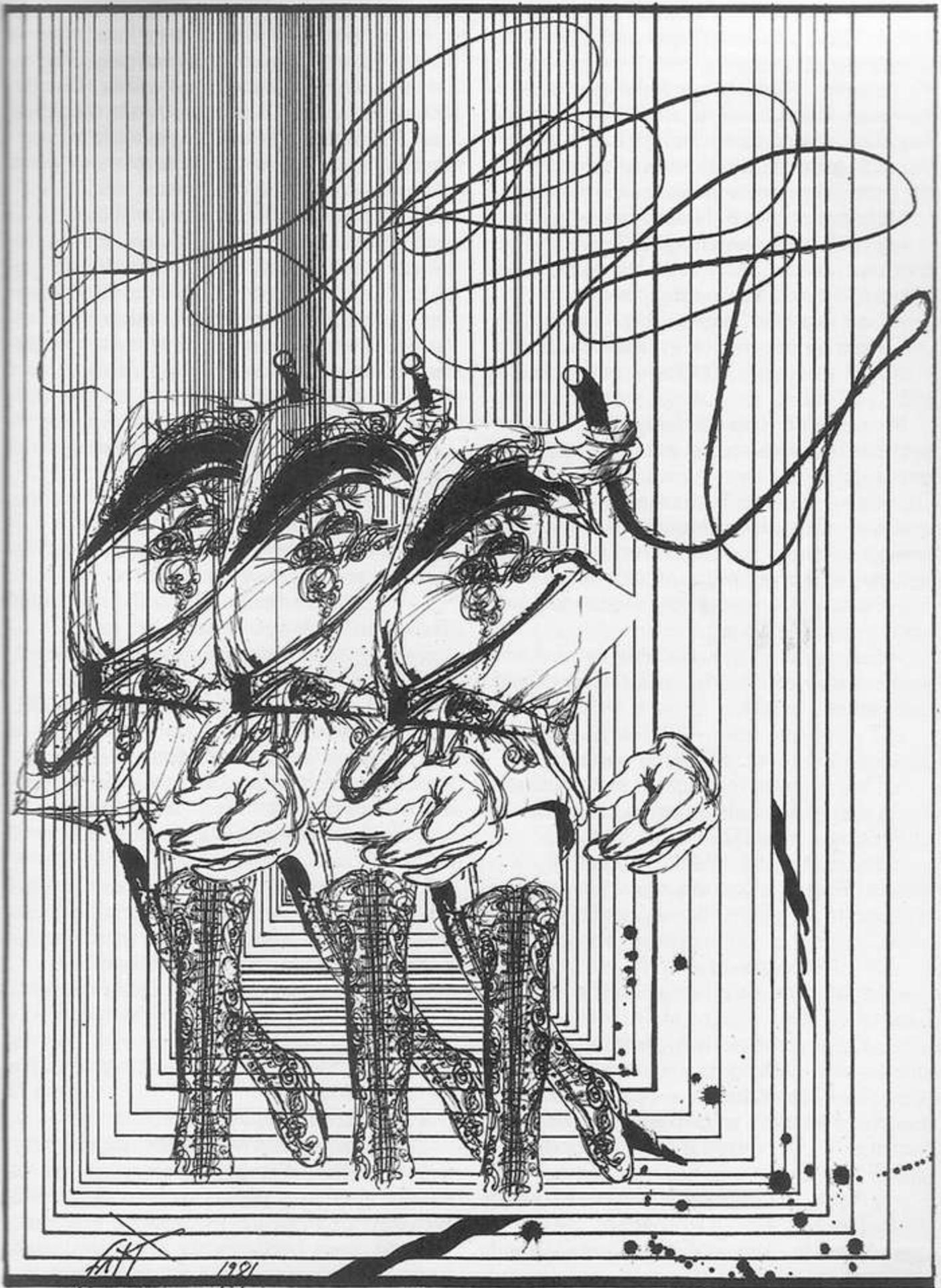
—¡Qué cosa sucia! —dijo Veeseey—. Nunca oí nada parecido.

Talatashar regresó al cuarto y no dijo nada a ninguno de los dos.

La madre no volvió a aparecer.

Pero Sh'san, el hombre eidético grabado en el cubo, continuó ejerciendo su autoridad sobre los tres.

Tres días más tarde apareció la propia Marcia, habló con Veeseey durante media hora, contándole sus aventuras con los Hombres de la Luna y luego volvió a desaparecer. Marcia nunca fingió ser real. Era demasiado bonita para ser real. Una gruesa cascada de pelo amarillo coronaba una cabeza bien formada; cejas oscuras se arqueaban sobre ojos pardos, muy vivos, y una sonrisa encantadoramente traviesa cautivó a Veeseey, a Trece y a Tala-



tashar. Marcia admitió que era la heroína imaginaria de una serie dramática de las cajas de historias. Talatashar se había calmado por completo después de la aparición de Sh'san seguida de la de su madre. Parecía impaciente por llegar al fondo de los fenómenos. Trató de hacerlo mediante preguntas a Marcia.

Marcia le contestó de muy buena gana.

—¿Qué eres? —interrogó. La sonrisa amistosa que mostraba en el lado bueno de la cara era más aterradora que una mueca.

—Soy una niña, tonto —dijo Marcia.

—Pero no eres real —insistió Talatashar.

—No —admitió Marcia—, pero ¿lo eres tú?

Marcia se rió: una risa feliz, juvenil, la adolescente que envuelve al adulto en su propia paradoja.

—Oye —insistió Talatashar—, tú sabes a qué me refiero. Eres algo que Veesey vio en las cajas de historias, nada más, y has venido a darle unos imaginarios zapatos rojos.

—Podrás tocar esos zapatos cuando yo me vaya —dijo Marcia.

—Eso significa que el cubo lo ha hecho usando algo que había en esta nave —dijo Talatashar, triunfal.

—Y ¿por qué no? —dijo Marcia—. Yo no entiendo de naves. Supongo que será así.

—Pero aunque los zapatos sean reales, tú no lo eres —dijo Talatashar—. ¿A dónde vas cuando nos “dejas”?

—No lo sé —dijo Marcia—. Vine aquí a visitar a Veesey. Cuando me vaya supongo que estaré en el sitio donde estaba antes de venir.

—Y ¿dónde queda eso?

—En ninguna parte —dijo Marcia, muy sólida y muy real.

—¿En ninguna parte? ¿Admites entonces que no eres nada?

—Si así lo prefieres... —dijo Marcia—. Pero no le encuentro mucho sentido a esta conversación. ¿Dónde estabas tú antes de estar aquí?

—¿Aquí? ¿Te refieres a esta nave? Estaba en la Tierra —dijo Talatashar.

—Antes de estar en este universo, ¿dónde estabas?

—No había nacido, así que no existía.

—Muy bien —dijo Marcia—, lo mismo me pasa a mí, aunque con algunas pequeñas diferencias. Antes de existir no existía. Cuando existo, estoy aquí. Soy un eco de la personalidad de Veesey y le estoy ayudando a recordar que es una joven bonita. Me siento tan real como tú. ¡Qué me dices!

Marcia volvió a hablar de sus aventuras con los Hombres de la Luna y Veesey estaba fascinada con todas las cosas que no habían podido entrar en la versión de la caja de historias. Cuando terminó, Marcia estrechó la mano de los dos hombres, dio a Veesey un pequeño beso en la mejilla izquierda y caminó atravesando el casco de la nave hacia el lacerante vacío del espacio, sólo alterado por los romboides de las velas que ocultaban parte de los cielos.

Talatashar descargó un puño en la otra mano abierta.

—La ciencia ha ido demasiado lejos. Nos matarán con sus precauciones.

—Y tú ¿qué habrías hecho? —preguntó Trece, con total serenidad.

Talatashar se encerró en un melancólico silencio.

Y diez días después de su comienzo dejó de haber apariciones. El poder del cubo se concentró en un rayo de decisiones. Apparentemente, el cubo y las computadoras de la nave habían intercambiado información, alimentándose mutuamente.

La persona que entró esta vez era un capitán del espacio, canoso, arrugado, erguido, tostado por la radiación de mil mundos.

—Saben quien soy —dijo el hombre.

—Sí, señor, un capitán —dijo Veesey.

—Yo no lo conozco —dijo Talatashar—, y no estoy seguro de que crea en su existencia.

—¿Se le ha curado la mano? —preguntó el capitán, ceñudo.

Talatashar calló.

El capitán solicitó la atención de los tres.

—Escuchen. Siguiendo la ruta actual, no vivirán el tiempo necesario para llegar a las estrellas. Quiero que Trece fije la macrocronografía para períodos de noventa y cinco años, y luego quiero ver cómo les asigna, a dos de ustedes por vez, cinco años de guar-

dia. Eso bastará para desplegar adecuadamente las velas, revisar los enredos en las cuerdas de las cápsulas y enviar afuera informes con señales luminosas. Esta nave debería tener un marinero, pero no disponemos del equipo necesario para transformar a uno de ustedes en marinero; por lo tanto tendremos que confiar en los controles robots mientras ustedes duermen en las camas heladas. Vuestro marinero murió de un coágulo y los robots lo sacaron de la cabina antes de despertarlos a ustedes...

Trece dio un respingo.

—Pensé que se había suicidado.

—Nada de eso —dijo el capitán—. Ahora presten atención. Si obedecen las órdenes, lo conseguirán en unos tres sueños. Si no las obedecen, nunca llegarán allá.

—Para mí no tiene ninguna importancia —dijo Talatashar—, pero esta niña debe llegar a Wereld Schemering mientras le quede todavía un poco de vida. Una de sus malditas apariciones me dijo que la cuidase, pero es una buena idea, de todos modos.

—En mi caso tampoco —dijo Trece—. No me di cuenta de que era una niña hasta que la vi hablando con esa otra niña, Marcia. Quizá yo tenga una hija como ella algún día.

El capitán no dijo nada al oír esos comentarios, pero los recibió con la sonrisa ancha y feliz de un hombre viejo y sabio.

Una hora más tarde habían terminado de examinar la nave. Los tres estaban listos para ir a sus camas heladas individuales. El capitán se estaba preparando para despedirse.

—Señor —dijo Talatashar—, no puedo dejar de preguntárselo: ¿quién es usted?

—Un capitán —le respondió el capitán, prestamente.

—Usted sabe a qué me refiero —dijo Tala, cansado.

El capitán parecía estar mirando dentro de sí mismo.

—Soy una personalidad temporal, artificial, creada con elementos de vuestras mentes por la personalidad que ustedes llaman Sh'san. Sh'san está en la nave, pero oculto, para que ustedes no le hagan daño. Sh'san tiene impresa la personalidad de un hombre, un hombre verdadero, llamado Tiga-belas.

Sh'san tiene también grabadas las personalidades de cinco o seis buenos oficiales del espacio, para el caso de que esas habilidades sean necesarias.

—Pero ¿qué es Sh'san? ¿Qué es usted? —insistió Talatashar; era casi una súplica— Yo iba a cometer un crimen terrible y llegaron ustedes los fantasmas y me salvaron. ¿Son ustedes imaginarios? ¿Son ustedes reales?

—Eso es filosofía. A mí me hizo la ciencia. No lo sé —dijo el capitán.

—Por favor —dijo Veesev—, ¿nos podría decir cuál es su opinión? No lo que es, sino lo que le parece.

El capitán se aflojó, como si se hubiera ido la disciplina, como si de pronto se hubiese sentido terriblemente viejo.

—Cuando hablo y cuando hago cosas, supongo que me siento como cualquier otro capitán del espacio. Si me pongo a pensarlo, me siento bastante desconcertado. Sé que no soy más que un eco en vuestras mentes, combinado con la experiencia y la sabiduría que han puesto en ese cubo. Supongo entonces que debo hacer lo que hace la gente verdadera. No me detengo mucho a pensar. Me dedico a mis cosas. —Se enderezó y se puso tieso y volvió a ser él mismo.— A mis cosas —repitió.

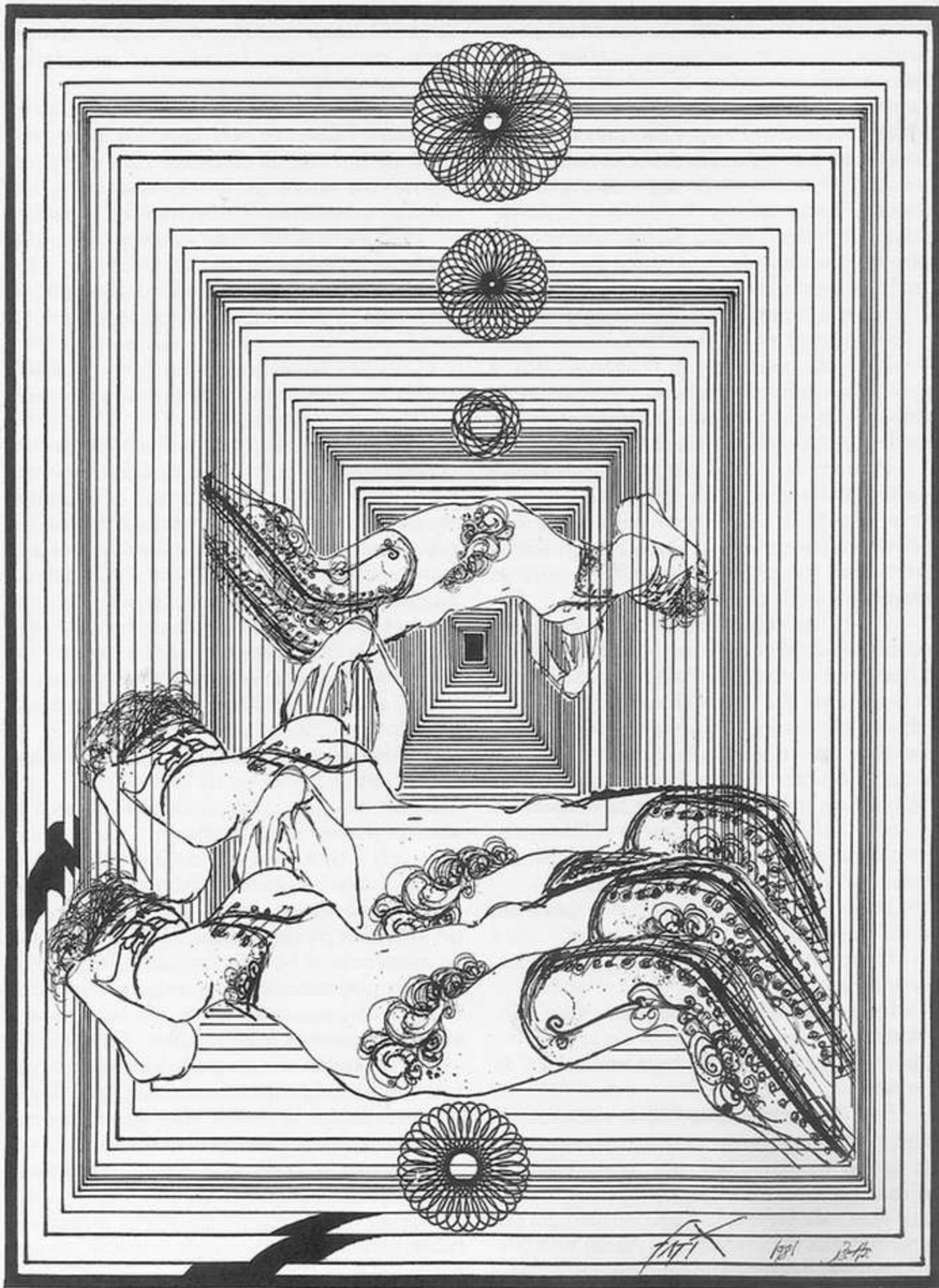
—Y Sh'san —dijo Trece—, ¿qué siente hacia Sh'san?

En la cara del capitán apareció una expresión de temor, casi de terror.

—¿El? Ah, él. —El tono de admiración le enriqueció la voz, que retumbó en la pequeña cabina de la nave:— Sh'san. Es el pensador de todos los pensamientos, el "existir" de toda existencia, el hacedor de todos los hechos. Es más poderoso de lo que la más potente imaginación puede concebir. Me hace nacer, vivo, de vuestras mentes vivas. En realidad —dijo el capitán con un gruñido final—, es un cerebro de ratón muerto, laminado con plástico, y no tengo la menor idea de quién soy. ¡ Buenas noches a todos!

El capitán se puso el gorro y salió atravesando el casco de la nave.

Veesev corrió a un visor, pero afuera no había nada. Nada. Y ningún capitán, desde luego.



—¿Qué podemos hacer —dijo Talatashar— sino obedecer?

Obedecieron. Se metieron en las camas heladas. Talatashar fijó los electrodos correctos a Veese y a Trece antes de ir a su cama y fijarse los suyos. Se llamaron unos a otros, agradablemente, mientras bajaban las tapas.

Se durmieron.

VI

En destino, la gente de Wereld Schemering recogió las cápsulas, las velas y la nave misma. No despertaron a los durmientes hasta que los tuvieron en lugar seguro, en tierra.

Despertaron juntos a los tres de la cabina. Veese, Trece y Talatashar estaban tan ocupados respondiendo a preguntas sobre el marinero muerto, sobre las velas reparadas y sobre sus problemas en el viaje que no tuvieron tiempo para hablar entre ellos. Veese vio que Talatashar parecía un hombre muy hermoso. Los doctores del puerto habían hecho algo para repararle la cara, y ahora parecía un joven-viejo extrañamente majestuoso. Por fin Trece tuvo la oportunidad de hablar con ella.

—Adiós, niña —dijo—. Ve un tiempo a la escuela y luego búscate un buen hombre. Lo lamento.

—¿Qué lamentas? —dijo Veese, sintiendo que adentro le crecía un miedo terrible.

—Haber andado haciendo todo eso contigo antes de la aparición del problema. No eres más que una niña. Pero una niña buena.

Le pasó los dedos entre el pelo, dio media vuelta y se fue.

Veese quedó totalmente desamparada en el centro de la sala. Ojalá pudiera llorar. ¿Para qué había servido en el viaje?

Talatashar se le había acercado sin que ella se diese cuenta.

Le tendió la mano. Veese se la estrechó.

—Tómame tu tiempo, niña —dijo Talatashar.

“¿Niña otra vez?”, pensó Veese para sus adentros. Dirigiéndose a él dijo, cortés:

—Quizá nos volvamos a ver. Este es un mundo muy pequeño.

El rostro de Talatashar se iluminó con una sonrisa extrañamente agradable. La ausencia

de la parálisis significaba una diferencia tan maravillosa. No parecía viejo, nada, nada viejo.

En la voz del hombre asomó una cierta urgencia.

—Veese, recuerda lo que yo recuerdo. Yo recuerdo lo que casi llegó a suceder. Yo recuerdo lo que creímos haber visto. Quizá vimos de veras todas esas cosas. Aquí, en tierra firme, no las veremos. Pero quiero que recuerdes esto: tú nos salvaste a todos. A mí también. Y a Trece, y a los treinta mil que iban detrás.

—¿Yo? —dijo Veese—. ¿Qué hice yo?

—Tú sintonizaste la ayuda. Tú permitiste que Sh'san hiciese su trabajo. Todo nos llegó por tu intermedio. Si no hubieses sido sincera y amistosa y buena, si no hubieses sido terriblemente inteligente, ningún cubo habría servido. Ningún ratón muerto hizo milagros en nosotros. Lo que nos salvó fue tu mente y tu bondad. El cubo sólo agregó los efectos sonoros. Te digo que si tú no hubieses estado allí, en este momento habría dos hombres muertos navegando hacia la Gran Nada, seguidos, allá atrás, por una hilera de treinta mil cuerpos deteriorados. Nos salvaste a todos. Quizá no sepas cómo lo hiciste, pero lo hiciste.

Un funcionario tocó a Talatashar en el brazo; con voz firme pero cortés, Tala le dijo:

—Sólo un momento. —Y volviéndose a ella:— Creo que eso es todo.

Un espíritu contradictorio se había apoderado de Veese; tenía que hablar, aunque sus palabras pusiesen en peligro la felicidad.

—¿Y lo que dijiste sobre las muchachas... entonces... esa vez?

—Lo recuerdo. —Por un instante, la cara de Talatashar se retorció recuperando casi su antigua fealdad.— Lo recuerdo. Pero estaba equivocado. Equivocado.

Veese lo miró, y en su propia mente pensó en el cielo azul, en las dos puertas que había detrás y en los zapatos rojos que llevaba en el equipaje. No ocurrió ninguna cosa milagrosa. Ni Sh'san, ni voces, ni cubos mágicos.

Sólo Talatashar, que daba media vuelta, regresaba junto a ella y decía:

Oye. Busquemos ahora la manera de vernos la semana próxima. Esa gente del mostrador nos dirá dónde vamos a estar, pa-

ra que podamos encontrarnos. Vamos a molestarlos.

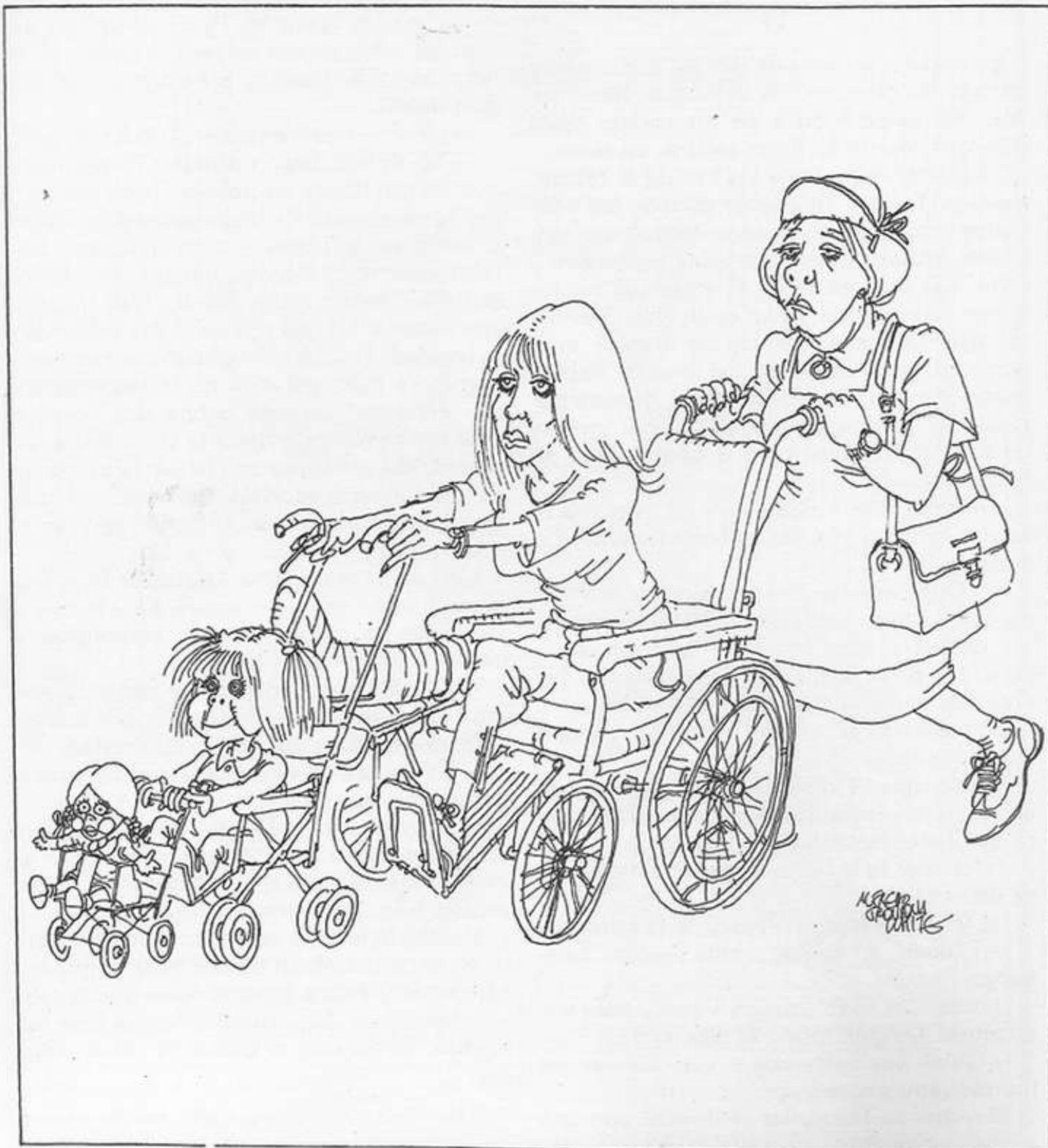
Juntos fueron al mostrador de inmigración.

Título del original en inglés: *Think Blue, Count Two.*

© 1962 by Galaxy Publishing Corporation.

Del libro *Stardreamer*, © 1971 by Mrs. Genevieve Linebarger.

Traducción de Marcial Souto



“Cordwainer Smith” y Paul Linebarger, el soñador de maravillosos y terribles futuros y el erudito, militar y político sólidamente plantado en el más puro pragmatismo de nuestro siglo XX. A continuación, tres textos que, en conjunto, intentan apresar las similitudes y las diferencias entre esas dos personalidades: Pablo Capanna enumera y describe las eras espaciales inventadas por Cordwainer Smith y Arthur Burns recuerda a su amigo el profesor Paul Linebarger.

Capanna - Burns - Foyster

CORDWAINER SMITH

PAUL LINEBARGER

CORDWAINER SMITH Y LAS TRES EDADES ESPACIALES **Pablo Capanna**

Paul M. A. Linebarger (“Cordwainer Smith”) murió en 1966 y no llegó a ver cómo Armstrong descendía en la Luna. Pero intuyó que la “conquista del espacio”—como entonces se acostumbraba decir—no sería una gloriosa aventura, ni siquiera una empresa definitiva. Según su visión de la historia, la pensó como una obra interrumpida y reanudada varias veces, con éxitos parciales.

Aunque el lector ya conoce algo del mundo de Cordwainer Smith a través de dispares y

dispersas traducciones, habrá que recordarle que se trata de fragmentos de una historia única, baladas y leyendas escritas “hacia atrás”, desde una perspectiva situada unos diecisiete mil años en el futuro, cuando el paso del tiempo ha distorsionado la memoria de los hechos.

Sabemos que el autor encuadraba cada uno de los cuentos en una prolija cronología, que ocultaba entre sus notas; sólo nos queda tratar de reconstruirla a partir de los cuentos mismos. En esta his-

toria encontramos no una sino tres Edades del Espacio, donde más que la épica o la aventura se trata de destacar el dolor de ciertas situaciones anti-naturales para el hombre.

Las leyendas más antiguas hablan de dos locos y poderosos pueblos del siglo XX, los Paroskii (rusos) y los Murkins (*americans*, norteamericanos), que se empeñaron en una competencia por llegar a la Luna y a los planetas utilizando cohetes impulsados por motores químicos.

Sobrevino luego una edad

oscura de caos y destrucción, durante la cual no se perdió el conocimiento pero sí el interés por conocer. Al volver a constituirse islas de civilización tecnológica, se reanuda la exploración del sistema solar, mediante naves con motores iónicos y atómicos: es la Primera Era Espacial propiamente dicha, que va aproximadamente del año 4200 al 5000. Pero el principal problema con que se enfrentan estos astronautas es el Primer Efecto, también llamado "el Gran Dolor del Espacio", una especie de barrera psicológica que mata de miedo y angustia a quien viaja desprotegido. En el año 83 de la Primera Era, Henry Haberman logra vencer el Primer Efecto, introduciendo los Observadores y los "habermans". Los primeros son voluntarios, que acceden a ser mutilados y a integrar sus cuerpos en los circuitos de la nave; los segundos, están condenados a hacerlo. Ambos sufren la privación de una vida normal para tener el enorme prestigio social de conducir las naves.

En el año 782 de esta Era, Adam Stone descubre que se puede prescindir de los Observadores, reemplazándolos por ostras. Esto provoca la reacción del Gremio de Observadores, reducido a la inutilidad, que condena a muerte a Stone por su descubrimiento.¹

La Segunda Era Espacial abarca desde el año 5000 hasta el 11500, incluyendo los tres mil años (6000-9000) de apuntes perdidos por el autor, sobre los cuales no tenemos noticias. En esta época transcurre el cuento "Azul pensar, hasta dos contar", donde se explica la tecnología de los "veleros luminicos", base de la nueva navegación espacial.

La idea de un velero impulsado por el viento solar, por más romántica que pueda parecer una carabela del cosmos, no es de ningún modo descabellada. Es sabido que el

"viento solar" es un chorro de fotones que ejerce cierta fuerza, apreciable en el espacio, donde prácticamente no hay inercia que vencer. Por otra parte, la idea de aprovechar la energía solar para viajes espaciales fue propuesta en 1955 por Ernst Stuhlinger, uno de los primeros investigadores de coherencia cuando aún no había sido creada la NASA.

La utilización del viento solar mediante los veleros luminicos, en viajes milenarios pero seguros, capaces de transportar a contingentes enteros de colonizadores hibernados, permite realizar asentamientos humanos en casi doscientos planetas: las Tierras 1, 2, 3 y 4, Amazonas Triste, Norstria (que llegará a ser la única potencia rival de la Instrumentalidad), Wereld Schemering (que, en holandés, significa "mundo del crepúsculo") y Viola Siderea (Violeta de los cielos), que alcanza su mayor esplendor como mundo de comerciantes y armadores, y entra en decadencia en cuanto el tránsito de veleros disminuye.²

La tercera Era (c. 11500-15000) se basa en un nuevo principio, el efecto *jonasoidal* o *planoforma*, que multiplica las posibilidades de expansión y permite colonizar miles de mundos.

La planoforma es un recurso que permite desplazarse por medio de una geometría no euclidiana, utilizando las dimensiones que configuran el llamado Espacio 2; algo muy parecido al hiperespacio, quizás el recurso más empleado por los escritores de ciencia-ficción de los años 30 y 40.

Las naves, conducidas por los Capitanes de Puerto, son puestas en el espacio por medios convencionales, y a partir de allí son guiadas por los Capitanes de Viaje, que las hacen "saltar", por vía de planoforma, a través del Espacio 2, hasta las proximidades de su

destino; allí otro Capitán de Puerto se hace cargo de la nave.

Pero ahora el nuevo peligro que deben afrontar los Capitanes de Viaje en sus saltos hiperespaciales son los "dragones", formaciones energéticas destructoras que sólo pueden ser dominadas mediante la vigilancia de los *transfixores*; éstos, a su vez, sólo pueden ser plenamente efectivos si trabajan en equipo con las mentes de varios gatos, cuyos reflejos cazadores no pueden ser sustituidos por nada.³

Después de las tres Eras Espaciales, el horizonte humano vuelve a ampliarse por el descubrimiento del "Espacio 3", que a la vez señala el fin de las comunicaciones materiales. A través de las pocas referencias que da el autor, el Espacio 3 es algo así como la eternidad o la simultaneidad de todo lo que ocurre, y es a la vez escenario de místicas revelaciones.⁴

Para viajar por el Espacio 3 ya no hacen falta naves ni tecnología, y la comunicación es simultánea, casi mágica. Los primeros en volver del Espacio 3 son "el robot, la rata y el Copto", tres personajes siempre invocados y jamás presentados; el descubrimiento que hacen inicia una nueva era, caracterizada por la religiosidad, la unidad del pueblo y el subpueblo (hombres y animales humanizados) y la pérdida de poder de la Instrumentalidad: será la Era de los Señores de la Tarde...

"Azul pensar, hasta dos contar" transcurre durante la Segunda Era Espacial (aproximadamente en el año 8000), en pleno proceso de colonización de los planetas y bajo el dominio de la Instrumentalidad, que comienza a rivalizar con el Brillante Imperio. La dominación de la Instrumentalidad ha dado a los hombres paz, bienestar y seguridad, pero



les ha quitado la esperanza, el riesgo y la creatividad, manteniéndoles ocultas todas las preguntas que no son estrictamente prácticas. Los diálogos permiten intuir algo de esa situación.

¹ Esta historia puede leerse en

"Los observadores viven en vano" (*El juego de la rata y del dragón*, traducción de Marcial Souto, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1973).

² Otro cuento correspondiente a esta Era es "La Dama que llevó *Er Alma*" (ib.).

³ Se sitúan en esta época "El juego de la rata y del dragón" y "El abrasamiento del cerebro" (ib.).

⁴ Varias referencias al Espacio 3 se encuentran en los cuentos del volumen *En busca de tres mundos*, traducción de Pablo Capanna, Editorial Sudamericana, 1977.

PAUL LINEBARGER Arthur Burns

Lo primero que llamaba la atención en Paul Linebarger era la extrema formalidad de sus modales, esa manera extraña de presentarse como si fuera un tercero, eliminando el estorbo de su propio ego. Acababa de estrecharle la mano cuando una agencia noticiosa telefoneó pidiendo detalles sobre él. Esperó a que yo colgara y luego aclaró afablemente que su apellido no tenía cuatro sílabas (yo había enfatizado la primera "e") sino tres, reforzando el argumento con una alusión a los caracteres chinos de sus invariables corbatas (el mismo patrón para malva, rosa, azul medianoche y otros tonos de seda) y pronunciándolos como algo parecido a "Lin-baleh". Muchos meses más tarde los tradujo: "Señor Bosque de la Incandescente Felicidad".

Paul era de ascendencia parcialmente sureña y se había criado en los círculos gubernamentales de la República China, donde su padre, el juez Linebarger, fue durante décadas uno de los principales asesores de Sun Yat-sen; estas dos influencias le habían inculcado esa puntilliosidad que sólo se cultiva en las sociedades tradicionales, y una percepción aguda de las diferencias raciales y culturales. Pero éstas en verdad ampliaron su capacidad para entenderse con toda clase de hombres y mujeres y para llegar al corazón y la mente de

razas sometidas, como los lectores de las historias de la Vieja Norstrilia reconocerán en su tratamiento del subpueblo parcialmente animal. La negra que trabajaba diariamente como doméstica en su casa de Washington era amiga personal de Paul y de su esposa Genevieve.

Tenía una estatura superior a la normal, era enjuto, calvo, narigón, de barbilla angosta; vestía trajes serios de excelente confección; su sombrero favorito era uno de terciopelo blanco y negro semejante al de un productor cinematográfico italiano. Tenía malestares continuos, en general por problemas digestivos o metabólicos, y tuvo que sufrir repetidas operaciones, de modo que en su madurez siempre vivía en el límite. En una fiesta en Melbourne se excusó para ir a beber un largo sorbo de ácido hidrociorídrico, ante lo cual un huésped, francamente azorado, comentó que quizá Linebarger era un hombre de Marte. El señor Sto-Odin de "Bajo la Vieja Tierra" incrementaba su flujo vital hasta el límite de sus reservas haciendo girar un tornillo en la nuca mientras descendía a las profundidades en busca de ne-Akhnaton. Eso definía la actitud de Paul ante su ser físico: aunque dotado de una percepción sensorial aguda, y activo, parecía tener pocas dificultades para olvidar la sustancia corporal. No soy espiritista, pero si una máquina de escri-

bir ahora empezara a teclear un cuento de Cordwainer Smith, mi incredulidad no sería tan fuerte como para asombrarme.

En 1957, cuando Lord Lindsay encabezaba el Departamento de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Australia, en Canberra, Paul y Genevieve vinieron como profesores visitantes para trabajar en su historia política del sudesde de Asia. (Cuando lo visité, poco antes de su muerte, en un hospital, a fines de junio de 1966, habló de retirarse para instalarse en este país. Ojalá hubiera vivido para hacerlo.) Su lealtad a la China Nacionalista, su burlona ridiculización de todas las formas de comunismo, su respaldo —pese a su filiación demócrata hereditaria— a Eisenhower, en cuya campaña colaboró, resultaban chocantes para los académicos previsiblemente izquierdistas, especialmente para nosotros, que somos socialistas de la tendencia de R. H. Tawney. Creo justo decir que las actuales revueltas de los Guardias Rojos en China continental lo habrían sorprendido mucho menos a él que a los mejores sinólogos australianos. Lo recuerdo como un duelista desenfadado y algo cómico en debates políticos con australianos eminentes, entonces izquierdistas, como John Burton. Dirigió una serie de seminarios sobre los principales principios de la guerra

psicológica, y creo que vale la pena explayarse sobre el tema.

Después de estudiar, doctorarse y viajar mucho, Paul Linebarger se reunió nuevamente con su padre, quien estaba haciendo propaganda en pro del Kuomintang y una alianza chinoamericana. En esa época aprendió mucho sobre ese sentido de la fe en el hombre al cual apela el comunismo revolucionario con su convicción en el destino histórico. Como dice en la edición de 1955 de *Guerra Psicológica* (un clásico en ese tema siniestro, y vergonzosamente entretenido): "No hay mejor manera de aprender el oficio de la propaganda que recibir los latigazos de la propaganda de otros". Desde 1942 (contra los japoneses) hasta 1954 (en Corea contra el Norte y la China Comunista), como oficial de las fuerzas armadas norteamericanas, practicó el arte de la seducción política o —como una vez lo describió ante académicos escandalizados, psicólogos y asistentes sociales— el arte de "persuadir al enemigo de participar en una actividad grupal". Yo también me alboroté; pero en uno de esos seminarios Paul deslizó que preferiría convertir a un hombre antes que matarlo, y nos planteó un problema ético muy serio: la mayoría de los protestantes tradicionalistas han sido convencidos por la versión kantiana de la ética protestante, según la cual la integridad de un hombre es más valiosa que su vida. La actitud diametralmente opuesta a la de Paul Linebarger era la de ese oficial alemán, un kantiano, que al escapar de un internado suizo en la Gran Guerra insistió en matar al guardia, a quien según sus compañeros pudo haber sobornado, alegando que, primero, su deber era huir, y segundo, que a ese guardia molesto lo perjudicaría menos quitándole la vida que quitándole el honor.

Paul, por su propia dignidad, habría preferido morir antes que rendirse a un poder maligno, pero estaba convencido de la fragilidad humana, y de la vitalidad beneficiosa que respalda la cobardía, como ningún kantiano podía estarlo. Tenía conocimientos profesionales sobre el lavado de cerebro y lo que llamaba, sin inhibiciones académicas, "remoción del lavado". Sabía que aun sin mediación de drogas ni tormentos casi cualquiera termina por ceder si está bastante tiempo en manos de expertos en técnicas "re-educativas". Consideraba que el deber de un prisionero de guerra es resistir todo lo posible, pero casi solamente porque así cuesta a los lavadores de cerebro enemigos un máximo de horas-hombre. También sostenía que los soldados más útiles en esas situaciones eran los que abrigan menos culpabilidad por haber sucumbido al fin, y quienes se tomaban a sí mismos con cierto humor; eran los más fáciles de reintegrar aunque ningún lavado de cerebro, decía, sobrevive a unas pocas semanas de buena alimentación, libertad y calidez sin censura. En la competencia entre el deber y las relaciones más profundas, él respaldaba siempre las emociones. (Véase "Drunkboat" y especialmente "Azul pensar, hasta dos contar", donde el viejo Tigabelas se vale de su propia añoranza para infundir a la muchacha que será proyectada a tantos años luz suficiente "potencial filial" como para estar a salvo.) Con esas características, el peligro típico es el sentimentalismo, al cual Paul no sucumbió. En cambio, cultivó una predilección por los gatos.

Algunas personas inteligentes y sensibles han considerado los cuentos con gatos, especialmente "El juego de la rata y del dragón", muy esca-

lofrientes. A mí me parecen menos escalofriantes que perturbadores. La población de gatos de la casa de Linebarger en Washington oscilaba entre siete y once, y estaba distribuida en tres pisos y medio. La comunicación de Paul con cada uno de esos gatos como individuos sugería una variedad diferente de percepción extrasensorial. Era como si uno estuviera observando un diálogo sutil e intenso entre poderosos que cuidaban de respetarse recíprocamente. No puedo recordar la casa misma sin un escozor, pues casi siempre la recuerdo con Paul tecleando en la máquina de escribir allá arriba, o como otra presencia felina en el living de ventanales curvos, deslizándose entre obras elegantemente encuadradas a lo largo de la biblioteca. Más allá de la arcada del living, un comedor ablongo exhibía una tarjeta de Año Nuevo de medio metro por uno, que mostraba en grandes caracteres chinos un saludo de Sun Yat-sen. En el sótano había metros de anaqueles, algunos abiertos y otros cerrados, y casi todos consagrados a la ciencia ficción. Nunca he visto tantos libros del género en un solo lugar. Esta era también una zona especialmente gatuna. En el altillo había dos colecciones de objetos: la más previsible, armas de fuego, sobre todo pistolas y revólveres, incluyendo muchas armas entregadas a los movimientos de resistencia de la Segunda Guerra Mundial; la menos previsible, docenas de máquinas de escribir más o menos antiguas. En el living había un retrato de Genevieve cuando niña, encima de donde en Australia habría habido un hogar; y en mi última visita había frente al retrato una espada de bronce persa del 1400 a.C.; como decía Paul, la época de Abrahán. El estudio de arriba estaba atiborrado de manuscritos, primeras edi-

ciones y borradores desechados de Paul.

Además de la ciencia ficción de Cordwainer Smith, que era un aspecto deliberadamente segregado de la vida de P. M. A. Linebarger, y sus obras sobre guerra psicológica, la casa tenía abundantes huellas de las investigaciones de los profesores Paul y Genevieve Linebarger sobre la política del sudeste asiático. Después de publicar tres estudios sobre la República China (el último en 1941: *La China de Chiang Kai-shek*), y de suspender las actividades académicas hasta el último período de la guerra de Corea, escribió con D. Chu y A. Burks *Far Eastern Government and Politics* ("Gobierno y política en el Lejano Oriente"). En su primera visita a Australia, en 1957, era profesor de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados, en la rama de Washington de la Johns Hopkins University, así como uno de los principales consultores de la Oficina de Investigación Operativa del Ejército de los EE.UU. en cuya reserva era entonces teniente coronel. Paul estaba orgulloso de sus conexiones con el Ejército, y fue adecuado que lo sepultaran con honores militares en el cementerio de Arlington. Académicamente, las Américas Central y del Sur se transformaron en un campo de interés sólo precedido en importancia por la política del Asia oriental y sudoriental. En su segunda visita a Australia, en 1965, él y Genevieve estaban revisando su voluminoso trabajo sobre el tema, y Paul también estaba seleccionando colaboradores para un libro de ensayos sobre las "guerras localizadas", para las cuales África y Asia sudoriental son desde luego campos fructíferos. Pasaron varias semanas en la Nueva Guinea australiana, y Paul redactó un pequeño informe sobre esa región, muy a tono con sus tra-

bajos académicos. Empezaba con una ojeada a los datos geográficos, etnográficos, económicos y sociológicos y luego abordaba cuestiones de desarrollo social y de seguridad interna y externa, ejemplificadas con anécdotas extravagantes, cómicas y a veces desafortunadas, y concluía con recomendaciones que muchos académicos australianos considerarían asombrosas: por ejemplo, fomentar el reclutamiento de los papúes y neoguineses para el Regimiento de las Islas del Pacífico como principal instrumento de civilización, integración y desarrollo.

La mayoría de los catedráticos tienen una vena de mojigatería profesional, y en este país esa vena es muy fuerte. Como he dicho, Paul dejó bastante perplejos a los académicos en 1957 con su carnet del Kuomintang (emitido, les dijo, antes que el de Chiang Kai-shek), su apoyo a Eisenhower, sus relaciones militares, el humor negro de sus conferencias sobre guerra psicológica, su prosa académicamente heterodoxa, pero creo que ante todo con su imaginación intelectual sin ataduras ni inhibiciones, a la que por supuesto daba rienda suelta secretamente como "Cordwainer Smith". Esa imaginación sin duda tenía un origen personal pero también fue liberada por el psicoanálisis: Paul recibió un curso de entrenamiento como parte de su trabajo en guerra psicológica, y luego continuó el análisis, un par de veces por semana cuando no estaba de viaje, durante quince años. Parece haber sido una especie de exploración interior: decía que siempre había más para descubrir.

Debió haber sido un paciente muy peculiar. En la década del 40, antes del análisis, había publicado dos novelas (recuerdo el título de una: *Ria*, Nueva York, 1947)* bajo el pseudónimo de Felix C.

Forrest. Ambas estaban escritas exclusivamente desde el punto de vista de la heroína, y cada cual narraba los viajes de la heroína de la China al Japón y a Europa central, muy parecidos a los de Paul en su juventud. También las novelas, pienso, eran exploraciones de una posible dimensión alternativa de una autoexperiencia femenina que la naturaleza no había dado al definitivamente masculino Paul. Amaba las culturas exóticas: leía ávidamente la monografía del profesor W. E. Stanner sobre la religión aborigen de Oceanía, y admiraba muchísimo a sus amigos *nisei* (japoneses norteamericanos) de las Fuerzas Aliadas en la Europa de la Segunda Guerra, por su fantasía, coraje y honor tradicionalmente japoneses.

Paul era anglicano tradicionalista. El y Genevieve asistían a la misa cantada de los domingos, y antes de cada comida daba una oración de gracias. La fe ampliaba y modelaba su vigorosa imaginación, y definía sus emociones. Creo que eso explica mucho en la ciencia ficción, y no la mera recurrencia de la "Antigua y Fuerte Religión" en sus futuros remotos. Pero él simplemente ignoraba los movimientos religiosos contemporáneos, especialmente los secularizadores, orientados hacia problemas sociales. El Dios en quien tenía fe se relacionaba con el alma del hombre y el desarrollo de la historia y el destino de todas las criaturas vivientes, no con las prácticas inescrupulosas del comercio y la política. En su vida personal, Paul era un hombre de sentimientos vigorosos y profundos, con un don para la amistad que nos hace llorarlo mucho. Fue uno de los pocos amigos que he tenido cuya sola presencia nutría mi imagi-

* La otra es *Carola* (1949), publicada, como *Ria*, por Duell, Sloan and Pearce. (N. de la R.)

nación. Además era una audiencia maravillosa para los trabajos académicos formales, muy rápido y perceptivo, extremadamente inteligente, pero absolutamente desinteresado en la lógica aplastante: en una observación de dos frases podía abrir un aspecto inexplorado del tema. Pero había que tomar esa observación como venía; nunca discutía para defenderla.

A Paul lo han sobrevivido dos hijas de un primer matrimonio, ambas de menos de treinta años y muy brillantes. El y Genevieve, que había sido su alumna, no tuvieron hijos, lo cual fue una lástima, ya que ellos fueron tan encantadores e interesantes para los nuestros. Murió cuando lo estaban preparando para una operación difícil y quizá poco esperanzada, a los cincuenta y tres años.

A menudo hablábamos de la ciencia ficción, la que escribía él y la de otros. Típicamente, admiraba la artesanía y coherencia de los cuentos de Arthur C. Clarke, que evocan a Defoe, aunque pensaba que había vastas dimensiones de la experiencia humana que Clarke no toca jamás. Los cuentos de Cordwainer Smith eran una especie de "juego" importante (Paul estaba muy impresionado por el *Homo Ludens* de Huizinga): en ellos hay, esparcidos, criptogramas irrelevantes, alusiones geográficas, y nombres extraídos de idiomas extranjeros.

Una vez dijo que Cordwainer Smith era "precervantino": los cuentos son como ciclos de leyendas medievales, sin el principio, nudo y desenlace aristotélicos de la tragedia clásica, y por cierto sin

esa misma estructura tal como se trasladó a la novela moderna, iniciada por Cervantes. Son antes que historia futura, ciclos legendarios del futuro, y la intención era interrelacionarlos e infundirles coherencia no sobre el modelo historiográfico sino sobre el legendario. No son el desarrollo lógico de algún concepto de la existencia social, como la línea principal de la ciencia ficción social, sino evocaciones de las reacciones emocionales e imaginativas de la gente frente a relaciones y situaciones sociales extrañas, ya sea el piloto de combate que depende de la comunicación telepática con un gato, o el "caballero-suicida" que crea, danzando, una religión de dolor y de alegría en un mundo donde para los hombres es imposible otra cosa que una tediosa felicidad.

Título del original en inglés: *Paul Linebarger*.

Del libro *Exploring Cordwainer Smith*.

© 1975 by Andrew Porter. Traducción de Ursula Shevek.

JOHN FOYSTER HABLA CON ARTHUR BURNS

A.B.: Veamos si puedo decir algo que permita vislumbrar esta personalidad tan extraña. Antes de escribir ciencia ficción escribió una novela llamada *Atomsk*, que fue el primer relato de espías nucleares rusos y recibió una reseña aplastante, recuerdo, en una publicación rusa. También escribió esas dos novelas con el pseudónimo Felix Forrest, ambas tituladas con nombres de mujeres. Son muy interesantes en el sentido de que no son novelas sobre mujeres sino que parecen escritas por mujeres. Había escrito muchas cosas de ese estilo. Pese a su principal actividad

profesional cuando todavía era un académico muy joven, se enlistó en el ejército norteamericano y se especializó en guerra psicológica. Era este aspecto suyo el que me espantaba. La guerra psicológica es algo espantoso, y su libro *Psychological Warfare*, firmado con el nombre P.M.A. Linebarger, es el texto clásico sobre el tema. En el curso de este trabajo se sometió al psicoanálisis, y esto explica más sobre su personalidad, y en ciertos sentidos sobre su estilo, que cualquier otra cosa.

La primera impresión que él nos dio aquí fue la de un verdadero reaccionario, un poco re-

cio y sanguinario y todo eso. Estuvo aquí todo el año 1957 y afrontó muchas veces a la izquierda académica, y otras tantas a la izquierda no académica, y dio muchas conferencias sobre China, escribió muchos artículos, y esas cosas. Pero había que conocerlo para entender que buena parte de eso no era más que las expresiones desinhibidas de agresión típicas de las personas que se han analizado. De hecho, era en muchos sentidos un hombre extremadamente humano. En sus cuentos uno lo nota, incidentalmente, en el tipo de alegoría que estaba escribiendo siempre. Por

ejemplo, en sus cuentos sobre la Instrumentalidad, como "El joven que compró la Vieja Tierra" y esas cosas, y el último, que es muy extraño, "Bajo la Vieja Tierra", donde la subgente sale y sale, esos animales que han sido transformados en seres humanos. Bien, esto es una especie de alegoría social del negro norteamericano.

Era anglicano de tendencias católicas, muy recalcitrante por ser norteamericano, y curiosamente la religión significaba mucho para él, de un modo gracioso, podría decirse incluso. Con frecuencia hablaba de ella sin seriedad. Una vez estaba muy enfermo en México —de paso, fue un hombre que prácticamente estuvo enfermo cada año de su vida; sufrió muchas operaciones, y ésa fue una de las razones por la cual murió tan joven—, bien, estaba enfermo en México y dijo que pensaba que estaba muy mal y que no quedaba más salida que invocar a la Virgen María, porque México era territorio de ella. Con frecuencia tenía esas salidas.

Le gustó Australia cuando estuvo aquí en 1957, y también el año pasado (1965) por unos pocos meses. Cuando estuvo aquí el año pasado fue a Nueva Guinea con la esposa, y pasó dos meses allá, y escribió, en mi opinión, la mejor monografía que se haya hecho sobre el desarrollo de Nueva Guinea. Pero era una monografía extremadamente "audaz"... Su análisis era muy complejo, y no se popularizó demasiado porque decía algunas cosas que ni el gobierno ni los funcionarios australianos quieren oír... Era típico de él que en no más de dos semanas pudiera usar fluidamente nuestros giros idiomáticos: era muy rápido.

Su gusto por Australia se nota en los relatos de Norstrilia. También era típico de él —un detalle de gran importancia

en su ciencia ficción— que todos sus cuentos, de un modo u otro, fueran comentarios oblicuos sobre la política y la sociedad contemporánea. Tomemos por ejemplo uno de los primeros, "Mark Elf". Paul había vivido un tiempo en Alemania, y veía con admiración algunas características de los alemanes, pero a otras las consideraba muy peligrosas; y esta especie de historia gótica —porque eso era en verdad "Mark Elf"— se proponía ser un comentario, como quien dice, sobre la vena de nacionalismo bárbaro y medieval que siempre puede aflorar en los alemanes.

Nunca fue amante de las moralejas rimbombantes. Es decir, si sus cuentos tienen moraleja está oculta. Estaban destinados a entretener, a divertir; los hacía porque le gustaba. Se consideraba precervantino. Con esto quería decir que la novela europea —un relato eslabonado donde participa un grupo de personas, con principio, nudo y desenlace, y esas características— la inició Cervantes con *Don Quijote*, y por lo tanto él era precervantino en el sentido de que sus cuentos se parecían más a las historias medievales, a fragmentos de una leyenda o ciclo como los compilados por Malory en *La muerte de Arturo*.

J.F.: Eso es evidente. ¿Por qué piensa usted que él eligió este método y dio coherencia a sus relatos?

A.B.: Les dio coherencia en el sentido de que les dio un marco común, pero no les dio continuidad.

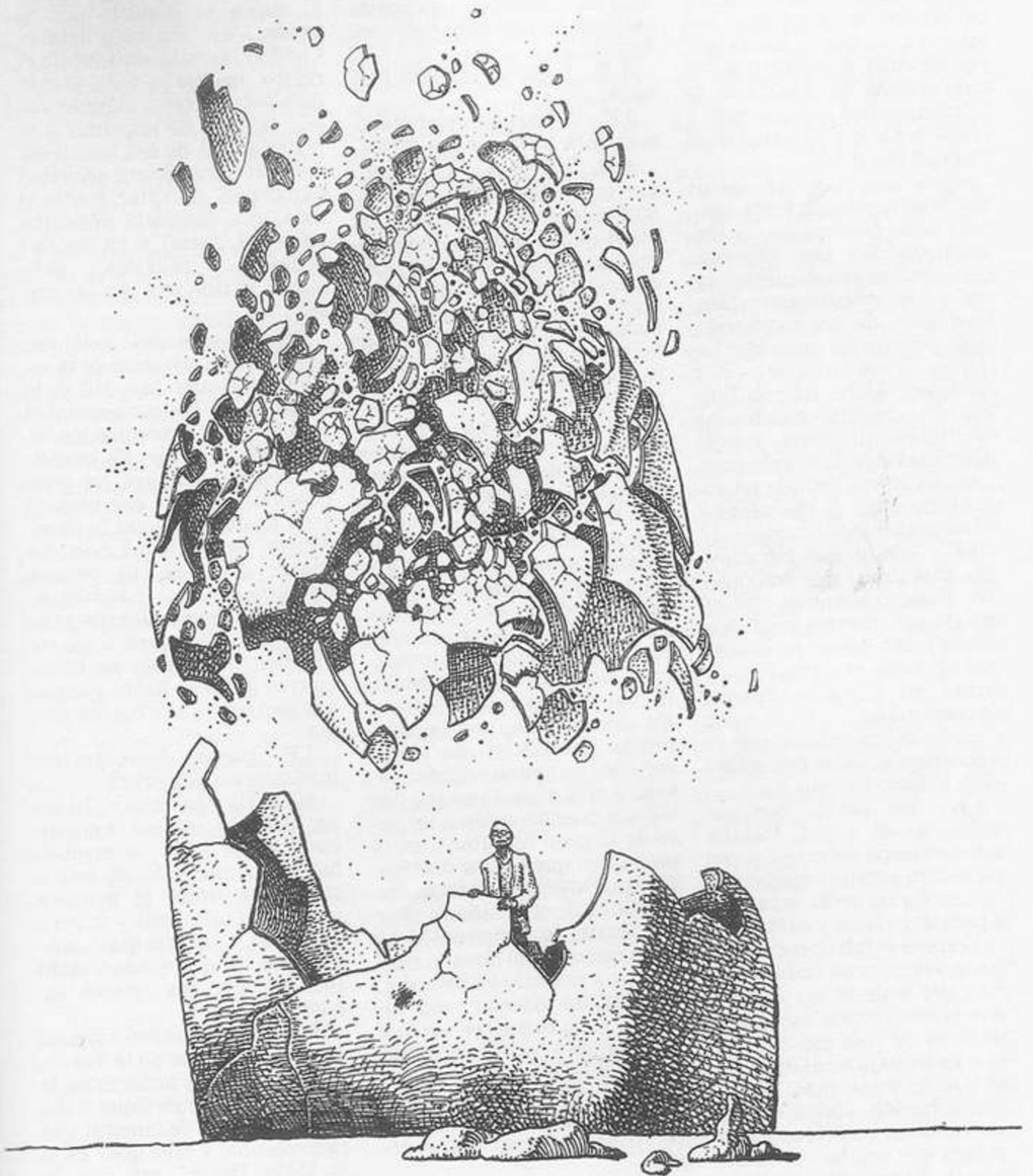
J.F.: Hay muchas incoherencias internas.

A.B.: En efecto. No creo que sea demasiado pretencioso decir que veía a la humanidad y la naturaleza humana como algo que estaba cambiando y evolucionando de un modo complejísimo, y pienso que la veía como atravesando ciertas etapas. El período de la Instrumentalidad, por ejem-

plo, es en verdad un período de considerable decadencia humana, acarreada por la perfección de algo que él a menudo comentaba como una instancia ya desarrollada en el siglo veinte, algo que denominaba la Revolución del Placer. Una de las cosas que le interesó de Australia cuando estuvo aquí en 1957, en contraste con los EE.UU., fue que la Revolución del Placer todavía no había estallado en este país. No sé qué diría ahora; en verdad no tuvo mucho contacto con los jóvenes cuando estuvo aquí el año pasado. Pero en su primera visita dijo que en Australia la gente todavía estaba acostumbrada a prescindir, mientras que en Norteamérica la opulencia había alcanzado tales extremos que la gente tenía toda la posibilidad de evitar contrariedades —o más bien, usar las drogas para evitar contrariedades— y usar su opulencia para conseguir lo que deseaba. Pensaba que esto inevitablemente desemboca en una especie de desgaste de la energía y el dinamismo humanos. Y desde luego en este contexto resulta muy interesante la analogía de la subgente... En cuanto a su visión general del hombre y la naturaleza humana, había una variedad de tipos de personajes en sus cuentos. Tenía esos capitanes aventureros y expansivos, hombres de acción, y hombres como Casher O'Neill, hombres con iniciativa.

J.F.: ¿Qué relación hay entre Casher O'Neill y Egipto?

A.B.: Entiendo que Casher O'Neill es, en una transliteración al árabe, el nombre de una calle de El Cairo. El planeta Mizzer es obviamente egipcio. Pero eligió un hombre con apellido irlandés porque quería dar idea de un aventurero. Usted recuerda que en "El planeta de las tormentas" lo inician en el cristianismo en un tiempo en que todas las religiones son un poco clandestinas. Pienso que allí el contexto



egipcio es simplemente un vehículo: yo no detecté ninguna alegoría en especial. El nunca resolvía sus alegorías; nunca hubo en sus cuentos un intento deliberado de proponer una alegoría; lo que sí hacía era, por ejemplo, permitir que sus impresiones de Australia se filtraran en su imaginación y produjeran una historia que él escribía por gusto.

Pero además de estos hombres de acción tenía también a sus burócratas, la Instrumentalidad, esas personas cuyo destino era dominar; tenía a las subpersonas; también tenía, de vez en cuando, esos personajes individualistas y románticos. Por ejemplo, "Alpha Ralpa Boulevard" contiene muchísima sofisticación literaria, y es la sofisticación de la novela francesa, en cierto sentido un comentario sobre la literatura y el temperamento francés.

J.F.: Admito que me causó más problemas que cualquier otro cuento. Mientras que en uno de sus cuentos más "comunes" las cosas se pescan casi al vuelo, el Abba-dingo y demás me dejaron bastante desconcertado... ¿Cuál sería la razón del incremento de su producción en años recientes? ¿Más tiempo de ocio, o...?

A.B.: En parte, por sus problemas de salud. Pasaba mucho tiempo en cama y con frecuencia escribía esos cuentos cuando no podía levantarse para dar clases y demás. El y su esposa estaban escribiendo una voluminosa historia política del sudeste de Asia, y cuando no se sentía bien tenía que dejar de lado eso, sus clases y su trabajo en el ejército, así que escribía más y más ciencia ficción. Había escrito muchas otras cosas (usted recordará que estaba ese relato *Atomsk*, y otras dos novelas), y era un hombre que escribía con soltura y facilidad. Se sentaba a la máquina y se ponía a teclear. Nunca he visto a na-

die componer tan rápido cuando estaba inspirado.

J.F.: Eso podría ayudar a comprender las ovejas enfermas de Norstrilia. Las ovejas estaban permanentemente enfermas y...

A.B.: Bien, no lo había pensado...

J.F.: Tenían que estar enfermas para producir esa droga.

A.B.: Pienso que para él había otras clases de enfermedad, que no se parecían a las cosas que él padecía, y que inmediatamente producían una especie de obesidad, pero también algo que salía... esto, desde luego, es un tema rector de la literatura romántica y en ese sentido él siempre fue muy romántico.

Tenía una gran agilidad mental, pero al mismo tiempo era profundo; es decir, cuando leía algo o escuchaba lo que uno le decía, hacía comentarios que indicaban... eran comentarios muy hondos, él era muy rápido, y nunca lo elaboraba. Yo soy de esas personas que arman estructuras complejas; él nunca se prestaba al juego... No era en absoluto un pensador sistemático. En cierto modo, una vez que tocaba lo esencial, las elaboraciones no tenían sentido; pasaba a otra cosa. Creo que por eso sus cuentos están a un paso de la gran literatura, en el sentido en que podría decirse, Wells u Orwell... No tenía esa mentalidad ordenadora. Por otra parte, la penetración de su imaginación lo llevaba muy lejos, y a menudo yo pensaba, después de charlar con él, bueno, para qué sirve ser tan sistemático y pedante y armar tan meticulosas estructuras cuando todo puede encajar de esta manera, con esta especie de visión profunda que él tenía.

J.F.: Yo he sentido lo mismo. La mayor parte de la ciencia ficción que leo no me impresiona demasiado, pero cuanto más leo a Cordwainer

Smith más obvio me parece que está a un paso de la gran literatura.

A.B.: Sí, aunque desde luego él nunca se inquietó por su prosa... eso era otro detalle. Cuando revisaba enriquecía el relato, insertaba más y más detalles, cortaba algunas cosas, trataba de imprimir a la historia más de esa sensación de estar mirando una sociedad particular, de estar mirando toda una compleja situación personal, social y en verdad histórica y religiosa... pero nunca se desvivía por las frases...

Con los años desarrolló ese cuadro de la sucesión de la sociedad humana. Más allá de la etapa de la Instrumentalidad está lo que él denominó los Señores de la Tarde. Es cuando la sociedad humana ha trascendido inclusive ese período y no es exactamente la decadencia de la Revolución del Placer; está más allá, pero es un poco... raro. Usted sabe, es... Hay ciertos límites para estas cosas, y pese a su romanticismo él sabía que había ciertos límites: había riesgos que uno corría por cuenta propia.

J.F.: ¿Quiere decir que hay más cuentos por salir?

A.B.: Hay bastantes. El solía trabajar en tres o cuatro cuentos por vez, y a menudo había un intervalo de seis o siete años entre la primera versión de un cuento y la revisión final, y yo diría que la mayoría de los que quedan están todavía en esa etapa incompleta.

J.F.: No se publicó ninguno sobre los Señores de la Tarde.

A.B.: No. Los Señores de la Tarde era el nombre que él daba a una serie de cuentos que mencionaba, y creo que "Bajo la Vieja Tierra" era uno de ellos.

J.F.: Es obviamente el comienzo de una serie, y debió de terminarlo el año antes de morir, cuando menos.

A.B.: Sí.

J.F.: ¿Qué opinaba de la ciencia ficción en general...? Los fans, otros escritores...

A.B.: Decía que en verdad tenía entablar relaciones con los fans. No porque le disgustaran; decía: "Me ponen nervioso". Pensaba que si se volvía famoso como... Conocía a un par de escritores del género, mucho y muy íntimamente; hablaba con ellos; pero nunca quería meterse en esas cosas. Era un hombre muy difícil como para sujetarse a nada. No veía motivos para formar parte de nada, de ninguna clase de organización. En ese sentido su pertenencia a la iglesia episcopal funcionaba muy bien porque, como él decía, no tenía que ir a escuchar las sandeces de algún cura que sermoneaba sobre política o cualquier otro tema que ignoraba.

En cuanto a los otros escritores de ciencia ficción, leía en forma contradictoria. Era muy raro con respecto a Arthur Clarke. Es decir, a veces decía: "Ese hombre no entiende un rábano", sobre las personas, quería decir. Por otra parte decía que existe cierto tipo de ciencia ficción clásica, y que nadie la hace mejor que Clarke; en cierto modo, así es como habría que escribirla. Podía admirar a al-

guien como Clarke, que está en la tradición de Defoe, alguien que lo cuenta todo, que ha elaborado todo en forma muy compleja, con atención a los detalles científicos y todo eso, y que tiene un principio y un final clásicos sin cabos sueltos. Elogiaba mucho esos trabajos. Por otra parte eran exactamente opuestos a la visión que tenía él.

J.F.: ¿Expresó alguna opinión sobre Robert Heinlein?

A.B.: Sí, pensaba bien de él, aunque creía que a menudo se descarriaba. Algunos cuentos no llegaban ni a los talones de otros. Le gustaba parte del trabajo de van Vogt, y confesaba que Fritz Leiber lo divertía. Pensaba que parte del trabajo de Leiber se parecía mucho a su manera de pensar, aunque él nunca fue tan nietzscheano como Leiber, ni tampoco fue un hombre tan duro, en cierto sentido. Hay una vena considerable de dureza en Leiber; es muy impresionante en ciertos sentidos pero también es muy brutal, y Paul no era brutal de esa manera.

J.F.: Lo notable es que sea tremendamente genuino en sus cuentos, y eso contraste mucho con su trabajo.

A.B.: Pienso que sí, pero también pienso que una de las claves del asunto es que en verdad creía que la guerra

psicológica era más humana, y no tenía grandes aspiraciones en ese trabajo. En la universidad de aquí dio cuatro conferencias sobre el tema, y fueron las más desopilantes que oí jamás.

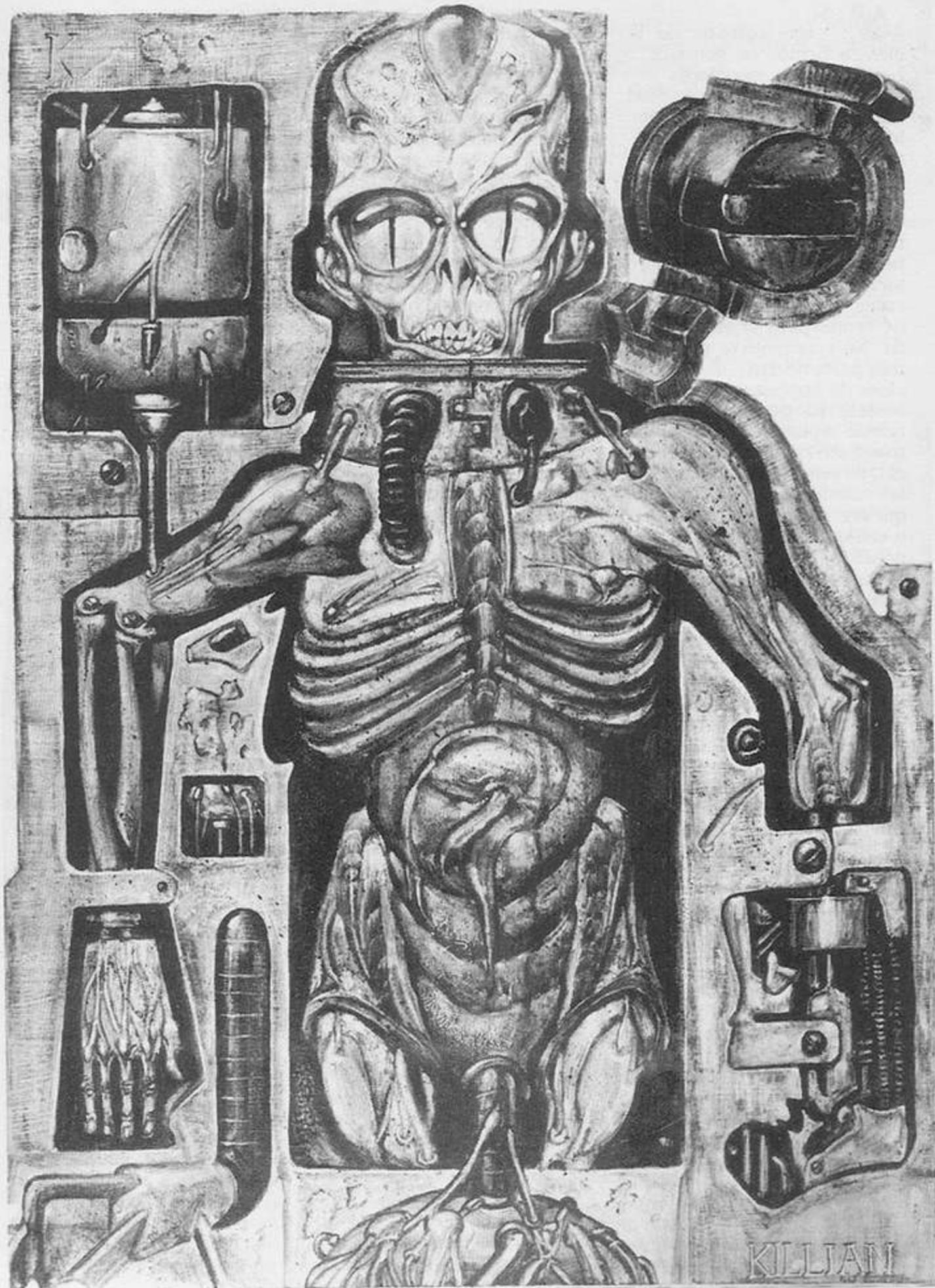
Sentía una gran simpatía por los japoneses. En la campaña italiana de la Segunda Guerra trabajó en colaboración con algunos *nisei*, y llegó a estrechar lazos más que ningún anglosajón que yo haya conocido. Nunca trataba de hacerles parecer lo que no eran, sino que admiraba las cualidades que tenían. Otras personas los habrían considerado extraños e inquietantes. Hablaba muy elogiosamente de un hombre que se había ofrecido, creo, como voluntario en el ejército norteamericano, y cuya familia japonesa celebró ese ritual bastante extraño que celebran los japoneses cuando un soldado se va a la guerra: él está muerto, y practican una especie de sepultura ritual. Lo lavan con alcohol y arroz y esas cosas... en otras palabras, uno está muerto.

Y decía que la razón del increíble valor de esos *nisei* era que cada mañana se levantaban y decían, "En fin, tendría que estar muerto". Y él comprendía muy bien a esos personajes.

Titulo del original en inglés: *John Foyster Talks With Arthur Burns.*

Del libro *Exploring Cordwainer Smith.*

© 1975 by Andrew Porter. Traducción de Ursula Shevek.



*Cuando los cadáveres se nieguen
a morir, nada costará más
que saber a quién hay que enterrar.*

Doris Piserchia

EL DERECHO A LA MUERTE

Ilustró KILLIAN

Un veterinario y un dueño hablaban de Mancha, recién operado.

—Lo arreglé para que la pata se levante automáticamente.

—¿Y eso en qué le mejorará los riñones debilitados?

—Hay que mantenerlos abiertos y limpios. Cada vez que levante la pata, sentirá la necesidad.

—¿Por qué?

—Lo hará, es todo. Tengo cuarenta años en mi profesión y sé de qué hablo. El motorcito que le puse en el muslo le alzaré la pata, y orinará como un cachorro. Son cincuenta dólares.

Suburbio de la Costa Este. Dos vecinas conversaban en el fondo; eventualmente se pusieron a hablar de sus finados.

—A propósito, los niños dicen que vieron a Billy el otro día.

—¿Dónde?

—Cerca del granero.

—Me dijeron que le habían apagado todos esos motores. Si se anda paseando por ahí, le haré juicio a alguno.

Los motores atómicos tardaban mucho tiempo en desgastarse, y aparentemente la menor conmoción dentro del cadáver podía poner en marcha el mecanismo: un temblor de tierra, un exceso de actividad entre los gusanos, el gas, etcétera. Era desagradable visitar el cementerio y oír ruidos que venían de abajo de las placas, lápidas o monumentos, o del interior de las tumbas o del interior de los ataúdes que yacían en las tumbas. Hubo que tomar medidas para atenuar la situación.

Al principio cremaron los cadáveres. Los grupos religiosos se opusieron. Luego los pulverizaron. Todos se opusieron. Se construyeron tumbas transparentes por encima del suelo, y los deudos debían denunciar cualquier actividad anormal a las autoridades. Esta medida no dio resultado, porque la gente no quería ver cómo los seres queridos se transformaban en polvo. Entonces pusieron a los muertos a descansar en el suelo, en ataúdes con tapa especial. Si se ejercía cierta presión en la cara interior, la tapa se abría.

Los muertos empezaron a merodear. Como los habían sepultado desnudos, eran fáciles de identificar, y cuadrillas especiales patrullaban las calles y los capturaban.

A la compañía que fabricaba los motores corporales la enjuiciaron mil veces, hasta que el gobierno la declaró inmune a los juicios. Los motores eran una parte necesaria de la vida, y si la compañía quebraba no habría más motores. Entretanto, el gobierno ordenó a la compañía que realizara investigaciones para descubrir cómo apagar sus productos.

El rasgo más notable de Huston Adler era su neurosis.

—Bienvenido a la compañía —dijo su superior—. Irá derecho al laboratorio del tercer piso y no asomará la nariz hasta que haya apagado toda esa carroña.

Huston no cumplió con lo que se había propuesto, o sea apagar los cadáveres del laboratorio del tercer piso del edificio de la compañía. No fracasó porque fuera un técnico inepto sino por culpa de su neurosis y de un desastre natural con forma de incendio que abrasó el edificio. Pero el incendio vino más tarde. Por el momento, Huston se paseaba por sus dominios del tercer piso y se sentía importante. Tenía que supervisar una gran cantidad de propiedades costosas.

Su departamento estaba junto al laboratorio, y era cómodo y amplio. La cocina estaba repleta de comida, el estéreo incluía una provisión de discos, había una TV color, todo lo que podía desear estaba a su alcance. La compañía lo quería tener contento mientras no trabajaba con los cadáveres.

El laboratorio: veinticinco metros por veinte, un cielo raso muy bajo, luces fluorescen-

tes, algunas muy brillantes y otras muy tenues, paredes verde pálido, un sinfín de mesas y bancos, un par de barras horizontales donde podía colgar cosas, un gran escritorio con el equipo electrónico de Huston, los cuerpos experimentales despatarrados en diversos estados de desorden, excepto el de Billy.

Un enorme gancho de carnicero entre los omóplatos mantenía a Billy suspendido en posición vertical de una de las barras. Su tiroides nunca había funcionado bien, por eso los ojos azules eran grandes y saltones. Hacía mucho tiempo, cuando vivía, Billy había padecido abcesos óseos verdaderamente graves. Hubo que amputarle las piernas y los brazos, y tuvo que vivir un tiempo en una canasta hasta que los médicos le implantaron una pequeña unidad antigravitatoria en la pelvis. De la unidad salían cables que llegaban a las articulaciones de los muslos, y para levantarse en el aire Billy sólo tenía que tensar los músculos del bajo vientre. Manteniendo una tensión constante, Billy podía flotar en posición vertical a poco más de un metro del suelo. Este extraño poder de movilidad lo mantuvo cuerdo y relativamente feliz hasta que las heridas quirúrgicas cerraron por completo. Luego recibió cuatro elegantes extremidades ortopédicas que lo capacitaron para caminar y tantear, recoger y aferrar casi normalmente. La unidad antigravitatoria quedó donde estaba porque se había recubierto de tejido orgánico. Ahora la unidad estaba fuera de control, de modo que habían empalado a Billy en el gancho para que no se echara a volar. De vez en cuando alzaba los brazos artificiales, a veces agitaba las piernas o las movía como si caminara. Cuando los guardianes de cadáveres lo apresaron cerca del granero, le encontraron una herida espantosa y sangrienta en la espalda. Billy resultó interesante para la compañía a causa de sus muchos motores, así que no lo devolvieron a sus deudos. Le detuvieron la circulación seccionando las arterias cardíacas. Le implantaron motores pequeños para que el corazón y los pulmones siguieran bombeando. El técnico de operaciones no tenía más razones para hacer todo eso que su necesidad

de practicar. En las venas y arterias de Billy introdujeron elementos para intensificar el proceso que retardaba la descomposición. Se pudriría, pero no sin que algún técnico lo usara por un tiempo. En este caso, Huston Adler.

Buck murió quemado. Era bombero. Cuando estaba con vida, venas varicosas le habían debilitado las piernas. Un pequeño motor le ayudó a caminar. Después que murió vagabundeaba por ahí cada vez que el motor de su columna vertebral se confundía con las señales emitidas por el activador cardíaco. En la sangre tenía una enzima especial que espesaba el fluido en las venas superficiales y capilares. Sus heridas no sangraban. Rezumaban.

La señorita Sonia era imbécil de nacimiento. Su amante le perforó el hígado de un balazo. Parecía una muñeca. Había tenido muchos órganos defectuosos, de modo que además de los motores cerebrales y espinales tenía otros en varias partes. Incluso tenía uno que le estimulaba los genitales. En verdad no había sido una idea brillante, pues la estimulaba tanto que Sonia desperdició buena parte de su vida en aventuras pasajeras. Era un cadáver atractivo, menudo y de aspecto frágil, con rasgos faciales delicados, ojos grandes y castaños, y una barbilla que temblaba cuando el motor del cerebro creaba vibraciones minúsculas.

Tamara había sido una turista compulsiva. Se ahogó en el Gran Canal cuando su góndola volcó. Antes de dedicarse a viajar, jugaba al fútbol. Una lesión grave le destruyó parte del cerebro. Más tarde, el cáncer le cerró la garganta. Había sido una gran charlatana gracias al aparato del cuello. El cáncer no había dejado nada, de modo que un amplificador no hubiera servido. Sus impulsos cerebrales habían activado el grabador, y como viajaba a países extranjeros las grabaciones eran polilingües. Ahora, con los motores internos descompuestos, Tamara todavía hablaba y a veces decía cosas en francés o alemán o swahili cuando su propio idioma habría sido adecuado. Casi todas las cosas que decía eran defensivas. Siempre había lamentado su figura.

Mancha, un pequeño perro moteado; sus ojos conservaron la vida después que el resto

de él murió; tan enormes, esos ojos, tan relucientes, y además estaban las orejas alertas que eran demasiado grandes. Cada vez que alzaba la pata, ladraba. En la garganta tenía un motorcito que se conectaba con el del muslo. A su dueño lo habían preocupado los riñones débiles; quería vigilar de cerca lo que ocurría. Hacia el final, Mancha había necesitado un motor para ayudarlo a caminar.

Huston Adler, activo, neurótico, joven, trabajador; pronto empezó a dormir mal, a sufrir de indigestión; tenía tics faciales, las palmas húmedas, palpitaciones cardíacas, ojos inflamados, prestaba demasiada atención a sonidos que no existían. Su laboratorio era tan completo que había hasta un armario lleno de nada. La desnuda señorita Sonia lo turbaba, así que le hizo vestir una bata de soirée roja. Tamara también lo acaloraba y la obligó a vestir jeans y suéter. En cuanto a Buck, le pusieron corbata y un frac, y Billy quedó enfundado en un traje de ejecutivo. Pero eso fue después que Huston logró encender a sus clientes.

La experiencia de Huston en motores atómicos se había limitado a máquinas simples, implantadas en personas vivas. Ese primer día había encontrado una silla, se había sentado y había mirado, mirado de veras, a las cinco personas con quienes iba a trabajar. (Ya había clasificado a Mancha como persona.) No había visto muchos muertos. A lo sumo unos pocos cadáveres apacibles, en ataúdes, no sueltos y sentados o de pie con los ojos abiertos.

Se suponía que debía apagar todos los motores de los cinco. El mundo quería que los muertos estuvieran muertos, tiosos y mudos, y no que conservaran falsos síntomas de vida. Bien, ¿qué podía hacer primero? Encenderlos a todos, desde luego; de lo contrario no sabría por dónde empezar.

Lo más importante de sus máquinas era el integrador. Le decía qué clase de motores contenían los cuerpos. Tocó con un cable el pecho de Mancha y se encendieron varias luces en el tablero de lectura. Tocó a los otros cuatro con el cable y observó cómo fluctuaban las luces. Verde, azul, rojo, amarillo. Huston sabía qué significaban.

¿Qué era la muerte? ¿La ausencia de latidos? A cada ser humano se le instalaba un activador

cardíaco en el pecho en el momento de nacer. Raro que Mancha tuviera uno. El dueño debía de ser un ricachón. De modo que los cinco del laboratorio de Huston tenían pulsaciones.

¿Y las ondas cerebrales? Huston no tenía un electroencefalógrafo, pero si lo hubiera tenido al menos la mitad de sus clientes le habría mostrado una cierta actividad. Dos personas y media: la señorita Sonia, Tamara y Mancha.

Pobre Buck y pobre Billy; mucho más pobre Buck, pues le habían arruinado el aspecto. Ese fue uno de los pensamientos de Huston, y reconoció que era extravagante. Pronto se le ocurrirían más.

¿Respiración? Los pulmones de los cinco funcionaban. Estaban tan activos en la muerte como lo habían estado en vida. ¿Circulación? Cuando alguien moría, se le inyectaba una intravenosa que inhibía la descomposición. Y todo fluía porque el corazón seguía funcionando.

Huston se puso a encender a sus clientes.

Buck se paseaba de un lado a otro, despacio, con titubeos. Tenía una expresión azorada, como si estuviera viendo las llamas por primera vez y aún no lo hubiera embargado el miedo. Había sido un bombero responsable. Ahora chocaba con la pared del laboratorio, se volvía y caminaba en dirección contraria, chocaba con otra pared, se volvía...

Billy colgaba del gancho de carnicero y aullaba sin emitir ningún sonido. Tenía cara de susto. El gancho era pesado y corto, y le impedía elevarse más que unos centímetros. Cada vez que subía, se golpeaba la cabeza contra la barra con un ruido suave.

La señorita Sonia miraba a Buck, quien caminaba entre unos bancos cerca de ella.

—Eres como todos —le dijo—. En verdad no te intereso como persona.

—Por favor, ¿dónde está el excusado? ¿Damen? ¿Herren? ¿Toilet? Oui. Ach, so —dijo Tamara. Después frunció el ceño, volvió la cabeza y fulminó con la mirada a Mancha, que levantó la pata como para orinarle el tobillo. Al hacerlo ladró.

La señorita Sonia se interpuso en el camino de Buck, que tropezó con ella y la derribó.

—No es culpa mía —dijo la señorita Sonia, levantándose—. Tú no sabes lo que es no po-

der controlarse. Lo lógico y natural es que algunos hombres no tengan ningún atractivo. Es decir, no todos pueden ser deseables. No es culpa mía, de ningún modo. No pueden arres-tarme ni nada. El gobierno me protege. Soy inocente. Además, no es serio. Por cierto, los hombres son capaces de cuidarse de mí.

—¿Por qué no dejas de seguirme? —le dijo Tamara a Mancha—. Sólo dime dónde está la parada de autobuses. Es todo lo que quiero de ti. Si no me dejas en paz, llamaré a un policía.

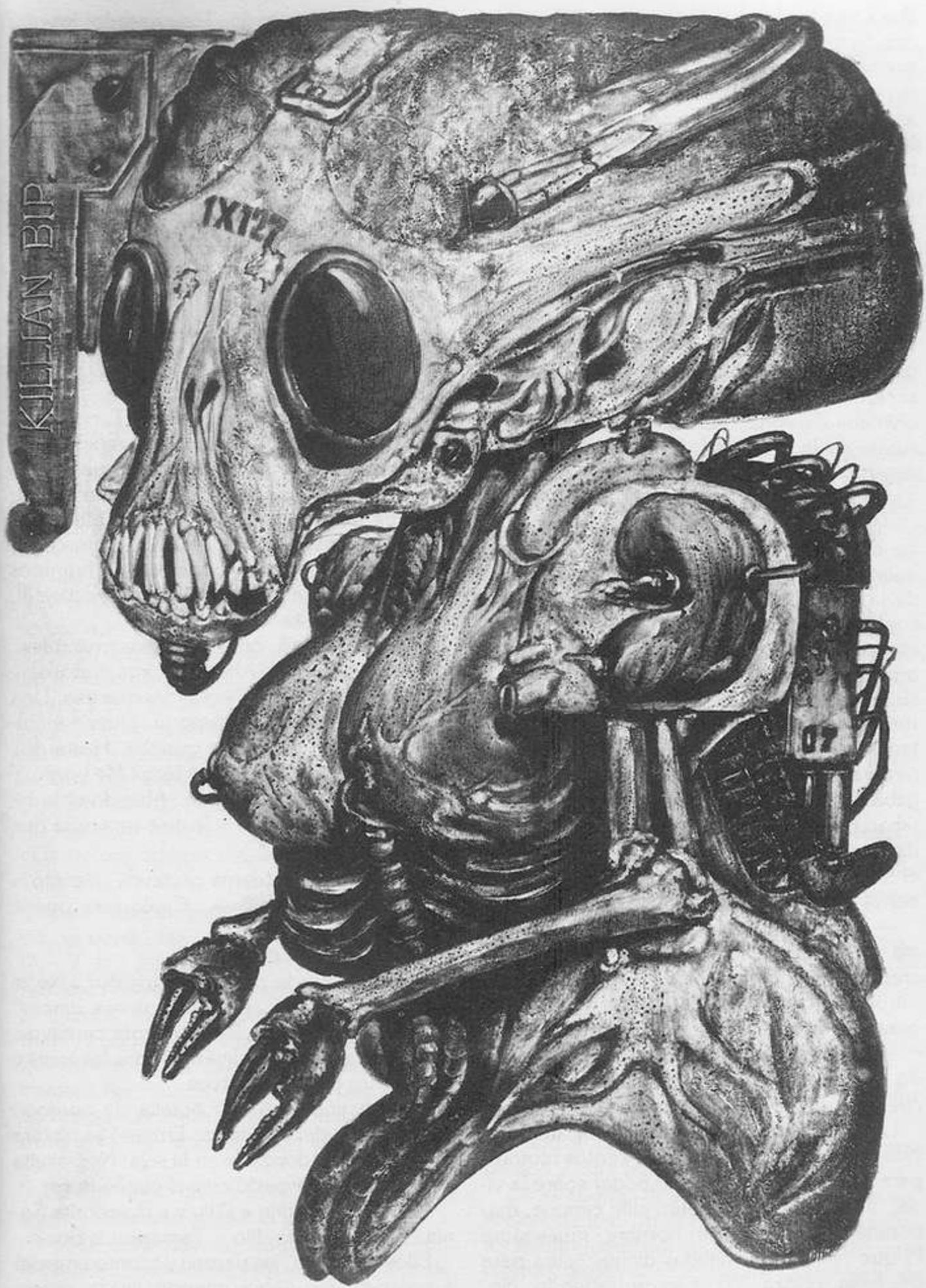
Billy golpeó la barra más de lo conveniente. El gancho se le había estado hundiendo en las costillas con cada movimiento, pero ahora se deslizó en dirección contraria, hacia atrás y hacia arriba, y tras arrancarle unos centímetros de carne de la espalda dejó de sostenerlo y él cayó de pie. Se puso a valsear, airo-sa y grácilmente. Al mismo tiempo sus manos tantearon el vacío hasta que al fin encontraron a Buck, lo aferraron, trataron de abrazar al bombero para la última pieza. Buck repitió el último movimiento consciente de su vida, tomó la viga ardiente con las manos, se la quitó del hombro donde le había caído, la tumbó a un costado. Billy retrocedió tambaleando pero en vez de caer se elevó en el aire y subió flotando al cielo raso. Lo embistió con fuerza y bajó al suelo. Bailó de nuevo y esta vez sus manos aleteantes encontraron a la señorita Sonia.

—Oh, Dios, no —dijo ella. Le echó los brazos al cuello y lo besó. Valsearon juntos y se besaron.

—Madre —dijo Tamara—, no me importa si te gusta o no, no me importa si al mundo le molesta que una mujer juegue al fútbol. ¿Qué diablos quieres que haga, que espere sentada a que algún muchacho me invite al baile? Sabes muy bien que eso no lo hará nadie. Es culpa tuya. ¿Por qué me diste el físico de papá? El es feo y yo también. ¿Has visto mis piernas arqueadas igual que las tuyas? Demonios, hasta soy velluda como él. No lloro. No lo hago desde que tenía doce años. Simplemente buscaré cómo hacer algo interesante de mi vida.

Huston dormía mal, se olvidaba de soñar, trabajaba en exceso, se sumía en la irrealidad.

Mancha ladró, orinó la pierna de Buck,



Buck se paseó de un lado a otro. Billy valseó con Sonia, Tamara detuvo a un peatón y le preguntó dónde estaba la salida, Mancha alzó la pata y roció un grifo para incendios, Buck atravesó el edificio en llamas y escuchó cómo la carne de su muslo izquierdo siseaba como tocino en una sartén, Billy probó por primera vez sus piernas artificiales valseando lentamente por el living con su esposa en brazos, la señorita Sonia se dejó arrastrar por las sensaciones porque eso era todo lo que había en su vida, porque eso era todo lo que había en la vida de cualquiera cuando ese cualquiera es un deficiente mental que no se da maña ni para salir del guardarropa sin una máquina en el cerebro que lo guíe. Huston dormía mal, se olvidaba de soñar, trabajaba en exceso y se sumía en la irrealidad. Tenía poder sobre la muerte, y el poder siempre significaba vida.

—Si de veras quieres saber qué pienso de la liberación femenina —dijo Tamara—, bueno, está bien para las mujeres que gustan de la acción. Claro. ¿Por qué no? Es como comer. Hay que hacerlo, pero uno prefiere elegir el plato. ¿Yo? Lo único que quiero es un hombre. ¿Qué tiene de malo? Escucha, cuando era jovencita me desesperaba. En ese momento el impulso sexual es lo más importante del mundo. Quiero decir que te agujonea de veras. ¿Y cómo me las arreglaba? Jugaba al solitario mientras mis amigas se acostaban con sus fulanos cuando querían. No me digas que este mundo es justo. La juventud, el físico y el dinero es lo que cuenta, y si no tienes eso estás en la miseria.

—¿Qué sabes del sufrimiento? —dijo Sonia—. Yo nací idiota. No sólo eso, mi páncreas y mi pituitaria eran defectuosos. Me pusieron esa cosa en la cosa para que pudiera gozar de la vida. Me la arruinaron del todo.

—¿Alguna vez un tipo se echó atrás cuando lo tocabas? —dijo Tamara—. No me cuentes tus problemas, impúdica.

Las máquinas fueron Dios, por un rato. No, el manipulador era Dios. Tantos motores para arrancar y guiar, tanto poder sobre la vida, un cable aquí, un botón allá: camina, marioneta, habla como un hombre, muéstrame lo que pienso que habrías dicho, actúa para mí, baila, retoza. Yo lo estoy haciendo. No,

ellos lo están haciendo. Tan cansado, los ojos irritados, la boca seca, no puedo ordenarme las ideas, si tan sólo pudiera dormir.

Buck apoyó una mano roja y negra y ampollada en el hombro de Tamara.

—¿Qué estás haciendo?

Le tocó la mejilla con el dedo.

—No, por favor —dijo Tamara con voz suave.

Buck siguió acariciándola.

—Y ahora tienes que irte —dijo ella—. Ocurre así todas las veces. Fíjate en mí. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Buck estaba muy cerca.

—Pero soy fea. Soy horrenda. Tengo cuerpo de albóndiga, y un pelo tan rebelde que nunca lo pude peinar. Apuesto a que usé todas las clases de champú que existen. ¿Por qué me miras así? ¿Estás ciego? ¿Me ves la cara? Háblame de mi bigote. A los catorce me creció un bigote, a los dieciséis tenía hombros más anchos que mi padre. Soy parecida a él, sólo que más fea.

Buck se inclinó, besó los labios invitantes.

—Me das asco —dijo ella, irguiéndose—. No quiero tu piedad. No es más que eso. Una vez conocí a un chico como tú. Quería mi bicicleta y fingía que yo le gustaba. Hasta que un día lo besé. ¿Sabes qué hizo? Me pegó. Y me gritó. Y salió corriendo. Abandoné la bicicleta frente a su casa y le dejé una nota que decía: "Te amo".

—Mira, sólo cincuenta centavos —le dijo la señorita Sonia a Billy—. Cualquiera puede pagarlo.

Billy meneó la cabeza.

—¿Pero qué te pasa, eres frígido? ¿No te gustan las chicas? ¿Acaso no tienes dinero? Entonces yo te daré los cincuenta centavos, ¿sí? Ven, acércate al diván. Bajaré las luces y pondré un poco de música.

Huston encontró una botella de *bourbon* en un cajón del escritorio. Empinó la tercera parte antes de dormirse en la silla. Necesitaba el descanso. Despertó con el cuello duro.

—Basta —les dijo a Billy y a la señorita Sonia—. Basta —les dijo a Tamara y a Buck.

Ellos siguieron, siguieron, y pronto empezó a gritarles. No había querido llegar a esos

extremos. Pero en realidad no era él quien jugueteaba con ellos. Ellos jugueteaban con él.

No había más *bourbon*. Tendría que encontrar otra botella en alguna parte. Hasta podría ir a una tienda. No había salido una vez, ni siquiera una vez.

—Basta de manoseos —dijo. Ellos estaban sentados a su alrededor, callados, atentos, recatados, cándidos, inteligentes.

—Tamara, ¿por qué hiciste lo que hiciste?

—Buck me lo pidió. Nadie me lo pidió nunca. ¿No comprendes?

—Sí, pero que no se repita.

—Veremos.

—Sonia, no quiero que hagas más lo que hiciste con Billy.

—Por supuesto. De todos modos no me hizo feliz. Billy es un viejo. Lo cual me da una idea. Tú eres un joven bien parecido...

—Jamás se te ocurra decir...

—Te daré cincuenta centavos.

Huston salió en busca de otra botella.

Al otro día los hizo sentar nuevamente en círculo a su alrededor.

—Voy a matarlos —les dijo—. Por eso están en este laboratorio. Mi obligación es apagarlos, y en cuanto los apague estarán muertos y sus míseros problemas morirán con ustedes. —Le sonrió a Buck.— Pareces una enorme hamburguesa chamuscada. ¿Cómo puedes estar allí sentado como si merecieras un lugar en el mundo? Por amor de Dios, cúbrete ese cuerpo repulsivo. Dan ganas de vomitar.

Buck caminó tambaleando hasta un armario, se ocultó allí.

—Y tú, Billy Ford —dijo Huston—. Un nombre humano para Frankenstein. Eres pura cabeza, tórax y trasero. Debieron dejarte morir. Eres una abominación. Cuando pienso que tuviste el descaro de aspirar a ser un hombre normal. Sin brazos, sin piernas, sólo un torso con cabeza. Viviste con tu mujer, comiste con ella, dormiste con ella. ¡Dormiste con ella!

Billy se alejó flotando y calladamente se golpeó la cabeza contra la pared.

—No escondas la cara, Tamara —dijo Huston—. Tamara la feúcha. O tal vez de-

biera decir Tamara la feota. ¿Sabes que a un hombre le gusta que las mujeres parezcan mujeres? No queremos músculos y bigotes, son inaguantables.

Mientras Tamara se tapaba el rostro y sollozaba, Huston se volvió a la otra integrante del grupo.

—La última, y por cierto la peor. He aquí a la señorita Sonia, la vulva ambulante...

—Que puedes gozar al momento por cincuenta centavos.

Huston se levantó de un brinco, la cara lívida, el cuerpo rígido. Roció el aire con la espuma de la boca.

—¡No me hables así! ¡Ramera! ¡Te mataré!

Olvidó los límites, la realidad, la cordura.

—Juega tus malditas cartas y deja de mirar a las chicas —le dijo a Buck. Jugaban al póker en el living de su departamento.

—¡Deja de coquetear! —le rugió a la señorita Sonia, que ojeaba las cartas de los jugadores.

—Ve a besuquearte con Billy —le dijo a Tamara—. Y aparta los pies de mi estéreo.

A la señorita Sonia le dijo:

—Vé a lavarte la cara en el baño.

A Buck le dijo:

—No te quiero pescar fumando mis cigarrillos.

O:

—Tamara, ¿por qué no dejas de viajar y sientas cabeza con uno de estos muchachos? Alguno de ellos te aceptará. Mancha, deja de mojar los muebles.

Armaron un alboroto en el departamento, y tuvo que arrearlos de vuelta al laboratorio.

—No son dignos de vivir en un sitio decente —les dijo.

Con un bostezo, Billy manoteó el brazo de la señorita Sonia.

—¿Qué tal si descansamos en el diván, preciosa?

—Quita esas manos piojosas de mi propiedad —dijo Huston.

En el edificio de la compañía había demasiado plástico. Un cortocircuito en un extractor de humedad del quinto piso provocó unas chispas, ardió un distribuidor automático de

plástico. Ardió un termómetro de pared. Las cortinas ardieron y las llamas lamieron los paneles plásticos de la luz. El fuego se hizo incendio y se propagó rápidamente.

Huston olió humo. No pudo abrir la puerta del laboratorio. La había cerrado por dentro para impedir que la señorita Sonia bajara a la calle a buscar hombres. No pudo encontrar la llave.

Lo último que recordó fue que había afechado el respaldo de una silla recta para no caerse. El cuarto se enturbió con el humo. Le dolía el pecho. Tosió, se desplomó sobre la silla, quedó tendido en esa posición.

Mucho más tarde, un hacha golpeó la puerta y la astilló. Unos hachazos más abrieron un boquete lo suficientemente grande para que cinco hombres con trajes protectores entraran uno por uno. Tenían prisa.

Inadvertido en medio del humo, Buck salió del laboratorio y atravesó el pasillo para detenerse frente a una puerta llameante. Sus motores vacilaron momentáneamente y se sentó en el suelo, se apoyó los codos en las rodillas y se sostuvo la cabeza entre las manos.

Los bomberos intercambiaron ideas a través de los walkie-talkies incorporados en los cascos.

—Este tipo parece estar en las últimas —dijo uno. Levantó a Billy y se lo echó al hombro—. Lo llevaré a la ambulancia.

—¡Auxilio! —gritó la señorita Sonia. Estaba en el centro del cuarto, aturdida y desgreñada.

Un bombero la tomó por los brazos.

—Me llevaré a ésta —les aulló a los otros, y calzándose a la señorita Sonia en el hombro, se marchó.

Tamara, sentada en una silla, repetía una y otra vez:

—Por favor, por favor, por favor...

Lo siguió repitiendo hasta que un bombero la recogió y echó a andar hacia la puerta rota. Los siguió un perrito que ladraba. Mancha los siguió hasta una rampa fuera de la ventana,

bajó a la calle con ellos, atravesó un patio y salió a una calzada, se detuvo junto al poste de un farol y alzó la pata. Un muchacho que había acudido a mirar el incendio oyó los ladridos, recogió a Mancha y se lo llevó a su casa.

Dentro del laboratorio, los dos últimos bomberos se toparon con Huston.

—¡ El cielorraso se está recalentando! Larguémonos de aquí.

—¿Y qué hacemos con éste?

Huston tenía un aspecto tan raro, echado de través sobre el respaldo de la silla, tan poco natural, y además sabían que había cadáveres experimentales en el edificio. Aun así...

—Tomémonos un minuto para revisarlo.

Lo alzaron y lo pusieron de espaldas en el suelo. Podían saber en un santiamén cuándo alguien estaba muerto, pero ¿cómo darse cuenta de lo contrario... saber cuándo estaba vivo?

—Le late el corazón.

—¡ No seas estúpido!

—Tienes razón, a todos les late el corazón.

—¿Respira?

—Sí.

—Bien, eso tampoco importa. Todos los pulmones funcionan automáticamente.

—Exacto.

—Larguémonos de aquí. Es uno de esos cadáveres.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—¡ Porque parece un cadáver! Espera un minuto, hay alguien allí.

Habían descubierto a Buck, que se freía suavemente en el horno de la puerta.

—¡ Saquémoslo de aquí! Olvida al otro, está acabado.

Lo estaba, y para siempre. A la mañana la cuadrilla que trajinaba entre los rescoldos calientes del laboratorio no pudo distinguir los restos de Huston de las cenizas de las paredes o alfombras; pero Buck y Sonia, Tamara y Billy y el mismo Mancha, ellos siguieron y siguieron.

Título del original en inglés: *Deathrights Deferred*.

© 1976 by Doris Piserchia. Traducción de Alberto D'Angelo.

La reedición de tres novelas de Boris Vian, todas traducidas por Jordi Martí y publicadas por Bruguera, pone a nuestro alcance parte de la producción literaria de una de las personalidades más complejas de nuestro siglo, que se propuso explorar todas las formas del arte.

Carlos Gardini
**TRAVESURAS
DE UN PATAFISICO**

“Ingeniero, apasionado de las matemáticas, fue también músico, cantante, actor, inventor, carpintero, mecánico, pintor. Hubiera querido conducir autos de carrera en competiciones deportivas, aprender otras lenguas, perfeccionar su cultura científica, ya sólida de por sí, escribir guiones cinematográficos de ciencia ficción. Incluso, en la época de la especialización fue en busca de lo universal.” Así retrató el cineasta Pierre Kast a ese inquieto personaje que nació en Ville d’Avray en 1920, formó en la adolescencia su primer conjunto de jazz, se ca-

só en 1941 con Michelle L’Eglise, se diplomó de ingeniero en 1942, frecuentó el mundillo existencialista de los cuarenta, colaboró en *Combat*, *Les Temps Modernes* y *Jazz Hot*, fue nombrado sátrapa del Colegio de Patafísica en 1948, se divorció en 1952, se casó en 1954 con la rubia y suiza Ursula Kübler, fue director artístico de dos compañías discográficas, escribió cuentos, novelas, poemas, obras de teatro, canciones populares, tradujo entre otros a Raymond Chandler, J. M. Cain y A. E. van Vogt, y fue entre otros Bison Ravi, Brisavion, Vernon

Sullivan y Boris Vian. El trabajo literario de Vian fue tan variado como sus pseudónimos y su vida, y aunque no toda su obra está editada y menos aún traducida, por cierto no es un desconocido entre nosotros. *La espuma de los días* (Pomaire, 1967), *Vercoquin y el plancton* (de la Flor, 1969), *El otoño en Pekín* (Losada, 1969, prologado por Tomás Pérez Turrent), *Los perros, el deseo y la muerte* (Tusquets, 1974), *Las hormigas* (Fausto, 1976, con prólogo de Jaime Rest), *Escupiré sobre vuestra tumba* (Júcar, 1977), más las canciones, poemas y otras

piezas cortas incluidas en el volumen *Boris Vian* de Jean Clouzet (Júcar, 1976), forman una lista parcial de las traducciones a nuestra lengua, a la que podríamos añadir la interesante mesa redonda donde participaron Vian, Pierre Kast y André S. Labarthe publicada como "Los nuevos cuentos de hadas" en *Ciencia-ficción, la otra respuesta al destino del hombre* (Timerman Editores, 1976).

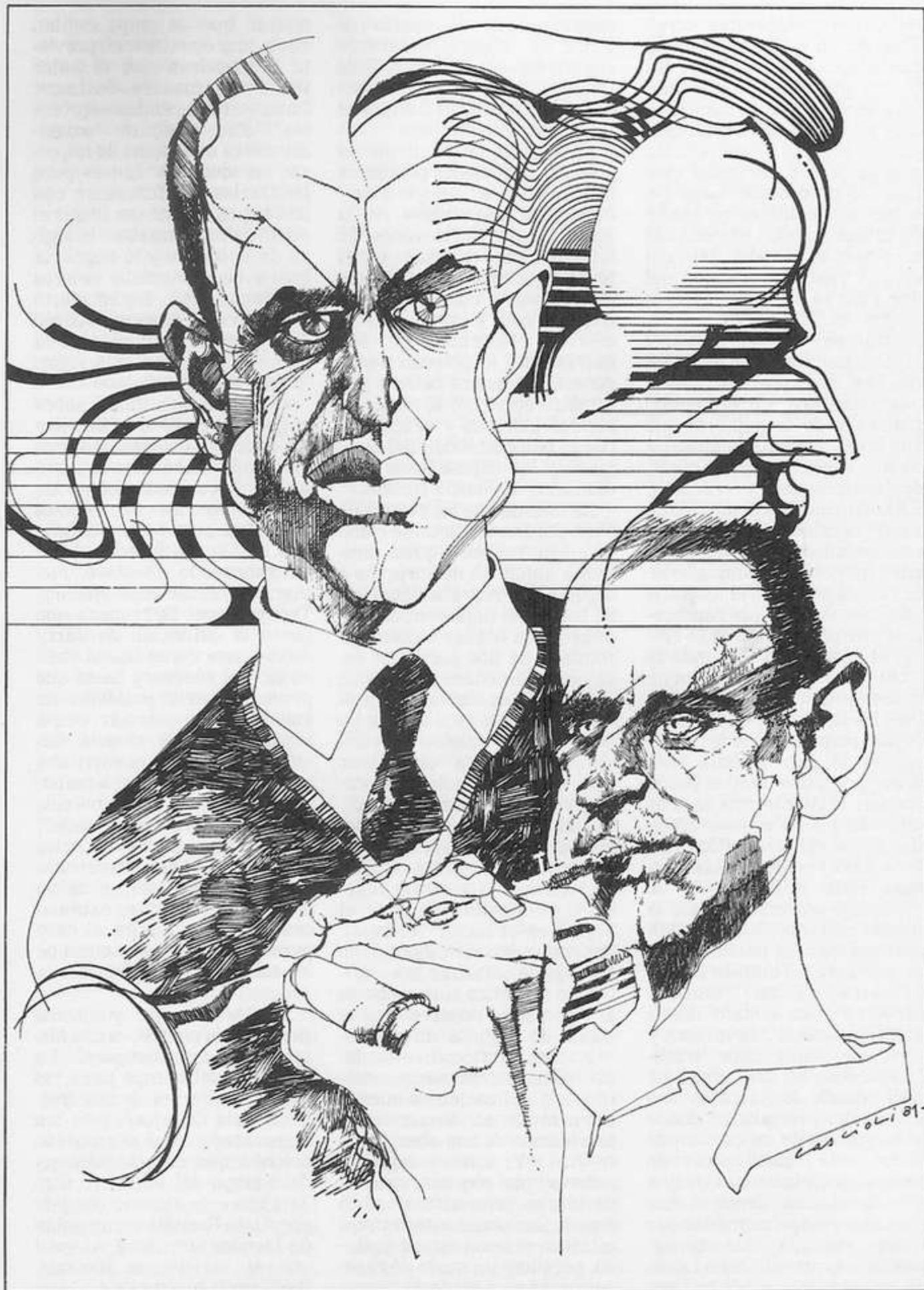
Escupiré sobre vuestra tumba, publicada por Le Scorpion en 1946, no es por cierto la novela más celebrada de Vian, pero fue la que lo catapultó a la fama. Vian fue un apasionado por esa cultura multiforme que tanto ha signado nuestra época provocándonos esa ambigua reacción de fascinación y recelo con su cine, su música y sus intervenciones genocidas: los Estados Unidos. En la segunda posguerra la novela policial negra, uno de los productos típicos de esa cultura, gozaba de cierto auge en Francia, y Boris Vian sugirió al editor Jean d'Hallouin, ansioso de publicar un best-seller, el relato *J'irai écracher sur vos tombes*, del negro americano Vernon Sullivan, "traduit de l'américain par Boris Vian". Vernon Sullivan pasó a la celebridad de la noche a la mañana; hubo entusiasmos relativos y reacciones airadas; sobre todo reacciones airadas. Editor y traductor fueron multados con 100.000 francos por "ultraje escrito a la moral y las buenas costumbres". También hubo un escándalo literario; algunos críticos habían demostrado interés en la novela de Sullivan, y Vian típicamente declaró que no era para tanto; a la larga los críticos olieron el cadáver en el desván y d'Hallouin terminó por confesarles que Boris Vian y Vernon Sullivan eran uno y el mismo; el resentimiento de los críticos ridiculizados tardó años en aplacarse, y las si-

guientes novelas de Sullivan fueron mal recibidas. *Escupiré sobre vuestra tumba* influyó de un modo curioso hasta el final de la vida de Vian. En su infancia Vian había sufrido una enfermedad causante de un trastorno cardíaco que terminó afectándolo de por vida y fue en definitiva el motivo de su muerte: en 1959, cuando presenciaba la exhibición privada del film rodado con *Escupiré...* (con cuyos realizadores había tenido algunas desavenencias) sufrió un síncope del cual no pudo recobrase, y podemos suponer que Vernon Sullivan lo siguió inmediatamente al otro lado.

En cuanto a la novela, el título la pinta de cuerpo entero: sexo, violencia, humor sarcástico, tufo alcohólico y personaje marginal que se codea con ricachonas, todo hábilmente dosificado y muy *serie noire*. No se trata de una novela de enigma sino de una lineal historia de venganza, una venganza personal en medio de una guerra sórdida y apenas clandestina, la guerra entre negros y blancos en una Norteamérica atisbada desde la otra margen del Atlántico. La insistencia reiterada en la cuestión racial no es extraña en un hombre que amaba la música negroamericana y odiaba la intolerancia, y que escribió en *La hierba roja* este párrafo socarrón: "Es que los negros son muy susceptibles, y tienen razón. Después de todo, ser blanco es más que una cualidad especial una carencia de pigmentos, y no es razón suficiente para que unos tipos que han inventado la pólvora pretendan ser superiores a todo el mundo y se crean con derecho a perturbar otras actividades mucho más interesantes, como la danza y la música." Uno diría que los aspectos que causaron tanto revuelo en los años cuarenta hoy han perdido inevitablemente toda su fuerza y *Escupiré...* ya no escandaliza a nadie (o no lo di-

ría, sobre todo en países sometidos sistemáticamente a los higiénicos esfuerzos de la censura), pero la novela no deja de ser una pieza curiosa con sus diálogos chispeantes y su sadismo deliberado. Lo cierto es que en el prefacio que el "traductor" redactó para la novela, es obvio que Vian conocía hasta cierto punto los efectos que causaría, pues prevé la alarma de los moralistas ante la crudeza de algunas escenas. Allí define la historia como "un intento de exorcisar el poder de los 'verdaderos' blancos —intento comparable al de los hombres del Neolítico que pintaban bisontes heridos por flechas para atraer a las presas a la trampa—, llevado a cabo con un desprecio más que considerable por la verosimilitud, y no exento de alguna que otra concesión al gusto del público". No puede decirse que el Vian "serio" hiciera demasiadas concesiones al gusto del público, pero sí que a su modo ejercía un desprecio más que considerable por la verosimilitud, y en ciertos sentidos Vian y Sullivan no están tan alejados. Claro que Vian se lanzó a la empresa Sullivan por la necesidad de ganar dinero, pero dígame lo que se diga las similitudes entre "ambos autores" existen y la supervivencia no es humillante cuando se practica con elegancia y buen humor; no hay por qué avergonzarse de haber sido Vernon Sullivan cuando se recuerda que fue él quien firmó, además de otras tres novelas policiales, esa magnífica conjunción de erotismo y tecnología automovilística que es "Los perros, el deseo y la muerte", un cuento de escasas páginas que leído hoy parece una anticipación en blanco y negro de la delirante *Crash* del inglés J. G. Ballard (quien por cierto ha abrevado, igual que Vian, en las fuentes de la patafísica).

El desprecio por la verosi-



militud se traduce en el "otro" Vian en un estilo igualmente desdeñoso de la retórica y las buenas maneras, aunque también en una actitud menos cínica y una crueldad matizada por un lirismo y una ternura que quizá hoy parezcan algo pasados pero desde luego resultan estimulantes en medio de tantas novelas empeñadas en pintar el mundo "tal cual es", el realismo simplón del que Vian se burla tan gozosamente en el prólogo —y la contratapa— de *Vercoquin y el plancton*. De algún modo los escritos de Vian son menos una literatura, en el sentido más óseo de la palabra, que una investigación. Como en toda investigación, hay tanteos, descubrimientos y fracasos. En buena medida el método de Vian consiste en burlarse constantemente de las trampas, equívocos y ambigüedades agazapadas en el lenguaje que solemos usar tan candorosamente para nombrar (o crear) el mundo. En el mundo de Vian, los abusos destruyen un nido de ametralladoras y también los huevos, si a alguien lo dejan plantado puede echar raíces, si algo desafía toda descripción una de ellas puede recoger el guante, una casa de una sola planta es poco crecida. Estas características han inducido al comentarista Jacques Bens a hablar de un "lenguaje-universo" donde la ficción está sólidamente amalgamada con las palabras que la configuran. También podría hablarse de un "animal-universo", un ámbito donde una silla Luis XV se afiebra y envejece veinte años, transformándose en una silla Luis XVI, donde los árboles son asesinados y no talados, donde el megáfono de un capitán de barco está oculto atrás de unas sogas a la espera de una gaviota incauta, donde el despertador escapa cuando uno lo quiere apagar; las sensaciones cobran vida, y en *La espuma de los días* no nos

asombra que el cuarto de Chloé se reduzca de tamaño cuando ella cae enferma. Todo fluctúa, jadea y palpita sin preocuparse demasiado por el principio de identidad.

La afición de Vian por el jazz y las canciones populares representan su apego a formas poco respetables de la música; las narraciones de Sullivan una incursión en el terreno también dudoso del género negro, con algunos coqueteos con la pornografía; ciertos elementos de sus narraciones lo acercan a otro género de nuestra cultura que también corre hoy el riesgo de ser reivindicado y acaparado por la respetabilidad del buen gusto y las exposiciones académicas: la ciencia ficción.

La idea de que los relatos de Vian puedan etiquetarse como "ciencia ficción" quizá produzca algún Oh de sorpresa o algún Ah de reprobación. Desde luego, no tiene sentido empeñarse en atacar o defender rótulos que nos permitan encajonar cómodamente lo que en el fondo es inclasificable si de algún modo esos rótulos no sirvieran, al menos provisoriamente, para encontrar nuevas referencias o encuadres; la irreductible individualidad es muy defendible, pero a veces se viaja en coche y a veces en ómnibus. A Vian personalmente le atraía el género, y curiosamente ponía el acento en el factor "ciencia" del controvertido binomio, no tanto para enfatizar la contribución didáctica sino el aporte al rigor en el desarrollo, a la busca de ángulos diferentes. "La ciencia ficción —declaró— tiene interés porque constituye la aplicación de nuevas estructuras al desarrollo y fabricación de una obra de arte [...]. Y aun en aquellos autores que son muy malos, podemos encontrar algo nuevo. Sus obras estarán mal escritas, el tema estará gastado, pero hay un modo de razonamiento y un modo de pensa-

miento que de golpe enfilan hacia una dirección no prevista y muestran que el autor tiene otra manera de hacer funcionar las células cerebrales." Ese modo de razonamiento es una forma de impulsar las ideas por cauces poco habituales, de funcionar con una lógica que no sea lo que el mismo Vian llamaba "la lógica de lo blanco y lo negro, la lógica de dos únicos valores contrapuestos". Es en cierto modo lo que proponía Alfred Jarry con la definición de la patafísica (o, con más rigor, 'patafísica) presentada en su "novela neocientífica" sobre el doctor Faustroll: "La ciencia de las soluciones imaginarias, que simbólicamente adjudica a los lineamientos las propiedades de los objetos descritos según su virtualidad." El sueco Sam Lundwall ha subrayado (*Science Fiction: An Illustrated History*, Today Press, 1977) hasta qué punto la definición de Jarry funcionaría como buena definición del género, y hasta qué punto el espíritu patafísico ha contribuido a plasmar cierta tendencia de la ciencia ficción, la tendencia que irritaba a Verne cuando exclamaba, refiriéndose a H. G. Wells, "Yo uso la física, él inventa", y que hubiera puesto los pelos de punta a Hugo Gernsback. Boris Vian inventa, y no se preocupa por dar explicaciones que no vienen al caso para quien aplica la ciencia de las soluciones imaginarias.

La hierba roja, publicada por Toutain en 1950, es una historia de viaje temporal. La máquina del tiempo tiene "el aspecto filiforme de una telaraña vista de lejos", y es tan disparatada como ese mullido colchón que era la máquina del tiempo del sugestivo film *Je t'aime je t'aime*, dirigido por Alain Resnais según guión de Jacques Sternberg. Al igual que el viajero de Resnais, Wolf, protagonista de *La hier-*

ba roja, no se lanza a la caza de dinosaurios jurásicos ni en busca de futuros inciertos, sino a la exploración de su propio pasado, aunque con la explícita intención de liberarse de sus recuerdos. "El tiempo real —dice en un momento— no es mecánico, no está dividido en horas iguales, el tiempo de verdad es subjetivo, se lleva adentro." Como el pasado de cualquiera, el de Wolf es convulsivo, está poblado de escenas desagradables; es el pasado de un chico mimado, occidental y católico, con una educación burguesa más o menos típica, pero realmente no viene al caso averiguar hasta qué punto Wolf es Vian protestando contra la sobreprotección sufrida en su infancia por culpa de su enfermedad, como tampoco viene al caso averiguar hasta qué punto la madre sobreprotectora hasta el delirio de *El arrancacorazones* es una transfiguración de la madre de Vian. Los viajes son por cierto algunos de los pasajes más vigorosos del libro, donde Vian aprovecha los interrogatorios a que someten a Wolf para despacharse a gusto con críticas a la educación libresca y reivindicaciones de los actos físicos, desde el amor hasta el boxeo; son nociones cándidas e iracundas, con ese individualismo renovador que las buenas gentes asimilan con "la juventud" poniendo una sonrisa hipócrita, pero en un mundo chato vale la pena vociferar un poco para despabilarse; de cualquier modo, el atractivo del libro no consiste principalmente en esas exposiciones, sino en esa especie de poesía irónica y melancólica que lo cierra.

La espuma de los días, publicada por Gallimard en 1947, es ante todo una historia de amor fraguada según el método patafísico más puro (si la patafísica puede ser pura): "Su realización material propiamente dicha consiste

esencialmente en una proyección de la realidad dentro de una atmósfera oblicua y recalentada, sobre un plano de referencia irregularmente ondulado y sometido a distorsiones. Como se ve, un procedimiento honesto, si los hay", dice el travieso prólogo de Boris Vian, firmado en Nueva Orleans, 1946. Hablando de travesuras, la novela está firmada en dos ciudades norteamericanas con dos días de diferencia; el tiempo real no es mecánico, diría Vian; el espacio tampoco, pues él nunca estuvo en los Estados Unidos. En *La espuma...* reaparecen esos inventos notables al estilo de Jarry o el doctor Pawlowsky, entre ellos el memorable pianocktail, que permite fabricar cócteles relacionando sabores con notas musicales; las piezas de jazz logran verdaderas delicias; en ese mundo, uno puede pasearse por la avenida Armstrong o acudir a las conferencias de Jean-Sol Partre sobre el vómito; Colin se enamora de Chloé, que es tan seductora, desde luego, como la pieza *Chloé* en versión de Duke Ellington. Ante una encrucijada existencial, una amante desdichada dialoga con Jean-Sol con esta jerga paródica: "Pero es demasiado compromiso, creo yo. Yo también he elegido, pero estoy libre, pues él no quiere que siga viviendo con él"; "Lo único que conseguirá es que pierda mis medios de existencia", contesta Jean-Sol, atareado con sus escritos.

Ahora bien, el lugar común reza que el destino de ciertas obras es la comprensión tardía o póstuma, ya que se han adelantado a su tiempo, y no debería extrañarnos la ingratitud hacia sus autores. Podemos imaginar a esos autores encogiéndose de hombros ante la inevitable estupidez de sus contemporáneos y esperando turno para ser comprendidos. Sucede, ha sucedido, y de hecho sucedió con el mismo

Vian. Tendríamos que recordar que lo que dificulta a veces la apreciación de lo que a primera vista es insólito no es la mera insidia del tiempo. En el caso Vian, quizá fue la mera insidia de críticos y moralistas. A muchos debió de irritar que en 1946 alguien afirmara con desparpajo que los individuos tienen razón y las masas se equivocan, como a su vez irritó tanto que en un período de tensión con Argelia el mismo alguien tuviera el descaro de escribir la canción "El desertor", donde un individuo llamado a filas escribe al presidente que no está dispuesto a ir a la guerra para liquidar al prójimo. Lo que a veces nos hace olvidar el lugar común es otra insidia del tiempo: el hecho de que las obras, una vez reconocidas, no están reconocidas para siempre; admitir el envejecimiento cuesta un poco, porque a todos nos quita una tajada de inmortalidad. Pero también sucede, y en el caso de Vian es evidente. Por lo pronto, esas sátiras a costa de Jean-Sol Partre y la duquesa de Bovouard pueden entusiasmar a los detractores o exasperar a los apologistas de uno u otra, pero aunque sean pintorescas no todo es Sartre ni Beauvoir en la vida. Los ataques contra la mecanización (así como la defensa de las posibilidades de ocio que nos abrirían las máquinas) suenan pálidos y deslucidos en medio de la revolución informática y en el umbral de la revolución robótica, que parecerían exigir planteos mucho menos vagos e individualistas. Por otra parte, lo que llama la atención en las novelas de Vian es la falta de ese rigor estructural que él mismo elogiaba en las novelas escritas por científicos, y a veces se tiene la impresión de páginas antológicas²⁵ mechadas al azar en una acumulación de pirotecias imaginativas quizá más eficaces en los relatos cortos. En tres décadas, ade-

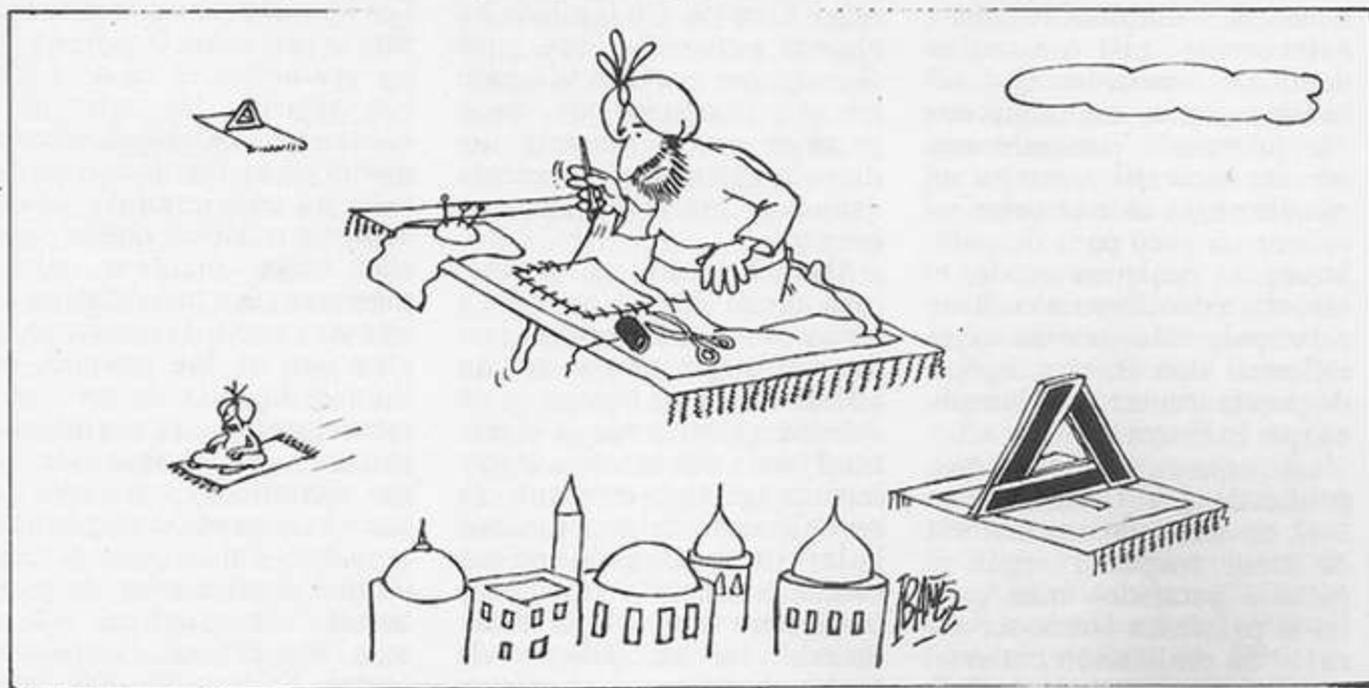
más, el cine, el teatro, la narrativa y otras zonas de la realidad nos han bombardeado con absurdos de toda especie y es inevitable que la fuerza del impacto se haya amortiguado. Los disparates acumulados terminan por ser tediosos; por cierto el mundo imaginativo de Vian, su "lenguaje-universo", es rico y coherente, pero por momentos esa coherencia es monótona, tan previsible como las leyes o ausencia de leyes de nuestro propio mundo, y hasta la crueldad extrema y la muerte parecen perder relieve, por falta de contraste. Tal vez en ese sentido era más eficaz la trama de *El arrancacorazones*, donde el psiquiatra Jacquemort enfrenta las costumbres de una extraña comunidad rural con tanto asombro como si se tratara de una cultura exótica o alienígena, y paulatinamente es absorbido por ella en un cambio que se evidencia, por otra parte, en una alteración de los meses del calendario. (Pensemos en Lewis Carroll: ¿cuántos efectos perderían parte de su gracia estimulante sin la mediación de la bobalicona sensatez victoriana de Alicia?) Desde luego, este desgaste de los recursos no sorprenderían

especialmente a quien creó un mundo caracterizado por la mutación constante de las cosas, los seres y los sentimientos y llevó una vida ejemplar por su vocación para el aprendizaje y el cambio. Quizá hoy lo más interesante de *La hierba roja* y *La espuma de los días* siga siendo esa capacidad para utilizar otra lógica, para explorar otra manera de enfocar el mundo, con la convicción de que esa lógica (o esa poética) no es menos real que la usada para abrumarnos con situaciones trilladas y anodinas.

Las ediciones de la colección "Narradores de Hoy" se destacan por su sobriedad y elegancia a precios relativamente accesibles. En cuanto a las traducciones, se leen con soltura, aunque haya que lamentar ciertas torpezas que bien pudieron obviarse con una revisión más atenta, al margen de ciertos tics típicamente españoles, que pueden molestar al lector sudamericano pero no pueden reprocharse a nadie salvo a nuestro inevitable divorcio lingüístico con la península (entre esos tics sí pueden reprocharse los dichosos leísmos, que tanto maltratan a los inocentes objetos directos). Sin duda el de

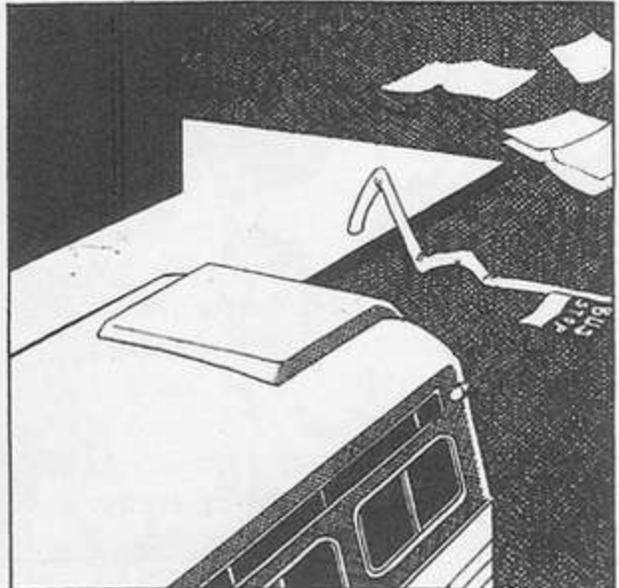
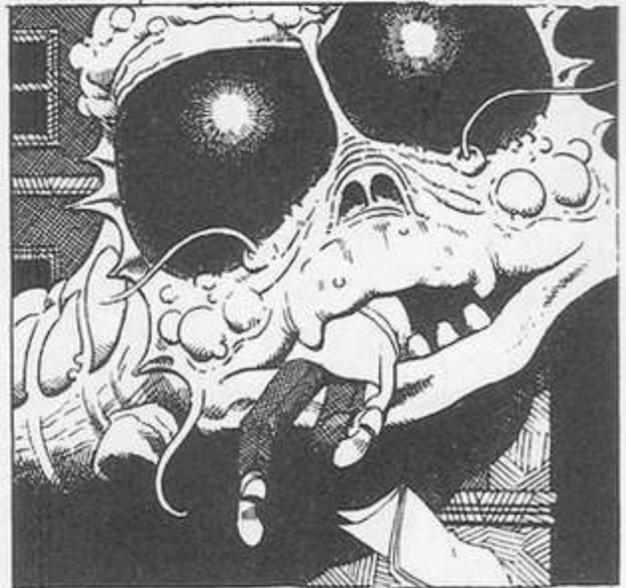
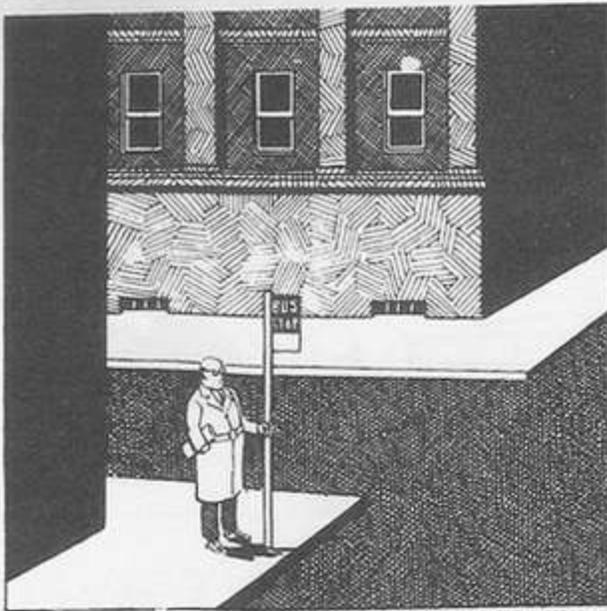
trujamán es un oficio ingrato donde los deslices son en la práctica un gaje inevitable, y es insidioso o mezquino estar buscando el tropezón o el detalle, pero los detalles acumulados pueden terminar dando la impresión de que leemos un fantasma del castellano. Algunos ejemplos: "El fondo tenía una inclinación casi inapreciable", por "una inclinación casi imperceptible"; una habitación es "sensiblemente (?) cuadrada y bastante alta de techo (?)"; frases como "(las reglas de conducta) no tienen por qué necesitar ser formuladas" o "se anudó la corbata de otra, más voluminosa, manera", que bien pudieron resolverse de otra, más grácil, manera; esto sumado a algunos de esos eternos posesivos ("se colgó de su cuello") o formas galicadas como "tú, tú eres...", calco macarrónico de *toi tu est...*

En cuanto a *Escupiré sobre vuestra tumba*, por cierto no se puede hablar de sobriedad y elegancia en las ediciones de "Libro Amigo", aunque sí de precios económicos. La presente versión, ágil y seca, es sin duda superior a la ripiosa traducción publicada anteriormente por Júcar.



EL OMNIBUS

Paul Kirchner





SEREMIAS SANZ

*Había cabalgado con una armadura de oro
por un campo de oro persiguiendo a mujeres
de oro, pero no había visto bailar.*

Angélica Gorodischer

PRIMERAS ARMAS

Ilustró SANYU

Dijo el narrador: —Pero si queremos comprender, verdaderamente comprender la historia del Emperador Horhórides III, séptimo gobernante de la casa de los Jénninges, tenemos que hacer un alto para recordar que los años en los que vivió no fueron precisamente apacibles. Todos los emperadores Jénninges fueron turbulentos de ánimo y retorcidos de espíritu, y turbulentos y retorcidos fueron los tiempos que pasaron sentados en el trono de oro. La época de Horhórides III fue quizá más tranquila, pero también más extravagante. No hubo guerra ni hambre ni peste, pero florecieron el vicio, el contrabando, el arte de la fealdad, el asesinato, la codicia, la hipocresía. En fin, que no hubo alegría ni inocencia, y que quizá hubieran sido preferibles las pestes. Y para demostrarles esto,

me aparto unos momentos del Emperador y les cuento una breve historia, porque una buena historia ahorra muchas explicaciones, y ésta es buena, se los aseguro yo, que he contado tantas.

El Señor Bramaltariq tenía diecisiete caballos, nueve mujeres, y tres mantos de piel de oso, uno teñido de verde, otro teñido de púrpura y otro teñido de azul. En el miserable callejón del Aguila había una tienda de curiosidades, y curiosidades quería decir precisamente eso, cuyo dueño se llamaba Drondlann: tenía una cabeza redonda y calva, cuello corto, brazos largos y poderosos, y un cuerpo macizo, sin una gota de grasa. No tenía piernas, pero con un ingenioso arnés se le habían aplicado dos ruedas a las que impulsaba con los brazos, y así se movía rápida y si-

lenciosamente. No se sabía cómo había perdido las piernas: quizá en una pelea, quizá en un accidente; quizá había nacido así.

Cuando el Señor Bramaltariq pasaba por la Calle Grande con su cortejo, Drondlann daba un golpe a las ruedas y allá iba desde su covacha, a ocultarse entre los árboles que bordeaban la avenida, y a mirar. Las mujeres del Señor Bramaltariq eran muy blancas y muy gordas y se sentaban sobre almohadones dorados con borlas de colores. El les alquilaba sus caballos a los campesinos que no tenían más que yeguas y se quedaba con los potrillos. Vivía en una gran casa de piedra edificada en medio de un lago de aguas negras, en la que había verandas de madera labrada, espejos en los techos, cortinas en las ventanas, y sótanos sembrados de trampas y alumbrados con teas. Drondlann no tenía caballos ni mantos de pieles de oso: sólo tenía la tienda de curiosidades y sus dos ruedas y una planta de odio en el vientre a la que regaba con cuidado todos los días. Miraba pasar al señor Bramaltariq entre sus mujeres y sus sirvientes y la planta le florecía en la garganta y en las muñecas, y se decía que él era tan hombre como ese gordo blanduzco, mucho más; y recordaba cómo, después de alguna venta provechosa, iba en busca de alguna prostituta oscura, magra y curtida, un desecho de los barrios bajos, que se iba a la mañana siguiente llevándose algo de las ganancias y dos surcos lívidos en los muslos.

Nadie supo nunca con precisión de dónde sacaba Drondlann la mercadería. Pero sí se sabe que fue Grugroul el que le llevó al muchacho rubio. Para ese entonces había declinado la venta de enanos: ya no parecían interesar a nadie, y eso que dos temporadas atrás todo el mundo se enloquecía por tener por lo menos uno encadenado a la puerta de entrada o dentro de una jaula colgada del techo de la sala. Para cuando el Señor Bramaltariq adquirió su novena mujer, Drondlann empezaba a despachar sin comprarles nada a los que llegaban al callejón del Aguila a ofrecerle enanos.

—No quiero más enanos —les decía—, ya no se venden.

—Gigantes —le propuso un día uno de esos vendedores desencantados—, ¿eh?

Drondlann no echó al tonto de su puerta, sino que lo pensó detenidamente, como lo pensaba todo:

—No —dijo al fin—, no quiero. Fuera. Fuera de aquí y no vuelvas. A menos —sonrió—, a menos que me traigas algo realmente fuera de lo común.

Tenía el inválido del callejón la esperanza de que alguien le llevara efectivamente algo tan raro como para justificar el largo viaje hasta el puente que desde la orilla del lago se tendía hacia la casa de piedra en el islote, para hacer una oferta al Señor Bramaltariq. Quería oír relinchar a los garañones y ver a las mujeres gordas echadas sobre los tapices arrugados. Quería oler los perfumes que se quemaban en las hornacinas y levantar la cabeza y verse reflejado en los espejos de los techos. Quería mirar el lago negro desde la casa, rodar sobre los pisos pulidos, espiar, y regar su planta en el vientre.

El vendedor contó a alguien la pretensión del comerciante, y ese alguien lo contó a otro alguien, y ése a otro, y así hasta llegar a Grugroul.

Pocos días después alguien llevó al callejón del Aguila un feto con alas, desdichadamente muerto. Pero Drondlann lo compró por unas monedas y rápidamente, antes que se pudriera, lo vendió a un encapuchado que dijo que lo quería para su señor, cosa bastante poco creíble. Drondlann le aseguró que como la criatura tenía la piel correosa le iba a durar mucho tiempo. El encapuchado no volvió nunca.

También le llevaron un dragón de seis patas: no pudo venderlo ni alimentarlo. El animal no aceptaba ratas ni brotes ni pájaros ni hongos ni arañas ni brasas, así que se murió de hambre. El comerciante pensó que había sido muy poco prudente de su parte no haberle preguntado al vendedor qué podría darle de comer al dragón de seis patas, pero había supuesto que comería lo mismo que uno de cuatro patas. Le ofrecieron un día una serpiente blanca con agallas y antenas, pero se acordó del dragón y la rechazó. Compró un hermafrodita y dos chicos sin ojos ni orejas, y los vendió muy bien a los tres, y eso que uno de los chicos no hacía más que gemir y sollozar, pero hay que ver que hay gente a la

que le gustan esas cosas. Y compró una libélula rubia que se alimentaba con barro y excrementos. Le habían cortajeado los élitros para que no se escapara, de modo que la tuvo mucho tiempo suelta en la tienda y hasta intentó hacer el amor con ella y ella no se opuso, pero cuando vio cómo era el extremo del vientre, entre las patas de atrás, retrocedió asqueado. Ella no pareció ofendida. No pudo venderla fácilmente, pero no se preocupó porque no sólo no le costaba nada mantenerla sino que le ahorraba incomodidades y suciedad, y hasta se encariñó con ella. Al fin la puso a mitad de precio, una verdadera ganga, si uno quiere tener una libélula rubia en su casa, y se la llevó a Riuder de la pirámide del agua y fue lo más conveniente para evitar que alguien dijera que tenía en su negocio artículos invendibles. Y así otras cosas, nada extraordinario, nada como para ir a ofrecer a la casa del lago, hasta que un día llegó Grugroul con el muchacho. El hombre de la tienda de curiosidades creyó que sería propiedad del vendedor y ni lo miró.

—Te lo vendo —dijo Grugroul.

El otro ni se molestó en dar vuelta la cabeza: era lo bastante astuto como para haber aprendido que no le convenía ponerse a estudiar la mercadería, fuera lo que fuese. Si el muchacho no tenía nada de particular, como le había parecido, no valdría la pena ni torcer el cuello; y si lo tenía, demostrar interés podría ser contraproducente.

—No me interesa —dijo.

Grugroul se sonrió:

—Te vas a perder algo excepcional.

Entonces sí, el comerciante del callejón del Aguila giró lentamente, muy lentamente la cabeza y miró la mercadería:

—Bah —dijo—, para qué quiero eso.

Porque veía un muchacho, solamente un muchacho. Completo, sin nada de menos, sin nada de más. Rubio, dos ojos claros, dos orejas, una nariz, una boca, dientes, cuello, dos brazos, dos manos, un cuerpo, dos piernas, dos pies. De modo que dejó de mirarlo, le dio la espalda y se dispuso a limpiar las jaulas.

—No habla —dijo Grugroul.

—Gran cosa —rezongó Drondlann.

Abrió la puerta de la jaula del murciélago

gigante que un letrado joven que no había querido dar su nombre había prometido ir a buscar al día siguiente, y sacó el bebedero para cambiar el agua.

—Sabe bailar —insistió Grugroul.

Eso sí que sorprendió al comerciante. La palabra le resonaba en la cabeza: bailar, bailar.

—¿Bailar? —preguntó—. ¿Y eso qué es?

No era que hubiera olvidado su prudencia: era que él había encontrado y vendido de cuando en cuando algún artículo que parecía convencional pero que no lo era. La Señora de la Colina, por ejemplo, la viuda del Jungai de los Silos, había enloquecido, eso se decía aunque nadie podía asegurarlo, después de tener en su casa durante treinta días a un viejo que él le había vendido como alimentador de pájaros y que como no vivía en el mismo tiempo que la Señora sino en otro que estaba unos minutos adelantado, contestaba a sus preguntas antes que ella las hiciera o hablaba de acontecimientos que empezaban a producirse cuando él terminaba la frase. Y Adanssanto el de los Túneles, había matado al hijo adoptivo, ese recién nacido que el mismo Drondlann había ido a buscar a los pantanos del sur, porque decía que le fabricaba sueños. O sueño. Cierto que lo habían abusado porque no era más que una criatura del sur, pero de todas maneras había sido una molestia y una pérdida de tiempo, y el de los Túneles nunca se había recuperado del todo.

—¿Qué es bailar? —dijo sosteniendo el bebedero sucio en la mano, sorprendido.

Grugroul tampoco era tonto y se dio cuenta del interés y la intriga que había despertado en el comerciante en curiosidades:

—Verás —dijo—, este muchacho mueve el cuerpo no solamente como nosotros para caminar o para bañarse o para subir a un coche, sino sin una finalidad especial: lo pone en infinidad de posiciones, cada una durante pocos segundos o fracciones de segundo, y todas esas posiciones son distintas o se repiten en series muy largas. Y así sigue y sigue hasta que se le ordena que se detenga.

Drondlann el de las ruedas perdió todo interés: eso de bailar le parecía una tontería. Sumergió el bebedero sucio en el agua del balde. Esta vez, aunque él todavía no lo sa-

bía, se había portado como un tonto. Grugroul golpeó las manos:

—¡ A bailar, Tattoot! —gritó.

Entonces el muchacho hizo eso que el vendedor había descrito: bailó. Se movió primero sin cambiar de lugar, con los dos pies juntos como pegados al suelo. Hizo ondear los brazos, los levantó, los mantuvo flotando; se balanceó y describió círculos con el cuerpo que se le quebraba en la cintura y con la cabeza que parecía rodar libremente en la punta de su cuello muy largo. Después saltó, sin dejar de balancear las otras partes de su cuerpo. Dio vueltas sobre un pie, sobre el otro, se agachó, barrió el suelo con las manos, se levantó, corrió dos pasos para un lado, tres para el otro, los brazos en alto, la cabeza echada hacia atrás. Grugroul se había apartado y estaba de espaldas, mirando hacia la calle, a través de la vidriera de la tienda. ¿Y el comerciante? El había sentido cómo el mundo empezaba a girar más rápidamente de lo que nunca lo había hecho, más vertiginosamente que cuando era un pedrusco incandescente que arrastraba gases y coleccionaba polvo bajo la atenta mirada de Dios. El comerciante había mirado a los muertos que se alzaban de los sepulcros, había olido todos los olores que exhalaba la tierra desde los desiertos hasta los vergeles, había visto marchar a un ejército negro sobre un mar petrificado, había cortado las flores de la infancia corriendo sobre dos pies, había cabalgado cubierto con una armadura de oro por un campo de oro persiguiendo mujeres de oro, se había embriagado con licores destilados en el fondo de cavernas secretas, y cuando el cielo comenzó a desplomarse sobre los hombres, el bebedero se le escapó de las manos y se hizo trizas y el murciélago graznó.

—¡ Basta! —aulló Drondlann.

Grugroul golpeó las manos. El muchacho se quedó quieto. Recién entonces Grugroul se dio vuelta:

—Qué te parece —dijo.

Y la cautela abandonó al comerciante del callejón del Águila: el Señor Bramaltariq era viejo, gordo, peludo, blando y débil. Tenía nueve mujeres jóvenes. Tenía venas hinchadas en las piernas; los ojos llenos de sangre y la respiración difícil y las digestiones pesadas.

—Cuánto —preguntó.

Hasta el mediodía estuvieron sentados regateando por el muchacho. A esa hora, agotados, debatiéndose cada uno entre la convicción de haber sido estafado y la esperanza de haber engañado al otro, se separaron. Grugroul se volvió al albergue y a la tarde tomó el camino del sur, y Drondlann buscó otro bebedero para el murciélago, limpió las jaulas, barrió, y pasó la mayor parte de la tarde pensando.

El agua del lago era negra y estaba muy quieta. Ni pescadores ni boteros hacían sus negocios por esos lados. El comerciante en curiosidades llegó en su carro tirado por un asno y dos servidores lo subieron por la escalera. Ya llegaban arriba, faltaba muy poco, tres escalones, dos, uno, estaban a punto de llegar cuando allá lejos relincharon los diecisiete caballos.

Las manos de Drondlann se cerraron detrás de los cuellos de los sirvientes y todo el cuerpo se le puso tenso y duro y se dijo a sí mismo que era un idiota y en ese segundo entre un paso y otro modificó el proyecto que lo había llevado hasta allí.

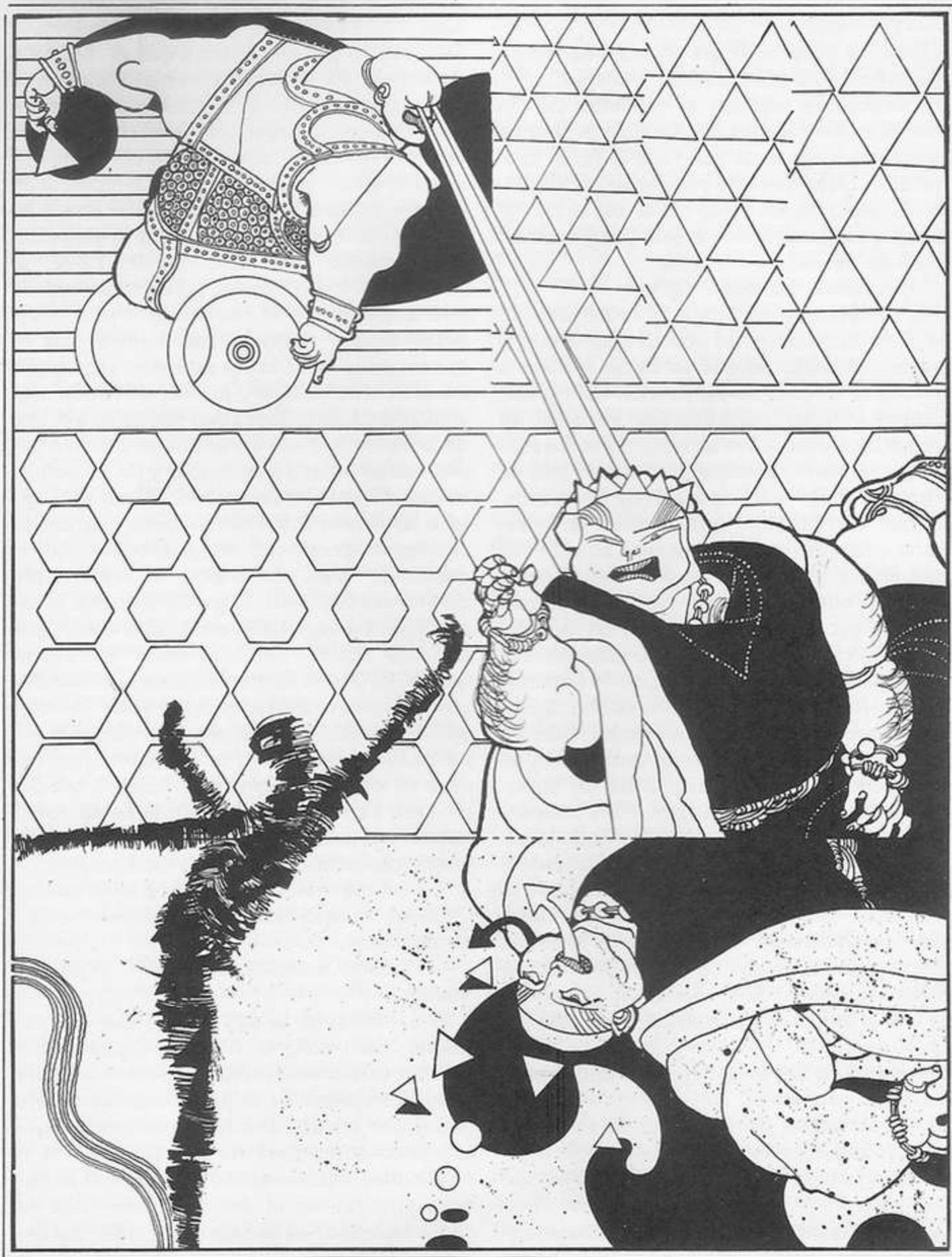
—No, no te lo vendo —le dijo al señor Bramaltariq después de haberle descrito al muchacho—, no lo vendería ni por todo el oro del mundo, jamás. Es como si fuera carne de mi carne y sangre de mi sangre. Lo tengo a mi lado desde que nació y ya es como si fuera mi propio hijo y como tal lo amo. Juro por lo más sagrado que tener que hacer esto me destroza el alma, pero los tiempos son duros y la miseria golpea a mi puerta. Te lo alquilo.

—Cómo, cómo, a ver, cómo es eso —dijo el viejo, que era desconfiado como todos los viejos.

—Te lo alquilo —repitió Drondlann—. El dinero que me des no te permite guardártelo, sino sólo verlo. Lo traigo un día, lo ves bailar, recibo mis monedas, me lo llevo. Lo traigo otro día, lo ves bailar.

—Quién lo va a alimentar —interrumpió el Señor.

Drondlann no miraba a las mujeres reclinadas en almohadones y alfombras. Trataba de tener los ojos fijos sobre la cara del viejo señor y lo veía agitarse, moverse inquieto, haciendo



— JEREMIAS SARDI.

rodar los ojitos brillantes y entreabriendo los labios.

—Yo —dijo.

El gordo pensó que era un buen negocio y que el comerciante era tonto y aceptó.

Cinco veces más fue el vendedor de curiosidades del callejón del Aguila a la casa de piedra en el lago en la que vivía el Señor Bramaltariq. La primera de esas veces, al atardecer. El cielo estaba rojo, no se oía a los caballos, y el agua parecía quieta y negra como una hoja de metal sin templar.

—¡ A bailar, Tattoot! —gritó.

El comerciante sabía que el muchacho no repetía nunca las figuras que componía con el cuerpo; lo sabía porque lo había mirado a hurtadillas en su casa del callejón del Aguila, haciéndolo bailar una y otra vez. Pero ahí, en la casa de piedra sobre el lago, no lo miraba. Porque también sabía que si él mismo caía en la trampa, todo se le escaparía de las manos. Así que el muchacho rubio bailaba en la estancia y Drondlann fijaba sus ojos en el Señor Bramaltariq y en las mujeres. Las mujeres gordas y blancas trataban de incorporarse, abrían la boca, lagrimeaban, movían la cabeza, tendían las manos, gemían y gritaban. Pero al gordo Señor Bramaltariq no le importaba: el gordo Señor Bramaltariq estaba rígido, desesperado, mirando al muchacho. Su cara parecía inflarse y las facciones temblaban y se perdían como las del cadáver de un ajusticiado hacía ya mucho tiempo. Y los brazos y las piernas del muchacho iban llenando la estancia de vuelos, cifras, sueños, recuerdos, culpa, hambre y fiebre. Dos de las mujeres se arrastraban por el suelo, una tercera cayó sobre los almohadones con los ojos cerrados y la lengua colgando. El Señor Bramaltariq estaba apoplético. El comerciante golpeó las manos, le indicó al muchacho que lo siguiera y se fueron.

La segunda vez exigió que las mujeres no estuvieran presentes:

—Te despojan de la mitad de tu placer —le dijo al Señor Bramaltariq—. Te lo aspiran, se lo beben, te lo devoran. Es mejor que estés solo.

El gordo asintió rápidamente, ansiosamente. Las hizo encerrar en la habitación contigua y ellas lloriquearon y arañaron la puerta en

vano durante toda la tarde. Drondlann golpeó las manos, dio la orden, el muchacho bailó.

Bailar: he ahí una palabra que se dice muy fácilmente. Palabra extraña en ese momento, que el comerciante en curiosidades creyó inventada por Grugroul porque el arte de bailar se había perdido, palabra que a él, desde que la había oído y había aprendido a repetirla en secreto, le parecía que le resbalaba en los labios casi sin necesidad de utilizar la garganta. El muchacho hacía eso, bailar, bailar. Y Drondlann no lo miraba y afuera era ya de noche. En cambio el Señor Bramaltariq que a pesar de sus mujeres, sus mantos, sus riquezas y sus caballos era estúpido, seguía con los ojos desorbitados y enrojecidos cada movimiento de ese cuerpo que atravesaba el aire de la estancia. Se le encabritaban como cuerdas tensan las venas del cuello y de las sienes; respiraba cada vez con mayor dificultad y agitaba las manos inútilmente, quizá intentando detener o apresurar o matar el baile. Pero el dueño del baile era el otro, el comerciante que no era estúpido. El gordo señor de la casa de piedra cayó hacia atrás. Drondlann golpeó las manos. El muchacho se quedó quieto. El dueño de tierras, aguas, haciendas y almas de Bramaltariqenländ tenía los ojos abiertos y todavía intentaba agitar las manos: los dedos se estiraban y se encogían hundiéndose en los pelos del manto de piel de oso color azul. Drondlann le sonrió, le habló como hablan los mercaderes y los prestes, le prometió maravillas; lo ayudó a incorporarse.

—Mañana —alcanzó a decir el viejo gordo.

El otro frunció el ceño y le propuso un día de descanso.

—Mañana —insistió el viejo—. Mañana, mañana.

El comerciante le dijo que sí, que por supuesto, que mañana. Y al día siguiente fue otra vez con el muchacho y encontró al Señor Bramaltariq lleno de impaciencia. Drondlann pensó que era una lástima que el gordo fuera tan necio como para no advertir siquiera la proximidad de la muerte, porque a él le hubiera gustado ver el terror en esos ojitos de cerdo hundidos en la cara mofletuda. No había nadie más en la estancia y ninguna mujer lloriqueaba detrás de las puertas cerradas.

Era posible que todavía no entrara la muerte por alguna de ellas: dependía de su habilidad.

Había tormenta y el muchacho sonreía: le gustaban la lluvia y los rayos. Estalló un trueno, y sin esperar el golpe de las manos, se puso a bailar. El comerciante tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar de mirarlo: sintió galopar de nuevo los jinetes de oro, deseó los desiertos y los licores fermentados y los mares duros y la infancia. Pero se recuperó y se puso a pensar en su tienda del callejón del Aguila, en las jaulas, en el olor picante, en las visitas de compradores y vendedores, en la penumbra, en los vidrios empañados que daban a la calle. La odiaba, pero la iba a extrañar.

Y con otro trueno el Señor Bramaltariq se levantó de su sillón. Lo vigiló y lo vio quedarse allí, temblando, hinchado y vacilante; lo vio alargarse un brazo como si quisiera tocar al que bailaba. Después ese brazo, corto y gordo, cubierto con una manga de seda enjorada que tenía un galón de hilos de oro en el borde, ese brazo empezó a moverse, arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda; y el otro también, y la cabeza redonda a balancearse. Y dio dos pasos que hubiera podido hundir el maderamen del salón y levantó una pierna. Dronlann se dio cuenta de que el gordo también quería bailar y le agarró un ataque de risa. El, el de la tienda en el callejón del Aguila, se reía a carcajadas del Señor Bramaltariq, y afuera estallaban los truenos y adentro el muchacho recorría la estancia adoptando posturas diferentes y el viejo moribundo sudaba cubierto por sus ropajes tratando de ser como esa forma blanca que le revolvía la sangre y los sesos. Pero nadie oía nada, nadie sabía nada. Golpeó las manos y suspendió el baile y se fueron. El Señor Bramaltariq no se dio cuenta: estaba en medio de la estancia girando despaciosamente con una mano sobre el pecho y la otra tendida hacia la tormenta.

Dejó pasar unos días, esperando, hasta que el Señor lo mandó llamar. Otra vez era de tarde pero el cielo estaba claro. Se preguntó si en el lago habría peces negros y quietos. El muchacho bailó.

El comerciante del callejón del Aguila había visto la locura y la muerte. Años, muchos años atrás, cuando montaba a caballo y oía

riendo las trompetas que tocaban a rebato y a somatén, había visto enloquecer y morir a los hombres alrededor de él. El mismo había ido hacia la locura y la muerte y había vuelto a la vida: había blandido espadas y levantado escudos y había izado cabezas cortadas en la punta de una lanza. ¿Y qué era ahora su vida en la tienda del callejón?

Suspendió el baile antes, un segundo antes que el Señor Bramaltariq se hundiera en el delirio. Se acercó a él y le habló lenta, dulce, suavemente. Le dijo que ésa había sido la última vez. Sí, la última a menos que. Pero las precauciones, los rodeos, todo era inútil. El viejo señor no lo oía. Entonces sacó de entre sus ropas el documento y el punzón, le pinchó el índice de la mano derecha y le hizo firmar con su sangre al pie del escrito. Eso fue todo y el cielo todavía estaba claro cuando los servidores lo bajaban por la escalera.

Esa noche guardó el documento bajo una tabla suelta del piso de la tienda y no pudo dormir.

Al día siguiente lo sacó del escondite y se fue con el muchacho a la casa en medio del lago. El Señor Bramaltariq ya no hablaba: él, que había dictado órdenes, impartido justicia, impuesto castigos. Estaba tan mudo que pensó que podría llevarlo a la tienda del callejón del Aguila y venderlo a bajo precio. Golpeó las manos.

Dronlann no hacía más que mirar al viejo, y así fue como tuvo el placer de verlo morir. No murió como un guerrero. Ya no era poderoso, ya no parecía imponente y ni siquiera gordo. El color rojizo de la cara se le había convertido en gris y los nudos de las venas eran sombras y arrugas. No sudaba: estaba seco y enfermo y marchito. Solamente quería seguir viendo, seguir siguiendo con los ojos el cuerpo móvil del muchacho, seguir hasta la muerte. Y murió loco, tirado como uno de los peces negros del lago sin aire, sobre los que habían sido sus goces y sus lujos.

Golpeó las manos y el muchacho dejó de bailar. Llamó a los servidores y a las mujeres, acompañó a todos en los llantos fúnebres, aulló, sacudió los puños cerrados contra el pecho y se inclinó hasta el suelo gimiendo.

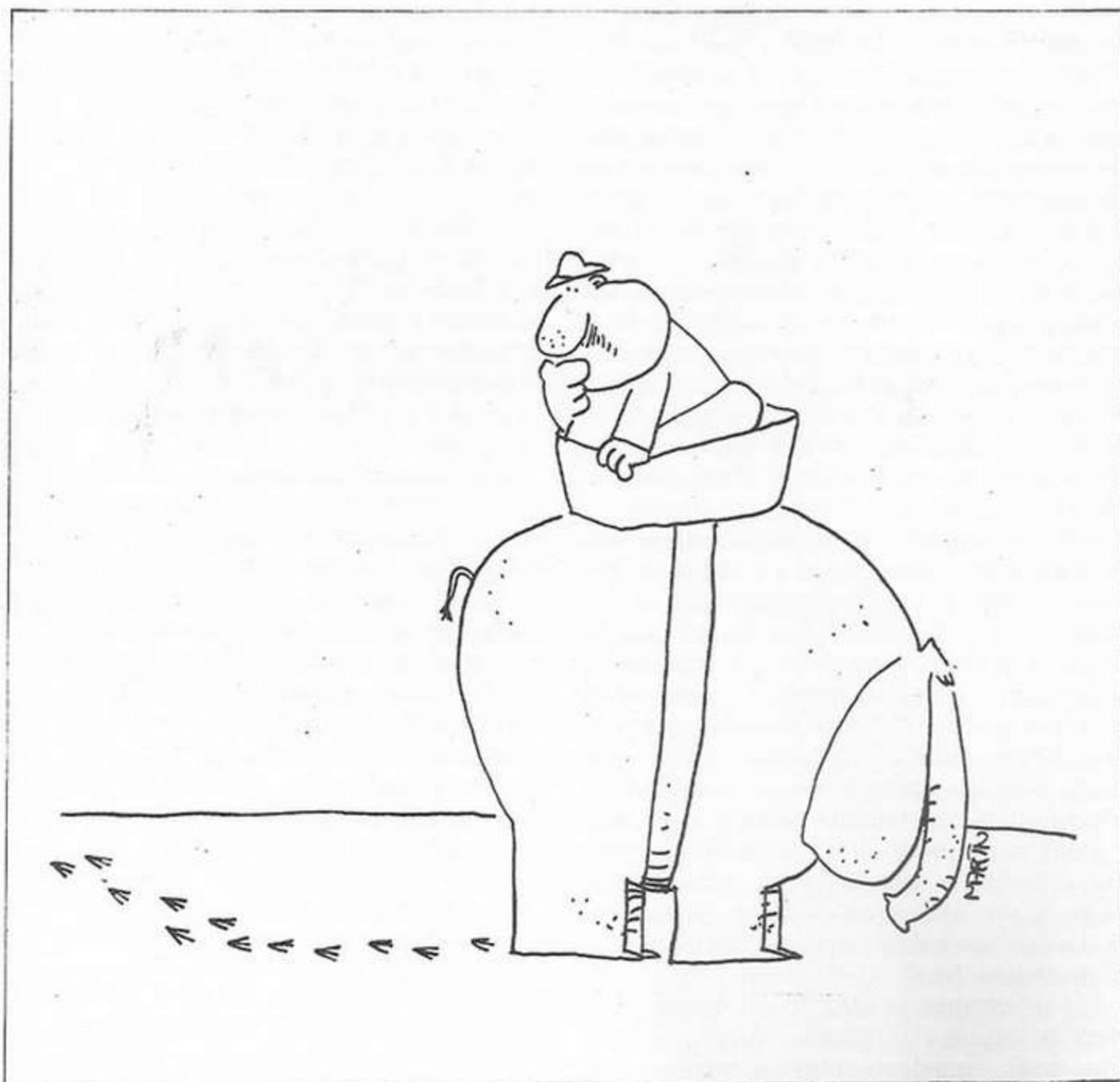
Ya cuando le pareció decente, una vez enterrado el gordo y pasada la estupefacción

de la muerte, cuando todos empezaban a preguntarse qué sería de las vastas propiedades y de las enormes riquezas, el comerciante en curiosidades convocó a un letrado y exhibió el documento.

Era muy bella la casa de piedra y madera en el islote en medio del lago, muy bella. Tanto que nunca quiso ir de nuevo a la tienda del callejón del Aguila. Cuando el olor se hizo insoportable los vecinos sacaron los cadáveres, se repartieron las jaulas y los muebles y tapiaron puertas y ventanas. El ex comerciante no fue molestado para nada y siguió vivien-

do tranquilamente, sin golpear jamás las manos. El muchacho rubio engordó: comía demasiado y se pasaba el día quieto, atendido por las mujeres y los servidores. A veces lo sobresaltaban los truenos. Drondlann tenía veintitrés caballos, once mujeres, tres mantos cortos de piel de oso verde, púrpura y azul: ya no era Drondlann, ahora era el Señor Bramaltariq y soñaba a veces con una forma blanca que recorría bailando las estancias de la casa del lago, en los años del reinado del Emperador Horhórides III de la dinastía de los Jénninges.

© 1981. Angélica Gorodischer



En 1966, después de la publicación de novelas como *El mundo sumergido*, *La sequía* y *El mundo de cristal*, Ballard cambió de rumbo. En la nota que sigue (planteada como un reportaje a sí mismo, del que omite las preguntas) nos señala el nuevo camino, que no excluye su vieja pasión por las herramientas del surrealismo.

J.G. Ballard

NOTAS DE NINGUNA PARTE

1. La ciencia ficción, ante todo una forma prospectiva de ficción, preocupada por el presente inmediato en función del futuro más que del pasado, exige técnicas narrativas que reflejen su temática. Hasta el presente casi todos sus escritores, incluyéndome a mí, fracasan porque no se dan cuenta de que la principal técnica narrativa de la ficción retrospectiva, la narrativa de secuencias y consecuencias, que se basa en un conjunto de hechos y relaciones ya establecidos, es totalmente inadecuada para crear las imágenes de un futuro que todavía no nos ha hecho concesiones. En *El mundo sumergido*, *La sequía* y *El mundo de cristal*

traté de construir sistemas lineales que no dependiesen de los elementos secuenciales del tiempo: básicamente, un puñado de "mitos" ontológicos. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, los paisajes de esas novelas tendían cada vez más a cuantificarse. Las imágenes y los acontecimientos se aislaban, definiendo sus propios límites. Los cocodrilos se entronizaban en las armaduras de sus propios tejidos.

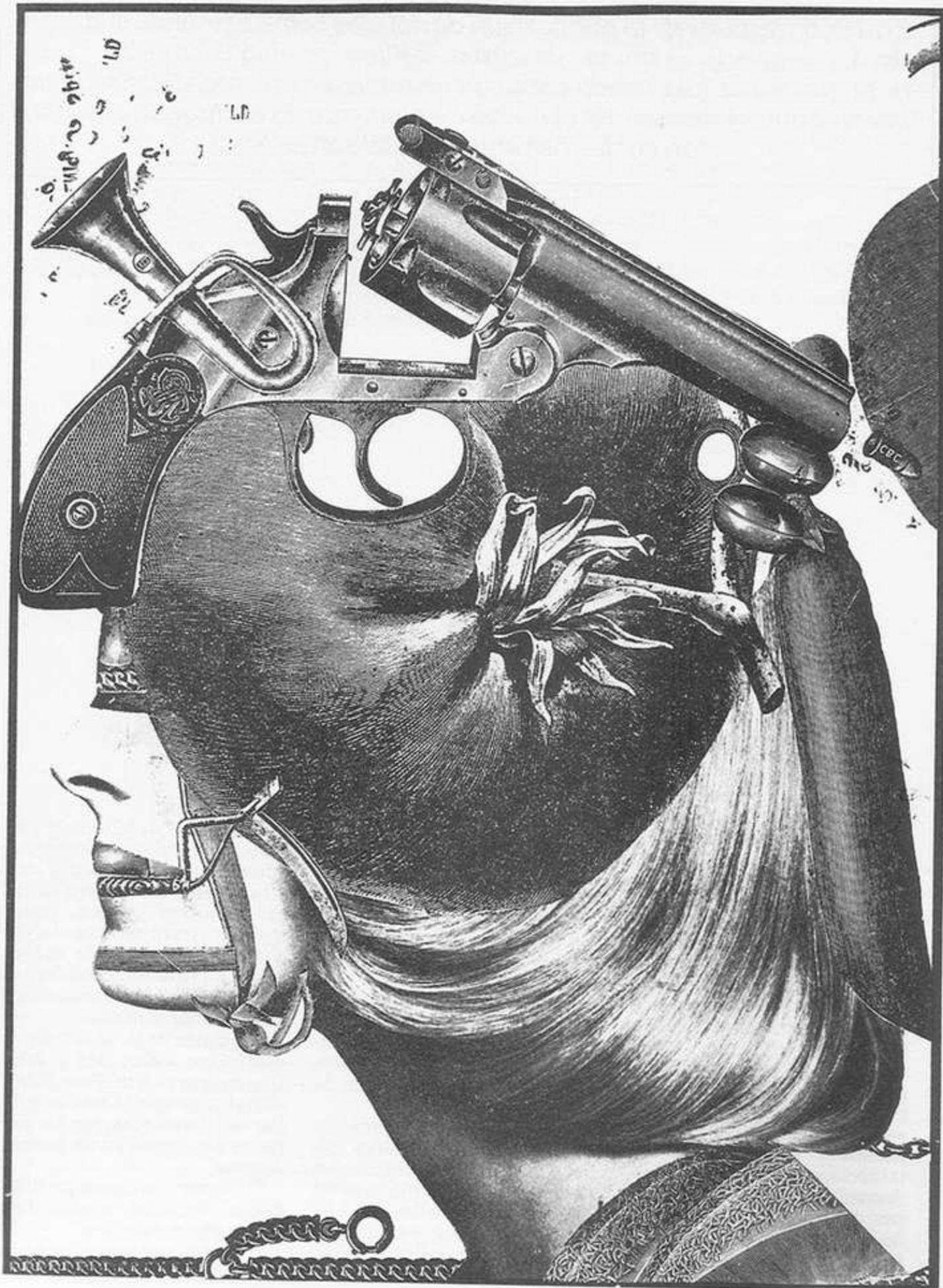
2. En *Playa terminal* los elementos de la narrativa secuencial han sido eliminados casi del todo. Se me ocurrió que eso podía ser llevado a su conclusión lógica, y en un grupo reciente de cuentos (*You, Me and the Continuum*, *You:*

Coma: Marilyn Monroe y *The Atrocity Exhibition*) se ven algunos de los resultados. Entre otras cosas, esta nueva técnica narrativa parece incrementar tremendamente la densidad de ideas y de imágenes. En realidad, considero a cada uno de esos cuentos como una novela completa.

3. ¿Quién más se atreve a esto? Uno o dos, acá y allá. Que tengan suerte. Pero lo importante es que la mayoría de los escritores consagrados parecen atascados en un mismo camino.

4. No muchos tienen posibilidades, de todos modos. Les faltan genes rebeldes.

5. De los que he leído, *Lone Zone*, de Platt (en particular



los dos o tres primeros párrafos, brillante escritura) y *The Pleasure Garden of Felipe Saggittarius* y *The Ruins*, de Colvin, son intentos totalmente originales, y creo que afortunados, de agrandar el ámbito y los temas de la ciencia ficción.

6. Defender a Dalí.

7. En realidad, el renacimiento del interés por el surrealismo —luego de la reciente conmoción provocada por el Dadá, hay ahora en la Tate Gallery una muestra retrospectiva, muy completa, de la obra de Duchamp— es un buen signo para la ciencia ficción, al apartar a los escritores del llamado realismo para llevarlos a zonas más abiertas, más imaginativas. Uno tiene la esperanza de que se intentará seguir apuntando a las metas verdaderas del surrealismo. Un problema con Dalí es que nadie ha realmente mirado sus cuadros. "Diosa apoyada en el codo", por ejemplo, o "Joven virgen autosodomizada por su propia castidad" están, a mi modo de ver, entre las pinturas más importantes del siglo veinte.

8. La novela social está muerta. Como toda ficción retrospectiva, está obsesionada por el pasado, por las raíces de la conducta y por el medio, por lejanos pecados de omisión y de comisión, por todos los distantes antecedentes del presente. La mayoría de la gente, gracias a Dios, ha declarado una moratoria sobre el pasado, y se preocupa más por el presente y el futuro, por todas las posibilidades que les ofrecen sus vidas. Para empezar: las posibilidades de la musculatura y la postura, el tiempo y el espacio de nuestro medio físico inmediato.

9. La ficción es una rama de la neurología.

10. Los planos se cortan: en un nivel, el mundo de los acontecimientos públicos, Cabo Kennedy y Vietnam mimetiza-

dos en grandes carteles. En otro nivel, el entorno inmediato personal, los volúmenes de espacio encerrado entre mis manos, la geometría de mis propias posturas, los valores de tiempo contenidos en esta habitación, el espacio de movimiento de las autopistas, escaleras, los ángulos entre esas paredes. En un tercer nivel, el mundo interior de la psiquis. Donde se cortan esos planos, nacen imágenes. Con esas coordenadas, una realidad válida comienza a clarificarse.

11. Cuantificar.

12. Algunas de estas ideas pueden verse en mis cuatro "novelas" recientes. Los elementos lineales han sido eliminados, la realidad de la narración es relativista. Por lo tanto ponen en los acontecimientos sólo la perspectiva de un instante dado, un grupo dado de imágenes y relaciones.

13. Dalí: "Después de las exploraciones de Freud dentro de la psiquis, es ahora el mundo exterior de la realidad el que tendrá que ser cuantificado y erotizado." Pregunta: ¿En qué punto el plano de intersección de dos conos se vuelve sexualmente más estimulante que la hendidura entre los senos de Elizabeth Taylor?

14. La neurología es una rama de la ficción: Los libretos de nervios y de vasos sanguíneos son las mitologías escritas del cerebro y el cuerpo. El ángulo entre dos paredes ¿tiene final feliz?

15. Pregunta: El plano de intersección del cuerpo de esta mujer aquí en mi cuarto con la hendidura entre los senos de Elizabeth Taylor ¿genera una imagen válida de los ojos vidriados de Chiang Kai-shek, de un plan de invasión de las islas?

16. Desde luego, esas cuatro "novelas" publicadas y algunas más en las que estoy trabajando contienen también otras ideas. No obstante, se

puede distinguir entre el contenido manifiesto, por ejemplo el intento de producir una nueva "mitología" a partir de la intersección de identidades de J. F. Kennedy, Marilyn Monroe, coches destrozados y departamentos muertos, y el contenido latente, el cambio de fórmula geométrica de un capítulo al siguiente. Cada parte es un símbolo en cierto tipo de matemática espinal. En realidad, estoy convencido de que algún día será posible representar una novela o un cuento corto, con todas sus imágenes y relaciones, en un simple modelo geométrico tridimensional. En *The Atrocity Exhibition*, uno de los personajes se refiere a una serie de modelos de Enneper como las "... fórmulas operativas para un arma apocalíptica". El cubismo, por ejemplo, tenía un poder destructor muy superior al de todos los explosivos arrojados durante la Primera Guerra Mundial, y no mató a nadie.

17. No deberíamos descuidar la función analítica de este nuevo tipo de ficción. La ficción, en la mayoría de los casos, es sintética en método: como observó Freud, creo que acertadamente, un seguro signo de inmadurez.

18. *Au revoir*, caimanes enjorados y hoteles blancos, bosques alucinatorios, adiós.

19. Por el momento es difícil decir a dónde irá todo esto. Un problema que me preocupa es que un cuento corto o incluso, finalmente, una novela, pueda convertirse en nada más que un modelo geométrico tridimensional. Sin embargo, me parece que mucho de lo que ocurre de los dos lados de la retina es absurdo si no se lo ve en esos términos. Desconocemos una inmensa parte de nuestras vidas sencillamente porque no desempeña ningún papel directo en la experiencia consciente.

20. Nadie, en la ciencia ficción, ha escrito sobre el espa-

cio exterior. *You and Me and the Continuum*: "¿Qué es el espacio?", concluyó el conferencista, "¿qué significa para nuestro sentido del tiempo y para las imágenes que llevamos de nuestras vidas finitas...?" Ahora trabajo en un cuento sobre un desastre en el espacio, un cuento que, más allá de los resultados, significa el primer intento de describir lo que el espacio significa. Hasta el momento, la idea que la ciencia ficción ha tenido del espacio exterior se parece a la imagen que un pez tiene de la vida en la tierra, imaginándola como una pecera.

21. El pintor surrealista Matta: "¿Por qué hemos de esperar, y temer, un desastre en el espacio para entender

nuestra época?"

22. En mi cuento se traduce un desastre en el espacio a los términos de nuestros medios internos y externos. Quizá surjan algunas ideas interesantes.

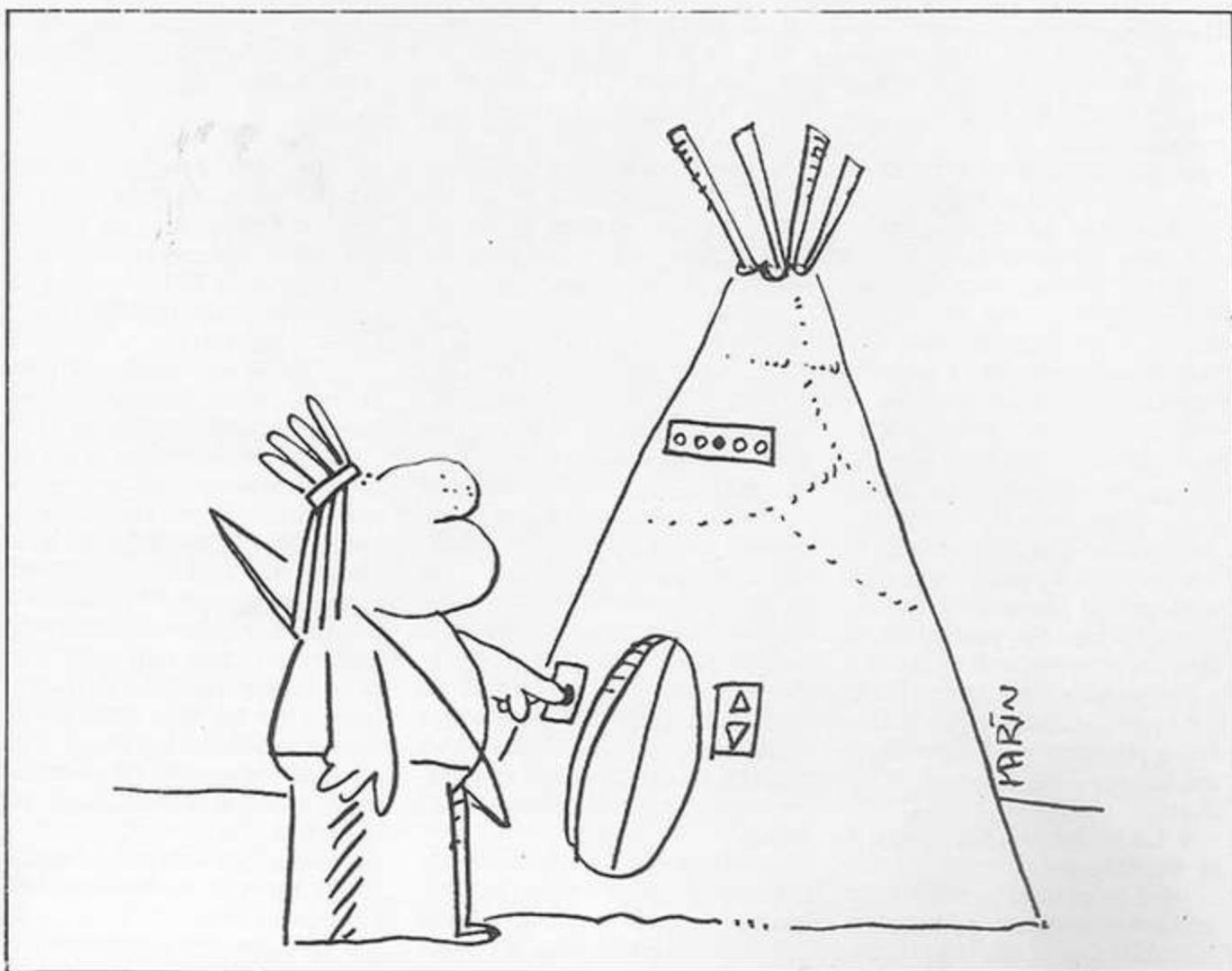
23. Hasta ahora, la ciencia ficción ha demostrado concluyentemente que no tiene ninguna idea de lo que significa el espacio, y está del todo desprovista para describir lo que será sin duda la transformación más grande de la vida en este planeta: la exploración del espacio exterior.

24. Mientras tanto: la perspectiva de un viaje a España, un regreso a la cuenca vacía de Río Seco. En la boca un delta de arena forma una barra oceánica y charcos de agua

caliente llenos de erizos de mar. Luego el inmenso lecho del río seco que se pierde tierra adentro, atravesado por la cinta blanca de un puente para automóviles. Más allá, lagunas secretas de barro agrietado del tamaño de salones de baile, modelos de un estado mental, un laberinto curvilíneo. La ilimitada geometría neural del paisaje. Las casas de departamentos sobre la playa son las fórmulas de nuestro pasaje a través de la conciencia. Hacia el norte sube del mar el borde de una roca precámbrica que ha cruzado desde el África. Los fonógrafos resuenan en los bares de Benidorm. El mar fundido se traga la sombra del helicóptero de la Guardia Civil.

Título del original en inglés: *Notes from Nowhere*.

© 1966 by J. G. Ballard. Traducción de M.S.



El análisis de tres libros recientes que tienen como protagonista común "esa modesta masa grisácea de poco más de un kilo de peso que se encuentra justo en la cabeza", y que en una insignificante fracción del tiempo cósmico ha transformado radicalmente su mundo.

Pablo Capanna

VIDA INTELIGENTE EN LA TIERRA

Se estima que la cantidad de información que nuestro cerebro puede procesar (medida en bits, según la jerga cibernética) excede con holgura el número total de protones y electrones que componen el Universo. Por supuesto, las estimaciones difieren en cuanto a cifras, pues suponen una buena dosis de imaginación, pero aun puede ocurrir que se queden cortas en cuanto a las posibilidades de la mente humana.

Por su parte, la paleontología se interna cada vez más lejos en búsqueda de los orígenes del hombre, sin que la cuestión esté de ningún modo aclarada; por el contrario, cada nuevo descubrimiento no

hace más que señalar la complejidad del problema y la dificultad de señalar un "umbral de hominización", un "Rubicón cerebral", el origen del habla, del trabajo y de la cultura.

Sin necesidad de aturdirnos con cifras que de todos modos resultan imposibles de intuir, la ciencia actual no hace más que renovar nuestro asombro frente al fenómeno del hombre (con quien se inicia la Era Psicozoica, según algunos) y el cerebro humano, órgano de la inteligencia, el sentimiento y la personalidad, que ha sido calificado como *la estructura más compleja y maravillosa del Universo* por John Eccles, premio Nobel de Medicina.

Es bueno que la ciencia vuelva a invitarnos al asombro, después de habernos hecho sentir tan insignificantes, al proponernos como objeto de reflexión a nuestra propia y contradictoria especie, y señalarnos el objeto más misterioso que conocemos, que no es ningún remoto "agujero negro" sino esa modesta masa grisácea de poco más de un kilo de peso que se encuentra justo en su cabeza, entre la nuca y la frente, apenas detrás de los ojos y debajo del cabello.

Puesto que hay demasiada gente que cuida más el cabello que el cerebro, es inevitable que abunden los seudocientíficos que se encargan de llenár-

selo con ideologías simplistas según las cuales el hombre es apenas una máquina. Claro está que también podría decirse que *La Virgen de las Rocas* es apenas una tela manchada con pintura, y *El Pensador* es apenas un bloque de mármol, pero eso no nos explicaría nada.

Es irónico ver cómo muchos que rechazan como infantil la creencia en un Dios personal "que hizo el hombre a su imagen", aceptan tranquilamente que hemos sido creados por azar en un laboratorio extraterrestre.

Pero, créase o no en Dios, el hecho es que muchos ya no parecen creer en el hombre: cansados de un "siglo de maldad insolente", como diría Discépolo, desconfían hasta de los monumentos del pasado, y se los atribuyen a entidades fantásticas, como si el hombre no fuera capaz de nada valioso.

Después de un siglo de humanismo lírico, en que nacieron y murieron muchas "religiones del Hombre", se intenta hoy como reacción denigrar la dignidad y la libertad humanas. No hay que olvidar que cuando se empieza a creer que el hombre es nada más que un "primate exitoso" o un "mono desnudo", se está dando el primer paso para desconocer sus derechos, manipularlo o someterlo; ya lo está haciendo la llamada "sociobiología", que apunta a santificar la violencia, la esclavitud y el racismo, o cierta "ingeniería genética" que aspira a remodelarlo para hacerlo más eficiente o utilizable.

La ciencia del siglo xx ha madurado, superando las pretensiones dogmáticas que antaño la llevaron a creer que después de Newton no quedaban secretos en el Universo, ocultando pudorosamente todo aquello que por el momento no tenía explicación. Hoy piensa a partir del principio de indeterminación, sus leyes no

son causales sino estadísticas, y los fenómenos de la vida ocupan el primer plano; esa ciencia puede contribuir a devolvernos la estimación por nuestra especie, una especie que por el momento parece tan estúpida para encaminarse alegremente al abismo, pero que todavía es capaz de actos sublimes.

Sin embargo, uno de los problemas más grandes sigue siendo éste: ¿cómo llega el hombre de cultura media a tomar contacto con estas nuevas perspectivas científicas, para integrarlas en su cosmovisión?

El hombre de ciencia suele comunicarse a través de revistas técnicas, que son ilegibles para el común de los mortales, o aun para el científico que trabaja en otro campo. Por lo común, el gran público sólo cuenta con la información de los manuales de enseñanza, a menudo muy atrasados y generalmente dogmáticos, y carece de fuentes de información confiables.

Aquí es donde se agranda la figura del divulgador, como un personaje clave de la cultura contemporánea: es el hombre científicamente formado e informado, que se preocupa por traducir la ciencia a un lenguaje no especializado, y cumple la gran tarea educativa de tender puentes entre la cultura científica y la literaria, entre la cultura académica y la de masas, y el único peligro que corre es que junto con la divulgación deslice su propia filosofía personal, que el público no está obligado a aceptar.

En términos generales, tenemos poca y mala divulgación científica: las gacetillas periodísticas, donde las noticias importantes se mezclan con títulos como "Extraerán proteínas del granito" o "Revolucionaria cura para la caspa, anuncian en Tasmania", ya no inmutan a nadie, y sólo provocan comentarios iróni-

cos, del tipo "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...".

En un nivel más alto, se encuentran los libros de divulgación o de introducción en determinados temas; algunos cumplen dignamente la función de actualizar o rectificar conocimientos adquiridos vagamente en la escuela. También hay otros que, aún cuando sean admirablemente didácticos, simplifican a menudo temas arduos; eso ocurre cuando uno cree haber entendido la teoría de la Relatividad sin recurrir a las matemáticas.

Lo más difícil, y a veces lo más urgente, es escribir obras de síntesis en un lenguaje accesible; alguien tiene que tomarse el trabajo de leer y procesar la bibliografía técnica para traducir sus ideas en un lenguaje de dificultad tolerable. Los encargados de hacerlo son los científicos capaces de salirse del estrecho marco de su especialidad para ayudarnos a recomponer el mosaico de datos y teorías en un esquema coherente del mundo, aunque con ello se ganen el desprecio de algunos colegas.

Tres libros recientemente traducidos al español, (lamentablemente, ninguno de ellos ha sido publicado en Argentina) hacen eficaces aportes para esta tarea de síntesis, y flotan por encima de la marea de bestsellers fabricados en serie.

Uno de ellos es *Los Dragones del Edén* (*The Dragons of Eden*), de Carl Sagan (Editorial Grijalbo, Barcelona, 1979; 313 páginas), escrito por un astrofísico que se disculpa por haberse aventurado en el campo de la biología y las ciencias de la conducta.

Los otros dos títulos también se los debemos a hombres de sólida formación científica que tienen en común su vinculación con la televisión educativa. *Mente y cerebro* (*The*

Natural History of the Mind), de Gordon Rattray Taylor (Editorial Planeta, Barcelona, 1980; 355 páginas), es obra de un asesor científico de la BBC de Londres, quizás la mejor productora de programas científicos para la televisión.

El ascenso del hombre (*The Ascent of Man*), de Jacob Bronowski (U.S.A., Fondo Educativo Interamericano, 1979; 448 páginas), es el libro que sirvió de base a la serie televisiva del mismo nombre, también producida por la BBC, y está admirablemente ilustrado con imágenes del programa.

Veamos de qué se trata.

Bronowski: Prestigios de la TV

Pese a lo que puede creer el sufrido espectador argentino, la televisión aun puede ser un gran instrumento educativo. Lo prueban excelentes series históricas, procedentes de la BBC, la RAI o de la RTE que hemos podido ver en los últimos años.

Por lo general, no puede esperarse que tales programas tengan el mismo *rating* que los teleteatros, pero seguramente tendrían mayor audiencia si no se los reservara pudorosamente para ese "horario de protección al ignorante" que se extiende hasta cerca de las 24:00 hs. y aleja en consecuencia a quienes tienen que levantarse temprano al día siguiente. (Prueba al canto: hemos visto emitir *El Libro Gordo de Petete* a las 23:00, después que el locutor recordara la inconveniencia de que los niños siguieran frente al receptor...)

En tales horarios de brujas se han podido ver excelentes series científicas como *Relaciones*, de James Burke, o *Vida en la Tierra* de David Attenborough.

Tal vez el modelo clásico de los programas culturales pensados en función de los recursos propios de la televisión sea

Civilisation, la serie creada por Lord Clarke, quien era capaz de pasearse por las calles de Amsterdam sólo para explicarnos cómo surgieron el Racionalismo y el Barroco; aquí pudimos verla (en inglés) en el Museo de Bellas Artes; por entonces, no había TV color, pero tampoco llegó a emitirse después.

Siguiendo los pasos de Lord Clarke, uno de los mayores divulgadores científicos actuales, el anglopolaco Jacob Bronowski produjo para la BBC, entre 1969 y 1972, *El ascenso del hombre*, con una dedicación poco usual (dos años para reunir los materiales, uno para filmar los capítulos) volcando en ella todos los conocimientos de un matemático que pasó por la física y ha terminado dedicándose a la investigación biológica; contó además con un apoyo logístico formidable, que le permite saltar de un extremo al otro del globo sólo para mostrar alguna imagen.

El ascenso del hombre se propone ser algo así como la epopeya del pensamiento científico y técnico: se inicia con las imágenes de un niño que aprende a caminar, y su último capítulo culmina con una meditación sobre la infancia.

Sus trece capítulos, acompañados de una nutrida bibliografía, componen un libro de gran vuelo, tan sabiamente diagramado que las imágenes siempre están a la vista mientras se lee el texto; de tal modo, aún cuando lamentamos no haber podido ver todavía las películas, su mensaje nos llega con toda claridad.

Si decimos que Bronowski tiene una filosofía humanística, esto puede hoy significar cualquier cosa; diremos en cambio que contempla con obstinado amor todas las manifestaciones de esta ambigua especie, maravillosa y despreciable, a la cual pertenecemos; siente un legítimo

orgullo por la contribución que la ciencia ha hecho a nuestra civilización, y tiene esa pasión por el conocimiento que sólo se encuentra en un científico.

Sus temas son aparentemente disímiles, pero están magistralmente orquestados. La eclosión del hombre en las llanuras sudafricanas y los siglos de vida nómada están ilustrados con ejemplos contemporáneos, así como la invención de la agricultura y el asentamiento de las poblaciones, que configuran la primera revolución tecnológica de la historia.

De allí, Bronowski pasa a trazar una historia de la piedra, que jalona todas las invenciones de la arquitectura, desde Machu Picchu hasta las catedrales góticas, pasando por el arco romano; aun es capaz de detenerse con afecto ante las Torres de Watts, el insólito monumento que Simón Rodia, un inmigrante italiano, construyó en EE.UU. para dejar testimonio de su paso por la vida.

Del mismo modo, va historiendo el dominio de los metales, desde el cobre egipcio hasta la forja de una espada ritual japonesa; inesperadamente, esto le sirve como introducción a las teorías sobre la estructura de la materia, la alquimia, la flogística y la teoría atómica de Dalton.

La creatividad con que está pensada la serie se ejemplifica plenamente con el tratamiento que hace del teorema de Pitágoras, que Bronowski es capaz de ilustrar con el diseño de los azulejos de la Alhambra de Granada, no sin antes pasear las cámaras por su maravillosa arquitectura.

Bronowski dedica todo un capítulo al proceso de Galileo, con el fin no sólo de fustigar al dogmatismo, sino de explicar cómo el proceso creativo de la ciencia moderna abandonó el Mediterráneo para emigrar hacia el Norte.

El tratamiento es objetivo,

aunque quizá no subraya adecuadamente el clima de intolerancia general de la época, que en otros contextos también hizo víctimas a Servet y Spinoza, para no hablar de los intolerantes del siglo xx que se ensañaron, por ejemplo, con Oppenheimer y con los genetistas rusos.

Newton es retratado con toda su enigmática personalidad, y el mito surgido en torno suyo; pero es con Einstein donde el autor hace prodigios para dar siquiera una intuición visual a la Relatividad.

En otros capítulos, se detiene en el proceso de la Revolución Industrial inglesa (esta vez con un tono casi ingenuamente optimista), y traza atractivos retratos de Darwin y Wallace, los padres de la Evolución.

A partir de aquí, se alternan la física con la biología, a través de sus protagonistas: el desarrollo de la teoría atómica desde comienzos de nuestro siglo, con sus héroes intelectuales y todas sus dificultades; la genética desde el huerto del monasterio de Mendel hasta el modelo espiral del ADN de Watson y Crick, que permitió descifrar el código genético.

En los últimos capítulos, Bronowski intenta perfilar toda una filosofía de la tolerancia, jugando con el doble sentido que tiene la palabra. Según el autor, la física actual ha llegado a concebir las leyes naturales no como un conocimiento absoluto sino como una aproximación a la verdad; como cualquier pieza mecánica que se produce con "tolerancia" de medidas, se aproximan a la verdad pero no la agotan. De este modo, quedan descalificados tanto el dogmatismo científico como el filosófico; al mismo tiempo, Bronowski desea que esa "tolerancia" que caracteriza al conocimiento, sea llevada al campo de las relaciones entre

los hombres y la política, no como un escepticismo indiferente sino como respeto por las posturas ajenas, y actitud de humildad respecto de las propias. La frase de Cromwell "¡Por las entrañas de Cristo ¡Considera la posibilidad de que estés equivocado!" debería ser, según el autor, una norma de conducta para que nadie pretendiera imponer autoritariamente sus ideas. Esta es, a su criterio, la lección que se desprende del "espíritu de las leyes" científicas y del principio de indeterminación.

Utilizando metáforas del mismo tipo, Bronowski descubre a través de la biología la importancia del amor; quizá su teoría no sea totalmente científica, pero es bastante sugestiva: comparadas con las enormes diferencias que hay entre el gorila y su pareja, o el pavo real y la suya, las diferencias somáticas entre el hombre y la mujer son enormes; el ser humano es el único animal que copula de frente (como en señal de igualdad); de esto, y de las dificultades que tendría un mayor desarrollo del cráneo humano para la evolución futura, deduce Bronowski que la elección de la pareja, el amor humano, es el factor de "selección natural" que ha modelado nuestra especie, de modo que la cultura ha relevado a la biología...

Bronowski no se limita pues a explicar teorías sino que nos ofrece los contextos históricos en que surgieron, los hombres que las crearon, sus debilidades y grandezas, y una síntesis propia.

Toda esta visión humanística de la historia de la ciencia culmina con un dejo de tristeza; hacia el final, el autor siente que Occidente parece estar cansado de sostener la empresa intelectual de la ciencia y por momentos se refugia en el nebuloso conocimiento "absoluto" de la magia o el

Zen. En esta situación presente, Bronowski cree discernir un impulso que se agota y piensa que el relevo lo habrán de dar otras culturas no europeas.

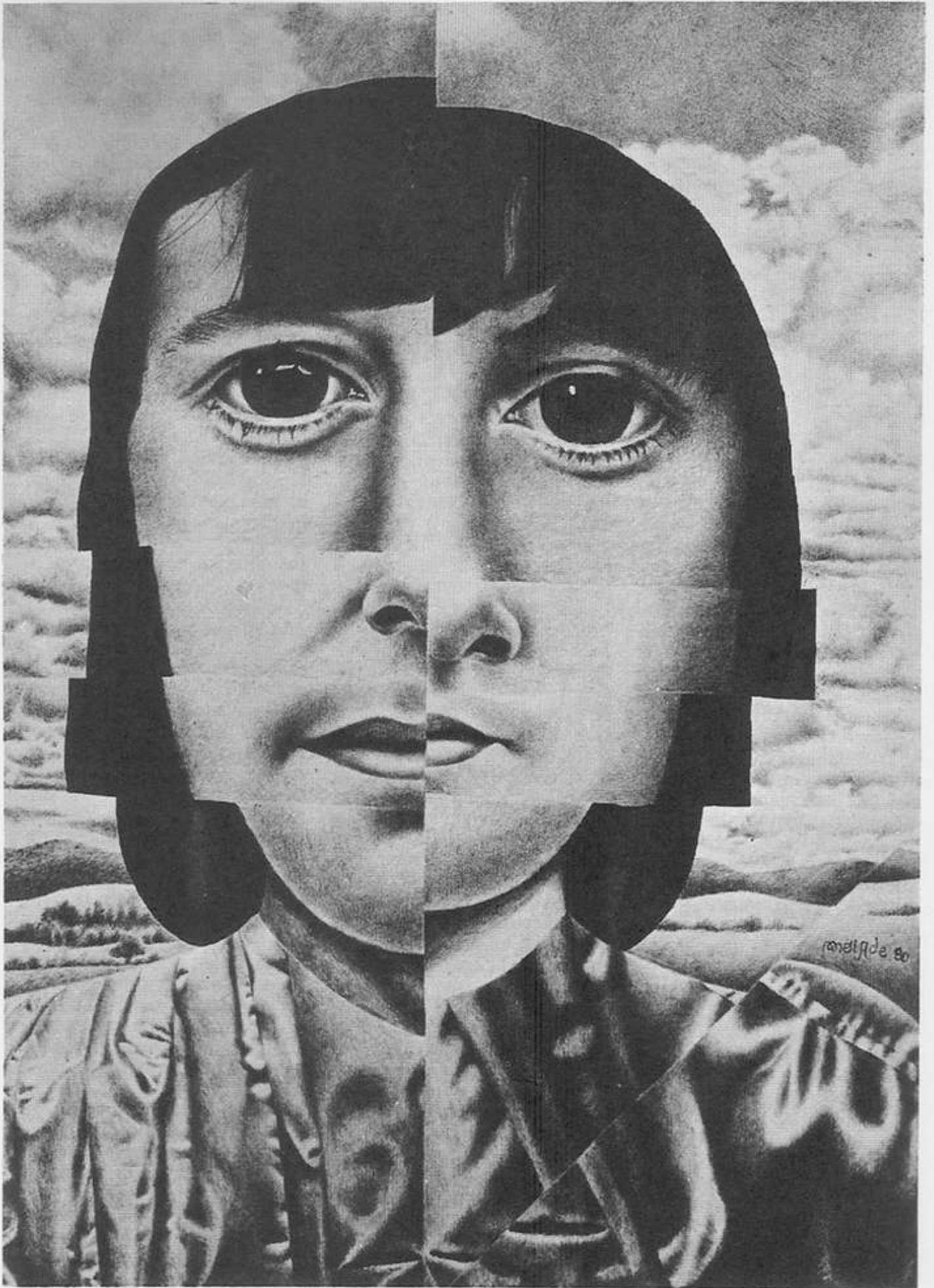
Taylor: Ni fantasma ni máquina

Gordon Rattray Taylor se convirtió en el principal consultor científico de la BBC luego de desempeñarse como periodista y oficial de espionaje durante la Segunda Guerra Mundial; su programa *Eye on Research* obtuvo el primer premio mundial a la mejor serie científica televisiva.

Su libro presenta un interesante acopio de información extraída de revistas especializadas en aquello que hoy se denomina colectivamente como "neurociencias". Taylor ha fatigado la bibliografía publicada en torno al cerebro, actualizando nuestros conocimientos con un inventario de los descubrimientos realizados en los últimos cincuenta años. De la seriedad con que está encarado el trabajo dan testimonio las casi cuarenta páginas de bibliografía, referencias e índices; el autor llega incluso a jactarse de no haber incorporado una ingente cantidad de materiales sobre la epilepsia, por no estimar que el tema fuera pertinente.

Entre las teorías sobre el cerebro aparecidas en las últimas décadas, las que han recibido mayor divulgación son las del "cerebro triuno" de MacLean (1973) y las diferencias funcionales entre los hemisferios derecho e izquierdo (Sperry, 1950).

Los trabajos de MacLean, muy discutidos todavía, se refieren a la existencia en nuestro sistema nervioso central de tres niveles de organización superpuestos, que corresponden a otras tantas etapas de la evolución: el sis-



tema reptílico (vinculado con la agresividad), que ya poseían los dinosaurios; el sistema límbico (relacionado con las emociones intensas), que apareció con los mamíferos, y el sistema cortical, desarrollados por los primates superiores y el *homo sapiens*. Arthur Koestler se ha convertido en el principal defensor de esta teoría, que según él explicaría las contradicciones de la conducta humana a través de la historia, el divorcio entre inteligencia y sentimiento; luego veremos que también Sagan se ocupa de ella.

La teoría de Sperry, que recientemente ha alcanzado difusión, señalaría otro divorcio entre el hemisferio izquierdo, especializado en el cálculo y el pensamiento lógico, y el derecho, donde residiría la intuición.

Se notará que hemos caído irremediablemente en la tendencia a especializar y localizar, hablando de "donde" y atribuyendo un "lugar" a cada "cosa", como si el cerebro fuera un depósito o una biblioteca.

La realidad parece ser muy distinta: el cerebro funciona como una totalidad, y aun cuando existan especializaciones funcionales, no podemos desarmar sus partes como si fuera una máquina. Taylor propone precisamente que abandonemos el lenguaje dualista, que supone una "cosa" inmaterial metida dentro de un organismo físico, y también el materialista, que sólo ve reacciones nerviosas y niega la conciencia.

En realidad, siempre hemos intentando concebir el cerebro en analogía con la máquina más perfecta que éramos capaces de construir.

Cuando la técnica alejandrina del siglo III a. JC acababa de inventar la jeringa, los vasos comunicantes y las máquinas neumáticas de Filón y Ctesibio, Galeno pensó que el

cerebro era una red de tubos que conducía un fluido gaseoso, los "espíritus animales". En la época del molino hidráulico, cuando los juegos de agua asombraban a las cortes del Renacimiento, Borelli comenzó a pensar que los nervios conducían líquidos. Cuando Newton postuló la existencia del éter, supuso que los nervios conducían vibraciones etéreas; y apenas se comenzó a jugar con la electricidad estática, Cotugno y Galvani hablaron del "magnetismo animal".

En nuestro siglo, luego de buscar afanosamente localizaciones precisas en la corteza cerebral para todos los actos sensoriales y motores, a la manera de una central telefónica, se comenzó a mirar al cerebro como si fuera una computadora, la última adquisición de la tecnología.

Hoy tenemos razones para creer que el cerebro es mucho más que una calculadora analógica o digital, y sus actividades parecen cada vez más complejas. No sólo sabemos que tiene cinco clases de transmisión eléctrica, sino actividad electrónica y aun magnética; en cuanto a su actividad química, ya se conocen cinco familias de neurohormonas, y Taylor supone que en el mediano plazo será en este campo donde se harán los descubrimientos más importantes, abandonando por el momento el camino de la neuroanatomía.

Es precisamente a partir de las neurociencias (y no de la psicología), como Taylor intenta demostrar la realidad de la conciencia y los procesos subjetivos, que un cierto prejuicio materialista y mecanicista se empeña en negar de un siglo a esta parte. Para lograrlo, se ve obligado a emprender una batalla frontal contra el conductismo y la reflexología en el campo psicológico, y contra ciertos ex-

ponentes de la filosofía analítica inglesa.

Una de las figuras más prestigiadas de la escuela analítica (que es, en definitiva, un materialismo potabilizado por la neutralidad ideológica) es Gilbert Ryle, cuyas "parábolas" vienen discutiéndose hace décadas. Una de las más conocidas es la siguiente: un viajero que visita por primera vez la Universidad de Oxford, luego de ver los edificios, planes de estudio, los profesores y los alumnos, pregunta: "¿Y dónde está Oxford?"

Ryle sostiene que "Oxford" (y cualquier otra abstracción) no es más que la suma de los componentes visibles de la Universidad, y por lo tanto no es más que un rótulo, una palabra vacía: es la misma tesis que enunciaron hace seiscientos años los nominalistas medievales.

Aplicando estos conceptos al mundo subjetivo, no existen pues ideas, sentimientos o emociones, sino sólo impulsos nerviosos, estímulos o reacciones: la "mente" es la suma de los procesos del cerebro, así como la "potencia" de un motor no es más que la resultante de sus piezas. Ryle considera, además, que los animales y los niños menores de cinco años no poseen "mente".

Está claro que este tipo de planteos simplistas pasan por alto la estructura global, pues todos saben que si las piezas no están armadas y reguladas de un modo especial, el motor no funciona; dicho de otro modo, un cadáver tiene la misma materia que un hombre, pero le falta la vida...

Llevadas al terreno de la psicología, tesis similares dieron origen al conductismo y la reflexología. Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde Watson y Pavlov, y ambas escuelas han tenido que suavizar sus aristas admitiendo, por ejemplo, que un sueño

también es una forma de conducta, aunque no sea directamente observable ni mensurable. Sin embargo, Taylor ataca sus propios dogmas mecanicistas: no existe la conciencia (Watson pidió que la palabra se borrara del vocabulario técnico); la conducta es una suma de reflejos (el mismo Watson propuso que a partir de un bebé sano podía hacerlo todo, desde un criminal hasta un santo, y se ganó el sarcasmo de Huxley en *Un mundo feliz*); la subjetividad no es observable (así como "Oxford" no está en ninguna parte) y en consecuencia no existe: es apenas una ilusión (epifenómeno) provocada por el funcionamiento de la máquina cerebral.

Freud, que por su parte también era un materialista al estilo del siglo XVIII, no incurrió en esta mutilación de la realidad, pero concedió tanta autonomía a lo subjetivo que jamás logró vincular su mitología del Yo, el Superyó y el Ello con las estructuras nerviosas del sistema nervioso central.

Según los más fervorosos conductistas de antaño, no es que temblamos porque sentimos miedo (aun cuando el miedo sea provocado por la imaginación) sino que temblamos, y ello produce la ilusión subjetiva del miedo. Taylor va a cerrar su libro afirmando precisamente la tesis contraria: la mente influye sobre el cuerpo, y cuando nos ponemos a temblar es porque tenemos el estado mental llamado "miedo".

Las tesis de Taylor pueden encontrarse expuestas al comienzo del libro (Capítulo 2) y en la Quinta Parte (Capítulos 18 a 20). Para probarlas, ha buceado durante años en la bibliografía médica, que por momentos parece descargar encima del lector como si fuera un camión volcador; su impresionante acopio de infor-

mación tiene un único efecto: por momentos amenaza con perder de vista las cuestiones principales.

Según Taylor, la interpretación "objetivista" que reduce todo a impulsos nerviosos, sinapsis y localizaciones cerebrales, deja sin explicar por qué todos esos procesos electroquímicos desembocan en algo tan simple como una imagen mental, un sentimiento o una idea. Es lo que tradicionalmente se ha llamado "subjetividad", aunque Taylor prefiere llamarlo "efecto Omega".

Toda aproximación a la vida mental efectuada "desde afuera" pierde necesariamente de vista la riqueza de lo subjetivo, aunque "desde adentro" sea algo que no necesita demostración.

Taylor cree que el cerebro no puede ser explicado como una máquina, aunque se trate de una computadora, y confía que en las próximas décadas se habrán de precisar las diferencias esenciales entre ambos. La subjetividad no es un subproducto del funcionamiento nervioso; por el contrario, afirma, la "mente" subjetiva puede tener efectos objetivos sobre el resto del cuerpo: "no sólo determina la conducta, sino que gobierna aun su crecimiento" (pág. 20).

El autor parece tener un talento especial para reunir aquellos hechos "molestos" que los manuales no niegan pero dejan sin considerar; no se trata de "fenómenos" marginales como los que suelen explotar los manipuladores de lo insólito, sino de casos documentados y estudiados por la ciencia oficial, que se hallan por así decirlo, en la periferia de las teorías vigentes y prueban una positiva determinación de los estados mentales sobre la salud, la enfermedad, la conducta y el desarrollo del cuerpo: estados de privación sensorial, problemas de ima-

gen corporal, los "miembros fantasmas" de los amputados, afecciones psicósomáticas, somatizaciones y estigmas, imaginación eidética, niños prodigio y calculadores mentales, hipnosis y organización gestáltica de la percepción, etc.

Se inclina a creer que buena parte de las funciones mentales consiste en eliminar contenidos superfluos de la percepción, organizar los significativos, e inhibir procesos subalternos. Es sumamente cauteloso respecto de la parapsicología: admite la existencia de la telepatía, pero desconfía de la psicokinesis; procura en todo momento mantenerse dentro del esquema compatible con los principios de la física, sin contradecir el principio de la conservación de la energía.

De tal modo, al cabo de toda esta excursión por la bibliografía y los hechos marginales, el problema que plantea respecto de la relación mente/cuerpo es netamente filosófico, y es curioso que su planteo no haya avanzado mucho desde el siglo XVIII; todo se resume en tres posiciones:

—*Dualismo*: un alma inmaterial e inespacial "habita" dentro de un cerebro movido por leyes mecánicas (era la tesis de Descartes, o como decía el conde Korzybski, del "fantasma en la máquina").

—*Monismo materialista*: la vida mental subjetiva es nada más que un subproducto (epifenómeno) de la "máquina" cerebral.

—*Ocasionalismo*: existe un paralelismo entre la actividad del alma y la del cuerpo, sustancias completamente heterogéneas, "sincronizadas" en cuanto a sus efectos. (Malebranche.)

Taylor rechaza tanto el dualismo como el monismo, y considera que la tercera posición es ya insostenible. Piensa, como Sperry, que "la vida mental no puede explicarse íntegramente por medios bio-

químicos", y que el cerebro posee facultades que aún desconocemos, las cuales quizás hagan necesaria una nueva teoría física que profundice la naturaleza del tiempo: digamos que hace varias décadas el físico Wolfgang Pauli y el psicólogo C. G. Jung intentaron esbozarla, con el nombre de "teoría de la simultaneidad".

La tesis adoptada por Taylor se denomina *interaccionismo emergente*; hay interacción entre la mente y el cuerpo; la "mente" no es un simple fenómeno virtual sino una estructura emergente fundada sobre los procesos bioquímicos, a los cuales no puede reducirse. Tampoco esto es nuevo, pues hace veinticinco siglos Aristóteles llamó "hylemorfismo" a una doctrina muy similar, como sabe cualquier estudiante de filosofía.

El libro de Taylor es pues apasionante porque nos muestra a la ciencia desembocando en problemas filosóficos, precisamente en momentos en que los filósofos parecen dar la espalda a estos problemas, y mientras unos se empeñan en hacer poesía, otros tratan de imitar en forma cada vez más perfecta el modo de "pensar" de las computadoras.

Sagan: Antes y después del hombre

El astrónomo Sagan, que trabajó en el sistema de radiotelescopios de Arecibo (Puerto Rico), destinado a recibir mensajes inteligentes de otros mundos, y participó en el proyecto Viking, diseñado para sondear las posibilidades de vida en Marte, también ha incursionado recientemente en la televisión haciendo alta divulgación científica.

Con este libro, abandona la exobiología para ocuparse de la inteligencia humana, sus orígenes y su futuro, siguiendo

los pasos de su admirado maestro Jacob Bronowski.

La obra se inicia con una impresionante obertura: el "calendario cósmico". Acostumbramos leer las cifras que barajan astrofísicos, geólogos y paleontólogos con cierta indiferencia: las filas de ceros y los exponentes de dos dígitos suelen dejarnos indiferentes aun a los argentinos, que tenemos experiencia inflacionaria; muy pocas personas llegan a tener intuición del tiempo que representan esas cifras. Así es como no tenemos una idea cabal de lo tremendamente reciente que es la vida y la historia humana, y mucho más nuestra civilización, en relación con la duración del cosmos.

Sagan ha intentado volver intuitivos esos números, a través de un simple pasaje de escala, condensando todos los hechos importantes de la evolución del cosmos en el lapso de un solo año.

Ha creado así un asombroso calendario que nos devuelve la capacidad de sorpresa. Aquí, la explosión original que da origen a la expansión del Universo (el *Big Bang*) ocurre el 1° de enero; toda la alquimia nuclear que produce los elementos complejos insume hasta el 1° de mayo, fecha en que se forma nuestra Galaxia; el 9 de setiembre surge el sistema solar; la Tierra nace el 14 y recién el 25 de ese mes aparece la vida en ella. Los dinosaurios reinan entre el 24 y el 28 de diciembre; el día 26 aparecieron los mamíferos.

El hombre recién aparece el 31 de diciembre a la una y media de la tarde, descubre el fuego a las 23:46 e inventa la agricultura a las 23:59:20. La civilización egipcia ocurre cuando faltan 10 segundos para terminar el año. Roma cae siete segundos más tarde, y el lapso que va del Renacimiento hasta hoy, la civilización mo-

derna, transcurre en el último segundo.

Encuadrado así el tema, Sagan se dedica a jugar un poco con los números, tratando de expresar la cantidad de información que pueden procesar los distintos sistemas nerviosos animales, culminando con el cerebro humano, y llega a barajar cifras aun más pavorosas; dedica gran espacio a explicar la teoría de MacLean del "cerebro triuno", como testimonio de la evolución, y la coteja con lo que sabemos de la aparición de la primera especie humana, el *homo habilis*.

Todo un capítulo está dedicado a analizar las inquietantes experiencias con chimpancés realizadas por Beatrice y Robert Gardner, y por los etólogos del Centro de Investigación de Primates de Yerkes (Georgia).

Contradiendo opiniones seculares, los chimpancés demuestran ser capaces de alcanzar cierto grado de abstracción y lenguaje proposicional, dadas las condiciones adecuadas. Los Gardner educaron a un simio llamado Washoe en el lenguaje de los sordomudos, y lograron que usara atinadamente casi doscientos términos; por ejemplo, sabiendo decir "manzana" y reconocer el color anaranjado identificó una naranja (fruta que no conocía) como "manzana anaranjada", y llamó a un pato "pájaro de agua". Por su parte, Lana, la chimpancé estrella de Yerkes, fue adiestrada para utilizar una computadora para formular complicados mensajes, elegir la música y las películas que desea ver: en un momento de soledad pidió: "Máquina rasca(me) la espalda..."

Sagan, profundamente impresionado por estos trabajos, polemiza aquí con Bronowski, quien en su momento les restó importancia; lo acu-

sa de chauvinismo humano", y por momentos parece que quisiera abrir las jaulas y otorgarles documentos de identidad a los simios.

Sin embargo, por fascinantes que sean, estas experiencias dejan muchas dudas: de hecho sólo demuestran que ciertos primates, en condiciones muy artificiosas de crianza y laboratorio pueden llegar a manejar abstracciones, pero la iniciativa la ha tomado el hombre. Lo mismo ocurre en el caso de Imo, el macaco hembra estudiado por etólogos japoneses, que ha demostrado ser capaz de crear hábitos que se transmitieron a todo su grupo. En todos estos casos, interviene el hombre como "educador", pero no se explica por qué los simios no han sido capaces, en los últimos siete u ocho millones de años, de crear una cultura, un lenguaje y un pensamiento abstracto, y sólo el hombre lo ha hecho.

El libro de Sagan no tiene la unidad del de Taylor: prefiere tocar a la vez muchos temas de avanzada. Así, el Capítulo 7 es una convincente combinación de las teorías de Sperry sobre la diferenciación de los

hemisferios cerebrales con algunas hipótesis propias; el Capítulo 6, en cambio, es un curioso paréntesis donde Sagan se dedica a interpretar el libro del Génesis como un documento mítico que recordaría los hitos de la humanización: la conciencia de la mortalidad, la necesidad del trabajo, los dolores del parto, debidos al mayor volúmen craneal del feto, etc. Es muy sugestivo, y gira en torno de un enigma que muchos se habrán planteado alguna vez: ¿por qué razón, si al aparecer el hombre los dinosaurios se habían extinguido millones de años antes, todas las mitologías hablan de dragones, y la Serpiente (un reptil) es en la Biblia el símbolo del mal?

Al hablar de "la revolución futura del cerebro", Sagan se refiere a la información extragenética, es decir cultural, que en el hombre ha vuelto biológicamente innecesario un nuevo crecimiento de la masa encefálica, y se dedica especialmente a las computadoras, las máquinas auxiliares de la enseñanza, y aun un curioso psicoanalista electrónico que ha sido ensayado con cierto éxito para hacer terapia de

apoyo. El último capítulo reúne algunas especulaciones sobre la inteligencia extraterrestre, que el propio Sagan ha desarrollado más ampliamente en otras obras.

La lectura de estos libros resulta estimulante, porque ayuda a superar algunas falsas opciones. Las fronteras de la ciencia, cuando son presentadas por hombres de vocación, formados en la disciplina del conocimiento riguroso, que no pretenden haber hallado la verdad absoluta sino apenas descubrir nuevos problemas, pueden ser más inquietantes y misteriosas que todas las recetas comerciales del asombro, que van desde el reciclaje de supersticiones, al fraude, el sensacionalismo espurio y la acumulación inconexa de datos verdaderos y falsos, hecha sin la sincera intención de hallar una síntesis, sino apenas de vender emociones.

Como Sagan, que hace suyas las reflexiones finales de Bronowski sobre el avance de la superchería, creemos que no es necesario ponerse a inventar misterios; el mundo es ya lo suficientemente misterioso.

Reportaje al subconsciente

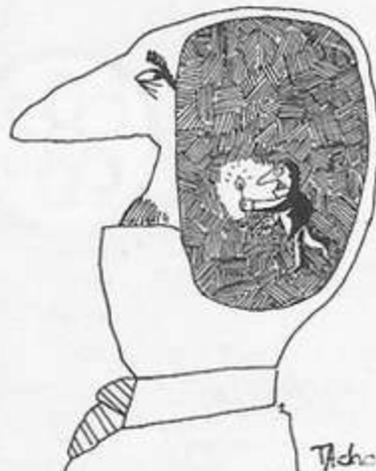
① ¿A QUÉ ATRIBUYE, DOCTOR SU EXTRAORDINARIA CAPACIDAD DE TRABAJO?



② ¿SU FRONDOSA IMAGINACIÓN?



③ ¿SU CLARIDAD MENTAL?





Bernardo
81

*Hay atributos que cuesta tolerar
en los demás, especialmente en
cierto momento de la vida.*

P. J. Plauser
**DE TODAS
LAS EDADES**

Ilustró BERNARDO

La niña estaba sentada en la sala de espera con las manos prolijamente entrelazadas en el regazo. Tenía un alegre vestido estampado hecho con una de esas telas cuya mala calidad habría saltado a la vista si no la hubieran coloreado cuidadosamente. Los zapatos haciendo juego habían recibido el mismo tratamiento meticuloso. Estaba sentada con mucha corrección, erguida, sin mover los pies, sin raspar las patas de la silla con los zapatos, demostrando una paciencia que legiones de monjas en vano han intentado inculcar a otras niñas. Esta parecía acostumbrada a esperar.

May Foster se retiró del espejo bidireccional por donde había estado estudiando su problema más reciente. Siempre se sentía un poco culpable de fisgonear así a los niños an-

tes de entrevistarlos, pero había que admitir que le ayudaba a encarar mejor los casos. Una evaluación previa le ahorra minutos preciosos de tanteos y casi siempre le permitía empezar con las cartas ganadoras. Tratar con los niños "problemáticos" era un juego donde todo valía, si uno quería sobrevivir sin úlceras en el oficio.

Esa paciencia podía ser parte de su papel, pensó May por un momento. Pero no, no tenía sentido. Aunque eran actores soberbios, estos mocosos siempre se reservaban sus actuaciones para un público; la muchacha no tenía razones para sospechar del espejo especial en esta, su primera visita al consultorio de la señora Foster. Una de las principales ventajas del espejo era precisamente que uno veía cómo se portaba el niño cuando no había una

asistente social en el cuarto. Jekyll y Hyde parecían gemelos comparados con los cambios de personalidad que May había presenciado en quince años de consulta.

May salió del cuarto penumbroso, encendió las luces del consultorio y regresó a su escritorio. Le echó una última ojeada a la carpeta, la cerró y apretó el botón del intercomunicador.

—Louise, hágala entrar ahora.

Hubo una pequeña demora, luego la puerta del consultorio se abrió y entró la muchacha. Pese a tantos preparativos, May se sobresaltó. La muchacha era flacucha, mucho más de lo que aparentaba estando sentada, aunque no tenía problemas de salud. Era más bien esa delgadez típica de las personas que a los noventa años siguen siendo activas. No esmirriada, sino resistente. Y esos ojos.

May había sido una de las primeras voluntarias del Cuerpo de Paz que viajó al centro de Africa. Durante dos años había luchado contra la hambruna y la desnutrición con todas las armas, salvo el dinero, que podía ofrecerle la tecnología moderna. Al final resultó una batalla sin esperanzas, pues la política y los odios tribales decidieron que miles y miles debían morir la muerte lenta del hambre. Allí había visto por primera vez ojos como esos.

Los niños podían soportar el dolor y el hambre, las marchas forzadas, aun la pérdida de los padres, y sin embargo a la larga recobrarse con la elasticidad de la juventud. Pero cuando la carne se consumía hasta el hueso, cuando los vientres se distendían, en los ojos asomaba una mirada que no se les borraba nunca en los pocos días que les quedaban. Habían aprendido demasiado pronto que el mundo adulto no les merecía confianza, habían advertido que la muerte era una fuerza realmente inminente en ese mundo. Después, durante diez años, niños con esos ojos siguieron rondando las pesadillas de May.

Ahora esta se le plantaba delante y le penetraba el alma con unos ojos que habían contemplado la muerte muy de cerca.

May quedó en libertad tan pronto como la atraparon.

La muchacha echó un vistazo al consulto-

rio, como si buscara salidas de emergencia, investigó los objetos del escritorio de May con una rápida ojeada, luego caminó hasta la silla de las visitas y se sentó ruidosamente.

—Me llamo Melissa —dijo, añadiendo una sonrisa nerviosa—. Usted debe ser la señora Foster. —Ahora parecía una niña pequeña. Gesticulaba tímidamente y se pateaba un zapato con el otro. Los ojos brillaban con el desenfado de la juventud.

May se estremeció, recobró lentamente la compostura. Pensaba que lo había visto todo, hasta ahora. El papel de ingenua era perfecto: Melissa parecía más una niña modelo de ocho años que un dolor de cabeza crónico. ¿Qué edad tenía? Catorce. ¿Catorce?

—Te han suspendido en la escuela por primera vez este año, Melissa —dijo con severidad profesional, clavándole su mejor Mirada Autoritaria, grado tres.

—Sí —dijo ella sin muestras de remordimiento. La Mirada se disipó, transformándose en Simpatía Comprensiva.

—¿Quieres contarme cómo fue? —preguntó May suavemente.

Melissa se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? El viejo... eh, el señor Morrissey y yo tuvimos una discusión en la clase de historia. —Soltó una risita.— Tuvo que valerse de su autoridad para ganarme. —Expresión seria.

—El señor Morrissey enseña historia desde hace muchos años —dijo May, conciliatoria—. Tal vez consideró que sabe más que tú sobre el tema.

—¡Morrissey es un cabeza hueca! —May enarcó las cejas reprobatoriamente, pero la muchacha, irritada, la ignoró.— ¿Sabe qué patraña trataba de venderle a la clase? Quería enseñarnos que la Revolución Industrial de Inglaterra fue un retroceso. Niños que trabajaban seis, siete días por semana en las fábricas, catorce horas consecutivas, todo para ganar unos peniques por semana. ¡Eso era lo único que veía! Nunca se le ocurrió preguntar por qué lo hacían si las condiciones eran tan malas.

—Bien, ¿por qué lo hacían? —preguntó May, reflexiva.

El entusiasmo de la muchacha se le había contagiado.

La muchacha la miró con lástima.

—Porque no les quedaba más remedio, por eso. Si no les gustaba la fábrica, podían probar suerte mendigando, robando o trabajando en una granja. En esos tiempos, si los pescaban robando o mendigando los hervían en aceite. Sin broma. Y trabajar en granjas...

—Hizo una mueca.— Había que romperse el alma siete días por semana desde *antes* del sol hasta *después* del sol. ¿Y qué conseguían a cambio? En un año bueno, les daban todo lo que podían comer; en un año malo se morían de hambre. Pero con las tripas vacías había que trabajar igual que con las tripas llenas. Más. Al menos trabajando en una fábrica se conseguía dinero para comprar los alimentos que había cuando se echaban a perder las cosechas. Eso es progreso, mírese como se mire.

May reflexionó un momento.

—Pero, ¿y todos los niños mutilados por las máquinas? —preguntó—. ¿Qué me dices de todos los niños que se arruinaron la salud respirando polvo, alimentando calderas, o por no recibir suficiente sol?

—¿Alguna vez vio un yuntero después que lo pisotearon los caballos? ¿Alguna vez tuvo insolación? —La muchacha resopló.— Claro que esas fábricas eran malas, pero todo lo demás era peor. Pero quién lo convence al viejo Morrissey.

—Hablas como si hubieras estado allí —dijo May con tono divertido.

—Leí mucho —dijo Melissa con sequedad.

May decidió volver al grano.

—Aunque tuvieras razón, podrías haber tenido más tacto, ¿no crees? —La muchacha la miró con fastidio y se encorvó en la silla.— Ya has provocado dos escándalos en su clase, y otro en la clase de la señorita Randolph.

May hizo una pausa, subió la Simpatía Comprensiva un punto más.

—Sospecho que tu problema no es sólo con la escuela. ¿Cómo andan las cosas en tu casa?

Melissa se volvió a encoger de hombros. Era un gesto muy adulto.

—Casa.— El tono eliminaba todas las connotaciones buenas de la palabra.— Mi... mi padre adoptivo murió el año pasado. Un ataque al corazón. ¡Bam! La señora Stuart todavía no se repuso.

Una pausa.

—¿Y tú?

La muchacha la miró de soslayo.

—Todos mueren, tarde o temprano.

—Otra pausa.— Aunque me hubiera gustado que el señor Stuart durara un poco más. Era buen tipo.

—¿Y tu madre? —sondeó delicadamente May.

—Mi madre *adoptiva* no ve el momento de que yo crezca y le quite el peso de encima. Diablos, me obligaría a casarme el mes que viene si la ley lo permitiera.— Se movió en la silla, inquieta.— Siempre trae muchachos a casa para que salga con ellos.

—¿Te gusta salir con muchachos?

Una mirada calculadora.

—No me disgusta. Es decir, no tengo nada contra ellos, pero todavía no estoy preparada para algo serio.— Una risa nerviosa.— O sea, no odio a los varones ni nada de eso. Quiero decir que todavía tengo tiempo de sobra para esas cosas, cuando crezca.

—Tienes casi catorce años.

—Soy pequeña para mi edad.

May atacó por otro lado.

—¿La señora Stuart te alimenta bien?

—Sí, desde luego.

—¿Estás segura de que comes una dieta balanceada?

—Claro. Mire, soy delgada por naturaleza, eso es todo. La señora Stuart será una cruz, pero no se propone liquidarme ni nada por el estilo. Es sólo que... —Una sonrisa taimada le cruzó la cara.— Ah, ya entiendo.

Melissa adoptó un tono pedante de falso barítono.

—Un síndrome frecuente en la moderna sociedad urbana es la mujer prepubescente aparentemente desnutrida. Aunque su entorno económico habla contra la carencia de recursos financieros o educación dietética, el sujeto en cuestión exhibe no obstante una aparente incapacidad para asimilar alimentos adecuados para el desarrollo.

—Con frecuencia el sujeto actúa en un medio carente de uno o más roles masculinos vitales y estimulantes, y un examen atento revela una preocupación mórbida ante los cambios funcionales propios del advenimiento de la femineidad. La insuficiencia dietética es

obviamente un vehículo encubierto para eludir las responsabilidades asociadas con dichos cambios.

Inhaló exageradamente.

—¡Vaya! ¡El cretino de Anderson! Así que a usted también le enchufaron ese libro en Psicología de la Conducta, ¿eh?

Sonrió con dulzura.

—Bueno, sí. Es decir, lo leímos. ¿Cómo lo sabías?

—Lo vi en su biblioteca. ¿Tiene un caramelo?

—Eh... no.

—Qué lástima. La última asistente social con quien me las vi siempre tenía caramelos a mano. Usted debería tenerlos también. Es bueno para las relaciones públicas.

Melissa miró distraídamente el consultorio.

May se volvió a estremecer. Hacía años que no se sentía tan descontrolada. Desde que la habían enfrentado a los niños negros del ghetto. Hundió los tacos en el suelo.

—Has actuado muy bien, Melissa. Veo que leíste mucho. Pero ¿alguna vez pensaste que lo de Anderson podría aplicarse a tu caso, pese a todo? Aunque lo tomes a broma.

—¿Usted quiere decir que me cuido en las comidas porque tengo miedo de crecer?

—May asintió. — Ya lo creo. Pero no a causa de las tonterías que propaga Anderson.

La muchacha miró de reojo las fotos del escritorio, escudriñó los ojos de May.

—Señora Foster, ¿tiene usted amplitud mental? No, olvide eso. Hasta ahora nunca conocí una mojadita que no se considerase la Encarnación de la Justicia Ciega. Busquemos un enfoque más pragmático. ¿Lee usted ciencia ficción?

—Eh... a veces.

—¿Fantasía?

—Un poco.

—Bueno, ¿qué le parece? Quiero decir, ¿le gusta?

La taladró con los ojos.

—Bueno, creo que algunas cosas me gustan. Una buena parte me deja fría.

—Titubeó. — Mi marido la lee con frecuencia. Y mi suegro. Es bioquímico —añadió tímidamente, como si fuera una excusa.

Melissa se encogió de hombros con su gesto adulto.

Se decidió.

—¿Qué diría usted si le contara que mi padre fue un brujo?

—Francamente, diría que has elaborado un complejo sistema de ilusiones compensatorias acerca de tus padres desconocidos. Es frecuente en los huérfanos, sabes.

—Sí, Anderson otra vez. Pero le agradezco su honestidad; era la respuesta que esperaba de usted. Sospecho, sin embargo —hizo una pausa, fijando en la mujer una tenaz mirada de soslayo—, que usted está dispuesta a creer que yo podría ser algo más que la típica mocosa inadaptada.

Ante esa mirada, May no pudo hacer otra cosa que cabecear. Una vez. Lentamente.

—¿Qué diría si le cuento que tengo más de dos mil cuatrocientos años?

May sintió sorpresa, miedo, exaltación. Una emoción sin nombre.

—Diría que tienes que conocer a mi marido.

La niña estaba sentada a la mesa con las manos prolijamente entrelazadas en el regazo. Los tres adultos jugueteaban con sus aperitivos y charlaban de cosas menudas. Melissa respondía a cada esfuerzo por integrarla a la conversación con unas pocas palabras corteses, sólo el número correcto de las palabras correctas que debe decir una jovencita bien criada cuando la invitan por primera vez a cenar entre personas que apenas la conocen. Pero nunca iniciaba una conversación por su cuenta.

George Foster, hijo, intuyó que la muchachita aparentemente ingenua que tenía enfrente los estaba estudiando, pero no podía saberlo. Si algo sabía era que si la muchachita era de veras más vieja que la cristiandad él no tendría muchas oportunidades de lucirse en juegos intelectuales. Decidida esa parte, estaba muy dispuesto a encarar la velada con soltura. Pero tomándose su tiempo.

—¿Por qué no pasas la ensalada, papá? —pidió—. Espero que te guste la escarola, Melissa. ¿O ése es también un gusto que uno adquiere de grande, como el alcohol?

La muchacha, cortés pero firmemente, había rechazado un jerez seco.

—Estoy segura de que me gustará la ensalada, gracias. El aderezo tiene un olor deli-



cioso. Es una receta personal, ¿verdad?

—Sí, en efecto —dijo George, ligeramente sorprendido. De pronto advirtió que habitualmente clasificaba a todas las personas delgadas como individuos quisquillosos y desgana- dos para comer. Un gastrónomo no tenía por qué pesar de más.

—Ser profesor de historia me permite arreglar mis horarios con más libertad que May —explicó sin proponérselo—. Hay poco trecho de cocinar por obligación a cocinar por gusto. Ese aderezo con mostaza es uno de mis primeros inventos. ¿Quieres la receta?

—Sí, gracias. No cocino a menudo, pero cuando lo hago me gusta producir algo superior al promedio.

Aparentemente el discreto cumplido era sincero. También había sorteado, notó George, el velado sondeo sobre su edad. George estaba más y más impresionado.

Partieron el pan y comieron verdura.

¿Cómo encaro el asunto? De paso, May me ha contado que tienes dos mil cuatrocientos años. Miró a su padre, quien hizo un gesto de resignación. Gracias por la ayuda.

—De paso, May me ha contado que estuviste un tiempo en Inglaterra.

¿Por qué demonios había dicho eso?

—En realidad no se lo dije, pero sí, estuve. A decir verdad, discutimos un poco la Revolución Industrial.

¿Estuviste allí?

—En rigor soy un medievalista, pero también soy un poco anglófilo.

George se abstuvo a tiempo de adoptar el engolado acento pseudobritánico que esa frase le inspiraba siempre. Se sentía particularmente vulnerable al ridículo frente a esa mirada inocente.

—¿Sabes mucho sobre la realeza británica?

Era casi tan sutil como una tonsilectomía.

—En la escuela estudiamos algo.

—Yo siempre quise ser otro almirante Nelson. Su muerte fue vergonzosa. ¿Qué dijo el rey después del funeral? Creo que era Eduardo...

Melissa bajó el tenedor.

—Fue el rey Jorge, y usted lo sabe. Mire, antes de venir aquí viví un tiempo en Berke-

ley. Melissa vio la cara de May. Sé lo que dice mi ficha. Después de todo, la escribí yo misma... Como le decía, estuve en Berkeley hace unos años. Era justo el período de mayor inquietud estudiantil y vivíamos a menos de tres cuadras de la universidad. Todos los días recorría esas calles y todas las noches mirábamos los disturbios y las peleas en televisión. Sin embargo nunca vi uno de esos acontecimientos con mis propios ojos. —Los miró uno por uno. — Algo podía estar sucediendo a una cuadra, algo que atraía cámaras de televisión y decenas de policías, y yo no me enteraba hasta que llegaba a casa y ponía Cronkite. Creo que olí gas lacrimógeno una vez. —Recogió el tenedor. — Puede usted tantearme cuanto quiera, doctor Foster, preguntándome sobre almirantes y reyes y fechas. Supongo que de eso habla la historia. Pero no espere que le diga nada que no haya aprendido en la escuela. O visto en televisión.

Pinchó irritablemente la última porción de escarola. La observaron mientras comía.

—A los niños no los invitan a los acontecimientos que impulsan la historia. Hasta hace muy poco no hacían más que trabajar. Trabajaban hasta envejecer o trabajaban hasta morir de hambre o trabajaban hasta que los mataba una guerra. Eso es la historia para la mayoría de los niños, fuera del aula. Las fechas no significan mucho cuando cada día es igual al otro.

George no supo qué decir después de eso, así que se levantó y se dirigió al aparador donde los platos principales se conservaban calientes. Se concentró exageradamente en la tarea de levantar tapas y juntar servilletas.

—¿De veras tienes dos mil cuatrocientos años? —preguntó George Foster, padre. Ya estaba dicho.

—Algo así —dijo Melissa, sirviéndose pollo y pastel—. Como decía, las fechas no significan mucho para un niño. Pasaron doscientos o trescientos años antes que me pusiera a pensar cuándo había empezado todo. Para entonces, era un poco difícil de reconstruir. Calculo que ahora serán dos mil cuatrocientos treinta y dos años. Década más, década menos.

¡Década más, década menos!

—¿Y tu padre fue un mago? —continuó May.

—No un mago, un brujo. —Un poco exagerada:— No practicaba la magia ni obraba sortilegios; era un hombre sabio, un estudioso. Un científico, podría decirse, aunque en ese entonces no había demasiada ciencia. No porque él no supiera mucho sobre ciertas cosas, obviamente sabía, pero no trabajaba con un cuerpo *organizado* de conocimientos como se hace ahora.

De alguna manera se las había ingeniado para llenarse el plato y comer un buen bocado de pollo sin interrumpir su conversación. George se maravilló ante los variados talentos sociales de la muchacha.

—De cualquier modo, estaba trabajando en un método para restaurar la juventud. Todo el mundo lo hacía, en esos tiempos. Muy de moda. De hecho, se estaban realizando algunos progresos. Recuerdo que un viejo excéntrico renovó su vida sexual durante unos treinta años.

—¿Quieres decir que sabes cómo revertir el envejecimiento? —preguntó ansiosamente George padre. La luz de las velas no llegaba a borrarle todas las arrugas de la cara.

—Lo lamento, no dije eso. —Melissa observó atentamente la expresión del señor Foster, y le habló en un tono que exigía credulidad.— Sólo dije que sé de un hombre que lo hizo una vez. Por un tiempo. Pero que yo sepa no le contó a nadie cómo lo hacía. Se llevó el secreto a la tumba.

Melissa se volvió a los otros, buscando una confianza que la respaldara.

—Miren, así era la gente hasta hace unos siglos. El secreto fue lo que retrasó tanto tiempo el florecimiento de la ciencia. Vi aparecer y desaparecer la digital por lo menos tres veces antes que llegara al conocimiento público...

—Delicadamente—. De veras no puedo ayudarlo.

—Te creo, jovencita. —George padre tomó la botella de vino.

—Mi padre pasaba casi todo el tiempo tratando de burlar a la competencia. Supongo que los rivales hacían lo mismo. Su único éxito verdadero fui yo. Descubrió el modo de detener el proceso de crecimiento justo antes de la pubertad, y en mí ha funcionado desde entonces.

—¿Te dijo cómo lo logró? —preguntó George padre.

—Sé lo que debo hacer. Pero no entiendo el mecanismo. Sé que no sirve para los adultos.

—¿Lo has intentado?

—Muchas veces.

Un portazo férreo y definitivo vibró en esas palabras.

—¿Podrías describir el método?

—Podría. No lo haré. Tal vez soy sólo un producto de mi época, pero la reserva parece el único refugio seguro en estas cuestiones. He tenido varias experiencias dolorosas.

Esperaron, pero Melissa no entró en detalles.

George hijo se incorporó para levantar la mesa. Tendió el brazo para recoger un plato y se detuvo.

—¿Por qué nos has contado todo esto, Melissa?

—¿No es obvio? —Ella entrelazó las manos en el regazo en esa postura de paciencia infinita.— No, supongo que no, a menos que hayan vivido como yo.

”Después que murió mi padre, me quedé un tiempo en Atenas... ¿les mencioné que vivía allí? Pero demasiadas personas me conocían y empezó a extrañarles que yo no creciera. Algunos de los otros brujos se pusieron a observarme especulativamente, hasta que me di cuenta y me largué. No quería morir encerrada antes que alguien descubriera que no tenía nada importante que divulgar.

”Pronto advertí que no podía huir de mi problema básico. Nunca faltan personas dispuestas a adoptar una niña, especialmente si goza de buena salud y se presta a trabajar más de la cuenta. Pero al cabo de unos años era obvio que yo no crecía como los otros niños. La sospecha causaba miedo, y el miedo siempre causa problemas. He aprendido a calcular con precisión cuándo es el momento de cambiar de aires.

George hijo depositó en la mesa una bandeja tapada y descubrió una torta bañada en chocolate. Como todos los niños de todos los tiempos, Melissa sonrió de placer.

—Les aseguro que es un verdadero problema parecer una niña, ser una niña, especialmente ahora. No se puede conseguir un empleo ni alquilar un departamento. No se puede pedir licencia de conductor. Tengo

que *pertenecerle* a alguien y asistir a la escuela, o algún entrometido del gobierno me pondrá en apuros. Y con el papeleo moderno, hay que inventar una existencia creíble por escrito, además. Cada vez se pone más difícil.

—Me parece —interrumpió George hijo— que lo mejor para ti sería trasladarte a uno de los países menos desarrollados. En Africa, o Sudamérica. Te ahorrarías muchos percances.

Melissa hizo una mueca.

—No, gracias. Hace mucho tiempo que aprendí a quedarme con los que tienen mejor standard de vida. El riesgo vale la pena... *Nur wer in Wohlstand lebt, lebt angenehm*. ¿Leyeron Brecht? Es bueno.

La muchacha interrumpió la conversación el tiempo suficiente para engullir una porción de torta.

—Fue una cena excelente. Gracias. —Se enjugó pulcramente los labios con la servilleta.— No he respondido del todo a su pregunta.

—Les estoy contando toda mi historia porque es hora de ponerse en marcha. Me he quedado más de la cuenta con los Stuart. Mis papeles ya no sirven... de hecho son un problema. Para seguir con lo de siempre, tendré que pergeñar una historia nueva y deslizarla en algún fichero, en alguna parte. Pensé que esta vez sería más fácil encarar las cosas honestamente.

Los miró expectante.

—¿O sea que quieres que te ayudemos a conseguir nuevos padres adoptivos?

George hijo se esforzó por eliminar la incredulidad de su voz.

Melissa miró el plato de postre vacío.

—George, eres un patán insensible —dijo May con asombrosa vehemencia—. ¿No entiendes? Nos está pidiendo que la adoptemos nosotros.

George se quedó pasmado.

—¿Nosotros? Bueno... Pero no tenemos hijos que le hagan compañía. Es decir...

Se calló la boca para no decir tonterías. Melissa no alzaba la cabeza. George miró a su esposa, a su padre. Era obvio que se le habían adelantado y ya habían tomado una decisión.

—Supongo que es posible —murmuró tímidamente.

La muchacha alzó la cabeza al fin, conteniendo las lágrimas.

—Oh, por favor. Me doy maña para las tareas domésticas y no molesto a nadie. Y he estado pensando... tal vez no sepa mucho de historia, pero sé mucho sobre la forma de vivir de la gente de muchos tiempos y lugares. Y sé leer toda clase de idiomas. Quizá podría ayudarlo con sus estudios medievales. —Las palabras tropezaban unas con otras.— Y recuerdo algunas de las cosas que intentó mi padre —le dijo a George padre—. Tal vez sus conocimientos de bioquímica le permitan descubrir dónde se equivocó. Sé que tuvo algunos éxitos.

George notó que la muchacha estaba a punto de suplicar, y no pudo tolerarlo.

—¿Papá? —preguntó, con todo el aplomo de que fue capaz.

—Creo que funcionaría —dijo lentamente George padre—. Sí, pienso que funcionaría muy bien.

—¿May?

—Tú conoces mi respuesta, George.

—Pues bien —todavía un poco desconcertado—, supongo que está decidido. ¿Cuándo te mudas, Melissa?

La respuesta, si la hubo, se perdió entre ruidos de sillas y los hurras de alegría de May y la muchacha. *May siempre quiso un hijo*, racionalizó George; *quizá esto le haga bien*. Intercambió una sonrisa tentativa con el padre.

May todavía estaba abrazando a Melissa con entusiasmo. Por encima del hombro de su esposa, George pudo ver las lágrimas que empapaban la cara de la muchacha. Por un instante, creyó detectar una expresión abstraída, como si la muchacha ya estuviera calculando cuánto duraría este episodio. Pero luego esa expresión se disolvió en otro torrente de lágrimas de felicidad y George se encontró sonriéndole a su nueva hija.

La niña estaba sentada bajo el árbol con las manos prolijamente entrelazadas en el regazo. Irguió la cabeza cuando se acercó George padre. Desde el año anterior se tambaleaba mucho más al andar; la rigidez y los temblequeos de la edad ya no podían ignorarse. George padre era un hombre orgullo-



so, pero no tonto. Se acuclilló cautelosamente para sentarse en un tocón de árbol.

—Hola, abuelo —dijo Melissa, con una calidez muy contenida. George padre comprendió que ella había detectado su estado de ánimo e intentaba desarmarlo delicadamente.

—Mortimer murió —fue todo lo que él dijo.

—Lo temía. Había vivido mucho tiempo para una rata blanca. ¿Aprendiste algo de la última muestra de sangre?

—No. —Fatigosamente.— Los productos normales de la decadencia. Murió de vejez. Podría decirlo con palabras más bonitas, pero en definitiva es eso. Y no sé por qué empezó a perder terreno, después de tantos meses. Así que ignoro qué camino tomar.

Guardaron silencio, Melissa con su paciencia de siempre.

—Podrías darme un poco de tu poción.

—No.

—Sé que te sobra algo... eres previsora. Por eso pasas tanto tiempo en el bosque, ¿verdad? Estás preparando el brebaje que te enseñó tu padre.

—Te dije que a ti no te ayudaría en nada y prometiste no pedirlo.

No había acusación en la voz, era una simple declaración.

—¿No te gustaría crecer, alguna vez?

—preguntó George al rato.

—¿Optarías por ser el emperador del mundo si supieras que en dos semanas te asesinarían? No, gracias. Me quedaré con lo que tengo.

—Si estudiamos los ingredientes de tu poción, quizá encontraremos la manera de que crezcas sin perder la inmortalidad.

—No soy tan inmortal. Por eso no quiero que demasiadas personas sepan sobre mí o sobre mis métodos. Algún imbécil podría decidirse a volarme la cabeza por pura envidia... Puedo tolerar enfermedades. En una ocasión hasta se me regeneró un dedo... tardó cuarenta años. Pero no podría sobrevivir a un trauma masivo. —Arqueó las rodillas y las abrazó tímidamente. —Tienes que comprender que la mayoría de mis defensas son profilácticas. He aprendido a prever las lesiones y en lo posible evitarlas. Pero las defensas de mi cuerpo son sólo extensiones de un recurso infantil básico, el crecimiento. Es embrollado reponerse de una herida sin crecer durante el

proceso. Una vez que ciertas glándulas entran en funcionamiento, no hay modo de pararlas. Toma los dientes, por ejemplo. Fueron diseñados para una vida finita, quizá medio siglo de roer huesos. Cuando los míos se desgastan, no me queda más que arrancármelos y esperar lo que parece una eternidad hasta que crezcan los reemplazos. Además es doloroso. Por lo tanto me cepillo después de las comidas y evito los abrasivos. Me mantengo alejada de los dentistas y sus tornos. Así sólo tengo que sufrir cada doscientos años.

A George padre lo turbó la idea de planear siglos como uno planea semestres. Qué palabras tan incongruentes en labios de una muchachita sentada bajo un árbol abrazándose las rodillas. Empezó a entender por qué Melissa casi nunca hablaba de su edad o su pasado a menos que le preguntaran directamente.

—Yo también sé mucho de bioquímica —continuó ella—. Ya te habrás dado cuenta. —George padre cabeceó desganadamente.— Bien, he estudiado lo que llamas mi "poción" y creo que todavía no sabemos lo suficiente sobre biología o química para comprenderla. Por cierto no lo suficiente para introducir cambios.

"Sé cómo conservar la niñez. No es lo mismo que restaurar la juventud.

—¿Pero no ansías crecer? Tú misma dijiste que era un problema ser una niña en el siglo veinte.

—Claro que es un problema. Pero es lo único que tengo, y no quiero arriesgarlo. —Se inclinó hacia adelante, apoyando el mentón en las rodillas.— Mira, en el pasado compartí mi secreto con otros niños. Les tenía simpatía, y pensé que podía pasar mucho tiempo con ellos. Pero tarde o temprano todos tragarón el anzuelo que me estás ofreciendo. Todos decidieron crecer "sólo un poquito". Bien, crecieron. Y ahora están muertos. Me quedaré con mis juegos infantiles, si no te molesta.

—¿No te fastidia perder tanto tiempo en la escuela? ¿Aprendiendo las mismas cosas una y otra vez? ¿Rodeada solamente de niños? ¿Niños *verdaderos*?

El énfasis tenía un dejo de malicia.

—¿Perder tiempo? Es lo que me sobra.

¿Cuántos momentos de tu vida has pasado investigando de veras, en comparación con el tiempo perdido en escribir informes y viajar al trabajo? ¿Cuánto tiempo puede dedicar la señora Foster a hablar con niños problemáticos? Tiene suerte si promedia cinco minutos por día. Todos pasamos la mayor parte del tiempo haciendo tareas rutinarias. Lo raro sería lo contrario. Y no me fastidia estar rodeada de niños. Me gustan.

—Eso nunca lo he comprendido —dijo George padre, pensativo—. Con qué facilidad entablas relación con niños mucho menores que tú. Con qué facilidad actúas como ellos.

—La cosa es al revés —dijo ella suavemente—. Ellos actúan como yo. Todos los niños son inmortales, hasta que crecen.

Dejó que la frase surtiera efecto.

—Ahora te preguntaré algo, abuelo. Dime por qué tendría que interesarme crecer.

—Hay otros placeres —dijo él al cabo— mucho más profundos que las alegrías de la niñez.

—¿Te refieres al sexo? Sí, claro que te refieres a eso. Bien, ¿qué te hace pensar que una muchacha de mi edad es virgen?

George padre alzó los brazos en una turbada protesta, como si no quisiera oír hablar de esas cosas.

—No, espera un minuto. Tú sacaste el tema —insistió Melissa—. Mírame. ¿Carezco de atractivos? Buenos dientes, no tengo marcas de viruela. Ninguna deformidad visible. Vaya, una muchacha como yo sería un partido ideal en ciertos círculos. Sobre todo cuando el promedio de vida es inferior a los treinta y cinco años... como lo ha sido en buena parte de la historia. El celibato de los adolescentes y los casamientos tardíos son lujos que la sociedad sólo ha podido costearse recientemente. —Lo miró con arrogancia.— He tenido mis amantes, y te aseguro que he gozado tanto con ellos como ellos conmigo. En esas cosas las glándulas importan menos que la sensibilidad de las terminales nerviosas... y que un poco de comprensión. Desde luego, todos mis amigos quedaban decepcionados cuando yo no maduraba, pero mientras duraba era divertido.

—Claro que me gustaría vivir en un cuerpo

de mujer, sentir el efecto incitante de esas hormonas. Pero para mí la sexualidad no es un impulso, es sólo otra manera de relacionarme con las personas. Ya he reconocido mi necesidad de tener gente cerca, al margen de esas comezones urticantes. Mi vida sería mucho más simple si pudiera arreglármelas sin otros, ya lo creo. Por cierto no necesito el aguijón de la presión glandular para ir en busca de compañía. ¿Qué otra cosa hay en la vida?

¿Qué otra cosa, realmente?, pensó con amargura George padre. Un último intento.

—¿Sabes lo de May? —preguntó.

—¿Que no puede tener hijos? Claro, era bastante obvio desde el principio. ¿Piensas que puedo ayudarla? Sí lo piensas. Pues no puedo. Sé menos sobre eso que sobre lo que mató a Mortimer.

Una pausa.

—Lo siento, abuelo.

Silencio.

—Lo siento de veras.

Silencio.

A lo lejos, se oyó un auto que se acercaba a la casa. George hijo estaba de vuelta. El viejo se levantó del tocón, lenta y rígidamente.

—La cena estará pronto. —Se volvió hacia la casa.— No te retrases. Ya sabes que a tu madre no le gusta que juegues en el bosque.

La niña estaba sentada en el banco con las manos prolijamente entrelazadas en el regazo. Oía los ramalazos de la lluvia fría contra los vitrales, cuyas escenas de martirio eran opacadas por la noche que acechaba afuera. A Melissa siempre le habían gustado las iglesias. En un mundo saturado de cambio y muerte, la iglesia era un refugio familiar, un sitio de descanso donde la hueste de inocentes podía prepararse para nuevos enfrentamientos con un mundo hostil.

Su período con los Foster había concluido. Pese a las inevitables rencillas del final, ya podía evocar su estadía con ternura. Lo que más la entristecía era que su predicción de esa primera noche hubiera sido tan acertada. Seguía abrigando la esperanza de que por una vez, al menos, su evaluación cínica de la naturaleza humana resultase errónea y se le concediera un año extra, o incluso un mes

extra, de felicidad antes de tener que largarse.

Las cosas empezaron a empeorar de veras después que George padre tuvo la primera apoplejía. George hijo era el que había adoptado la actitud más acusatoria. (El viejo había desistido de apremiar a Melissa; tal vez eso era lo que exasperaba más a George hijo.) Ella no podía hacer ni decir nada para aliviar la tensión. Su sólo estar allí, una niña sana y prepubescente que no había cambiado en cinco años de fotografías y recuerdos, su sola presencia era una burla a la paulatina retirada del viejo ante el avance de la fatalidad.

Si George hijo se hubiera entendido mejor a sí mismo, quizá no hubiera sido tan rudo con la muchacha. (Pero a fin de cuentas eso había entrado en los cálculos de Melissa.) El pensaba que era May quien ansiaba tanto tener hijos, cuando en realidad era su propio subconsciente luchando por esa forma menor de inmortalidad lo que hacía vibrar huecamente ese hogar sin niños. Para May una hija era ante todo una segunda oportunidad de alcanzar la belleza que daba por perdida con el paso de la juventud. Desde luego May cumplió su propia profecía, como tantas mujeres, perdiendo parte de sus encantos con cada año que pasaba.

George hijo empezó a seguir a Melissa en sus viajes al bosque. La furia y la desesperación le daban un sigilo que de lo contrario ella jamás le habría atribuido. George encontró todos sus escondrijos secretos y le robó muestras diminutas de cada uno. No le sirvieron de nada, por supuesto, ni a él ni al padre, pues la poción era extremadamente fotorreactiva (el gran descubrimiento del padre de Melissa, y el secreto que ella guardaba más celosamente). La larga y delicada cadena molecular se disolvía en una sopa confusa de sustancias orgánicas comunes mucho antes que las muestras llegaran al laboratorio de análisis.

Pero esos robos fueron casi la perdición de Melissa. No sospechó nada hasta que empezaron los retortijones abdominales. Sólo los había sentido dos veces en su larga historia, en tiempos de hambruna. Presa del pánico, Melissa se internó en el bosque para recoger sus hierbas y preparar sus brebajes y dormir junto a ellos en una guarida penumbrosa du-

rante los dos días que tardaban en madurar. Los retortijones pasaron, junto con el pánico, y cuando regresó a casa supo que George padre había sufrido una segunda apoplejía.

May estaba furiosa —por qué, no sabía con exactitud— y no le dirigía la palabra. Hacía tiempo que George hijo era una causa perdida. Melissa fue a su cuarto, reflexionó un rato y se preparó para partir. Cuando se escabulló por la puerta trasera, oyó que George hijo hablaba en voz baja por teléfono.

Se las ingenió para poner en marcha el coche de un vecino y salió para la ciudad. Cuando pasó frente a la calzada de los Foster, vio coches que frenaban, hombres de ojos duros que bajaban. Melissa se había agazapado más de una vez en callejones para esconderse de los centuriones romanos. Estos podían ser de la CIA, el FBI, o de cualquier otra sigla destinada a ocultar sus verdaderos propósitos, pero ella sabía a qué venían. Se había largado justo a tiempo.

Nadie piensa en buscar coches robados cuando desaparece una niña; Melissa contaba con un margen de tiempo para maniobrar. Abandonó el sedán en la ciudad, a menos de una cuadra de la estación de autobuses. En la estación compró un pasaje de ida a Berkeley. Fue una de las primeras en subir y se acercó al chofer para preguntarle con modales nerviosos y aniñados, si ése era realmente el autobús de Berkeley. Se escabulló mientras el chofer revisaba unos papeles con el supervisor.

Habiendo dejado esa pista falsa, se cuidó de no huir demasiado pronto en otra dirección. Lo mejor era ocultarse hasta la mañana, después de caminar en vez de abordar un vehículo para ir a otra parte. Pocas personas pensaban en caminar mil quinientos kilómetros hoy día; Melissa lo había hecho más veces de las que podía recordar.

—Tenemos que cerrar, hijo —dijo una voz suave a sus espaldas. De golpe recordó su disfraz y se dio cuenta de que le hablaban a ella. Al volverse vio que se acercaba un sacerdote. La sotana emitía un susurro apenas perceptible—. Es casi medianoche —dijo el hombre con una sonrisa—; tendrías que ir a casa.

—Ah, hola, padre. No lo oí entrar.

—¿Te sientes bien? Es muy tarde para que estés afuera.

—Mi hermana trabaja de camarera, en esta cuadra. A papá le gusta que la acompañe a casa. Tengo que ir a buscarla ahora. Entré sólo para protegerme de la lluvia. Gracias.

Melissa puso su sonrisa más sincera. Le disgustaba mentir, pero era importante no llamar la atención. Ignoraba qué cacería habían organizado para atraparla. No tenía modo de saber hasta qué punto les creerían a los Foster. El sacerdote le devolvió la sonrisa.

—Muy bien. Pero tú cuidate también, hijo. Las calles no son seguras para nadie, hoy por hoy.

Nunca lo han sido, padre.

Melissa se había disfrazado de muchacho el número de veces suficiente para saber que el sexo no era ninguna protección contra nada. Al menos para los niños.

El problema de los centuriones la preocupaba más de lo que se dignaba admitir. El mismo hecho de que acudieran tantos indicaba que George hijo al menos había convencido parcialmente a un personaje importante.

Por suerte, no había evidencias de peso para demostrar que ella era lo que decía que era. Las muestras robadas por George no servían de nada y las fotos y documentos que May podía esgrimir sólo abarcaban un período de ocho años. Era demasiado tiempo para que una muchachita siguiera pareciendo una muchachita, pero no era nada del otro mundo.

Si tenía suerte, ya habían empezado las racionalizaciones. Melissa era sólo un bicho raro, una jovencita con problemas de crecimiento y una farsante. Los Foster estaban alterados —eso era demasiado obvio— a causa de George padre. No les creerían demasiado literalmente.

Melissa tenía esperanzas. Ante todo esperaba que no contasen con un buen juego de impresiones digitales. (Había limpiado todos los objetos del cuarto antes de partir.) Las burocracias eran las únicas criaturas a las que podía sobrevivir: estaría en un brete si el gobierno norteamericano le tomaba inquina.

En fin, era la última vez en mucho tiempo que intentaría encarar las cosas honestamente.

La lluvia había amainado. Era una mejora, pensó, pero aún tenía que encontrar algún refugio para pasar la noche. La lluvia le empapaba el pelo recién cortado y le calaba la delgada chaqueta de béisbol. Sentía cansancio y frío.

Melissa evocó los recuerdos, cobijados durante siglos, de su primera, verdadera infancia. Recordó a su madre, regordeta y rubia, y la seguridad y tibieza que sentía echada en su regazo. La había perdido, junto con millones de otras madres a lo largo del tiempo. Retroceder era imposible.

Adelante, del otro lado de la calle, una marquesina parpadeaba en la llovizna. Letras góticas centelleaban una bienvenida:

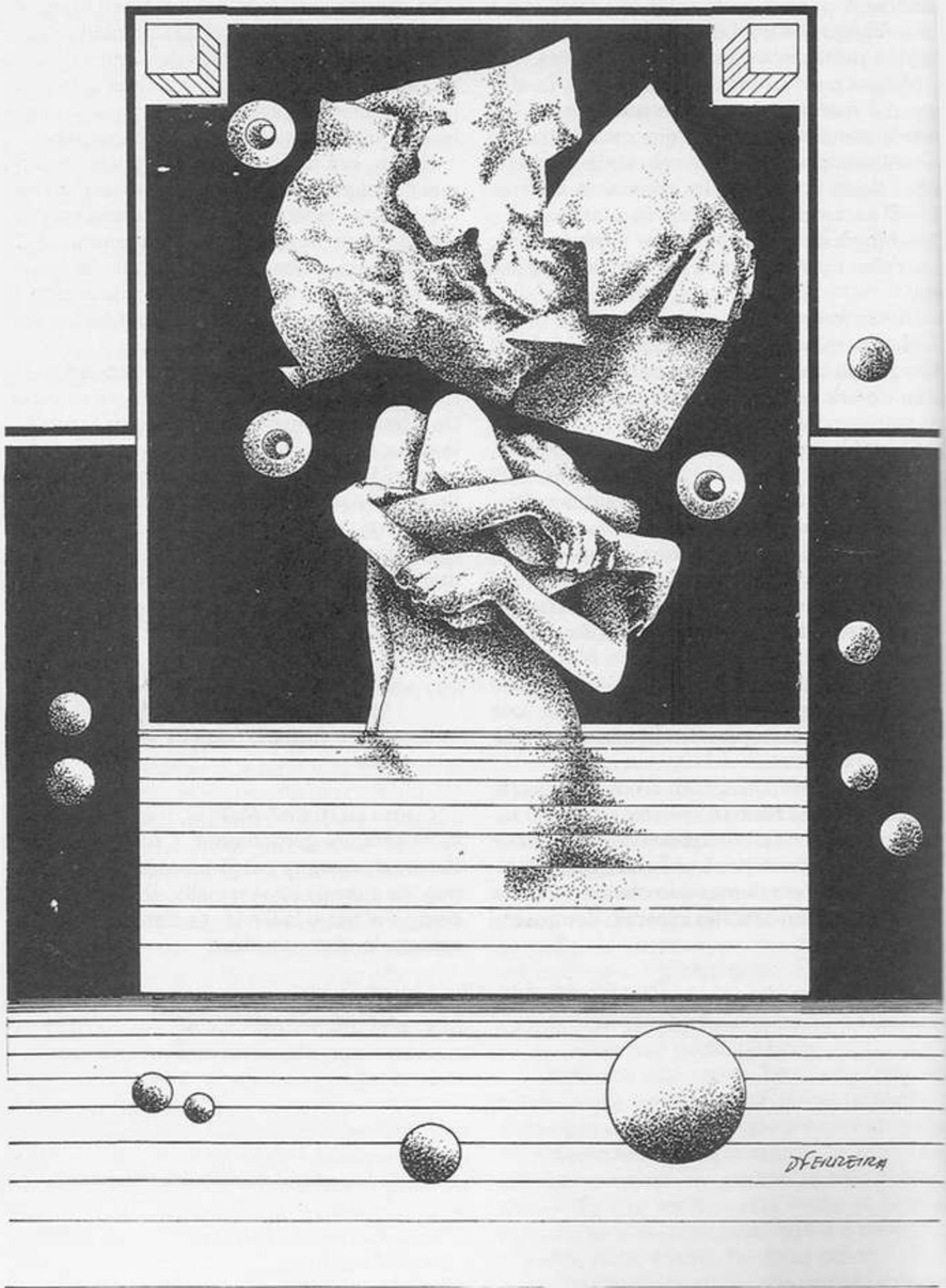
WALT DISNEY

TRIPLE PROGRAMA CONTINUADO
PARA NIÑOS DE TODAS LAS EDADES

Como yo, pensó Melissa, y saltó ágilmente la alcantarilla gorgoteante. Cruzó la calle en diagonal, siempre cuidándose de los autos, y pagó la entrada en la taquilla. Dejando por un tiempo el frío y la lluvia, se zambulló complacida en la tibia oscuridad.

Título del original en inglés: *Child of All Ages*.

© 1975 by the Condé Nast Publications, Inc. Traducción de Pedro Kavalán.



*Antes de ceder el turno,
una mirada al horizonte,
tranquila y final.*

Brian W. Aldiss

CRIATURAS DEL APOGEO

Ilustró FERREIRA

Desde la distancia, el palacio de un solo piso parecía flotar en el océano como una oblea.

De los iluminados cuartos del palacio, detrás de la larga columnata, salieron saltando tres seres, él, Ella y ella. Corrieron por las losas, riendo. La noche crepitaba allá arriba en tonos de azul oscuro y almíbar. La alegría chispeaba como relámpagos uniendo dos puntos opuestos.

La música rebosaba de las habitaciones. En esa música sólo se movía la armonía misma, en cadencias perfectas, aunque llevaba en el tono una referencia indirecta a los peculiares y profundos cambios de tiempo en ese mundo. Las cosas crecían, los ojos brillaban, los cuerpos eran ágiles; pero se trataba de ese planeta funesto y no de otro en el universo.

La gran terraza, por ejemplo, pavimentada

con losas donde la mica centelleaba bajo los pies: sobre su extensión la luminosidad jugaba con tantas variaciones como la música. La propia noche era una gran fuente de luz y, como un enorme caldero invertido, el cielo derramaba sus alimentos sobre el complicado edificio. Hasta el abovedado techo, detrás de las columnatas, llevaba el mar sus secretos mensajes de luz, pues los océanos, para el calor y para el día, tienen mejor memoria que el aire. También los glaciares, y siete lunas pequeñas, contribuían con su cuota de brillo.

Y las tres criaturas que corrían riendo, él, Ella y ella, se regocijaban en la noche, a causa de cuyas propiedades vivían. Ahora habían llegado al borde de la terraza, y descansaron apoyados en la última y esbelta columna adornada con descoloridas pinturas de hechi-

ceros y de cefalópodos. Dirigieron primero la mirada, instintivamente, hacia las susurrantes olas, como si quisieran traspasarlas y ver las criaturas que en las profundidades esperaban la estación apropiada. Sonrieron con una mueca. Levantaron la cabeza. Juntos, contemplaron el mar matutino, observando los inmensos glaciares que flotaban sobre las frías almohadas de su propio aliento. Llegaba la aurora. La aurora, sin la correspondiente palidez en el cielo.

La aurora, el imán de la vida. La atención de aquellos grandes ojos, en rostros pálidos, evanescentes, barrocos, fue atraída por un iceberg que flotaba en el este. Un iceberg que descansaba en las profundidades como un monumento al tiempo mismo. Los acantilados fueron de un gris recordado, sombríos, pétreos... hasta el momento del alba. Entonces el hielo se encendió como una señal distante.

Como una flor que se desdobra saliendo del capullo, mostrando voluptuosos pliegues rosados, el iceberg cambió de color. El gris se volvió gris paloma. El gris paloma se volvió gris tiza y adquirió luego un tierno tinte rosado, todo promesas.

Entre el día y la noche no existía separación: auroras como esa no podrían interrumpir el abrazo. Mientras el sol subía un poco más, mientras el iceberg, olvidado por el portador de la lámpara, se volvía a hundir en la oscuridad, no fue el resplandor lo que cambió sino el sonido. La música cesó. Incómodos dentro de los trajes de raso, los músicos retornaban furtivamente a casa.

El sol no era más que un implorante punto de luz, demasiado distante de todo para poder reinar. Una perla arrojada al cielo habría despedido más brillo.

Los tres se volvieron, él, Ella y ella. Con mucha tranquilidad, tomados de la mano, caminaron por el borde de la terraza, donde las profundas aguas amoniacales del océano les lanzaban reflejos al semblante, como pensamientos fugaces.

—¿Es más brillante? —preguntó ella refiriéndose al Sol.

—Más brillante que en nuestra niñez —respondió él.

—Más brillante aún que ayer —dijo Ella.

Ahora que la música de la noche había enmudecido, los susurros del océano y del aire se acercaban más, hablándoles del conmovedor fulcro de la existencia. Allá arriba, un ave marina voló entre los elevados arcos, saliendo momentáneamente de la nada y entrando en la órbita de la civilización antes de desaparecer de nuevo en el vacío. A sus pies, una sucesión de olas arrojaban espuma sobre la terraza, donde pronto se evaporaba hacia el espacio.

Los tres compartían un intenso amor, así que se acercaron más y caminaron como uno solo. Además de ser corta, la vida (cosa verdaderamente patética) era cíclica. Las hojas que se secaban y morían brotarían verdes de nuevo muchas generaciones más tarde.

—Estamos ahora tan lejos del apogeo —dijo él.

—El sol se acerca más y más al Tiempo de Cambio —dijo Ella.

—Nuestro mundo tiene su rumbo trazado... sin rumbo no existiría el mundo —dijo ella.

El silencio fue una forma de asentimiento; pero por dentro, donde las cosas tangibles se unían a las cosas intangibles, tenían una gran sensación de temor, una sensación que trascendía la alegría o la pena, al considerar los movimientos planetarios dentro de los cuales se representaba su delicado papel. Ellos eran la vida de su mundo; pero en ese mundo toda la vida era como la imagen en un espejo. Existían dos tipos de vida —tan diferentes, tan dependientes como yin y yang —... y sin embargo nunca se encontraban, y nunca se trataban, y ni siquiera podían respirar la atmósfera de la otra. Cada tipo de vida prosperaba sólo en la muerte del otro. En el Tiempo de Cambio, los siglos de existencia cambiaban de centinelas.

—Como criatura del apogeo, temo... —dijo Ella.

A lo que ella agregó:

—... pero forzosamente amo a las criaturas del perihelio.

Y que él remató:

—Porque juntos, ellos y nosotros debemos formar el sueño y la vigilia de un mismo Espíritu.

Se detuvieron a mirar otra vez por encima

de los ondulados líquidos, como si esperaran ver a ese Espíritu antes de tomar la decisión de entrar en el palacio. Al volverse, fijaron la vista común en un ancho tramo de escaleras que bajaban de la terraza al océano. No era ese el camino que debían tomar. Otros pies, de diferente forma y propósito, usarían esas escaleras cuando pasase el terrible Tiempo de Cambio.

Las escaleras estaban gastadas, obnubilada la piedra misma, tanto por los siglos como por las pisadas. Sobre ellas habían circulado muchas atmósferas, muchos océanos, mientras el mundo se movía en su atenuada trayectoria elíptica. Era un mundo pequeño, esclavo de esa letárgica órbita: pues en el curso de un año, desde los calores del perihelio hasta los fríos del apogeo y viceversa, no sólo vidas sino generaciones enteras sufrían el ciclo de nacimiento y extinción, nacimiento y extinción.

Mientras observaban los anchos escalones que conducían a los opacos fluidos del océano, los tres sabían lo que habría de pasar en

la primavera, cuando el sol fuese un disco y el Cambio destronase a su raza.

Entonces los océanos hervirían con furia.

Se retirarían las mareas.

Se secarían los escalones.

El palacio —su palacio— se transformaría, y aparecería sólo como el último piso de una enorme pirámide de muchos pisos. Los escalones llevarían al suelo distante. Ese suelo, ya no un lecho oceánico, quedaría allá abajo, a diez kilómetros de la cima.

Todo enmudecería después de las tormentas del Cambio, menos el llanto de la atmósfera con los nuevos vientos.

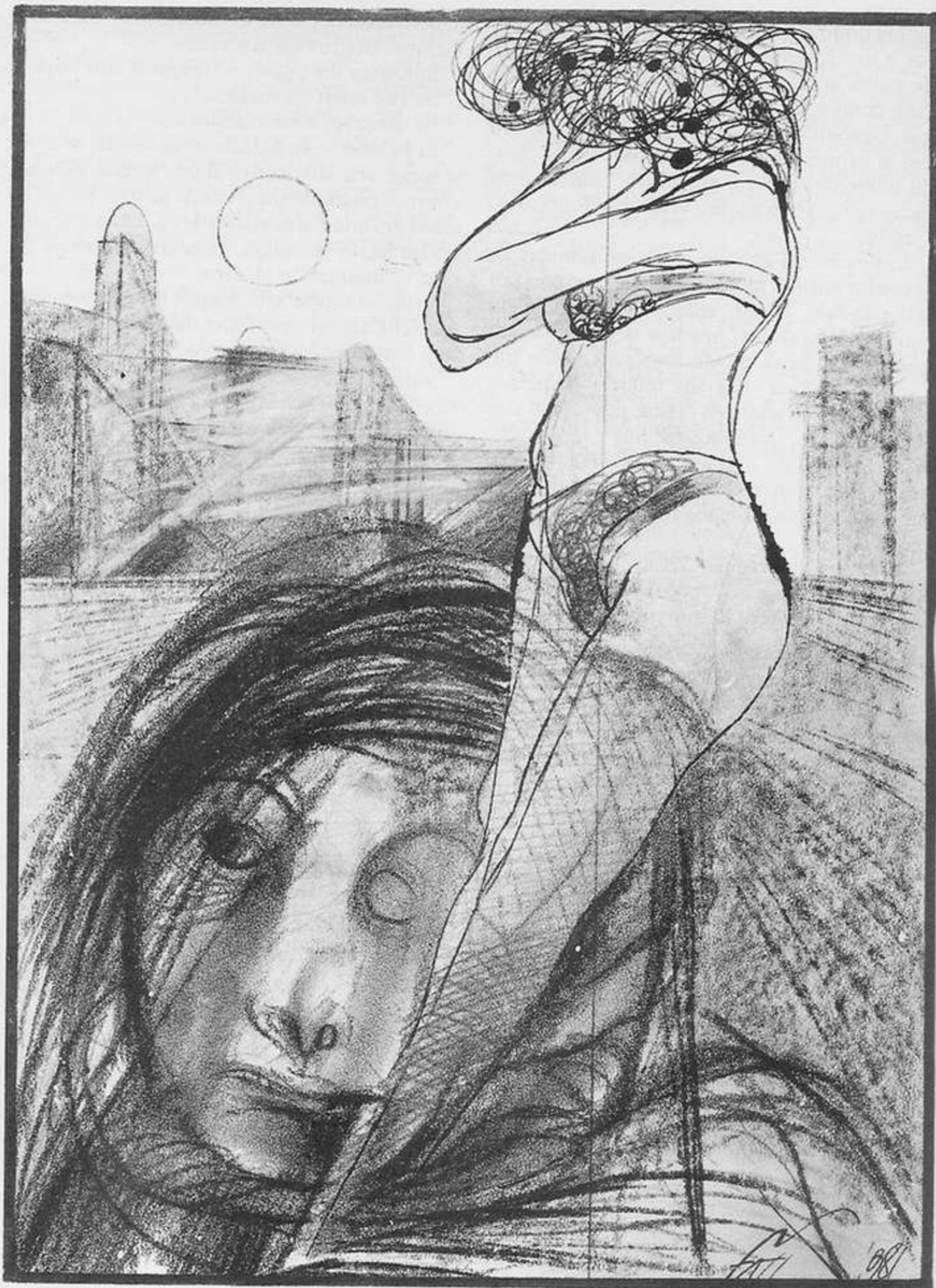
Aparecerían entonces las criaturas del perihelio y comenzarían a subir por la escalera. Bajo el ardor de ese sol hinchado, marcharían hasta la cima. En sus propias lenguas, con sus propios gestos, obedecerían a sus propias divinidades.

Hasta que volviese otra vez el otoño.

Los tres seres se apretaron con más fuerza y se retiraron al palacio, a descansar, a dormir, a soñar.

Título del original en inglés: *Creatures of Apogee*.
© 1976 by Brian W. Aldiss. Del libro *Last Orders*.
© 1977 by Southmoor Serendipity Ltd. Traducción de M.S.





*De todos los mundos posibles,
el nuestro es tan
improbable como cualquiera.*

Sam J. Lundwall

AQUI SOLAMENTE SOMBRAS

Ilustró FATI

Bajaba las escaleras del edificio de la Oficina de Probal cuando la muchacha se me cruzó. Entonces yo tenía poco más de veinte años, y había estado Arriba más de dos meses tiempo subjetivo, encerrado todo el tiempo en una cámara de acero con un par de técnicos a quienes llegué a detestar más de lo que creía que podía detestar a un ser humano, antes que lográramos regresar. Sin muchachas. Esta era simpática, no bonita, pero cualquier cosa sin barba me habría conformado entonces. Caminé más despacio y la miré. Cabello largo y ondeante; por lo menos diez años más que yo, a juzgar por las arrugas alrededor de los ojos y la boca; un vestido anticuado que era por lo menos dos tamaños más chico. Si quería llamarme la atención, lo había conseguido. No porque hicieran falta

recursos especiales; como dije, cualquier cosa sin barba me habría llamado la atención sin el menor esfuerzo.

—¿Esa no es una placa de Probal? —dijo, la voz tensa de nerviosismo, aunque entonces no lo advertí. Me miré la solapa con la placa azul y verde. Muy discreta. Nadie la ve nunca; nadie, excepto esa mujer. La miraba con gula.

—Claro —dije—. ¿Qué tiene?

—¿Tú... trabajas allí? —Señaló la fachada picada de viruela.

—Si a eso llamas “trabajar”. En general espero a que pase algo. —La miré tratando de regalarle una sonrisa deslumbrante y seductora y fracasé rotundamente—. ¿Buscas algo?

—¿Has estado... —dijo, sin dejar de mirar mi placa— Arriba?

—Acabo de bajar —dije—. Hace media hora estaba sentado en una caja de acero y no tenía la más remota idea de cuándo me dejarían salir. —Me estremecí.— Mira, alejémonos de aquí. He estado Arriba dos meses y quiero largarme cuanto antes. Ese lugar me pone la carne de gallina. —Eché a caminar escaleras abajo rumbo a la plaza, y unos recuerdos difusos de esa misma plaza se me formaron detrás de los ojos. Miré hacia otro lado.

Ella me alcanzó.

—¿Es malo? —dijo.

—Un poco. —Me volví y noté que ella le estaba hablando a mi placa. Obviamente no era yo quien le interesaba, sólo la placa. Dije: —Discúlpame, pero lo he pasado muy mal y quiero ir a un sitio. ¿A qué vienen tantas preguntas?

Ella caminó a mi lado unos minutos sin decir nada.

—Me interesa —dijo al fin.

—Bueno, a mí no. Ya he tenido mi cuota por un tiempo. —Fui deliberadamente rudo; necesitaba desesperadamente un trago y la compañía de una mujer, pero ante todo como medio para olvidarme de Probal y las cosas que trataban de aflorar de mi subconsciente mientras cruzábamos la plaza. Esto no valía la pena.

—Me interesa personalmente —dijo ella, mirando hacia adelante.

Tenía su lógica. Le miré la boca nerviosa, los ojos inquietos.

—¿Cuánto hace que esperas aquí? —dije.

—Mucho tiempo.

—¿Y simplemente me tocó a mí?

Cabeceó.

—Los de Probal —dije— casi nunca abandonan el edificio. Parece que cuando han estado mucho tiempo en el asunto, ya no pueden tolerar el exterior. Se quedan allí adentro como si el mundo no existiera. —Señalé con la cabeza el edificio oscuro. — No hay ventanas. Casi nadie deja el lugar.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Entonces?

—A veces —dijo—, la gente de Probal trae cosas de Arriba. Me interesa eso.

—Nadie trae nada de Arriba —dije, momentáneamente sobresaltado. Nadie traía

nada de Arriba, no porque no fuera posible (lo era) sino porque todos sabían qué pasaría si traían algo. No se hacía y punto.

Ella gesticuló con indiferencia.

—¿Cuánto hace que estás allí?

—Tres años.

—Quizá lo hacían antes de tu época, entonces.

—Nunca —dije.

Ella cambió de tema.

—¿Adónde ibas?

—Quería empinar el codo en alguna parte.

—Me encogí de hombros. — Y algo más.

—Déjame convidarte. —Sonrió de pronto. — Para compensar todo esto. Del algo más podríamos hablar.

Fuimos a un lugar y bebimos unos tragos y devoré la cena con que había soñado dos meses enteros. Ella era muy simpática, y sonreía en el momento justo y reía en el momento justo. Tres tragos y dos meses de aislamiento la volvieron bonita y luego despampanante. Empecé a insinuarle que ocupaba una posición importante en Probal. Como yo había esperado, se lo creyó. Lo cual era cuando menos curioso, pues nadie está muy interesado en Probal y el trabajo que hace. Yo mismo era resueltamente indiferente antes de conseguir un empleo allí. Sabía que era una especie de agencia del gobierno que investigaba líneas probabilísticas —fueran lo que fuesen— y que ese edificio grande y feo albergaba un gran número de científicos y personas seleccionadas que en su gran mayoría se alojaban allí. No había ningún secreto en el asunto (¿a quién demonios podían interesarle las “líneas probabilísticas”?) y para mí no era más que otro edificio feo hasta que me recibí y no conseguí empleo y busqué la P en las Páginas Amarillas y los llamé. Eso fue hace mucho, mucho tiempo.

No soy científico, y no sé mucho sobre las teorías que fundamentan el Proyecto Líneas Probabilísticas, y casi todo lo que sé no lo entiendo. Simplemente aprieto mis botones y me quedo sentado en la cámara de acero mientras a todos nos crece la barba y el desaliento, y la presión aumenta y yo empiezo a soñar con hembras. En general no es tan malo, un rápido viaje Arriba y el regreso con la computadora cargada de lecturas. De vez en

cuando a uno le toca un turno cementerio de dos meses, pero aparte de eso no es para tanto. Con el tiempo uno se acostumbra, supongo. O, mejor dicho, uno aprende a aceptarlo. Al cabo de unos años uno no quiere afrontar más el mundo exterior, y por eso el edificio de Probal no tiene ventanas. Hay monitores de TV en las cámaras de acero, y uno ve cosas.

Estábamos sentados en un reservado en el fondo del restaurante, bien lejos de las ventanas, y dije:

—Mira, la verdad es que no sé mucho sobre el asunto. No es mi obligación, eso es para los científicos. Todo lo que sé es que nos metemos en una cámara de acero y seguimos una línea probabilística hasta alguna parte, y yo no organizo las cosas. Simplemente obedezco.

—¿Pero por qué lo llaman Arriba? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé. Lo llaman así. Seguimos una línea probabilística hasta una versión de este mundo que no existió o podría haber existido si algo hubiera sido diferente, y luego nos quedamos allí y registramos el lugar.

—¿Qué registran?

—Qué sé yo. Humedad, rastros de radiactividad, investigación visual... —Tirité pese al calor.— Algunos de esos mundos probabilísticos son espantosos. Lo menos indicado para una carta a la familia. Otros... no son tan malos.

—Mejores que éste. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Mucho mejores, algunos. —Bebí, sumido en mis pensamientos.

—¿Y si salieras por la puerta? —dijo ella.

—Cerrada —dije.

—¿Pero si la abrieras?

—Pues saldría.

—¿Entonces es posible?

—Claro que es posible, no hay ningún problema, si se pudiera... —Me contuve.— No sé nada sobre eso. Nadie salió nunca, así que no sirve de nada preguntárselo.

—¿Entonces te quedas allí sentado?

—Ajá. A veces un par de horas, a veces un par de meses. Todo depende de las condiciones. No sé por qué, pero a veces pue-

des regresar cuando quieres, y a veces no.

—Parece primitivo —dijo ella.

—Es primitivo. Las líneas probabilísticas se descubrieron hace menos de diez años; todavía están tanteando en la oscuridad. De cualquier modo, no es problema mío. Yo simplemente aprieto botones y observo, eso es todo. —Me levanté.— Vamos a alguna parte.

Fuimos a otro lugar y bebimos dos tragos más. Para entonces, ella estaba más que despampanante. La deseaba tanto que me dolía. Dos meses de frustrada virilidad juvenil me palpitaban en las ingles, pidiendo libertad a gritos. Estaba dispuesto a cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, para poseerla. Nos metimos en un café nocturno y ella dijo:

—¿Cómo es que nunca han traído nada de Arriba?

Me encogí de hombros, acariciándole los muslos con la mente.

—Tal vez lo han hecho, una vez —dijo ella—. Cuando empezó ese proyecto.

—Tal vez —dije con indiferencia—. Saben qué sucede si lo haces, así que supongo...

—Entonces di un respingo.— Oye, se supone que nadie sabe nada sobre eso.

—¿Sobre qué?

—Nada. —Demonios, si hubiera sido menos tímido, la habría plantado y me habría buscado una muchacha en alguna otra parte. Tenía el dinero y por cierto tenía las ganas. Pero era tímido y, además, me parecía que ahora tenía derecho a ella, después de haberle aguantado la lata tanto tiempo.

—Hicieron experimentos cuando empezaron el Proyecto Líneas Probabilísticas —dijo ella—. Hicieron experimentos, y trajeron cosas de Arriba.

—Seguro —dije—. Trajeron cosas y luego comprendieron lo que estaban haciendo y desistieron. ¿Qué sé yo? ¡Sólo trabajo allí! —Estaba empezando a perder los estribos.— ¿No podemos hablar de otra cosa? ¡Estoy con licencia, por amor de Dios!

Ella miró su copa.

—Lo lamento —dijo.

—No importa —respondí avergonzado—. Yo lamento haber reaccionado así. Pero he estado encerrado en esa cámara de acero dos meses, mirando ese condenado paisaje en los monitores todo el tiempo y sin saber cuándo

las condiciones me permitirían regresar. En este momento lo único que quiero es olvidar.

Ella miró hacia adelante, los ojos ocultos en las sombras.

—Imagina qué ocurriría si te arrojaran allí y no tuvieras posibilidades de volver. —Se mordió el labio. — Lo lamento —repitió.

—Olvidemos este asunto. —Le deslicé el brazo alrededor de la cintura. Ella se puso rígida un momento, luego se distendió y hasta sonrió. — Vamos a alguna parte.

—¿Adónde?

—Tengo un departamento. Podemos hablar allí.

—¿En el edificio de Probal? —dijo ella.

—Todavía no caí tan bajo —le dije—. Tengo un departamento propio a pocas cuadras de Probal. Bonito y tranquilo.

Ella titubeó. Luego dijo “de acuerdo”, se levantó y salió de prisa. La seguí en la noche, la rodeé con el brazo, la apreté contra mí. Ella caminaba tiesa, mirando hacia adelante.

—No sé qué pensarás de mí —dijo—. Viendo así y hablándote todo el tiempo de tu trabajo. Ya debes de estar cansado.

—No tanto —dije. Le hundí los dedos en la cintura, en el cuerpo tibio y rebosante de promesas que se mecía contra el mío a cada paso. Me faltaba el aliento.

Llegamos a mi departamento. Un cuartucho sofocante con una cama y pocas cosas más, cortinas pesadas frente a la ventana. Ella estudió el cuarto con una rápida ojeada.

—Es pequeño —dijo.

—No vengo aquí a menudo —dije—. No necesito muchas cosas.

Se acercó a la ventana.

—¡ No la toques! —exclamé.

Ella se volvió.

—¿No te gusta el panorama?

Me senté pesadamente en la cama.

—Deja las cortinas como están —dije. Vacilé—. Mira, pasé dos meses sentado, mirando monitores de TV que mostraban la plaza frente al edificio de Probal. Era exactamente igual a la plaza, era la plaza, pero una plaza de otra línea probabilística. Allí había... ejecuciones, noche y día, cosas que ni podrías imaginar. Hoy cuando salí tenía un miedo de los mil diablos; sabía que ésta era otra línea probabilística pero cuando crucé la plaza estaba

en un grito. Toda esta ciudad me asusta. En un año o dos ni siquiera podré salir, así que por favor no toques las cortinas, no quiero ver lo que hay afuera.

Ella se acercó y se sentó junto a mí.

—¿Tan malo es? —preguntó.

—Tú no entiendes —dije—. Nadie entiende cuando no lo sufrió. Mira, casi todas las veces la ciudad es igual a ésta donde estamos ahora, excepto diferencias sutiles. La gente viste de otra manera, los coches tienen otro diseño, cosas así. Pero a veces la gente también actúa de otra manera, hace cosas que uno no creería posibles. A veces ni siquiera hay ciudad, sólo prados o bosques, una vez no había más que agua, y en una línea no había nada en absoluto, literalmente nada, sólo una niebla arremolinada que te carcomía aún a través de los monitores. ¿Te das cuenta? —dije, desesperado—. ¿Cómo puedo saber qué es real y qué no? Cada una de esas líneas probabilísticas es tan real como la nuestra, y al cabo de un tiempo no sabes cuál es la más real, a cuál irás cuando bajes de la cámara. Cuando sales, es como salir a otra línea más, y si acabas de venir de una línea hermosa no puedes aguantar ésta, esperas el próximo viaje Arriba contando los días, y todo el tiempo vives en un tembladeral porque ya no sabes qué es la realidad, nunca lo sabrás, sólo que todo te asusta y ya no das más. —Me recosté en la cama, cerrando los ojos.

Ella me apoyó una mano fría en la frente.

—Yo no sabía eso —dijo.

—Olvidalo —dije morosamente.

Estaba apoyada en mi hombro, blanda y sumisa y con olor a rosas. La abracé como un ahogado, acostándola a la fuerza. Ella jadeó “¡ No! ” pero en ese momento yo ya no estaba para discusiones. Al principio se resistió, luego dejó de forcejear y me siguió el tren. Me liberé gruñendo de tres meses de inactividad sexual y luego me tendí de espaldas a su lado, buscando los cigarrillos a tientas en la oscuridad. Me sentía tibio, satisfecho, y un poco somnoliento. Y cuando esa ansiedad palpitante se fue diluyendo, me sentí además un poco avergonzado. Ella fue a lavarse, luego encendió la cafetera. Se movía en silencio, una sombra oscura en la penumbra.

—¿Estás enfadada conmigo? —le dije.

Ella volvió con el café, sentándose en la cama y poniendo la bandeja entre los dos.

—No —dijo.

—¿Defraudada?

—Debí haberlo sabido. Hace diez años habría gritado y llorado, presa del pánico. Ahora da más o menos lo mismo. —Me miró con unos ojos que brillaban opacamente en la oscuridad de la cara.— Pudiste haberlo hecho más despacio.

—La empatía con los demás —dije— es una de las primeras cosas que pierdes en este trabajo. Cuando llegas al punto en que no puedes discernir entre la realidad y la irrealidad no te importan mucho los sentimientos de otras personas.

—Lo sé —dijo ella.

—No lo sabes —dije. Sorbí el café. Estaba amargo, fuerte, y tenía un intenso gusto a... ¿qué era? ¿Sal? Hice una mueca de disgusto—. ¿Qué es esto?

—Ella miró la taza.

—Lo siento —dijo—. Lo olvidé. —Fue hasta la cafetera y regresó con otra taza de café, dulce y fuerte.— Después de tantos años —dijo—, todavía me olvido. Toma. —Me alcanzó la taza.

—¿De dónde vienes? —dije, sorbiendo el café.

—No conoces el lugar —dijo ella.

—Haz la prueba.

—De aquí cerca —dijo—. De un sitio a un kilómetro de aquí.

—No hablas como si hubieras nacido aquí —dije—. Ese acento extraño, por ejemplo. Hablas como una recién llegada a la ciudad.

—Cuando nací yo —dijo ella en voz baja—, no había ciudad aquí.

—Claro —dije con sorna—. Y esta ciudad tiene más de quinientos años. No pareces tan vieja.

—Yo estuve aquí hace diez años —dijo—, y entonces no había una ciudad.

De pronto sentí un escalofrío.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí había una pequeña aldea —dijo—. Y a unos pocos kilómetros había una especie de castillo feudal. Ni coches ni cohetes, sólo unos dirigibles de vez en cuando. Muy apacible, muy rural, muy aislado.

Sentí que una mancha helada me crecía en el estómago.

—Parece una página de un cuento de hadas —dije.

—No entenderías —dijo con voz cansada, como si lo hubiera repetido una y otra vez y las palabras le brotaran contra su voluntad—. Me sacaron de allí.

—Bromeas —le dije—. ¿Cómo?

—Tú lo sabes. La cámara de acero.

Me erguí con tanta violencia que casi volqué el café.

—Estás chiflada —le dije—. No se pueden llevar cosas ni personas de una línea probabilística a otra. ¡No puede hacerse!

—Eso dicen todos —murmuró—. He estado esperando aquí diez años, y todos me dicen que es imposible. Eso me explicaron en el edificio de Probal cuando me trajeron aquí, y cuando hablo con los hombres que salen de allí todos repiten lo mismo. —Desvió la mirada.— Hace diez años que pregunto a todo el mundo. He estado esperando frente a ese edificio diez años, y todos, todos, repiten lo mismo.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Quiero volver.

Se quedó dos días. Era fría y distante pero muy complaciente. No habló mucho sobre esa fantasía suya después de la primera noche, pero me dejó intrigado. El segundo día consulté al bibliotecario de Probal. Pareció molesto y dijo que no sabía. Investigué por mi cuenta, y descubrí que los legajos de datos relevantes eran todos restringidos y estaban fuera del alcance de gente como yo. Cuando volví, ella sonrió fatigosamente y me anotó un número de código.

—Una vez conseguí esto —dijo— de un técnico de computación que tenía acceso a todo el material clasificado. Dijo que de todas maneras no me serviría de mucho. Pero éste es mi lugar de origen.

—No puedo ayudarte —dije.

—Lo sé. En realidad no creí que pudieras. Esperé contra toda esperanza que sí, pero hoy día nunca doy rienda suelta a mi esperanza. Sólo espero y espero por si algún día tengo suerte, pero en realidad ya no creo que la tenga.

—Soy apenas un técnico —dijo—. Aprieto

los botones y voy Arriba y manipulo la ma-
quinaria y miro los monitores, eso es todo.
Soy sólo una pieza en el mecanismo, nada
más.

—Lo sé —dijo—. Lamento haberte moles-
tado.

Al día siguiente se había ido. Unas semanas
más tarde hablé de ella con un fulano de la
oficina de Probal.

—Claro que la conozco —dijo—. Todos
aquí la han visto por lo menos una vez.
Siempre espera afuera. Está tocada, piensa
que viene de una de las líneas probabilísticas
y quiere volver. El mundo está lleno de locos
suelos. Olvídala.

—Dijo que ocurrió hace diez años. Pudo
haber sido cuando se inició el proyecto y na-
die sabía lo que sucedería si sacaban a alguien
de su línea probabilística. Ahora lo saben, así
que deben de haberlo descubierto de algún
modo.

Se encogió de hombros.

—Qué sé yo. De cualquier modo, aunque
fuera cierto, ya no puede regresar.

Jamás. Hay fórmulas matemáticas que lo
explican, pero yo no soy matemático. Todo
lo que sé es que la puerta de la cámara está
cerrada por fuera mientras está Arriba. En
ninguna circunstancia debe tomarse ni aña-
dirse nada a...

Alguien debió descubrirlo por las malas.

La veía de vez en cuando, parada en la es-
calera del edificio de Probal, esperando sin
esperanzas mientras los hombros se le hun-
dían y la cara se le endurecía en arrugas es-
carchadas. Los primeros años, algunos de los
técnicos más jóvenes salían con ella en sus li-
cencias y se la llevaban a la cama. Ella se
prestaba a cualquier cosa con quienes esta-
ban dispuestos a hablarle. Pero luego dejó de
ser tan bonita y todos seguían de largo, mi-
rando hacia otra parte. Yo rara vez salía, la
ciudad me asustaba, todo lo que había fuera
del edificio me asustaba, pensaba en líneas
probabilísticas más hermosas y más horribles
de lo que cualquiera puede imaginar, veía los
mundos siempre cambiantes en los monito-
res, todos tan reales o irreales como el mío, y
me asustaban. Me mudé a un departamento
sin ventanas en el edificio de Probal. Nunca
salí de nuevo.

Muchos años después descubrí el papel
con el número de código, el número de código
de su línea probabilística. Durante una
corrida de prueba, alimenté el selector de lí-
neas con el número y fui Arriba.

Me incliné sobre el monitor y miré el vacío
turbulento del mundo que había sido de ella
antes que la sacaran de allí y no vi nada.

Nada.

Título de la versión inglesa del autor: *Nobody Here But Us Shadows*.
© 1975 by UPD Publishing Corporation. Traducción de Carlos Gardini.



ENKI BILAL: No soy un seguidor de Moebius

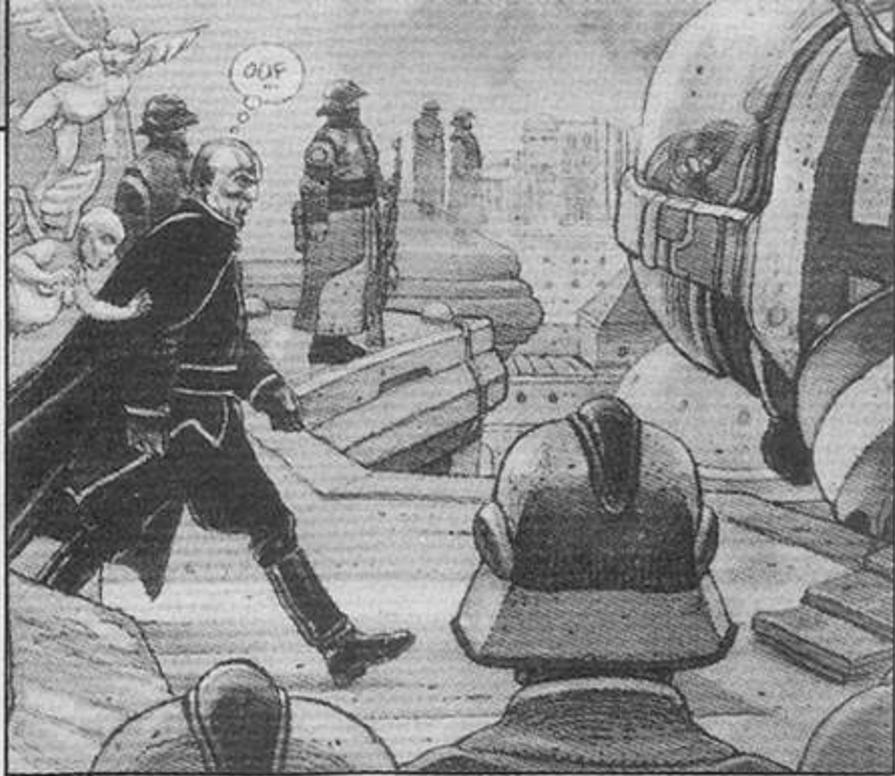
Contrariamente a lo que pueden pensar los lectores de *Le vaisseau de pierre* [historieta que *El Péndulo* empieza a publicar a continuación, bajo el título de *Progreso*], no soy de Bretaña sino checo por línea materna y yugoslavo por línea paterna. Viví en Belgrado hasta la edad de

diez años. Luego, por razones profesionales, mis padres se instalaron en Francia.

Creo que mi gusto por la historieta se debe tanto a mis ganas de dibujar como al placer extremo que me da manejar el idioma francés, que necesité aprender al llegar a París. Des-

de entonces cuidé especialmente la sintaxis, y la historieta es finalmente el único medio de expresión que permite esta unión entre dibujo y escritura de manera casi ideal.

Empecé muy temprano en la historieta. Recuerdo haber mostrado una a René Goscinny,



quien me alentó muy gentilmente. Más tarde gané un concurso organizado por la revista *Pilote*. Empecé a trabajar en pequeñas dosis. Mis primeras tiras estaban muy inspiradas en Lovecraft, de quien me fascinaba el universo caótico y la magia de las palabras. Luego Goscinny puso freno a toda esta profusión fantástica que Druillet acababa de hacer estallar. Durante un año y medio tuve que ilustrar notas de actualidad, trabajo poco emocionante pero que me permitió dibujar con rapidez y adquirir un cierto dominio del oficio.

Un día encontré a Pierre

Christin. Me propuso el guión de *La croisière des oubliés* (El crucero de los olvidados), originalmente escrito para *Tardi*. Así nació la primera *Leyenda de hoy*. Se trataba de contar historias contemporáneas tratando problemas políticos y sociales con una óptica regionalista, volcando progresivamente el relato hacia lo fantástico.

El dibujo en blanco y negro ya no me interesa tanto. Realizo todas mis tiras otorgando una importancia muy grande al color. Prefiero utilizarlo desde el principio, pintar sobre los originales. Es lo que hago actualmente para una historia de

ciencia ficción que estoy terminando. Esto me permite alejarme progresivamente de la técnica del dibujo de línea que he empleado a veces de una forma un poco abusiva.

Si un día vuelvo al blanco y negro, será seguramente para retomar esa técnica, en el estilo de los grabados del siglo XIX. Admiro profundamente el trabajo de Gustavo Doré, que es mi mayor influencia para esa técnica, que en sí no tiene nada de original pero que me valió ser designado por algunos "eminentes especialistas" como un seguidor de Moebius.

Un verdadero trabajo de periodista

Intervengo muy poco en la elaboración de los guiones de Christin. Una vez que estamos de acuerdo sobre el tema, él redacta la sinopsis y organiza el desglose según su agrado. Por mi parte dispongo de una total libertad en la diagramación.

Nos trasladamos siempre a los lugares donde se va a desarrollar la historia. Es para *La ville qui n'existe pas* (La ciudad que no existe) donde nuestro trabajo de investigación fue más interesante y más completo. Pasamos tres días en el norte de Francia, visitamos fáabri-





cas, entrevistamos gente, nos impregnamos del clima que reina en esa región.

Para *Les falanges de l'or noir* (Las falanges del oro negro), las exigencias del guión no nos permitieron preceder a nuestros personajes en su minitour por Europa. ¡Fue una lástima! Sueño con el día en que los editores financien viajes de ambientación y documentación, así como se manda a un periodista a cubrir un acontecimiento.

Después de todo, Christin, que es profesor de periodismo en la Universidad de Bordeaux, y yo, tenemos un poco esta actitud en nuestras historias. Esta-

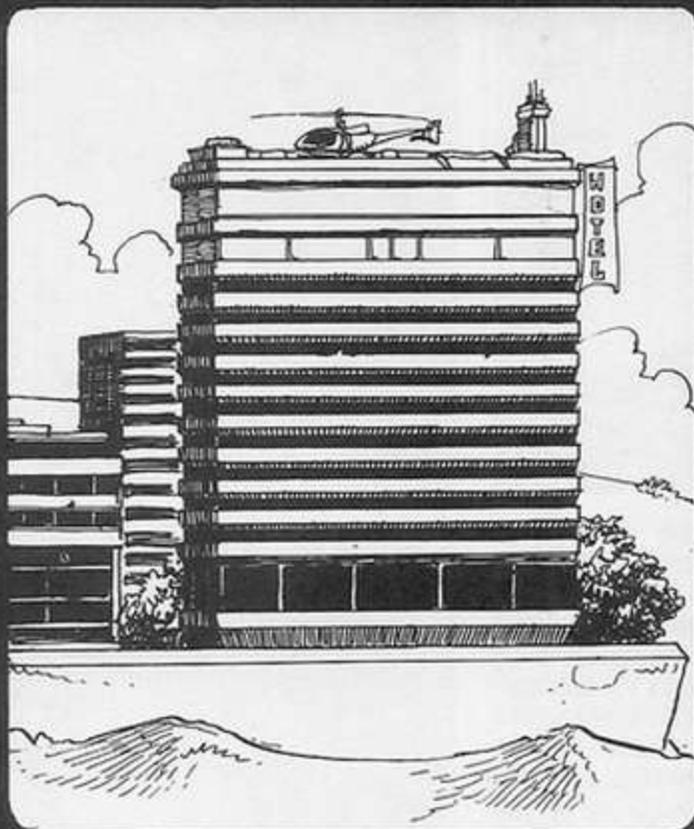
mos siempre muy cerca de la actualidad, y hasta a veces la anticipamos.

Este realismo contemporáneo exige una disciplina muy grande en el dibujo. Es bastante difícil para un dibujante instintivo como yo. Considero no haberlo logrado en algunos casos como *El crucero de los olvidados* por falta de experiencia y por mala utilización de la documentación. En cambio, creo haber restituido correctamente la atmósfera de un pequeño puerto breton de pescadores en *Progreso*.

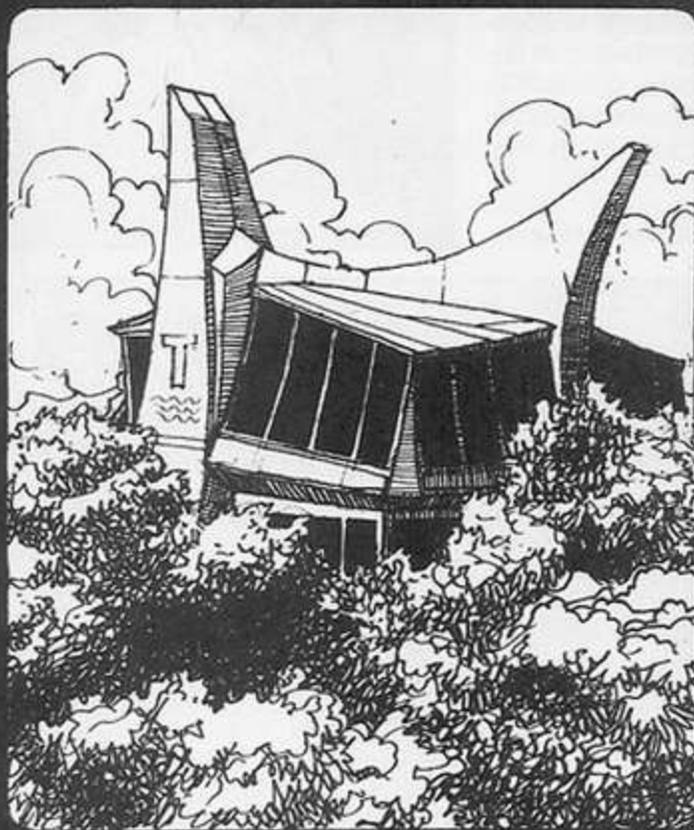
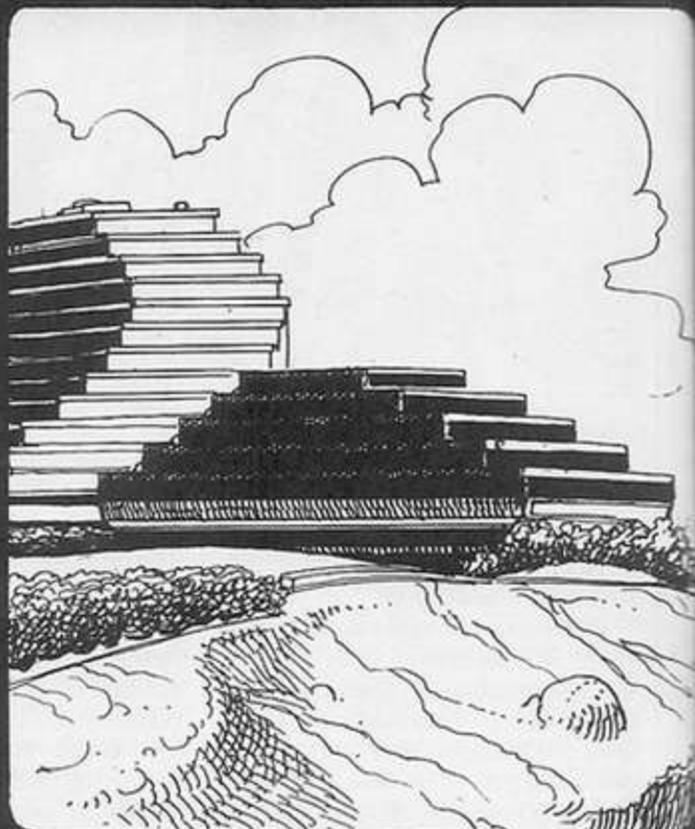
Traducción y adaptación: Michel Gaffré



Aquí, el HOTEL INTERNACIONAL con su PISTA DE ATERRIZAJE PARA HELICÓPTEROS...



Al LADO, con TERRAZAS ESCALONADAS y VISTA PANORÁMICA, PEQUEÑOS EDIFICIOS DE DEPARTAMENTOS DE UNO A CINCO AMBIENTES...



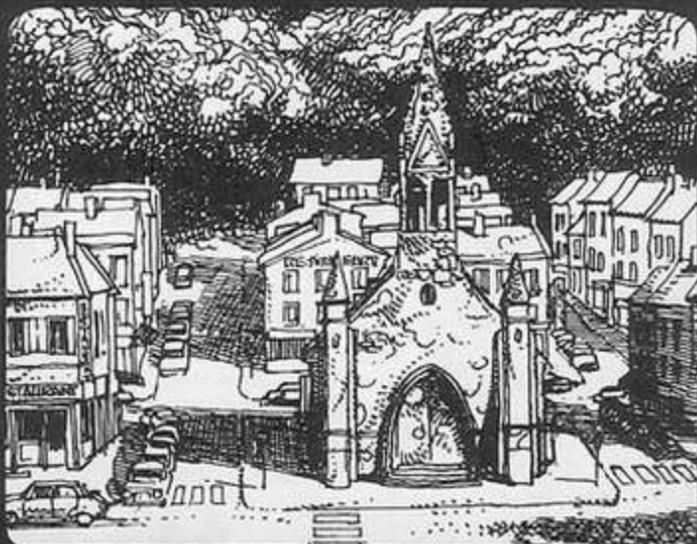
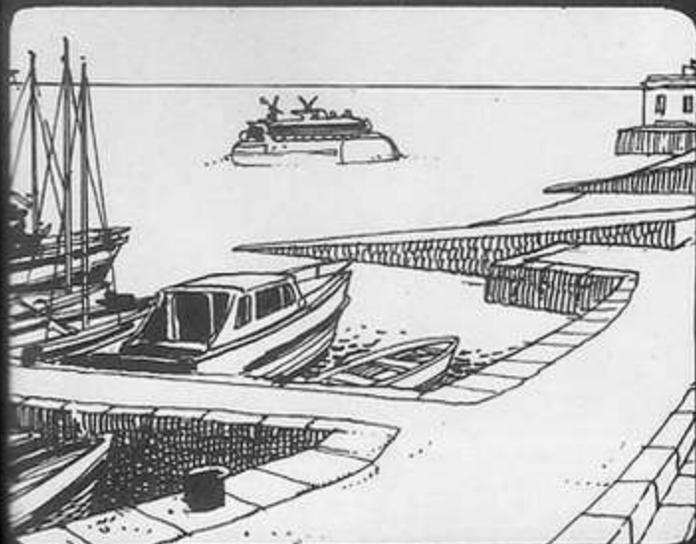
Aquí, el COMPLEJO HELIO-MARINO con su PILETA OLÍMPICA y su NIGHT-CLUB...



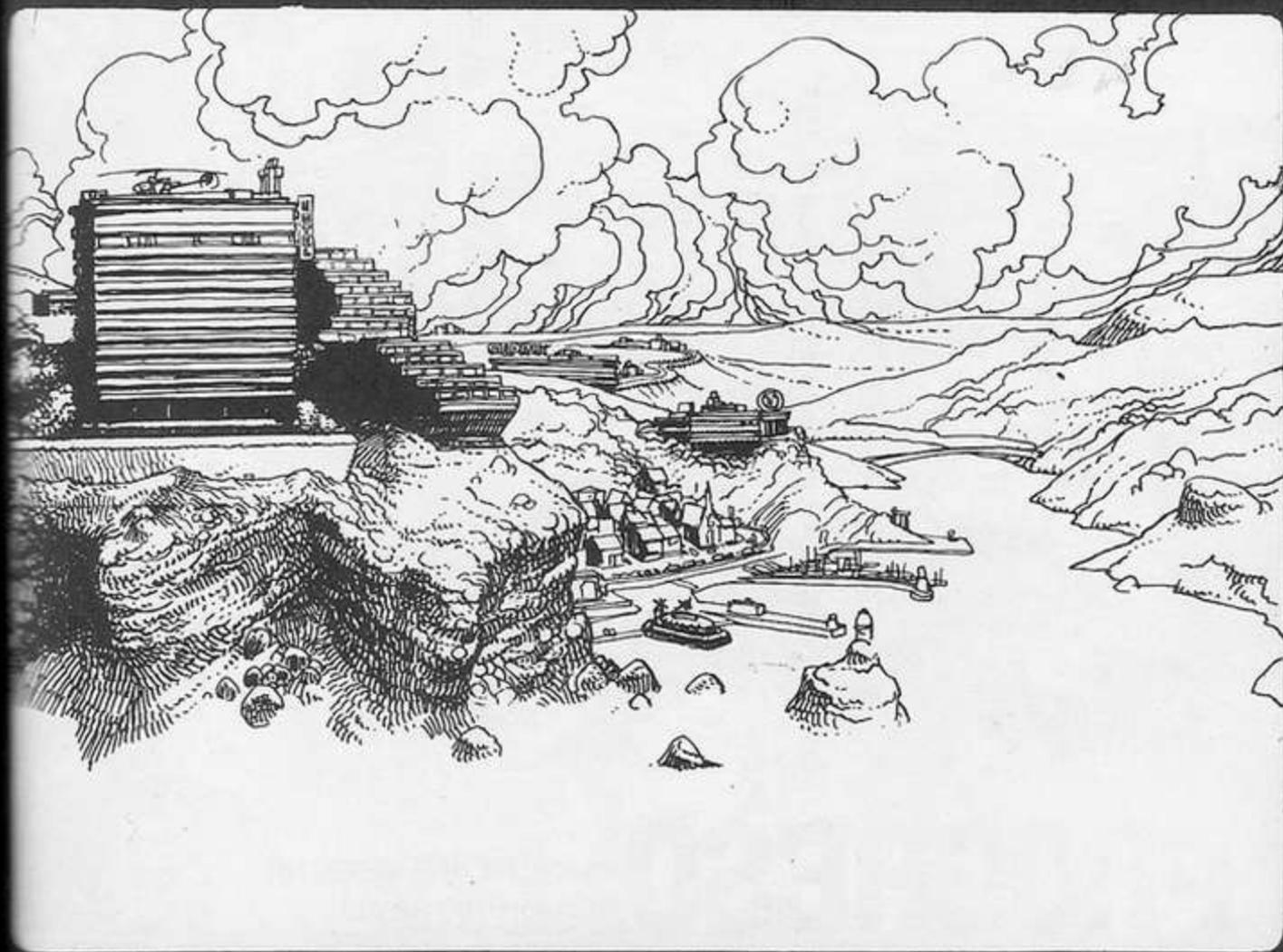
Ahora el CENTRO COMERCIAL, LA RAMPA DE LA AUTOPISTA, LA PLAYA DE ESTACIONAMIENTO SUBTERRÁNEA...

DESPUÉS, EXCAVADO EN EL ACANTILADO, EL ENSANCHE DEL CANAL, EL DIQUE, EL PUERTO DEPORTIVO Y SU ÁREA DE LLEGADA PARA AERODESLIZADORES. ESTO SERÁ NUESTRO MEJOR ARGUMENTO DE VENTA...

...JUNTO CON EL PUEBLO, EVIDENTEMENTE, AL QUE NO SE TOCA NADA... ENCANTADOR EL PUEBLO, CON ESAS CASITAS VIEJAS... LAS VAMOS A RENOVAR, PERO DEJANDO LAS FACHADAS EN SU ESTADO ACTUAL... CON LA INSTALACIÓN DE LOS NEGOCIOS DE LUJO Y LOS RESTAURANTES FORMARÁ UN CONJUNTO MUY ARMÓNICO...



TERMINANDO ESTA PRESENTACIÓN, TIENEN AHORA UNA VISTA DE CONJUNTO, GRACIAS A ESTE EXTRAORDINARIO MONTAJE... EL APORTÉ FINANCIERO DE LA OPERACIÓN ESTÁ TOTALMENTE ASEGURADO, COMO USTEDES SABEN. APROVECHO PARA AGRADECER UNA VEZ MÁS A LOS QUE ENTRE USTEDES HAN QUERIDO PARTICIPAR...



¡IMPRESIO-
NANTE!

¡SÍ...¿UN PO-
CO DE CHAM-
PAGNE?

¿UN
COCTEL,
SEÑOR?

NO SE
VE
NADA...

MMM...
AFLIERA
TAMPOCO,
CON ESTA
NIEBLA...

POR SUERTE
EL MAR ESTÁ
BASTANTE TRAN-
QUILO...PORQUE YO
ME MAREO...

DÍGAME, LASTAPIE...
ANTES DE PRENDER
LA LUZ, ¿NOS PODRÍA
PROYECTAR OTRA
VISTA GENERAL
DEL SITIO EN SU
ESTADO AC-
TUAL?

POR
SUPUES-
TO, POR
SUPUESTO...



PROGRESO

guión: PIERRE CHRISTIN
dibujo: ENKI BILAL



HASTA LA PODRÍAMOS DEJAR EN PANTALLA TODO LO QUE QUIERA, PORQUE CON ESTE TIEMPO DE PERRROS NO HAY NINGUNA OTRA COSA PARA VER...



PERO DÍGME, EL CASTILLO, ALLÍ ARRIBA, JUSTO DONDE ESTÁ PREVISTO EL HOTEL, PARECE VIEJO... VANA A PROTESTAR LOS DE LA COMISION DE MONUMENTOS HISTORICOS.

VAMOS... USTED NO ESTÁ ENTERADO DE LO QUE PASA EN SU PROPIO MINISTERIO... VAMOS A EMPEZAR PRECISAMENTE POR ALLÍ... PERO VENGA, QUE LO PRESENTO...

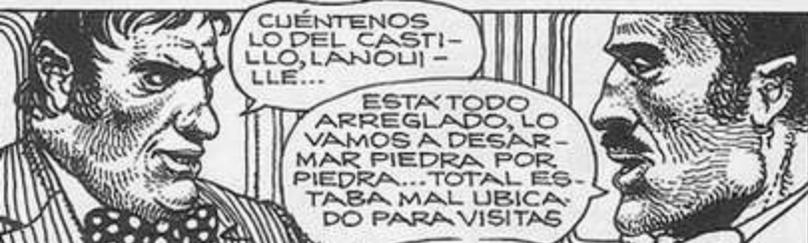


...LANOUILLE, DEL MINISTERIO DE ASUNTOS CULTURALES, GROUBOT, DE BIENESTAR SOCIAL, SOUNIER-DUVAL, DE EQUIPAMIENTO, NUEVO INTEGRANTE DEL GRUPO...

BAR



UN PLACER... ENCANTADO. MUCHO GUSTO.



CUÉNTENOS LO DEL CASTILLO, LANOUILLE...

ESTÁ TODO ARREGLADO, LO VAMOS A DESARROLLAR PIEDRA POR PIEDRA... TOTAL ESTABA MAL UBICADO PARA VISITAS



LO REARMAREMOS EN EL PARQUE REGIONAL PREVISTO SOBRE EL MONTE... PARQUIZAREMOS TODO, Y HABRÁ VEHICULOS ELECTRICOS PARA LLEGAR...

SÍ, ESTARÁ EN EL MEDIO DE LA RESERVA DE ANIMALES EXOTICOS... TAMBIEN TENEMOS PREVISOS CIRCUITOS PEATONALES SEÑALIZADOS...



MMM... BUENA IDEA LA DE ESTE PARQUE QUE NATURAL... LE AGREGA MAS VALOR AL SITIO...

¡EXACTAMENTE! Y SI NOS MANEJAMOS BIEN, HASTA LOS CAMPESINOS ESTARÁN CONFORMES...

¡AH, ESTIMADO, PRESIDENTE!
SOLO FALTABAN LAS
AUTORIDADES REGIONALES
PARA TERMINAR DE
TRANQUILIZAR A NUESTRO
AMIGO SAUNIER-DUVAL...

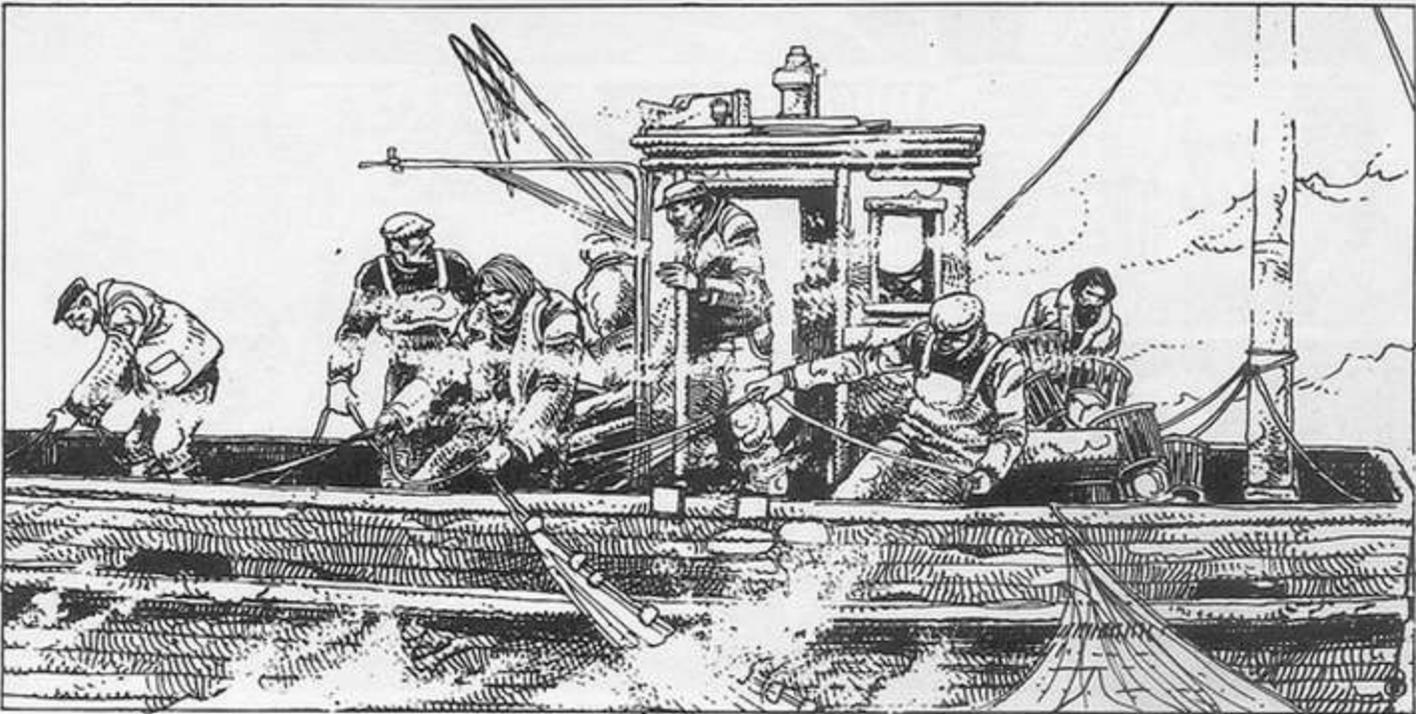
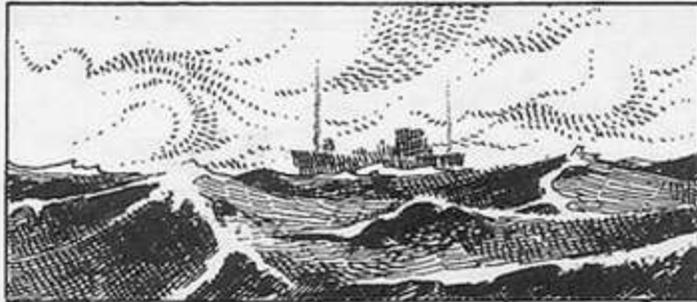
BUENO, VEO
QUE ESTA TODO
PREVISTO...
LA STIMA ESTA
NIEBLA

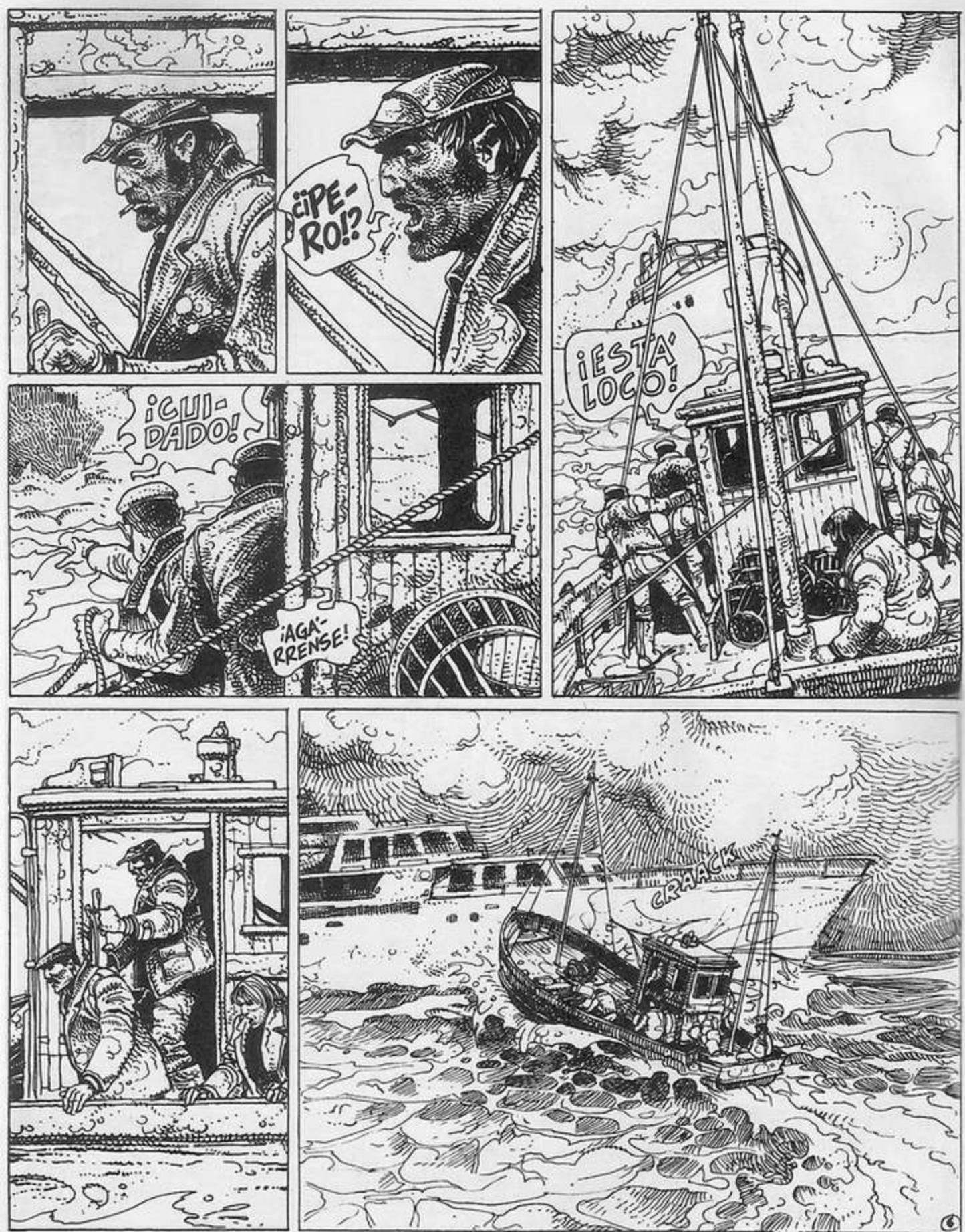
¿QUE PAGA
CAPITAN?
¿QUIERE
PARTICIPAR
EN NUESTRA
PEQUEÑA
FIESTA?

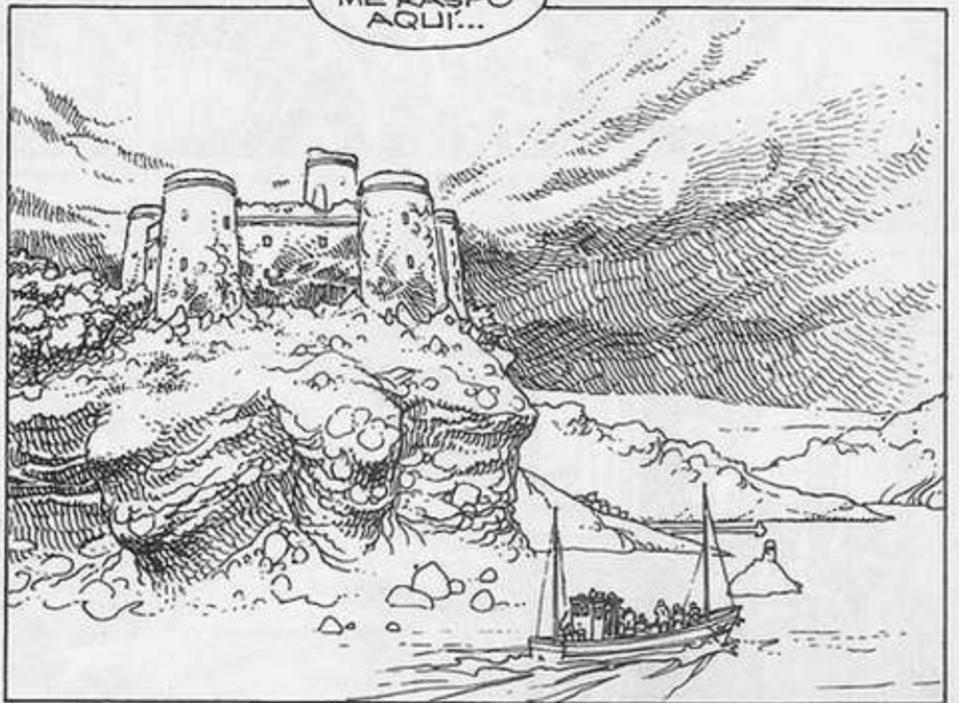
SEGURO
QUE SE
VA A
DISIPAR...

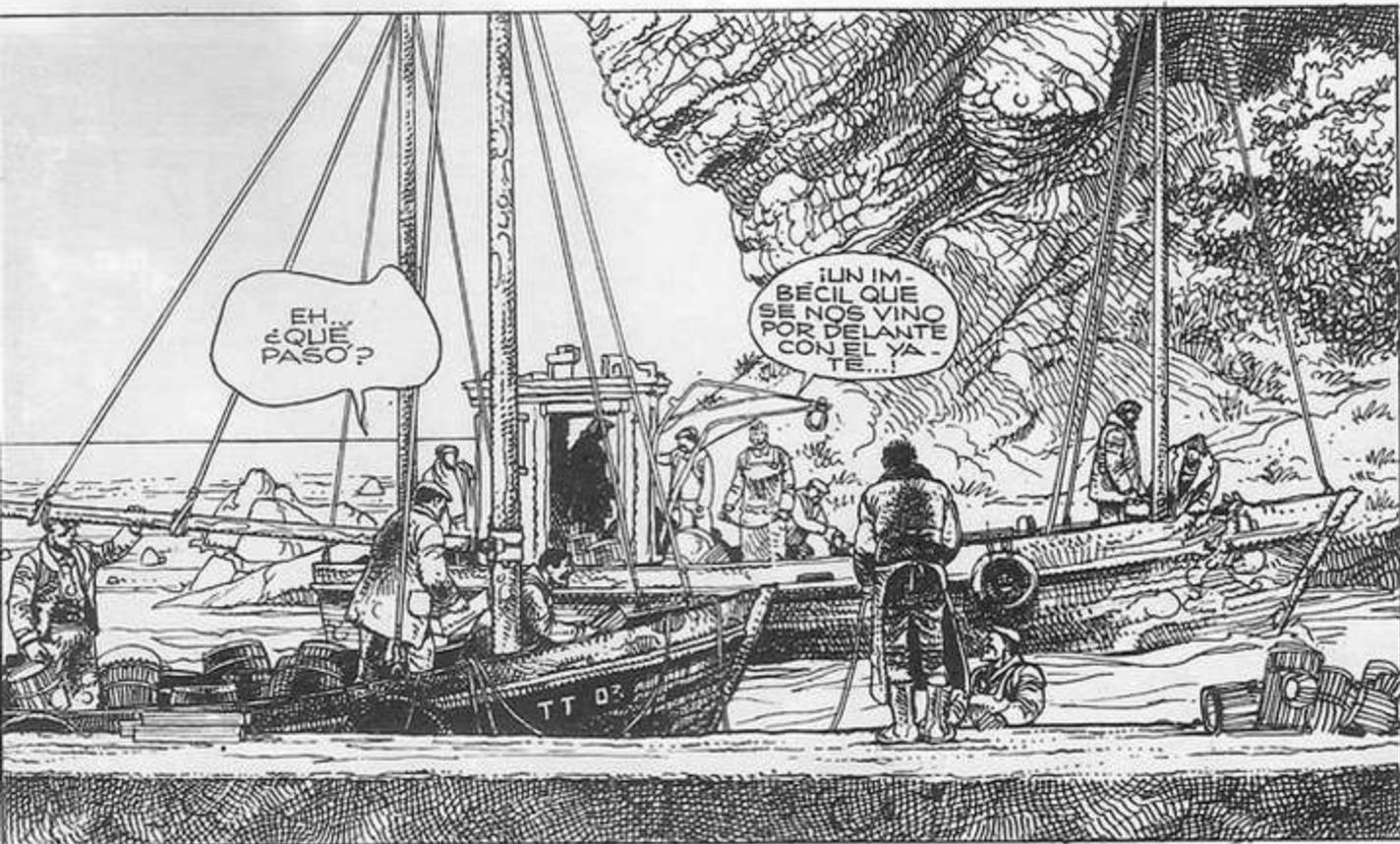
ESTE...
LE VENIA
A AVISAR
QUE TENEMOS
UN PEQUEÑO
PROBLEMA
CON EL
RADAR
Y...

NO SE
PREOCUPE...











BUENO, VAMOS A TOMAR ALGO Y CONVERSAMOS DEL ASUNTO...

¡BUENA IDEA, COLIGOULIC!



¿ESTÁS HERIDO?

NO TE PREOCUPES, CURA, TENGO PIEL RESISTENTE...



¡VAMOS, INVITO YO!

¿QUÉ TOMAN?

ÁNGELA, ¿ME TRAES UNAS VENDAS?

SI NOS INVITAS, PATRÓN, ¡OTRO CHOP PARA MI! ...¡HIP! ¡RA-PIDO, HOMBRE!

¿ESE ROMPIO ALGO?

NADA DEMASIADO GRAVE... ¿ESTÁS SEGURO DE QUE ES EL TIPO DEL PROYECTO RENOVACIÓN?

SEGURO... PARECE QUE LA OBRA EMPIEZA MAÑANA...



CON DINAMITA... ¡BUM!



¿OTRA VEZ CON ESA HISTORIA? ¡NOS QUIEREN MATAR! ENTRE LOS IMPUESTOS QUE ME CHUPAN LA SANGRE Y ESTA PORQUERÍA DE PARQUE REGIONAL QUE ME VA A COMER TRES HECTAREAS ¿COMO VOY A PODER CRIAR LOS CERDOS?



¿TE PARECE QUE ES MÁS FÁCIL PARA NOSOTROS EN EL ARSENAL? CON LA POLICÍA MARÍTIMA, Y TRES HORAS DE VIAJE...



¿POR QUÉ? ¿TE PARECE QUE LA PESCA ES FÁCIL, EH? CON TODOS LOS GASTOS...

Y SALIR CON ESTE TIEMPO... LO QUE USTEDES LLAMAN PROGRESO...

CLARO, CON LOS ARMADORES QUE NOS AHOGAN... ¡ELLOS SI QUE SE SALVAN!



¡GALLINAS! ES LO QUE SON USTEDES! ANTES ERA DISTINTO... SABIAMOS DEFENDER NOS... ME ACUERDO DE CUANDO...



YA SABEMOS, JOSEPH, YA CONOCIMOS TU HISTORIA... HACE CUARENTA AÑOS QUE REPITES LO MISMO...



¡ESOS SI QUE ERAN HOMBRES...! ¡Y LOS FRANCESES LOS TENIAN QUE AGUANTAR!



¡BASTA, JOSEPH!

DEJALO, CURA, ES UN VIEJO BORRACHO... UN POCO DE CARIDAD, NO MANDES AL DIABLO AL LOCO FASCISTA DE JOSEPH.



ESTE CURA NO ES DEL PAIS... NA GUENN NA RUZZ BREIZAD...

¡YA SE, NI ROJO NI BLANCO! ¡BRETANA PRIMERO!... ¡SIN EMBARGO TUS AMIGOS HITLERIANOS DECIAN LO MISMO DURANTE LA GUERRA!



¿QUE IMPORTA PES. TE PROYECTO RENOVACION VA A TRANSFORMAR A TODO EL PAIS...

PUEDER SER QUE HAYA EMPLEOS.



NO SE HAN DEMASIADAS ILLUSIONES. LOS TURISTAS VENDRAN EN VERANO, ¿Y EL RESTO DEL AÑO?

¡ADEMAS, SI EL PUERTO DE PORTIVO ESTA LLENO DE IMBECILES COMO HOY, ¿A DONDE VAMOS A IR A PESCAR?...



A MI, EL PROYECTO NO ME PARECE MALO, PERO...

¡SI TE PARECE QUE LOS TURISTAS VAN A VENIR A TU BOLICHE PODRIDO, ESTAS EQUIVOCADO! HABRA CONFITERIAS MODERNAS...

¿QUE?



¿IPODRIDO MI BOLICHE? PERO...

¿QUE VAN A HACER? ¿FORTINES? DEJALO. VAMOS.

¡DINAMITAR TODO! ES LO QUE HAY QUE HACER!

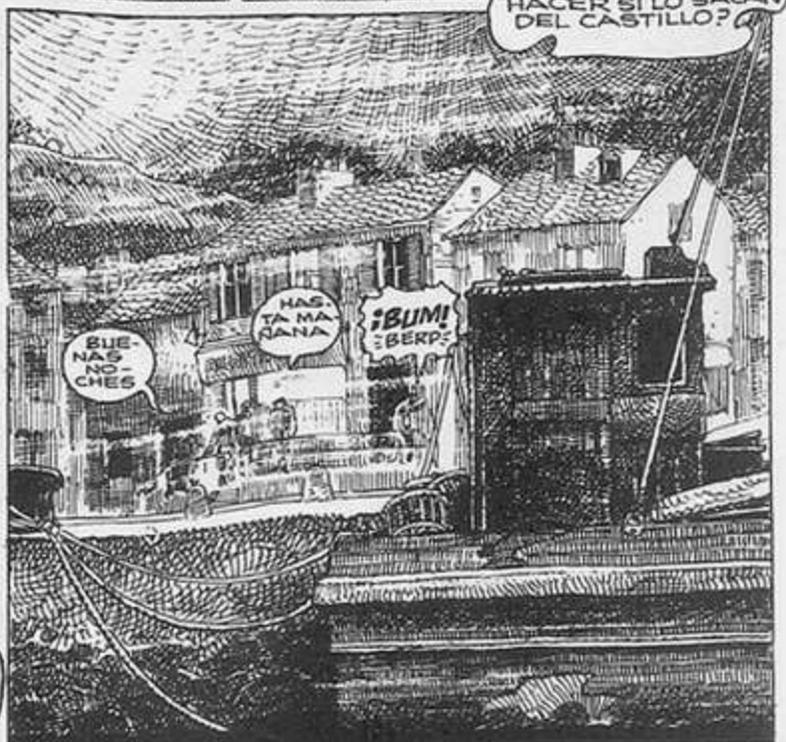


¿FORTINES DE MARMOL?

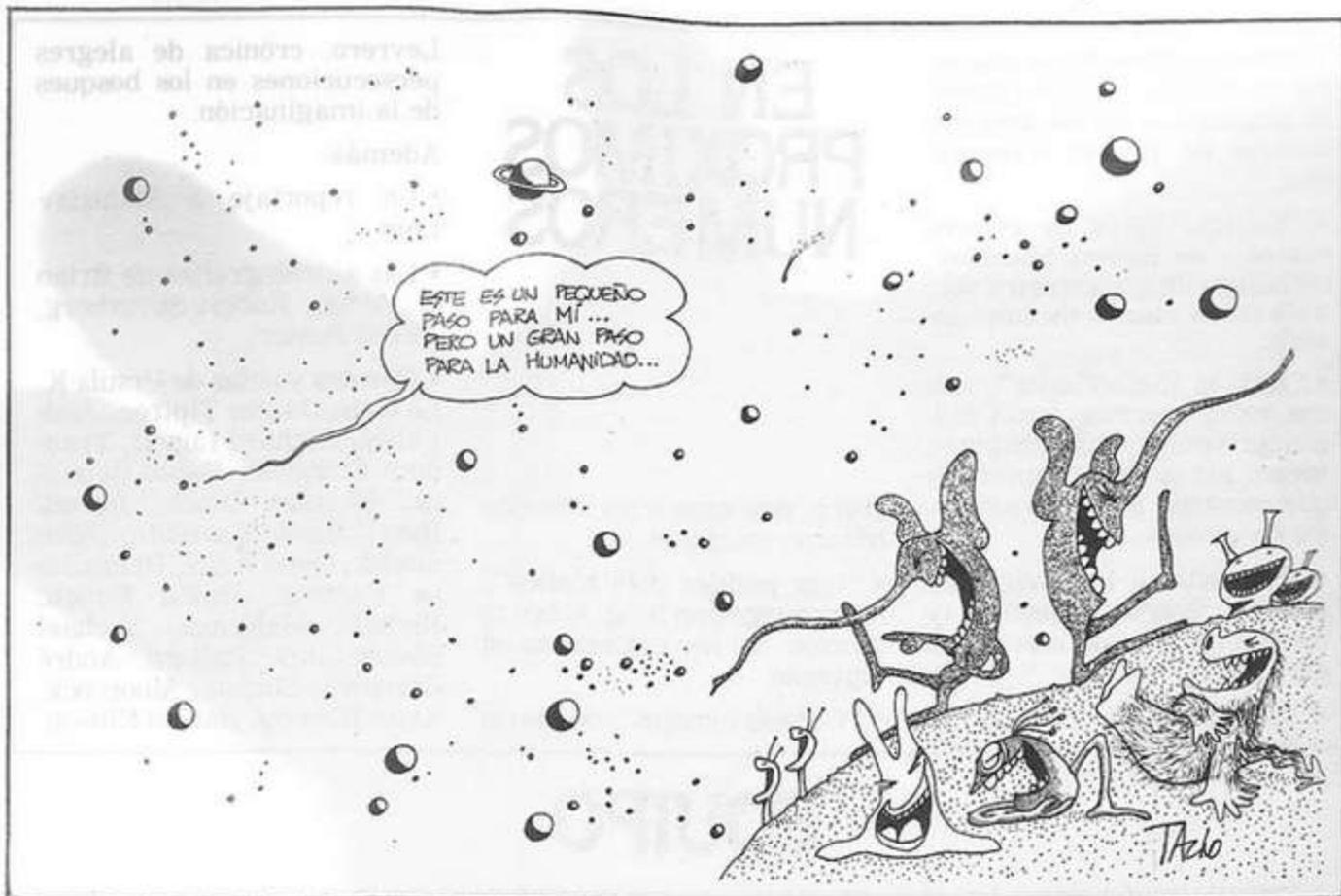
NO. TAL VEZ, ABUELO...

VAMOS INVITARNOS UNA VUELTA EN LUGAR DE PONERTE NERVIOSO... EN UNA DE ESAS TE VUELVES RICO CON ESTE LIO...

MMM



continuará



seminario

LOS OTROS MUNDOS DE LA CIENCIA FICCION

**Profesores: Pablo Capanna y
Marcial Souto**

ESQUEMA HISTORICO:

Una prehistoria ilustre. La era de los monstruos (Gernsback; E.E. Smith, Campbell) y la "Edad de Oro". Los años '60: hacia el "espacio interior".

La ciencia ficción europea y soviética. La ciencia ficción en la Argentina.

LOS GRANDES TEMAS:

El tiempo transitable. Los mundos paralelos. Fantasía y sociedad: utopías, ucronías, Imperios y Fundaciones. Los "otros humanos": el robot y el xenoiide. El hombre y la naturaleza.

ALGUNOS CREADORES:

Stanley Winbaum. Isaac Asimov. Clifford D. Simak. Cordwainer Smith. J. G. Ballard. Stanislaw Lem. R.A. Lafferty.

Informes e inscripción:

Sarmiento 1562 - 5º B - Capital
T.E.: 35-4492 de 12 a 20 horas

El Péndulo presentará una serie de cuentos verdaderamente antológicos de los mejores autores de ficción especulativa:

- "En una tierra de colores claros", de Robert Sheckley, monólogo de un terrestre perdido en un mundo incomprensible.
- "Bajo la Vieja Tierra", último relato escrito por Cordwainer Smith, publicado pocos meses antes de su muerte, y que combina todos los símbolos de su obra.
- "El viento y la lluvia", de Robert Silverberg, festiva (y terrible) visión de una ecología destrozada.
- "Bajando", de Thomas M.

EN LOS PROXIMOS NUMEROS

Disch, descenso a un inocente infierno cotidiano.

- "Una palidez más blanca", del noruego Jon Bing, sobre la función de los colores en el universo.
- "Caza de conejos", de Mario

Levrero, crónica de alegres persecuciones en los bosques de la imaginación.

Además:

- Un reportaje a Stanislav Lem.
- Las autobiografías de Brian W. Aldiss, Robert Silverberg, Alfred Bester.
- Cuentos y notas de Ursula K. Le Guin, James Tiptree, Jack Vance, Richard Lupoff, Theodore Sturgeon, Pablo Capanna, Thomas Disch, Joanna Russ, Elvio Gandolfo, John Sladek, Gene Wolfe, Philip José Farmer, David Bunch, Richard McKenna, Michael Bishop, J.G. Ballard, André Carneiro, Michael Moorcock, Keith Roberts, Harlan Ellison.

EQUIPO

Director Editorial **Andrés Cascioli**

Jefe de Redacción **Marcial Souto**

Diseño Gráfico **Sergio Pérez Fernández**

Colaboran en este número **Pablo Capanna • Killian • Elvio Gandolfo • Fati • Carlos Gardini • Sanyú • Bernardo • Ferreira • Fortín • Michel Gaffré**

"Progreso", guión de Pierre Christin y dibujo de Enki Bilal, © Ed. Dargaud

Producción Gráfica **Carlos Alberto Pérez Larrea • Fabián Di Matteo • Alejandro Turiansky • Fernando Brenner • Eduardo Echániz**

Laboratorio **Rolando Nazardín • Miriam Varela • Laura Porcel de Peralta**

Coordinación Gráfica **Juan Zahlut**

Corrección **Elvira Ibargüen • Nora Meeroff • Sandra Russo • Eduardo Mileo**

Director Comercial **Ricardo Portal**

Director de Ventas **Rubén Alpellani**

Gerente Administrativo **Jorge Antonio Orfila**

Fotocomposición **Old Style S.A.**

EL PENDULO N° 1 — Segunda Epoca — Revista mensual. Editada por Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Piedras 482, 4° piso "O"; (1070) Capital. Administración: Piedras 482, 5° piso "T", Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355, Capital: Distribuidores en el exterior: Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504. Director: Andrés Cascioli.

MAYO 1981

Correo Argentino Central (B)	Franqueo a pagar 822
	Tarifa Reducida 4160
	Franqueo pagado 4052

Cordwainer Smith
Brian W. Aldiss
Doris Piserchia
J.G. Ballard
Angélica Gorodischer
Sam J. Lundwall
Carlos Gardini
Elvio E. Gandolfo
P.J. Plauger
Aníbal Vinelli
Bilal
Fati
Killian
Sanyú
Bernardo
Ferreira

